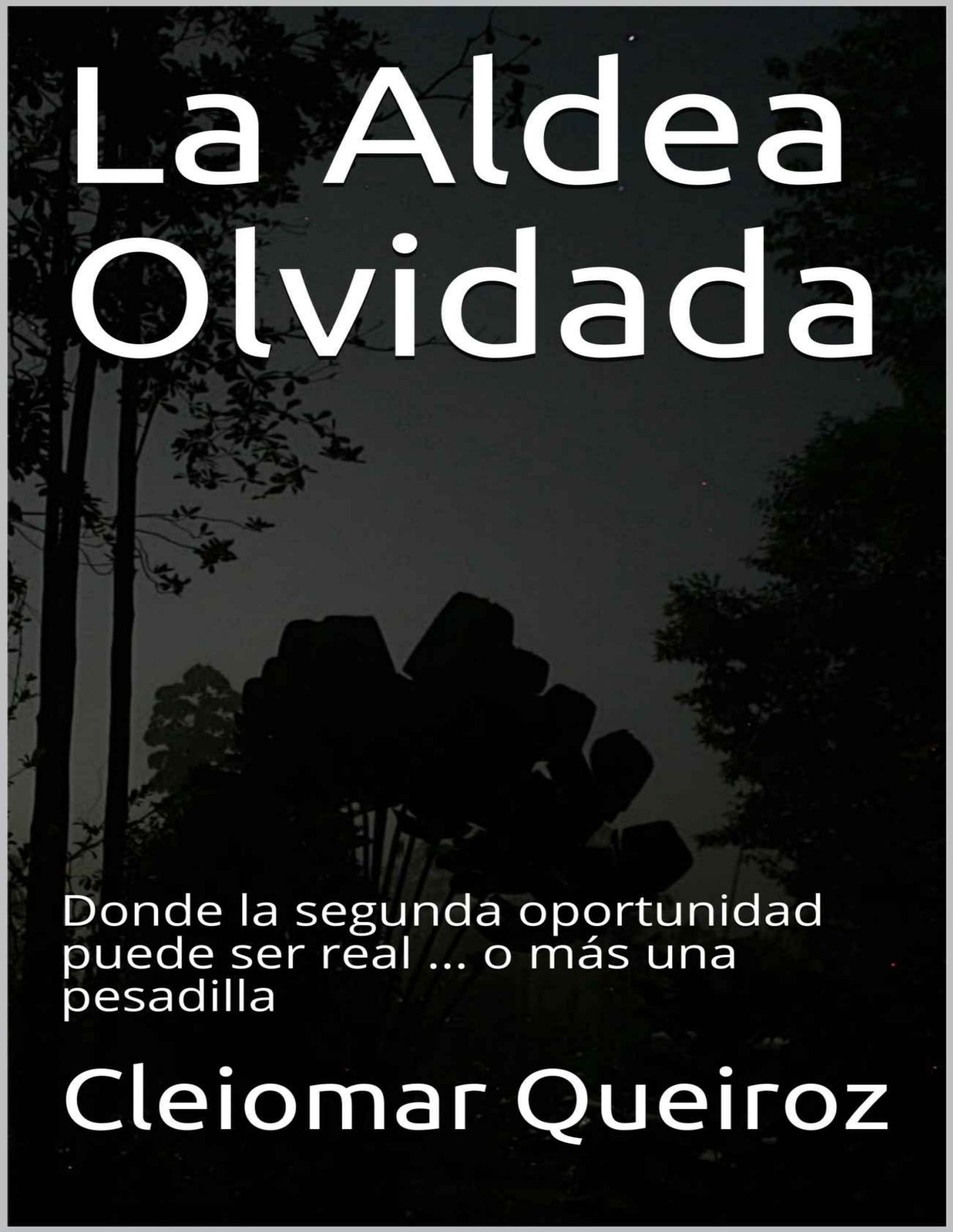


# La Aldea Olvidada

The background of the cover is a dark, monochromatic photograph. It features the silhouettes of several trees and a large, bushy plant in the center. The lighting is low, creating a somber and mysterious atmosphere.

Donde la segunda oportunidad  
puede ser real ... o más una  
pesadilla

Cleiomar Queiroz

## PRÓLOGO

Bajo un sol escaldante, un hombre bajo y gordo clavaba su pala en la tierra húmeda. Los rayos de sol batían en su nuca, formando una mancha roja y ardiente. Atrás de él, concentrado, yacía un hombre de treinta y cuatro años que no parecía importarse con el calor, usando un gabán. Él no parpadeaba, sólo dirigía su mirar para el túmulo que estaba siendo reabierto.

Un sonido seco oyó-se tras la última batida de la pala. El hombre gordo enxugou el sudor del rostro y fitou lo otro. Hizo señal de que había terminado. Este descendió con cautela, con miedo de sujar sus zapatos caros.

Quedaron en lados opuestos, retirando las trabas y pernos del féretro. El hombre de gabán parecía ansioso, como se hubiera un tesoro escondido allí. El hombre gordo nada esbozaba sino la naturalidade de alguien que ya vio huesos demás durante la vida.

En silencio, retiraron la tapa, y enseguida, cubrieron el rostro para protegerse de los gases que salieron del féretro. Si no fuera por el largo vestido, nada podrían inferir acerca de aquel cuerpo.

—Madeline Cruz, 19 años. Por Dios, tan joven... —dijo el hombre de gabán.

—Doctor, como ella murió?

—Fue brutalmente asesinada. Lo que me angustia es saber que aún no tuvo un descanso merecido. A consecuencia de las dificultades que se presentaron en ese intrincado caso, por hora no conseguimos poner las manos en quienes cometió esa monstruosidade.

El hombre gordo quedó en silencio. Dejó lo hombre de gabán solo a examinar el cuerpo de la joven y volvió para sus afazeres como coveiro.

El hombre de gabán vistió sus guantes y, meticulosamente, buscó por pistas en el cuerpo de la moça. Necesitaba encontrar alguna marca, algún vestigio capaz de lleva-lo en la pista correcta del asesino. Aunque supiera que la pericia hecha no mucho tras la muerte habría encontrado pistas si de hecho existieran, creía que algo, por curiosa obviedade, capaz de engañar el más sagaz de los peritos, hube sobrevivido a la acción de la decomposição.

Para su desânimo, sólo había huesos y restos de cabello. Nada palpável, ninguna señal que pudiera al menos revelar una característica del asesino, un modo de pensar impreso por sus actos en aquel cuerpo joven y arruinado por los gusanos necrófagos. Barrió los ojos por el féretro, atento y esquadrinhando cada detalle. Fixou suyo mire en una corriente que la joven

usaba en el cuello. Listamente arrancó-a y tomó en sus manos. La bien de la verdad ñão fue la corriente que le llamó la atención, pero sí el pingente en forma de caveira que se destacó relucientemente ante el despontar del sol.

Lo hombre de gabán examinó-el atentamente, descubriendo que había una inscripción en el verso en una letra miúda, sin embargo, legible. Estaba escrito “Iglesia del Diablo”.

—Finalmente una pista —murmuró él, guardando el pingente en el bolsillo.

## Capítulo 1

—Necesito de un cigarrillo. Será que encuentro alguno en medio del nada? —dijo Jonas, midiendo la pulsación de la moça desfalecida.

—Es más fácil hallar un maço enterrado en ese bosque, mi chapa —respondió Abdias, bocejando sin ceremonia.

Era una mañana fría, después de dos meses terriblemente ensolarados. Un viento frío y aconchegante batía en los árboles, creando un clima invernal en aquel bosque. Jonas usaba una camisa de manga larga, la primera que encontró después de oír los gritos desesperados del pequeño Wallace, pidiendo socorro. Se metió los brazos en las mangas malpassadas, corrigió un pequeño remolino en sus cortos cabellos y corrió para la puerta, cuando si deparou con el chico sin esconder de más sobrecogedora palidez de la faz.

—Que diablos un chico de diez años hacía en el bosque a esa hora? —cuestionó Abdias, quedando de cócoras al lado de la joven.

—Parece que nunca tuvo diez años, Abdias. Ora, el chico curte una buena aventura, y que día mejor sino el primer día del invierno para correr pela mata en búsqueda de algún animal desprevenido?

—Hace muy tiempo, sin embargo me acuerdo muy bien. Haría cualquier cosa sensata que un chico de diez años en su juízo perfecto haría. Pero convengamos, si fue eso aunque Wallace quería hacer, trata-si de una tontería sin tamaño, aunque concordara que fue providencial esa aventura; finalmente, no habríamos encontrado Clarice.

—Entonces ese es lo su nombre? Muy bien, anticipó una de mis preguntas. Ahora necesitamos descubrir lo que ella estaba haciendo aquí.

Jonas acostó a moça y retiró del bolsillo un pequeño espejo para verificar-le la respiración. Enseguida, examinó-se los párpados y las órbitas oculares. Clarice estaba terriblemente pálida, como se toda su sangre hubiera sido misteriosamente drenado. Él hacía todo con cuidado, con a meticulosidade de un médico experto; aunque considerara adecuado examiná-la en una consulta proveniente de equipamientos.

Aparentando resignación, Abdias no parecía preocupado con el estado de la moça. Barría los ojos por el bosque, en búsqueda de algo que de hecho

le llamara la atención.

—Con certeza esa vaga estaba divirtiéndose con algunos rapazes, bebió demás y acabó desmayando.

—Y donde estarían esos rapazes? Tendrían coraje de largar una moça en ese bosque en plena madrugada?

—Los rapazes inmaduros de aquí? Con certeza. Y apuesto que no tuvieron a audácia de quitar una lasquinha de tan asustados que quedaron después que ella desmayó.

—Concuerdo —dijo Jonas, levantando el rostro para el cielo nublado. —Estamos perdiendo tiempo aquí. Ayude-me a lleva-la para mi consulta.

—Tontería... —murmuró Abdias. —Un vaso de mía garrafada es el suficiente para dejar esa moça lista para más una. A menos que el doctor esté interesando en desnudar esa ninfeta en el confort de su consulta.

—No sea tolo! —retrucou Jonas. —El padre de ella decerto esté preocupado con su desaparición repentina. Sería leviano de mi parte pretender cualquier cosa con una moça que siquiera conozco. Soy nuevo en ese vilarejo y pretendo quedar por un buen tiempo. No quiero problemas.

—Pues bien —recompôs Abdias. —Entonces partimos sin tarda. Concuerdo que estamos desperdiçando nuestro tiempo aquí.

Como era el más débil, Jonas cogió por las piernas, mientras Abdias cargó-a por los brazos. Hasta lo vilarejo, era una caminata de, por lo menos, tres kilómetros, con ochocientos metros de descendida por la colina, lo que amenizava el trayecto.

Abdias era un hombre fuerte y carrancudo, de rostro sulcado y de cabellos grisalhos y desgrenhados. Tenía 59 años y era casado con Luiza, a parteira del vilarejo. Con todo su conocimiento, hizo-si lo curandeiro, hombre que ocupaba el puesto de tercero lugar entre los más importantes de la comunidad de campesinos, quedando atrás del pastor Gerônimo y del “Consejo de Anciões”, si lo consideráramos como un único cuerpo. Con la llegada de Jonas, él vio su puesto amenazado, viendo-lo como un posible adversario. El muchacho hizo-si el primer médico del vilarejo e inmediatamente ganó la simpatía de los campesinos.

Jonas, por su parte, no se consideraba alguien importante. Hacía su trabajo puntualmente, sin preocuparse con los créditos; y no hacía por placer, como muchos imaginaban. Tenía sus propias preocupaciones, investigaciones a las cuáles dedicaba buena parte de su tiempo. Ese trabajo hacía en secreto, lo que instigava a curiosidad dlos miembros de la comunidad. Si pudiera,

dedicaría todo su tiempo, sin embargo, como condición para permanecer en el vilarejo, debería desempeñar alguna función. Como no sabía hacer outra cosa, aceptó la función de médico de la comunidad.

—Conoce el padre de ella? —dirigió-si a Abdias.

—Ora, vivimos en un vilarejo con ochenta personas, como no conocería? Trata-si del herrero, hombre sin ninguna malicia. Las personas acostumbran admirá-lo por su bondad, pero yo lo hallo tan tolo cuánto los otros. Va en los agradecer se consigamos salvar su única hija.

—Ella va a salvarse, puede creer en eso. Estaba correcto en cuanto a bebida. Ella ingirió buenos goles de uísque. Sólo no estaba preparada para los resultados. Yo no quería estar en el lugar de ella cuando despertar. Remedio ninguno en este mundo va a aliviar-le a ressaca.

—Sus medicamentos? Tal vez no, sin embargo más garrafadas son un santo remedio para cualquiera ressaca.

—Entonces debimos lleva-la para su casa, lo que halla? Tras curá-la, podría desnudé-la para ver lo que ella esconde bajo esas vistas, y después, jugaría con ella, como quién juega con una muñeca de porcelana.

—Hasta que no sería una mala idea —Abdias sonrió maliciosamente. —Pero una putinha cómo ella no tiene más nada para esconder. Si aprovechara mejor su horario de almuerzo, podría ve-la nadar desnuda en la laguna además del bosque.

—Mi tiempo es por demás precioso —retrucou Jonas. —Hay bellezas a las cuáles dispensaría parte de mi tiempo; pero estas viven lejos de aquí. Si está correcto acerca del que dice sobre esas moças, no merecen atención de hombres como yo, y no me tome por pretencioso al dejar de esa forma.

Abdias meneou la cabeza, en señal reprovação e impaciencia.

—Largue las piernas de ella. Deje que yo a cargue, sino quedaremos la mañana toda en ese lugar, y no estoy dispuesto a oír su voz ni por más un segundo.

Jonas asintió. Sin cualquier cuidado, dejó los calcanhars de Clarice se choquen contra el suelo arenoso, haciendo un sonido seco. Abdias lo miró atravesado, condenando-lo sumariamente. Tomó a moça en sus brazos y siguió en una caminata apresurada rumbo al vilarejo.

Los tímidos rayos de sol apuntaban para un vasto gramado cerca del vilarejo. Parado, con su figura imponente, de rostro rojo e hinchado, yacía Carlos, padre de Clarice. Él erguía la cabeza, intentando localizar los hombres que habían sido escalados para rescatar su hija.

De hecho, era un hombre que reflejaba la verdadera imagen de la bondad, con sus manos cruzadas en la altura del pecho y rezando incesantemente. Tras su oración, pidió perdón a Dios por haber deseado un muchacho en vez de una moça despuorada. Si hubiera sido atendido, tendría noches para dormir y algunos hilos de cabello de más para pentear.

En el horizonte cinzento Abdias despontou, trayendo consigo Clarice, aún desmayada. Atrás de él, en una tentativa vana de alcançá-lo, caminaba Jonas, arrastrando las piernas por el gramado verdejante. Carlos corrió en dirección a los dos, capengo, tropezando nos esparsos cascalhos, socando el suelo con sus piernas pesadas.

—Clarice, querida! —bradou él, con el mirar atônito. —Como ella está?

—Mucho borracha —dijo Abdias, sin medir las palabras. —Pero no se preocupe, va a quedar buena inmediatamente.

—Gracias a Dios. Él oyó mis plegarias.

—No olvide de agradecernos —protestó él. —Sus oraciones no nos ayudaron a enfrentar ese frío y la larga caminada.

—Él está exagerando —interrumpió Jonas, enxugando el sudor de la prueba. —No estaba tan frío así, y la caminada hasta que vino a calhar. Él estaba necesitando perder algunos kilos.

Carlos sonrió, amenizando un poco suya apreensão. Tomó Clarice en sus brazos y a examinó, aunque no tuviera la más pequeña idea del que ella tenía.

—Debo levá-la para casa? —preguntó él, inseguro.

—Sería mejor que quedara en la consulta —respondió Jonas.

—El doctor acabou de decirme que no detenía medicamento capaz de curá-la. Sería sensato levá-la para mi casa. Allá podré tratá-la, y no es secreto para nadie que soy el único con el conocimiento necesario para recompor cualquier persona en semejante situación.

—Por Dios, lo que mi hija tiene? —se desesperó Carlos.

—Nada demasiado. Sólo ingirió alcohol en demasia, sin tener la medida del cuánto podría soportar sin embriagar-si. Deje-a reposar, e inmediatamente quedará buena.

—Tras la fuerte ressaca que tendrá al despertar? —completó Abdias, desdenhosamente. —Mire, Carlos, usted me conoce bien. Ya cuidé de su hija decenas de veces, obteniendo éxito en todas ellas. Clarice ficará bien tras algunas horas, con las dosis regulares de mía garrafada.

Medio desconsertado, Carlos asintió. Creía que Jonas sería capaz de cuidar de su hija; sin embargo Abdias mostró-si más persuasivo. Por fin, entregó Clarice a él.

—Cuide bien de ella. Sé que es una desajuizada, una perdida; pero aún es mi hija. Tras el almuerzo iré visita-la.

—Sin problemas. Mi casa estará con las puertas abiertas a quién de buena gana adentrá-la.

—Problema resuelto, ahora necesito volver para mi consulta —dijo Jonas, despidiendo-si de los dos con un simple aceno.

El silencio que pairava en el vilarejo fue roto por los gritos del pequeño Wallace, que más parecían bramidos rouquenhos.

—Ella está bien! Ella está bien!

...

A los pocos lo vilarejo volvía a su vieja rutina. Mujeres de faldas y saiotos cruzaban la carretera con enormes trouxas de ropas en la cabeza, rumbo al riacho. Las mejillas rosadas brillaban al toque sencillo de los rayos del sol, que se mostraba firme a aquella hora. En contra, hombres fuertes y rudes arrastraban enormes toras de madera para transformá-las en leña para calentar las frías noches dy invierno.

Cada miembro de la así nombrada “Comunidad de la Paz”, tenía una tarea muy bien definida, escogida por los miembros del Conselho de Anciões, hombres dotados de profundos conocimiento, con capacidad para tomar las decisiones en beneficio del bien común. La moneda de cambio no sería otra sino el trabajo, y quién se rechazara a continuación tal rito corría el riesgo de ser expulso.

Aquellos que no tenían capacidad para trabajos pesados quedaban con tareas de más pequeño esfuerzo, como a lavoura, reforma de las casas, producción de panes, trabajos domésticos y la vigilancia nocturna. El temor de una invasión es recurrente en la comunidad, lo que motivó la creación de un grupo de vigilantes que se revezavam a la noche para garantizar la seguridad de los campesinos.

Jonas paró al pie de la puerta, cuando vio Elisa cruzar su camino cargando una trouxa de ropas en la cabeza. Era una mujer de piel morena, cabellos negros y ondulados, de mirar penetrante. Tenía sólo 24 años, pero por las feições y por suya compleição aparentava ser más madura. No era el tipo de mujer vanidosa, aunque vanidad no era algo apreciável en la

comunidad. Tenía algunas espinas esparsas por el rostro, y sus ropas no eran tan conservadas en cuanto a de las otras mujeres.

Ella lanzó-le un mirar de poco significado, entre indiferencia y neutralidad, lo que fê-lo estremecer. Torció la cara abruptamente y siguió su caminata, como si nada hubiera acontecido, como si allí hubiera menos que una insignificante estatua que poco había de chamativa. Aquello alcanzó Jonas, a pesar de no ser la primera vez. Necesitaba de un esfuerzo sobrehumano para seguir su rutina sin que tales demostraciones de desprecio, si fueran de hechos reales dada la hipótesis de seren sólo una mala interpretación de la conducta de Elisa, alcanzaran-le el íntimo.

Volvió para la consulta y encontró Mateus, suyo amigo y ayudante, con los pies reposados sobre la mesa. A pesar de ser más viejo que él, cultivaba modos un tanto infantiles. Tenía 32 años, caucasiano, un hombre alto y flaco al borde de la calvicie. Sus cejas gruesas y la barba hay mucho por hacer lo dejaba con la apariencia de 60 años. Jonas insistía en acordar-le de eso.

—Quite sus pies encardidos de mi mesa y vaya a hacer esa barba, hombre —dijo él, de forma severa.

—Y a moça, está bien? —preguntó Mateus, retirando los pies de la mesa rápidamente.

—Va a quedar, a pesar de la cantidad de alcohol que ingirió. Y no haría diferencia si no quedara. No a conozco.

—A veces tengo mis dudas si usted realmente cursou medicina, mi amigo —Mateus soltó una risada esganiçada.

—Quiere decir que debo ser benevolente, una alma caridosa por el simple hecho de haber cursado medicina? Salvar vidas ya es algo digno de engrandecer un hombre, y ni por eso me siento lo salvador de la patria —vistió suyo jaleco y barrió los ojos sobre la mesa en búsqueda de su agenda. —Aquella moça, si no sepa, es una perdida. Con toda certeza se divirtió la noche toda con los rapazes del vilarejo. Diré en un portugués bien claro: flodio la noche entera.

—Topé con el padre de ella ahora a poco. Pobre hombre... —lamentó Mateus. Quedé preguntándome cuáles pecados habría cometido para tener una hija como aquella. Por ese y otros motivos pienso seriamente en no casarme. Tener hijos no es para cualquier uno. Además de eso, tengo una vida entera por el frente.

—Aunque quisiera, cual mujer quería tener un caso con un hombre sin modos, desleixado y engreído? —Jonas lo miró de soslaio y hizo algunas

anotaciones en su agenda.

—ES eso que piensa de mí? —sonrió. —Pues sepa que soy el único que consigue aturá-lo y el único capaz de auxiliá-lo en su trabajo.

—Oh, Dios, no fue mi intención magoá-lo —dijo Jonas, de forma sarcástica. —Vaya, quite un día de folga, conozca las moças del vilarejo. No hay muy lo que hacer hoy sino cuidar de los rasguños de esos chicos danados.

—Tiene certeza? Sabe que no puede vivir sin mí.

—No sólo puedo, como desearía que así fuera. Nadie es insubstituível, mi amigo.

Mateus vistió suyo casaco, visiblemente magoado con las palabras de su jefe y amigo.

—Tras esa debo ir aún. Si yo volver mañana, considere-si un tipo de suerte.

Jonas sonrió, su forma particular de pedir disculpas.

Vio la figura esguia de suyo ajudante cruzar a puerta. Creía en el suyo talento. Fue un acontecimiento digno de nota tê-lo conocido en la facultad. En verdad, no se haría un gran médico; sin embargo era esperto y obediente el suficiente para hacerse el mejor asistente del mundo.

Entediado, fitou por la ventana las paredes cinzentas de las casas en el otro lado. Increíble como cambiaban de tonalidade en el invierno, ganando un tono opaco y melancólico, como se cortinas lúgubres a envolvieran al primer toque de la brisa helada. Él hallaba agradable esa paleta de colores proporcionada por el frío. De alguna forma lo dejaba inspirado.

Dejó sobre la mesa lo cuaderno de anotaciones. En él registraba sus descubrimientos en un amontoado de ideas desprovidas de una orden lógica. Esa desorganização sería un problema para los más inescrupulosos que artilosamente pusieran las manos, pero para Jonas era una forma de evitar que sus ideas fueran copiadas. Quería todo el crédito por sus descubrimientos; sería no sólo a coroação por su trabajo árduo, como también la cura para sus aflicciones.

Cuando finalmente consiguió concentrarse, una mujer rubia surgió en la ventana, con sus ojos verdes y brillantes. Sonreía con un entusiasmo singular, fijando su mirar penetrante en la figura de Jonas. En un segundo desapareció, para enseguida surgir a la puerta con los brazos cruzados abajo de la cintura.

—buen día, doctor! —dijo ella, radiante. —A pesar de cinzento y frío, no deja de ser un gran día, no es verdad?

—Por qué dice eso? Veo sólo como un día común, quitando el

episodio singular en el bosque.

—ES verdad, aunque no sea novedad que las aventuras de Clarice casi siempre terminan de la misma forma embarazosa.

Jonas reconoció que su opinión sobre Clarice, aunque rude, se mostró verdadera.

—Lo que a senhorita desea?

—Bueno... estaba por cerca y resolví decir uno “hola”. Estoy interrumpiendo-lo?

—Claro que no. Debo estar pronto para cualquier emergencia; y una simple visita no sería capaz de incomodarme. Finalmente, si fuéramos comparar las dos situaciones, la segunda me parece más aprazível.

La bella mujer sonrió. Quedó en silencio por algunos segundos, y después continuó.

—Oh, por Dios, donde están mis modos. Siquiera me presenté. Llamo-me Ana Perez —ella sonrió. —El suyo yo ya sé, pero quede a la gana para presentarse.

—Ora, datos los hechos hallo innecesario hacerlo —Jonas devolvió la sonrisa, fitando las bellas feições de la moça. —No esperaba quedar tan famoso en tan poco tiempo. Realmente, estoy sorprendido.

—Pero no debería estar. Necesitábamos de un médico en la comunidad. Soy, tal vez, la única a compartir la opinión de que uno curandeiro no es capaz de resolver todos los problemas en el que se refiere a la salud de los campesinos.

—Debe conocer también mi opinión sobre esos curandeiros, aunque deba concordar que hayan conocimientos necesarios para resolver los casos más simples, como lo de Clarice.

—A ressaca de ella es lo de menos. Esa niña parece no tener solución. No tiene uno goteo de júizo. Siento pena del padre de ella, viendo todas las moças del vilarejo siguiendo una vida de santidade mientras la hija prefiere hacer la alegría de los rapazes.

Ana barrió los ojos por la consulta. Aún sabiendo que Jonas había llegado hace poco tiempo, consideraba el local simplório demás. No había cuadros, o cualquier objeto decorativo. Tenía mil ideas para dejar la consulta más apresentável, pero prefirió quedar en silencio, de momento, hasta ganar la confianza de él.

—Fue una conversación agradable, doctor, pero temo estar confundiendo suda meditação —ella se volcó, dejando el vestido esvoaçar

tímidamente —Necesito ir ahora. Comprometí-me con una de las obreiras de la iglesia, para organizar el culto de hoy a la noche. Aprovecho para dejar la invitación y espero que señor comparezca.

—Bueno, no tengo compromisos para hoy. Será un programa agradable y, con un poco de suerte, instigante —dijo él, sonriendo. —Estaré allá.

—Muy bien, entonces... hasta inmediatamente, doctor.

Jonas acompañó a moça hasta la puerta.

—Hasta más tarde, señora.

—Senhorita —retrucou ella. —No soy casada, aún...

## Capítulo 2

Roberto miró más una vez para el reloj. Ya pasaba de las 22h, y temía que suya testifica llave en el caso que estaba investigando no dispusiera de ánimo para esperarlo. Había marcado en el bar Hilston a las 22h15min, pero el tiempo ruim y lo engarrafamento podrían lo impedís de llegar en el horario. Además, este horario fuera combinado teniendo en mente los posibles percalços durante el trayecto, no comportando un retraso más largo que el esperado.

Allá fuera, una lluvia fina embaçava el vidrio del taxi. La hilera interminable de edificios cansaba-se las vistas, mientras que los pedestres, caminando apresuradamente por la calzada, huyendo de la lluvia, dejaram-en el aliviado, pues fuera una de sus ideas parar a tres quarteirões del bar y seguir a pie.

Él cogió lo pingente, dedicando total atención a los inscritos en el verso. Si no tuviera desenterrado el cuerpo de Madeline, a aquella hora estaría revirando una pila de papeis en búsqueda de un testimonio que lo quitara del intricado entrave en que se encontraban las investigaciones.

Quedó imaginando cómo sería la misteriosa “Iglesia del Diablo”. A pesar de ser un investigador experto, aún no tenía se deparado con un caso tan peculiar. Tenía oído historias sobre sectas satânicas, sacrificios humanos y todo tipo de bizarrice que la mente humana podría concebir, pero aún no tenía conocimiento de una iglesia creada para idolatrar el propio Diablo. Ese hecho sirvió para hacer el caso aún más instigante.

—Por gentileza, podría ir más deprisa? —sugirió Roberto, mirando para el reloj por la tercera vez.

—Doctor, mira como está ese engarrafamento? No puedo ir más deprisa, a menos que consiga pasar por cima de esos coches.

—Pues bien, podría por lo menos coger un atajo? Tengo un compromiso importante de aquí a 15 minutos.

—Jefe —dijo lo taxista, intentando ser paciente —Estamos muy cerca de su destino, pero en ese ritmo, llegaremos allá en 20 minutos, por lo menos. Si fuera a pie, partiendo de aquí, puede llegar en menos tiempo.

—Olvide, no voy me moje —retrucou.

Roberto era un hombre por demás vanidoso. Usaba los tiernos y zapatos más caros y odiaba la idea de velos mojados —o manchados. Si

podría, cruzaría el mundo en una burbuja para evitar la suciedad. Louise, su ex-novia, lo admiraba por esta que consideraba su mejor calidad. El relacionamiento no salió bien por otros motivos. Él entonces resolvió rendirse a la vida de solteiro. Desde entonces vive en un pequeño apartamento en el centro, vez u otra, visitado por una chica de programa contratada por la internet.

Estaba investigando el asesinato de Juliana Mendes cuando se deparó con la serie de asesinatos que ocurrieron en otra circunscripción. Ocho mujeres fueron brutalmente muertas la puñaladas sin antes ser impudicamente violadas por el asesino. Al ver las fotos de las víctimas, quedó extremadamente chocado, a despeito de los incontables casos análogos que ya investigó. Tales imágenes ganaron espacio de recurrente acceso en su mente. Roberto entregó a su compañero de trabajo, tan competente cuánto, el caso actual, y resolvió investigar las misteriosas muertes.

Consumió novecientas páginas de testimonios en menos de una semana. Llegó a dispensar algunos encuentros con mujeres atractivas para analizar las fotos quitadas en las escenas de los crímenes. Las paredes de su cuarto quedaron cubiertas por recortes de periódicos, anotaciones, fotos, testimonios y todo que estuviera relacionado con las muertes.

Al percibir que estaba creando una intrincada línea de investigación que sin ningún control lo llevaría para uno beco sin salida, resolvió cambiar de rumbo. Necesitaba escoger una de las víctimas como punto de partida, para entonces establecer una conexión entre ellas. Acostó-se en el sofá y miró las fotos de las moças, todas jóvenes y atraentes, sin cualquier conexión unas con las otras. Todas fueron muertas tras la media noche, y las escasas testigos poco pudieron colaborar con lo retrato-hablado del asesino.

Lo que se sabía sobre el perfil del “Serial Killer” era frustrante y extremadamente didáctico. Un hombre con edad entre 30 y 45 años, con dificultades de relacionamiento, extremadamente meticuloso, frustrado sexualmente y detentor de una inusual habilidad para encubrir pistas. Podría ser alguien de QI elevado, un autodidacta, que desarrolló un curioso *modus operandi* que quitaría el sueño de cualquier investigador

Tras mucho batir cabeza para escoger una de las víctimas, Roberto resolvió intentar la suerte. Como me gustaba entrenar con dardos, colocó las fotos en el blanco de entrenamiento, cerró los ojos e hizo un único arremesso. Al abrir los ojos, vio que había alcanzado la foto de Madeline.

Madeline era garçonete en un café conocido de la capital y, a la

noche, hacía facultad de Derecho. Cursava el primer semestre; tenía un óptimo relacionamiento con los profesores y estudiantes.

Lo que llamaba la atención sobre ella era el hecho de frecuentar una boate siempre desacompañada. Durante las investigaciones, descubrieron que ella no tenía novio, muy menos se relacionaba con otros hombres. Testigos decían que Madeline quedaba sola, consumiendo amplias de energéticos. Quando algún muchacho se aproximaba, era ríspida y de pocas palabras.

Fuera la tercera víctima. Su cuerpo fue encontrado en un terreno baldío a cerca de nueve kilómetros de la boate donde frecuentaba. Todos los rapazes que hablaron con ella en la noche del crimen fueron localizados y encuestados, pero todos tenían uno álibi y ninguno de ellos puede suministrar informaciones que pudieran esclarecer el caso.

Roberto bajó el vidrio y miró para la calzada. La lluvia había pasado, y las personas parecían menos desesperadas para huir de la lluvia.

Faltaban sólo cinco minutos. Sabía que su testigo podría esperar, por lo menos, cinco más; pero la idea de chagar atrasado no le agradaba.

—Puede parar aquí, por favor. Seguiré a pie.

—El señor es quien manda, jefe.

Al abrir la puerta, miró para lo asfalto en búsqueda de una poça traidora que pudiera quitar a graxa de sus zapatos. Dio uno pulo hasta alcanzar la calzada, sonriendo con su hazaña. Corrió algunos metros hasta llegar prójimo a las vitrines de las tiendas, con sus mercancías brillantes y chamativas.

No quería más mirar para el reloj, temiendo apresurarse demás. Roberto tenía tiempo y necesitaba aproveitá-lo para ensaiar sus preguntas. Había hecho eso en el taxi, y antes, mientras tomaba baño; pero aquel encuentro necesitaba ser el más conclusivo posible, sino tendría que comenzar del cero.

Atravesó la calle, acompañado por la multitud frenética que huía de la lluvia que vendría en breve. Volcó a la izquierda, en una ruela poco movida. Había pocas tiendas abiertas, muchas de ellas, de comerciantes de cigarrillo y bebidas. No era un punto ideal para montar un negocio de verdad, como una boutique o una tienda de departamentos.

Roberto tenía dudas de que sería un lugar discreto, pero al ver lo cuánto el ambiente era desierto, sintió-si aliviado. Al entrar en el bar, observó que había sólo tres hombres esparcidos por el salón. Su testigo estaba en el mostrador, consumiendo un vaso de Martini. Era un hombre de media edad, cabellos cortos y grisalhos, usando una chaqueta vieja y botas.

Medio sin jeito, paseó por el lugar, mirando los pôsteres de mujeres desnudas en las paredes. Había un espacio para practicantes de dardos, pero en aquel instante no había nadie entrenando.

Él fitou el hombre barbudo atrás del mostrador. No era el típico *barman* buena pinta que se ve en otros lugares. Era un hombre de rostro carrancudo, con una tatuagem de ancla en el brazo izquierdo. Lo *barman* miraba para él con desconfianza, andando de un lado para el otro enxugando un vaso.

Roberto sentó-si al lado del hombre de cabellos grisalhos.

—Señor Cruz, que bueno el haber encontrado. Por poco llegué atrasado, pero las circunstancias me favorecieron en el final. Puedo pagar-le una bebida?

—No sé se puedo mantenerme sóbrio con más un vaso de Martini... —el hombre parecía cansado, con su voz arrastrada. —Tal vez, si pagarme algo más leve. Estoy bebiendo hace dos semanas sin parar, sabe? No tengo la misma disposición de la juventud.

—Modestia suya. Parece-me soporte muy bien la bebida. Pero ya que prefiere algo más leve, y yo también, creo que una agua con gas sea algo pertinente.

—Me asustó, mi joven —dijo el viejo, ensaiando una sonrisa. — Pensé que iría a pagarme un vaso de leche.

—Bueno, no es a ocasión pertinente —se rió Roberto. —Hay otras mesas vacías por allí —apuntó para el fondo. —Me Gustaría de acomodarse en un espacio más reservado para que otros no atenten a la nuestra conversación?

—Ora, no veo problemas en conversar aquí, pero si el señor desea, ¿por qué no?

El hombre levantó-si pesadamente, dejando uno de los pies resbalar discretamente, volviendo su posición normal como si nada hubiera acontecido. Fitou Roberto con detenimiento, intentando quitar-le alguna impresión.

—Puede llamarme de Bartolomeu. En la condición que estoy, no hay espacio para formalidades.

Escogieron una mesa en la esquina más alejada del salón. La mala iluminación hizo con que los pôsteres quedaran ocultos en las sombras, dejando sólo la visión de la puerta de entrada, además de la mesa de sinuca. Roberto intentaba esconder su ansiedad, pero era tanta que rebosaba en su faz

rubra.

—Disculpe incomodá-lo, Bartolomeu. Sé que aún no superó la muerte de su hija; sin embargo creo que quiere, así como yo, ver el asesino atrás de las rejas.

—En verdad lo quería sentado en mi frente para una conversación franca antes de enfiar-le una bala en medio de la prueba —dijo Bartolomeu, sin titubear.

—Sin dudas —concordó Roberto. —Si me fuera permitido traerlo hasta usted, crea en mí, haría el posible para permitir ese encuentro, pero sabemos que mi misión es antes de todo capturá-lo. Por eso marqué esta entrevista. Preciso del máximo de informaciones sobre su hija.

—Ora, pero en mi primer testimonio a la policía dijo todo que sabía.

—No tengo dudas de eso, Bartolomeu. Pero algunas informaciones pueden haber sido ocultadas por razones que no caben aquí sean reveladas. Mi intención es las conseguís, y tengo certeza de que el señor será capaz de ayudarme.

—Pues bien —dijo Bartolomeu, haciendo señal para lo barman traer el pedido. —Comience de un golpe, mi joven.

Roberto parecía satisfecho con la disposición de Bartolomeu.

—Dígame, ¿Madeline alguna vez huyó de casa?

—Bien... Sólo una vez, cuando tenía 14 años. Ella tinha una amiga que la llevaba para el mal camino. Conocía el padre de ella, hombre trabajador, dueño de una fábrica de caña-de-azúcar. A pesar de la enorme fortuna, nunca tuvo pecho para confrontarla. Un padre con un poco de bueno senso a colocariba en una escuela de verdad, sólo para moças.

—Como ella fue encontrada?

—No fue preciso busca-la. Volvió para casa tras cinco días, con la cara más sucia que lo asfalto de esa calle. Ni preciso decir que llevó una bella paliza, mía y de su madre.

—Sabe si ella tenía un novio en la época?

Bartolomeu bajó la cabeza y se puso a pensar.

—Tenía un muchacho, el nombre de él era... Isaac, hijo de un pastor. El muchacho hasta que era derecho, pero no conseguía cautivarla, ¿sabe? Quedaron juntos por algunos meses. Después nunca más lo vi.

—Entiendo. Puede decirme cuando su hija resolvió salir de casa?

—Antes de completar diecisiete años. Dijo que haría facultad para hacerse una gran abogada. Cualquier padre, aún en suyo juízo perfecto, no

impediría un hijo de realizar sus sueños, a despeito de la poca edad. Entonces dejé-a ir, imponiendo sólo la condición de visitarme por lo menos una vez al año, cosa que ella nunca hizo.

—Pero ella llegó a enviarle alguna carta, o telefoneaba?

—Me envió algunas cartas y raras veces hube telefonado. Paró de hacer contacto nueve meses antes de su muerte.

—¿Lo que ella relataba en esas cartas?

—Hablaba de su vida en la ciudad grande, amistades, los empleos que tuvo. Nada de excepcional. Comentó sobre uno u otro novio, pero no percibí nada de anormal en tales relacionamientos.

—El señor adelantó-si en cuanto a mi próxima pregunta, relacionada a los novios que ella tuvo —Roberto sonrió. —Pues bien, entonces me diga sobre la religión de su hija. Ella frecuentaba alguna iglesia?

—Cuando vivía conmigo, iba todos los domingos a la capela rezar. En la ciudad grande —Bartolomeu hizo una breve pausa. —Ben, ella no me dijo nada a respeto.

Roberto hizo un breve silencio, continuando enseguida.

—Bartolomeu, esperlo que no quede zangando con la próxima pregunta. Sepa que estoy de su lado y quiero mucho ayudar.

—Deje de rodeios, hombre. Tras perder mi hija, nada más puede sorprenderme.

—Correcto. ¿El señor ya oyó hablar de la “Iglesia del Diablo”?

La noche despontou seguida de uno tenue niebla que cubría las calles y calzadas. Los edificios se iluminaron y los postes formaban una línea cintilante que findava en la primera esquina.

Bartolomeu tomó uno gole d’agua, y una repentina mueca surgió como reacción a la ausencia de alcohol en la límpida bebida. Seguiu-si el más completo espanto, de aquellos que no se ve todo día. Fue cómo oír un niño hablar sobre sexo.

—Habla sobre eso como se fuera algo de otro mundo? No soy uno de esos fanáticos religiosos, mi chapa. Soy católico desde que me entiendo por gente; ni por eso quedo chocado con cualesquier creaciones del hombre. Respondiendo su pregunta, ya oí hablar —hizo señal para lo barman, y pidió un vaso de cachaça. —Madeline tenía una amiga llamada Carol, moça bonita, bien comportada, diferente de cualquier amistad que mi hija tuvo. Fueron amigas durante mucho tiempo. Cuando Madeline fue para la ciudad grande, Carol cayó en depresión. No compartían de los mismos planes. Ella quería

hacerse profesora y lecionar en el interior. Sabe como son esas moças comportadas, desprovistas de ambición. Ficaram uno buen tiempo sin verse, hasta que en un viaje providencial que hizo, Carol a encontró en un restaurante. Era uno de aquellos empleos temporales. Las dos colocaron la conversación en día, y en ese va y viene de novedades, Madeline citó la tal “Iglesia del Diablo”.

—Tiene conocimiento sobre lo teor de esa conversación?

—Carol no me dio detalles. Según ella, Madeline parecía feliz frecuentando ese lugar. Dijo que se sentía acepta, que había si curado del rechazo que sufría en otras religiones. Estaba con un semblante diferente, más jovial.

Lo barman trajo el vaso de cachaça, devolviendo la sonrisa de satisfacción que hube abandonado Bartolomeu al consumir el agua con gas.

—Los jóvenes no tienen la real noción de sus actos. Son aventureiros, manipulabais y terriblemente alegres; uno prato lleno para charlatões. No dudo que haya sido engañada —dijo él.

—Concuerdo con el señor. Pero me diga, Madeline dijo donde quedaba esa iglesia?

—Puede haber dicho a Carol, pero no a mí. Tampoco me preocupé en preguntar. No hallé relevante. Un padre intenta, en la medida del posible, no interferir en la vida de los hijos cuando adultos.

Roberto retiró del bolsillo lo pingente que encontró en el cuello de Madeline. Mostró-lo a Bartolomeu, que dejó escapar uno brillo tímido en los ojos.

—Su hija usaba ese pingente. Creo que el señor debería quedar con él.

—También hallo. Tengo recuerdos dolorosos de mi hija. Necesito de algo que me quite parte de ese dolor.

El salón de repente se iluminó. La confusión de tacadas en la mesa de bilhar hizo romper el silencio del lugar.

Roberto entregó lo pingente a Bartolomeu.

—Necesito hablar con la amiga de su hija. Donde puedo encontrá-la?

—Ella vive en una casa de campo en el interior, creo que se llama Casa de campo Alvorada. Busque en la única escuela de las redondezas y creo no tendrá dificultades para encontrarla.

El líquido incolor era una invitación a la embriaguez. Bartolomeu volcaba cada vaso como se fueran gotas d’agua en un desierto escaldante. Jubilado, era la primera vez que visitaba la ciudad grande. Habría hecho en

otras oportunidades, pero no había urgencia suficiente para tirá-lo de suyo sossego.

En un viaje de seis horas, intentó imaginar en que estado encontraría su hija. Ningún padre está preparado para enterrar un hijo, muy menos para ver su cuerpo tras un crimen. Él estaba terriblemente aflito, tomado por gran inseguridad. Cuando se aproximaba de la terminal, su corazón quedaba acelerado, echaba en falta de aire y uno desconforto inominável.

Dos hombres lo esperaban en la terminal rodoviário. Un alto, de piel morena y cabellos compridos; el otro, de estatura mediana, fuerte y de rostro achatado. Eran de la policía, encargados de lleva-lo al necrotério. Bartolomeu cambaleava, actuando cómo se hubiera perdido el rumbo. Los hombres lo fitavam, conmovidos.

Al lleguen al necrotério, Bartolomeu escorou-si en el mostrador. Una moça de cabellos rubios ofertó-le un vaso d'agua, pero él rechazó educadamente. Con pasos vacilantes y apariencia arrasada, penetró en el pasillo fúnebre y apenas iluminado. El olor de la muerte no era nauseabunda, pero reconhecível a la distancia. Fue con aquella fragrância que él fue guiado hasta la sala donde el cuerpo de Madeline estaba.

A moça, aún desnuda en la maca, fue cubierta por uno lençol —un procedimiento normalizado, reforzado por el respeto a los parientes de las víctimas. Él debruçou-se sobre a maca e hizo una breve plegaria. Liberando-si de la inseguridad que lo asaltaba, estiró lo lençol y vio el rostro pálido de Madeline, de labios descolorados y expresión mortificada. Suspiró brevemente, cerrando los ojos enseguida.

Fuera la última vez que la vio. Halló por las buenas no ir al entierro. No se sentiría bien.

En el bar, conversando con Roberto, sintió-si más tranquilo. Tal vez era eso de que necesitaba: de una compañía, alguien para desahogar.

—Sabe, mi muchacho, si yo tuviera la oportunidad de volver atrás, habría impedido mi hija de venir para acá. Pero sé que no sería capaz de convencê-la. Madeline necesitaría de uno motivo además de sus fuerzas para desistir, y yo sabía que tal motivo no existía. Ahora como volveré para casa sin ella? —él comenzó a llorar —El señor es un hombre esperto. Parece-me sagaz y el único capaz de encontrar el asesino. No veo una razón siquiera para estar errado en cuanto a eso; entonces si deshaga de ese espanto, recubre

el ánimo y encuentre ese hijo de la puta.

Roberto asintió, sin decir una palabra. Dejó el hombre en el bar; correcto de que nada que dijera podría debilitarle el dolor.

Vagueou pela ruela casi desierta y oscura. No era un lugar peligroso, sin embargo, a aquella hora, no era una invitación para multitudes exaltadas.

Él concluyó que la conversación fora provechosa, aunque no hubiera conseguido la localización de la “Iglesia del Diablo”. Si encontrara la amiga de Madeline, sus oportunidades de éxito aumentarían.

Al llegar a su apartamento, preparó las maletas. Barrió los ojos por la pared apiñada de recortes y fotos. Vio el rostro de Madeline, una moça sorridente y soñadora. Imaginó como sería grandioso el futuro de ella si no fuera la intervención del impiedoso asesino.

Más del que nunca quería encontrá-lo, no sólo por su deseo de resolver el caso, pero también para atender ael pedido de un padre destrozado pela dolor por haber perdido su única hija. De mañana pronto viajaría para el interior en búsqueda de respuestas.

### Capítulo 3

El día fue inesperadamente tranquilo. La única emergencia, si es que se puede considerar así, fue un chico que rasgó la rodilla mientras jugueteaba de balón. Algunos puntos y varias advertencias fueron suficientes para resolver el problema.

Jonas no estaba cansado. Acordó-si de la invitación de Ana para el culto de aquella noche —y como no tenía nada para hacer —resolvió ir.

Él ya había participado de cultos anteriormente, hijo de padres evangélicos. En un de esos espectáculos —como de cierta forma llamaba — la multitud, no se sabe se era ensaiado o una terrible obra del acaso, comenzó a debatirse, chocando-si unos contra los otros como verdaderos alucinados. Una de las ayudantes del pastor tenía la curiosa misión de cubrir el rostro de aquellos que por ventura desmayaran durante lo “ritual”. Jonas presenciou la escena cómica intentando no evidenciar el suyo torpor.

Vistió su mejor ropa y siguió para la iglesia. No tenía la noción del quão oscuro quedaba aquel lugar. Estaba acostumbrado con las noches iluminadas de la capital, con las ofuscantes luces de los coches para empeorar. En el vilarejo era como si no hubiera vida después de lo poner del sol. Quién no iba para la iglesia, cerraba las puertas y las ventanas. Las lamparinas quedaban acesas aquí y allí, de forma providencial. Era de hecho un paisaje inusual y amedrontadora ver aquellas casas ocultas en las sombras.

Habría llamado Mateus, pero él aún parecía molesto. Llegó a la consulta alrededor de las 17h30, con cara de pocos amigos. Siquiera dijo uno “Hola”. Fue directo para el cuarto.

Jonas necesitaba de un momento solo. La noche parecía agradable, no muy frío, ni muy caliente. Un viento confortador batía en su rostro, refrescando-lo. De repetente oyó el sonido agradable del coral de la iglesia.

Aún tímido, subió los escalones, deparando-si con niños que corrían, ignorando el llamamiento de las cuidadoras.

La iglesia, a pesar de haber sido construida en medio del nada, era bien aprazível. En las paredes yacían hileras de bellos buquês de rosas. Lo piso era impecablemente limpio y brillante; y el altar en nada perdía para las grandes

catedrales, respetadas las proporciones, con vitrais coloreados y chamativos.

El lugar era predominantemente frecuentado por mujeres. Había pocos hombres, pero estos evidentemente conservaban una fe inabalável. En el fondo del altar, yacían tres bellas mujeres sentadas, con sus vestidos largos y blusas desprovistas de decote. Jonas rápidamente reconoció una de ellas, a moça que había visto de mañana. Ella sentaba-si en el centro, impassível, como si nada pudiera acometê-la.

El pastor era un hombre de aproximadamente sesenta años, cabellos cortos y castanhos, barba bien-hecha y nariz achatado. Tenía un discurso prolixo, a pesar de la devota atención de los miembros.

—Hermanos, sólo existe un camino a continuación: lo de la salvación. Quién, por cualquiera razón, resuelve desviarse de ese camino, encontrará la perdición, el pecado y el infierno —dijo él, fitando los fieles con los ojos incisivos.

Sonriendo medio que desconfortavelmente, Jonas buscó un lugar para si sentar. Algunas de las moças lo fitavam con curiosidad. No era común un muchacho apresentável ir a la iglesia.

Ana estaba sentada más al frente, sin embargo, inexplicablemente, lo vio por entre la multitud, que permanecía en pie. Ella dejó escapar una ancha sonrisa, y abrió camino para encontrá-lo. Usaba un bello vestido blanco, no tan largo como lo de las otras moças, y sus cabellos rubios fueron resumidos a uno delicado penteado adornado por lazos.

—Que bueno que vino, doctor. Pensé que...

—Ora, claro que vendría. Como podría rechazar una invitación tan amigável?

—Agradezco de corazón su presencia. No es fácil traer hombres para la nuestra congregação. Los más jóvenes, ni me quiebra. Cuántas horas gasté para intentar convencê-los a buscar a Dios... —dijo ella, aparentando resentimiento.

—No debería culparse. Usted hizo su parte. Cabe a ellos tomar la decisión que hallaren de más correcta.

—Tiene razón. ES que me comprometo tanto en trazê-los para nuestro hogar.... Esos jóvenes hacen mucho, beben demás y hacen cosas absurdas,

sabe? Siempre que quedo sabiendo de las locuras que ellos cometen, por Dios, no me gusta ni de pensar.

—Son jóvenes, nada y ni nadie los impedirá de hacer besteiras en la vida. Llegará un momento en que tomarán juízo, o entonces, se arrepentirán amargamente.

—Como dijo? —inquieriu ella, asustada con las palabras de Jonas.

—Nada.... Sólo pensando alto —él fitou el pastor, analizando-le suyas feições —Como él si llama?

—Gerônimo Campos, o “pastor Gerônimo”. Está con nosotros hay muchos años, desde que perdió la esposa. Vivía en la capital. Congregava en la más respeitável iglesia de la región. Cuando su esposa murió, resolvió largar todo para vivir con nosotros. ES un buen hombre...

—Y debería ser, finalmente, es un pastor.

—Verdad. Pero él parece ser un religioso diferente de los otros, un hombre por demás inteligente y preocupado con nuestra comunidad. Puedo decir que tiene el perfil de un verdadero líder.

Jonas, por un instante, desvió su mirar para los ojos de la moça que sentaba en el centro del escenario.

—Quién es ella?

—Ah, sí, noté su súbito interés mientras estaba solo. ES la hija del pastor Gerônimo. Llama-si Elisa.

—Elisa... Que bello nombre —murmuró él.

—La única hija del pastor y su mejor colaboradora. Ella queda encargada de organizar los cultos. Una mujer bien prendada, trabajadora. Ayuda las lavadoras de mañana y a la tarde realiza trabajos domésticos. A pesar de ser bonita, nunca tuvo novio, no por aquí. Cierta vez confidenciou-me que no pretende casarse tan cedo. El pastor me acogió como una hija y a considero una hermana.

—Ella no parece importarse con mirarlos que le son dirigidos por los hombres.

—Siempre fue así desde que a conocí. Tal vez por tener una personalidad tan misteriosa, no evitó que se inventara tantas historias a su

respeto.

—Imagino. Una mujer como ella debe esconder muchos misterios...

Elisa barrió los ojos por la iglesia. Aquella expresión severa perdió lugar para la sorpresa al ver Jonas. Discretamente desvió el mirar, y fitou su padre. El pastor Gerônimo también lo vio, sin embargo, continuó su pregação.

—Dios quiere nuestro bien, aunque hagamos exactamente el contrario del que Él desea. Seamos, entonces, un ejemplo para nuestros hijos, practicando el bien y evitando el pecado. Así agradaremos a Dios.

Gerônimo concluyó a pregação y volvió para su oficina. Cansado, se sentó al piano y se puso a tocar sus himnos favoritos, canciones que hube aprendido aún joven, en su primera iglesia en la capital.

Sintiendo-si sofocado, desabotoou su camisa. Respiró un poco del aire de aquella noche fría. Sabía que necesitaba vacacional, y muchos de los fieles tenía la misma opinión; pero él hallaba mejor continuar su trabajo. Tenía una necesidad imperiosa de mantener la cabeza ocupada con el único ofício que sabía desempeñar.

A veces él sentía fuertes dolores lombares, lo que lo obligaba a permanecer en pie por algún tiempo hasta aliviá-las, lo que ni siempre acontecía. Hacía un esfuerzo tremendo para continuar, disfrazando la expresión de dolor delante de los miembros de la iglesia. No podría, en hipótesis alguna, demostrar flaqueza. “Un hombre de Dios consigue fuerzas para continuar, a pesar de las adversidades”, pensaba él.

En la oficina, había pocos cuadros, pero todos se destacan por el gran impacto que causaban a cualquier uno que los viera. En un de ellos yacía a gravura de Cristo crucificado, la sangre escurriendo por sus manos, cabeza y pies. Lo que más causaba comoção era la expresión de dolor y sufrimiento de él.

Sobre la mesa, había pocos papeis. Una de las ventajas de cuidar de una iglesia escondida en medio del mato es que a burocracia siquiera llega a los calcanhares. Gerônimo no tenía preocupación con impuestos u otro gasto. Tenía sólo uno retrato de su fallecida esposa, Melinda.

Ella era muy bonita, dueña de una aura extraordinaria. Gerônimo cogió suyo retrato y quedó a contemplá-la, impassível. Pero cuando ciertos

recuerdos lo asaltaban, sentía gana de jugarlo lo más lejos posible.

En la oficina, él no conseguía permanecer despierto. Luchaba contra el sueño, con quem digladiava sin el uso de armas. De repente vino en su mente la figura de Jonas, el médico nuevo de la comunidad. Por algún motivo creía que él sería una amenaza; pero no hubo tiempo para pensar en eso. Acabó vencido por el cansancio y adormeció.

...

Rápidamente, el salón vació-si, quedando sólo las ayudantes de la iglesia. Elisa y dos mujeres más eran las encargadas de realizar la limpieza, mientras las otras reorganizaban el local.

Ana vivía a algunos metros de la iglesia. Jonas, retribuyendo-le la invitación, prontificou-si a acompaña-la. La compañía de una bella mujer inflaba el ego de cualquier hombre, y con él no sería diferente, aunque quisiera estar al lado de otra mujer.

Los dos caminaron lentamente por la carretera, teniendo el cielo repleto de estrellas como visión privilegiada. No era la imagen que se podía ver en la ciudad, por cuenta de la intensa iluminación artificial. Jonas quedaba fascinado, pero Ana no demostraba cualquier sorpresa.

—Debe estar acostumbrada a esa belísima visión —dijo él.

—En el inicio hallaba la cosa más linda de este mundo, pero tras algunos años, dejaba de ser interesante. Pero, por Dios, no me tome como una desalas matutas antirromânticas. Claro que al lado de la compañía correcta, todo queda más bello.

Jonas sonrió, viendo la faz de Ana ruborizar-si repentinamente. Era una mujer realmente magnífica. Causaba-le espanto saber que era solteira, aún más en un lugar con tantos hombres.

—Digo-le más una vez, será de grande ayuda su presencia en nuestro vilarejo. Espero que se acostumbre inmediatamente. Percibí que aún está un tanto tímido, tal vez, por no conocer mucha gente por aquí.

—En cuanto a eso, no se preocupe. Soy de aquellos que se adaptan rápidamente. Sólo no soy el tipo sociável que hace amistades fácilmente. Por el contrario, intento quedar en mi, prendido en mis estudios y cuestionamientos.

—Típico de hombres inteligentes, imagino —dijo Ana, con una sonrisa tímida.

Jonas se detuvo con el elogio y fitou Ana.

—Usted no me contó mucho sobre su vida. Tiene planes para el futuro?

—Cuando se resuelve vivir en una comunidad alejada de la sociedad, ya se ha uno destino trazado. Dejé mis ambiciones para tras, en búsqueda de paz y sossego.

—Y lo que hacía en la ciudad?

—Era auxiliar de enfermería. Trabajaba en un hospital particular medio periodo, y hacía facultad de Enfermería a la noche.

Él quedó sorprendido. No podía imaginar que aquella mujer un día pensó en ser Enfermera. Era muy delicada, un tanto contenida para trabajar en una área que exigía dedicación y nervios de acero.

—Por qué desistió de todo?

—Por myo padre. Él fue asesinado al salir de la oficina donde trabajaba. Tras eso, perdí la fe en las personas de la ciudad grande. Necesitaba de un lugar donde me sintiera bien, coge; un lugar donde pudiera vivir rodeada de personas buenas.

—Cree que encontró ese lugar?

—De momento, sí. Aquí encontré todo que buscaba —Ana paró abruptamente, y fitou Jonas. —Y el doctor, como vino parar aquí?

—Una larga historia, que ocuparía ciertamente el resto de la noche. En parte, necesitaba de un lugar inspirador donde pudiera realizar mis investigaciones. Necesito de respuestas para ciertas cuestiones que me atormentan, cosas de médico, usted no entendería. Finalmente, yo necesitaba de un lugar discreto donde yo pudiera mantener mi privacidad y retribuir de alguna forma.

—Somos por demás discretos. Tendrá la privacidad que tanto desea, eso puedo garantizarle.

Quedaron callados por algunos segundos. La noche hube quedado más fría. Jonas quitó suyo casaco y a cubrió. Ana sonrió. Intentó decir algo, al menos, para agradecer por el noble gesto del muchacho. Pero no consiguió

decir una palabra. Fue como si el frío hubiera congelado sus cuerdas vocales. No tardó mucho para llegar a su casa.

—Gracias por acompañarme, doctor. Espero ve-lo mañana.

—Puede tener certeza absoluta, estaré en el mismo lugar. En un vilarejo cómo ese, raro sería si no a viera por ahí —se rió Jonas.

Ana permaneció tímida. Fitou Jonas, esperando alguna reacción de él. Pero él se mostrava un verdadero cavalheiro. A Laquela altura, no sería capaz de desrespeitá-la, aunque ella deseara que lo hiciera.

Los dos, entonces, despidieron-si con un respetuoso abrazo.

Jonas no tenía intención de volver para casa. No tenía sueño. Por cuenta del día entediante, estaba ansioso por una aventura.

Cruzó todo lo vilarejo y siguió para el bosque. Subió la colina, mirando para el cielo estrellado. Al fondo, oía a sinfonia de lobos en uivos aterradores. Aquellos sonidos intimidadores aumentaban-le a adrenalina, haciendo-el caminar con uno ímpeto jamás experimentado.

En el bosque el frío era más intenso. Él ajeitou suyo casaco, por veces, erguendo-lo hasta la cabeza. Tenía ganas de dormir allí, en medio del mato, viendo las estrellas, y, posteriormente, el nacer del sol.

Embrenhou-si en el bosque como un chico curioso. En la oscuridad era difícil identificar los galhos y piedras por el camino. Vez u outra acababa tropezando, y riendo de sí aún con las caídas.

En su frente, vio algo como un tronco caído cerca de los árboles, pero extrañamente tenía una forma humana. Asustado, él fue ver lo que realmente era. Lo uivo de los lobos si acentuaba. Parecían muy próximos del local.

Jonas fue sorprendido con algunos galhos que surraram su rostro inesperadamente. Con rabia, quebró todos. Fue entonces que él se arrepintió de su aventura. Quería volver para casa, pero antes, necesitaba ver que lo era aquello en medio de los árboles.

Cuando se aproximó, vio que algo estaba errado. Había una trilha recién-formada que findava en el supuesto tronco. Él siguió esa trilha, y acabó tropezando nuna bota, del tipo que era usada por las mujeres del vilarejo.

Inmediatamente a la frente, lo que parecía ser un tronco, en verdad, se

trataba del cuerpo de una mujer.

## Capítulo 4

Nuevamente aquella lluvia fina lo alcanzó cuando falda del edificio. Era cómo se lo persiguiera implacablemente, calculando sus pasos y adivinando la hora exacta en que falda de su apartamento.

Roberto no quedaba más sorprendido con esas increíbles coincidencias, las cuales consideraba cósmicas. Era una cuestión de adaptarse y revertir el efecto negativo. El hombre que se deja subjugar en la primera dificultad, no merece tener éxito en la vida —así él pensaba.

Vistió su portada de lluvia y siguió por la calzada, más tranquilo del que en aquella noche en que encontró Bartolomeu en el bar Hilston. Precavido, usó su zapato más gasto, dejando-el libre para pisar en las poças que por ventura encontrara en el camino.

El viaje para Punta Gruesa podría ser hecha fácilmente de coche. Eram sólo dos horas de viaje por una carretera que más parecía una alfombra de tan perfecta. Para muchos sería la oportunidad de realizar un viaje tranquilo, oyendo música; pero para él sería tan entediante cuánto una fila de banco. Roberto era el tipo de hombre que fracionava su tiempo con esmero, y dos horas oyendo música era uno desperdicio incalculável e irrecuperável. Cuando estaba solo en su apartamento, pasaba a lo sumo media hora oyendo sus canciones preferidas, en una especie de breve refresco del alma, eso si no quedara entediado antes.

Tenía loutros planes en la verdad. Quería aprovechar mejor el tiempo, haciendo aquello de que más me gustaba: analizar las personas.

Ese era uno de suyos passatempos preferidos. Me gustaba descifrar las personas, entender sus gestos, manias y locuras. Era cómo se pudiesse leer sus mentes, saber exactamente en que estaban pensando y lo que irían a hacer en el minuto siguiente. Además de ser un buen ejercicio, era útil en seus interrogatorios. Podría anticipar respuestas e identificar testimonios falsos.

En su opinión, era un error clásico juzgar las personas por la apariencia. Las ropas dicen muy poco sobre alguien, básicamente, define se tiene bueno gusto o no. Los gestos, mires, manias e inclinaciones son más completos, son como pistas que determinan buena parte de la personalidad y carácter, hasta en el más disimulado de los sospechosos.

Una mujer de vestido largo cruzó por él antes de llegar a la esquina. Estaba por demás apresurada, mirando muy para los lados. Roberto pudo

determinar, rápidamente, que era una joven insegura, sin foco. Aprisa es el indicio de que ella no determinó precisamente sus pasos aquel día. No estaba atrasada para un compromiso, pero debido a su inseguridad, tiene la impresión de que estaba siempre en la iminência de perder la hora, de que hay algo huyendo de su control. Probablemente sufre de insomnio, despierta pronto y llega al trabajo antes del horario.

Satisfecho, atravesó la calle casi desierta. Precisava coger el autobús de las 20h en la terminal rodoviário, que quedaba hace quince minutos dali.

Por un instante vino en su mente la imagen de Madeline, una moça que vivía en la correría diaria, saltando de autobús en autobús para llegar a su trabajo. Intentaba imaginar lo cuánto era cansativa su rutina, viajando en autobús siempre lotados, rodeada de personas estresadas y fedorentas, sufriendo con el abuso de jefes exploradores, y y encima, teniendo que frecuentar la facultad tan exhausta que, si pudiera, dormiría en medio del auditorio. Ningún ser humano en esas condiciones merecía el fin que ella tuvo.

Una mujer gorda aguardaba el autobús en la parada. Con ella estaba el hijo de 4 años, flaco y pálido. Roberto no necesitó esforzarse mucho para ver que era una mujer desleixada. El chico usaba las sandálias intercambiadas, y a gola de su camisa estaba doblada para dentro. Ella, por su parte, usaba a blusa parcialmente por dentro del short apenas pasado. Quedó a imaginar cómo ella conseguía mantener el control de la casa, apiñada de chicos danados bagunçando todo que veían por el frente. Deberían vivir en un verdadero chiqueiro, con cocô de cachorro esparcido por la casa, creanças berrando, uno cesto de fralde la sucia en el pasillo y un cuarto de baño que hacía miedo para cualquier uno.

Roberto podría jugar por horas, quitando impresiones de las personas, por más triviales que sean. Apresuró los pasos para ser uno de los primeros a entrar en el autobús, y, así pues, escoger el mejor lugar. Sus pasos parecían verdaderos saltos sobre lo cimento mojado. El agua respingava en su portada de lluvia y reposaba en sus zapatos. Si fuera uno *Stefano Bemmer*, necesitaría de uno desfibrilador para traer-le de vuelta a la vida.

Llegó a tiempo de coger el mejor lugar. Sentó-si en la tercera poltrona del lado izquierdo, quedando a la ventana.

Sólo había tres pasajeros más: un señor de setenta años, cabellos grisalhos y cortos, rostro quemado y flaco; una mujer de veintidós años, alta, caucasiana, usando óculos de grado y un muchacho de dieciocho, por encima

del peso, pardo y de ojos esbugalhados. Los tres esparcieron-si por el autobús, una actitud típica e inconsciente.

Sonolento, Roberto fitou la joven alta. Cogía un romance bastante conocido: “50 Tonos de Ceniza”. Sería desperdicio de tiempo analiza-la. De súbito concluiriba que era una soñadora e insegura, nutriendo fantasias que jamás pondría en práctica.

Él miró para el viejo, tan cansado cuánto él. El hombre miraba por la ventana con la indiferencia inherente la edad. Cuando se pasa de los sesenta, por todo que ya se vio y experimentó, el mundo deja de ser una caixinha de sorpresas. Nada más lo sorprendería. Trabajó en minas de carbón por por lo menos diez años, a juzgar por su mirar débil y el estado de sus manos. Era viudo, sin embargo, no vivía solo. Alguien cuidaba de él, tal vez, un pariente. Llegó a esa conclusión a través de los brazos cruzados sobre lo pego y la respiración lenta y dolorosa.

A los pocos los pasajeros llegaban y se acomodaban en el vehículo. Una mujer embarazada se esgueirava por el pasillo intentando hallar un lugar, aunque buena parte de las poltronas estuviera despejada. “Pobre madre solteira...”, pensó él. Cargaba sólo una mochila, y aparentava ser una mujer por demás independiente, aún así el embarazo estaba en un estágio avanzado demás para poder viajar sola, aún más, a la noche.

Los otros no le llamaban tanta atención, a la excepción de un hombre flaco, de rostro rectangular y cabellos compridos. Sería sólo más uno si no fueran los ojos inquietos y los labios pálidos. Miró para las poltronas del fondo, pero prefirió quedar en la segunda del frente. No fue una elección, lo que causó estranheza. Era como si una necesidad lo hiciera sentar-si allí, algo nada habitual.

Los ojos de Roberto quedaron fijos en la figura de aquel extraño hombre. Usaba camisa de gola polo y calza jeans, ambos, malpassados. Buscó algo en el bolsillo de la camisa, palpando-lo con extrema tensión. Sus manos siguieron para los bolsillos de la calza, hasta encontrar uno maço de cigarrillos. Los ojos de él no conseguían fijar un punto, barriendo todas las direcciones sin cualquier criterio.

Después que lo ultimo pasajero se acomodó, el autobús siguió viaje. Nadie parecía importarse con la extraña actitud del hombre, excepto Roberto. Él sabía que algo estaba errado. Pero lo que quiere que sea no tencionava interferir, a menos que puse en riesgo la vida de uno de los pasajeros.

Por cuestión de seguridad, andaba siempre armado. Lo que lo dejaba

aprensivo era la idea de usar su arma en medio la tantas personas. La probabilidad de alcanzar un inocente era alto. No quería colorrer ese riesgo, a menos que un peligro mayor si apresentasse y que dispensara un juicio más detenido sobre la oportunidad de actuar.

Quedó vigilando el hombre. Esa era una de sus misiones; la otra era vencer el sueño. Bocejaba tanto que se sentía constringido. Si no fuera el peligro que se presentaba en aquel viaje, aunque fuera en parte indeterminado, caería en el sueño sin pestanejar.

El hombre quedó más tenso, llegando al punto de transpirar. De repente, las luces se encendieron y el autobús paró. La puerta se abrió y una mujer de media edad entró, cargando una caja muy bien lacrada. Aturdida, ella buscó un lugar en el fondo del vehículo, empujando la caja con las piernas. Los pasajeros miraban, pero, indiferentes, nada hacían para ayudarla.

Roberto puso la mano bajo la camisa, encostando en el revólver calibre 38. Algunas personas oían música naquele instante, otras, simplemente dormían. Nadie iría a percibir, si el hombre resolviera actuar, para sea allá lo que pretendía hacer.

Su respiración cambió de tranquila para terriblemente tensa. El conductor aceleró al llegar en la autoestrada. Las luces se borraron nuevamente. El único sonido que se oía era del ronco de algunos pasajeros. Roberto había llegado nun nivel de concentración tal que conseguía oír hasta lo rangido de la carenagem del vehículo.

De repente el hombre se levantó y siguió para el fondo del autobús. Roberto lo siguió con los ojos. Vio que él había entrado en el cuarto de baño.

Quedó por allá por dos minutos, después retornó para suya poltrona. Bajó la cabeza e hizo una plegaria. Roberto quedó en señal de alerta. El hombre levantó la cabeza, miró para los lados y después puso la mano por dentro de la calza.

El conductor frenó bruscamente. Al frente, un lobo-guará cruzó la carretera despretensiosamente. Varios pasajeros despertaron, asustados, mirando por la ventana, imaginando tratar-si de un accidente. La reacción duró sólo treinta segundos, e inmediatamente volvieron a dormir.

Roberto ya había posicionado el dedo en el gatillo. El hombre disminuyó el ritmo de su respiración. Aparentava estar más tranquilo. Comenzó a mira por la ventana, pero era nítida su indiferencia. El paisaje no importaba para él. En verdad, estaba pensando, o mejor, arquetando.

En la infancia, Roberto era un chico diferente de los otros. Mientras los

moleques jugueteaban durante el recreo, él quedaba prendido en sus pensamientos, como se estuviera distante de todo, en otro universo, así como aquel hombre.

Ambos estaban callados, pero parecían comunicarse inconscientemente. Roberto tenía la impresión de leer la mente de él. Había mucho dolor y desesperación en sus recuerdos. Había perdido un ente querido, o alguien muy próximo que le hacía falta. El dolor... El dolor parecía lancinante. Intentaba superar, pero no conseguía. Era inexplicable y aterrador. Llegó a un punto que... —Roberto sentía-si incomodado, pero no conseguía parar de pensar en aquello; era incontrolable. Él iría a hacer algo, tomaría una actitud para verse libre de aquel dolor, pero, espere! No... Él pretende quitar la propia vida, pero hay algo de errado. Espere!

Abruptamente Roberto saltó de la silla. El autobús chacoalhou. El hombre levantó-si con la arma en la mano y apuntó para una mujer que estaba atrás de él. Cuando estaba prestes a tirar, Roberto efectuó un disparo que acertó-le el cuello, lanzando-lo contra la ventana. De repente, el silencio se fue, dando lugar a gritos de horror y desesperación.

Tras la adrenalina, veio el choque intenso de la realidad que alcanzó Roberto con tanta veemência que lo dejó absorto. Necesitó de un tiempo para recompor-si. Rodeaba el autobús, mientras los pasajeros descendían, asustados.

Fuera una medida providencial, sabía él. Si no tuviera interviniendo, aquel hombre habría matado la pobre mujer, y enseguida, si matado. Era algo evidente, aunque ni todos pudieran percibir de inmediato. Sería necesario juntar los cacos de una trama tensa, de una vida rodeada por el sufrimiento, para enseguida montar lo quiebra-cabezas. Y más una desalas increíbles coincidencias lo colocó en la escena del crimen. Para su suerte, como el héroe de la historia.

Roberto no quería estar allí. Deseaba estar en Punta Gruesa, a la busca de Carol, la nueva testigo de su caso. Ese cambio repentino en sus planes lo incomodaba. No era el tipo de hombre que apreciaba los imprevistos.

Más una vez la suerte le surgió, como un rayo cayendo por la segunda vez en el mismo lugar. El celular tocó, y del otro de la línea, Herbert gaguejava, como siempre hacía en momentos de intensa excitación.

—Por Dios, hombre, donde usted está? —preguntó él.

—BR376, creo... —dijo Roberto, sin esbozar mucha certeza. El hecho dejó-el un tanto aturdido y confuso.

—Conecté para su casa una docena de veces. Como tiene coraje de viajar sin avisarme? Droga, Roberto!

—No sabía que necesitaba avisá-lo, mamá —Roberto intentó hacer una piada, pero suya entonación acabó haciendo la frase sin sentido —Lo que hay de tan importante para hablarme?

—Encontramos el asesino! Finalmente, encontramos el maldito asesino! —la voz de Herbert era cargada de un entusiasmo que ni Roberto podría esperar.

—Tiene certeza? Donde lo encontraron?

—Ahí que está la mejor parte. Él no sabe que lo encontramos. Necesitamos de usted aquí, urgente. Estamos montando una fuerza tarea para captura-lo.

—En el momento, no puedo.

—Y por qué no? Droga, Roberto! Lo que está aconteciendo? Su voz está extraña...

—Hubo una tentativa de homicidio en el autobús en que yo viajaba. Por suerte conseguí mata-lo antes que consumara el crimen.

—Por Dios, Roberto! Siempre en el lugar errado y en la hora errada. Pero no se preocupe. Mandaré John para cuidar de eso. Ahora se calme. En media hora estaré aí para buscá-lo.

## Capítulo 5

Existía una especie de barrera invisible que impedía Jonas de aproximarse del cuerpo. Él no era medroso, muy menos cauteloso al extremo. Había en él un recelo inexplicable de tocá-la, como si ese simple acto lo tomara como asesino.

Por un momento se hizo de expectador, intentando encontrar una explicación razonable para el hecho de una joven haber sido muerta en una comunidad donde se predicava el amor y la compasión. Alimentaba, sin embargo sin mucha intensidad, la esperanza de haber sido una muerte natural, una terrible fatalidad que acomete una entre diez mil jóvenes saludables. Él bien sabía que era posible, habiendo topado con una decena de casos de adolescentes que murieron durante un ejercicio físico o simplemente durmiendo.

Hacía-si necesario vencer aquel temor y finalmente examiná-la. Era su misión, como único médico del vilarejo. Determinar la causa de la muerte, aunque no fuera una tarea fácil, aún más cuando no se tiene las herramientas y los conocimientos necesarios, es de suma importancia para encontrar el culpable, se hubosse uno.

En aquella hora, Mateus hacía falta. Él era el tipo de hombre que surgía del nada, en el instante más inconveniente, dueño de una singular utilidad cuando está presente, pero por motivos que sólo él conocía, no surgiría allí para ayudá-lo. Jonas aceptó que estaba solo, y volver para lo vilarejo para pedir ayuda era lo aunque firme lo atestado de incapacidad para lo ofício de médico que tan diligentemente ejerce.

A moça usaba un vestido rojo, sin embargo más corto que el normal. No era de esperarse algo diferente, en tratándose de una joven que prefirió vagar por el bosque en vez de ir a la iglesia, pensaba Jonas. Tenía cabellos pelirrojos y la piel salpicada. Por el grado de lividez, poder-si-iba inferir que hube muerto hay pocas horas. Aún conservaba una tímida ruborização que, mucho en breve, se desvanecería así como su vida.

Cautelosamente, Jonas se aproximó, pisando firmemente en el mato

alto para baja-lo y, así, formar una trilha perpendicular a que ya existía. A moça había caído boca abajo, uno de los brazos reposando-le en la costa. Él quedó de cócoras, examinando-le la mano derecha. Después volcó-le el cuerpo, revelando un rostro tímidamente ruborizado, con sardas concentradas en las manzanas del rostro. Los ojos arregalados evidenciavam el terror que hube vivido antes de morir.

Jonas examinó-se los labios, aún corados. El cuerpo no estaba tan frío, lo que podría indicar que ella hube muerto hace menos de una hora. Esa constatação fê-lo sobressaltar-si. Si hubiera sido muerta hay tan poco tiempo, el asesino podría estar por allí, vigilando-lo. Si fuera verdad, su vida correría riesgo.

Abajo del seno izquierdo había una perforación hecha el cuchillo. La sangre aún jorrava profusamente, encontrando otro punto en el tórax. En total fueron cuatro puñaladas que no dieron a ella la mínima oportunidad de supervivencia.

Largou el cuerpo donde estaba y siguió apresurado para lo vilarejo. Si a llevara consigo, volcaría blanco fácil para el posible asesino. Cuando alcanzó el descampado, inconscientemente se metió a correr como nunca en su vida, como un niño que si depara con el monstruo del armario.

En el vilarejo, pocas luces se veían acesas. La mayoría, ya adormecida, no hacía idea del acontecimiento trágico que hube ocurrido, y no sería Jonas el mensajero que haría lo sossego transformarse en histeria. Corrió para el único lugar donde encontraría alguien despierto y dispuesto a mantener la tranquila.

Gerônimo había despertado de su breve cochilo con el batir estridente de la puerta de su oficina. Aturdido, barrió los ojos por el cómodo, intentando situarse. De súbito encontró los de Jonas, esbugalhados y avermelhados.

—Necesita venir conmigo. Encuentrei un cuerpo en el bosque, de una moça.

—Por Dios, no juguete con una cosa desalas.

—ES la pura verdad. Venga conmigo y verá.

Aún asustado, Gerônimo tateava la mesa en búsqueda de suyos óculos. Vistió una chaqueta y siguió Jonas.

Los dos corrieron hasta el pie de la colina. Exausto, Jonas paró e intentó restablecerse.

—Fue muerta hay poco tiempo. Diría que hay media hora.

—Eso no puede ser. Aquí no...

—Fue muerta la puñaladas —intervino Jonas. —Quienquiera que haya hecho eso, a quería muerta a cualquier precio.

Gerônimo lo fitou, incrédulo. Él escondía una expresión severa demás bajo aquella faz serena y contenida de pastor.

—Dígame, como a encontró? Lo que hacía nlo bosque a esa hora?

—No sé explicar. Sentí gana de caminar y vagueei hasta llegar aquí. Por casualidad no está desconfiado de mí, está?

—Evidente que no. Sólo quería certificarme de las circunstancias en las cuales la encontró. Y aún se fuera para juzgar, no soy el hombre correcto para fazê-lo. Hay un consejo en el vilarejo encargado de esta función.

Los dos quedaron en silencio. El tono ríspido del pastor dejó Jonas tímido. No esperaba ese primer contacto. Pero necesitaba quebrar el hielo. En aquella situación, donde una joven fue muerta, teniendo solamente él como testigo, el silencio en nada ayudaría.

—Aún no fuimos presentados. Llamo-me Jonas.

—Sé de eso, el nuevo médico del vilarejo —dijo Gerônimo, aún ríspido.

—Y el señor...

—Gerônimo Campos, y como ya debe saber, soy el pastor de la comunidad.

Jonas, tras ese diálogo intragável, aceptó el silencio de bueno grado. Siguieron hasta el cuerpo de la moça sin encararse.

El pastor empalideceu al ver la joven caída con cuatro puñaladas por el cuerpo. Hizo que caería de rodillas, pero mantuvo-si firme.

—Isabela... Por Dios, no... —murmuró.

—Como haremos para lleva-la? —preguntó Jonas, aún tímido.

—Padre, tiende piedad de esta pobre alma. Perdone sus pecados y leve-a en

paz para lo descanso eterno —dijo Gerônimo en una plegaria, ignorando Jonas.

Uno uivo ecoou por el bosque, propagando-si como una plaga. Jonas estremeció, pero lo que lo dejó aún perplexo fue a serenidade del pastor delante del cuerpo de Isabela. Ya aparentava conformación, aunque fuera una escena por demás chocante, que dejaría cualquier un sacudido.

—Hallo mejor nos apresuremos. Si más alguien ve-la, temo que a histeria tomará cuenta del vilarejo.

Gerônimo retiró la chaqueta y cubrió el rostro de la moça. Hizo la señal de la cruz y cogió sus brazos.

—Coja por las piernas. Llevaremos para la iglesia, a bañaremos y pondremos un bello vestido. Pediré a una de las hermanas de la iglesia para avisar la madre.

Jonas asintió. Cargaron Isabela hasta la iglesia. Por suerte nadie los vio, lo que hizo la tarea menos penosa.

Cuando llegaron, una de las hermanas soltó un grito abafado, pero inmediatamente se contuvo al ver la señal del pastor, pidiendo-a para callarse.

Llevaron-en la para el cuarto de baño, quitaron su vestido y lavaron suyos heridas. La hermana trajo un vestido limpio y a vistió.

—Quién, en nombre de Dios, hizo eso con ella? —preguntó, chocada.

—Un enviado de satanás —respondió Gerônimo, cogiendo las manos de la hermana.

Un perfume inebriante invadió el lugar. Jonas barrió los ojos, encontrando de súbito la figura de Elisa, con su largo vestido arrastrando-si por el suelo de la iglesia. Ella corrió, con los ojos arregalados y los labios descorados, en dirección al cuerpo.

—Isabela, por el amor de Dios, no! —dijo ella, chorando y abrazando-a desoladamente.

Colocaron el cuerpo sobre el altar, encima de una alfombra roja. Jonas sentó-si en el escalón, admirado con a comoção de Elisa. Era de hecho una moça dotada de una belleza peculiar, y a los llantos, quedaba más bella.

Él pensó en decir algo para confortá-la, pero las palabras le huían de la mente. No estaba solamente admirado, pero sí, fascinado. Lo que más deseaba era abraza-la y decir que estaba todo bien, aunque tuviera certeza de que algo terrible estaba aconteciendo en el vilarejo.

—Ângela ya fue avisada. Estará aquí en breve para ver la hija —dijo Gerônimo, lanzando un mirar consolador para todos.

—Que bueno que podemos prepará-la a tiempo. Imagino lo quão estarecedor sería si ella viera la hija en aquel estado —adelantó-si Elisa, enxugando las lágrimas.

—Llevaré el caso para el consejo. Necesitamos tomar todas las providencias para evitar una histeria colectiva. Nadie está preparado para un crimen tan brutal en un recôndito donde se preza por la paz y por el apreço al prójimo.

—Concuerdo, mi padre. Y assevero que una conversación con los miembros de la iglesia se hace necesaria para contener los ánimos. Después que a noticia si esparcir, es posible que algunos habitantes resuelvan dejar la comunidad. Necesitamos evitar que eso acontezca.

—Pero ellos no son libres para escoger lo que quieren de la vida? —interrumpió Jonas, demostrando inseguridad en sus palabras.

—Sin la unión entre los miembros, la vida en ese vilarejo fadará al fracaso. No queremos eso, mi joven. Concuerdo que fue un acontecimiento lamentable, pero necesitamos seguir firmes y fuertes en nuestro propósito de mantener a comunhão en este lugar protegido por Dios.

En un baque estridente la puerta se abrió. Ângela irrumpió por el pasillo, trôpega. Vio el cuerpo de su hija en el altar. Sintió-si nauseada e hizo que iba a desmayar, sin embargo contuvo-si y siguió aún cambaleando.

Era una mujer gorda, de cabellos compridos y quebradiços, en un mixto de rubio y blanco. Cuando finalmente consiguió gritar, proferiu el nombre de su hija con una voz estridente, gutural.

—Isabela, mi hija amada! Lo que hicieron con usted?

Elisa quedó de pie, fitando-a con ternura. Las dos se abrazaron, dejando escapar muchas lágrimas. Enseguida, Ângela abrazó el cuerpo de la hija, en aquel instante, tomado por una lividez intensa.

La luz de la lamparina quedó débil, y sombras fueron lanzadas sobre el altar. Un viento fuerte batió de frente con la ventana, haciendo-a ranger. Elisa alejó-si del altar, estirando Jonas por el brazo.

—Vamos deja-la sola. En un momento como ese, de dolor, una madre precisa aislarse, intentar entender lo que aconteció con su hija amada —dijo ella, suspirando.

Quedaron sentados a la escadaria de la iglesia, en silencio. Elisa fitava el horizonte, lo quejo reposado sobre los rodillas, la piel lisa y sorprendentemente pálida. Jonas, de cabeza baja, tenía la mente ocupada por pensamientos desordenados. Fuera una noche mucho tumultuada, y él aún no consiguió asimilar lo que aconteció.

—Yo la conocí hay muchos años, poco después de ver para acá, cuando ella era aún un niño —dijo ella, con el mirar distante. —Era una buena moça. Aún no creo que fue asesinada.

—Tampoco, aún más en un lugar como este, donde las personas buscam la paz que no encontraron en la ciudad grande.

Elisa pareció no le importar las palabras de Jonas. Era como si ella no tuviera le dirigido la palabra, como se estuviera hablando sola. Sorprendido, él insistió:

—No a vi en la iglesia esta noche. Ella no frecuentaba los cultos?

Como se hubiera despertado de un sueño profundo, ella respondió:

—En algún momento de su vida acabó perdiéndose. Enamoró un muchacho que no era muy confiable. Pasó a fumar y llevar una vida mundana. Mi padre intentó ayuda-la, dio-le consejos, pero de nada adelantó. Cuando se llega a esa edad, y aún más con malas influencias, cualquier ayuda es encarada como una amenaza.

—Pensé que las personas no podían fumar en el vilarejo. Donde consiguen cigarrillos?

—El consejo prohibió, pero ellos fuman escondido, una especie de tabaco artesanal.

Elisa miró para Jonas. El lado izquierdo oculto por las sombras, y el derecho magníficamente iluminado por una lamparina puesta en la ventana.

Tenía labios singularmente geométricos.

Él quedó petrificado. Definitivamente no sabía portarse delante de ella; pero no sabía por cuál motivo. Tal vez fuera algo que no se hiciera entender, uno de esos hechos inexplicáveis de la vida, o, menos probable, estaba enamorándose por ella.

—Una infeliz coincidencia, no halla? —preguntó Elisa.

—Del que está hablando?

—Nunca ocurrieron crímenes aquí. Nuestra comunidad vivió un largo periodo de paz. Cuatro días se pasaron desde su llegada, y he ahí que ocurre un asesinato. No estoy acusando-lo de nada, sólo creo que fue una infeliz coincidencia.

—Sería justo encarar de esa forma. No tengo parte nese asesinado. Yo sólo a encontré en el bosque mientras hacía una caminada. Si investigaran el crimen a fondo, o dejen en las manos de la policía, encontrarán el verdadero asesino. De mi parte sólo digo que el asesino merece una muerte tan horrible en cuanto a de su víctima.

—Está equivocado en cuanto a eso. Matar nunca fue la solución. La verdadera justicia, a que supera a de los hombres, viene de Dios —dijo ella, lanzando-le un mirar de reprovação.

Discutir religión nunca fue su playa. Jonas prefería ser neutro en ese asunto. Pero no pôde esconder suyo constrangimento tras oír aquel sermón. Hasta aquel momento, ninguna mujer le había hablado de aquella forma.

Elisa quedó ruborizada. Desvió el mirar de Jonas y volvió a cintar para el horizonte. Ella sabía que los médicos necesitaban distanciarse de la religión el suficiente para desempeñar sus funciones con eficiencia. No hube extrañado la opinión de él, aunque discordara. A veces era necesario ser racional para entender toda la maldad que ocurre en el mundo, y no enlouquecer por cuenta de eso.

Una rajada de viento cruzó a escadaria. Elisa encogió-si para protegerse del frío. Jonas, sin pensar, retiró su chaqueta y a cubrió. Ella lo fitou, asustada, pero la actitud de él le provocó una sensación agradable, com la cual no estaba acostumbrada: la sensación de estar protegida.

Ella quedó en transe, sin saber lo que decir. Su faz quedó ruborizada, y las manos, heladas. Jonas se alejó, dejando-la recogida en su lugar. Saltó a escadaria, y sin mirar para trae, siguió rumbo a su consulta.

Elisa levantó-si lentamente. Fitou la figura flaca de Jonas alejándose y perdiéndose en la oscuridad de la noche. Retiró la chaqueta y a abrazó, pero no fue un abrazo común, era cómo se estuviera abrazando su mucho más precioso. Enxergava en él calidades que no veía hace mucho en un hombre, pero tercamente relutava. No quería enamorarse nuevamente, no tras el que aconteció con su último novio.

Cansado, Jonas caminaba lentamente. Vio la ventana de su consulta abierta. De entrada acordó-si de Mateus. “Quedaría sorprendido si él no se olvidara de cerrar las ventanas”, pensó él. Aunque fuera un lugar tranquilo, algunas costumbres necesitan ser preservados para garantizar una noche tranquila de sueño. Y en aquel frío, cualquier brecha sería suficiente para hacer el ambiente helado e inóspito.

Cuando volvió a pensar en Elisa, sintió-si acalentado. Quedó sorprendido con su propia actitud. Fue tan automático que siquiera se dio cuenta.

Imaginaba cuál sería la reacción de ella, y como ella se comportaría dali en delante. De una cosa tenía certeza: no debería tê-la dejado. No fue hombre suficiente para quedar y tomar-le un beso, aunque llevara uno tapa en la cara. Fue, en verdad, un cobarde.

No había tiempo para arrepimientos. Necesitaba dormir tras aquella larga noche. Si consiguiera, después de tanta tensión, sería una victoria.

Cuando él llegó a la consulta, oyó una voz femenina le llamando. Barrió los ojos por todas las direcciones, pero no vio nadie. Aquella voz le sonaba muy familiar, pero la confusión en su mente lo impedía de identificala.

En el cuarto, quitó las ropas y jugó-si en la cama. No había tiempo para baño, muy menos, para matar su sede. Estaba tan exhausto que dormiría en el suelo se necesito. Sus piernas formigavam, y el estómago dolía de tanto hambre, pero no conseguía más mantenerse de pie.

Nuevamente la imagen de Elisa vino en su mente. Ella desfilaba con los

cabellos sueltos envolta en una neblina densa, con un fondo negro y sobrecogedor. De repente la imagen de ella se desvaneció, y otra mujer surgió en su lugar, igualmente bella, sin embargo, de cabellos rubios. Llamaba por él:

—Jonas, mi amor. Por casualidad se olvidó de mí? Por favor, no se olvide de su misión —era una voz tan abafada que apenas se podía oír —no se olvide del verdadero motivo por el cual fue para ese vilarejo.

## Capítulo 6

Aún era madrugada de quinta-feria. En el pasillo del centro de operaciones tácticas de la policía, algunas personas desfilaban cabisbaixas y sonolentas. Una mujer de cabellos rubios y rostro airoso pasó por Roberto, fitando-lo con curiosidad. Tal vez haya notado en el rostro arrasado de él por cuenta dy una noche terrible. Con él no fue diferente. Admiró la faz retraída de la moça, erguendo el cuello hasta ve-la entrar en una de las salas.

Por un momento él imaginó que, al entrar en la sala de reuniones, encontraría un colchón y lençol limpios. Pero la decepción fue la mayor posible: había media docena de policías del grupo táctico, hombres enormes y carrancudos, de poca conversación. En el mando, un muchacho delgado, de cabellos rizados que lo esperaba con enorme entusiasmo.

—Finalmente usted llegó. Estaba preocupado, de verdad. Ya iría a mandar uno más de nuestros hombres para buscá-lo.

—Y desde cuando necesito de escolta? —retorquiu él, dejando escapar una sonrisa forzada para disfrazar la sorpresa.

—En esa situación, merecía una bella escolta. Lo que tenemos para mañana es algo grande, inimaginável, que perdurarà nos anais de la policía.

Herbert siempre fue un hombre propenso a exageraciones, pero aquel día estaba superándose. Roberto, aún cansado, dejaba crecer un descontento por la actitud del amigo y compañero de trabajo. En muchas conversaciones informales, había-el advertido, pidiendo para ser más cauteloso y meticulouso, lo que la profesión exigía. Herbert se limitaba la meras promesas jamás cumplidas. Roberto, por su parte, hacía vistas gruesas.

—Quite esa sonrisa escancarado de la cara y me haga un resumen de la situación. Diga como encontraron el supuesto asesino?

Su compañero cogió una carpeta transparente sobre la mesa y retiró algunas fotos.

—Acuerda de la segunda víctima, a Victória Sanches?

—Pregunta idiota. Pero es claro! Lo que tiene ella?

—Usted sabe que no foram encontrados vestigios en los cuerpos de las víctimas, ninguna pista del asesino; pero encontramos las ropas íntimas de ella, llevadas por el tío horas tras el crimen.

— Él llevó porque Frank y el idiota de Willis no tuvieron el cuidado de aislar el local del crimen —bradou Roberto. —Entonces, encontraron vestigios en esas ropas?

—Exacto. Llevamos para el laboratorio y encontramos vestigios de ADN. Como ella fue encontrada en un motel, recogemos todo que fuera consumido por los clientes para realizar la comparación. En una de las amplias de cerveza encontramos trazos de saliva, de donde los técnicos detectaron ADN compatible con el encontrado en la ropa. Era del ocupante del cuarto 46. Volvemos para lo motel a fin de encontrar lo canalha, pero lo que conseguimos fueron sólo a filmagem que muestra el momento en que se hospedó. Gracias a esa imagen llegamos a nuestro sospechoso.

Herbert revirou las fotos, hasta encontrar a de un hombre de media edad, cabellos cortos y blancos, ojos azules.

—Francisco Lovaski reside actualmente en Londinense, trabaja como operador de retroescavadeira. No restan dudas, el ADN encontrado en la ropa era de él. El maldito dejó resquícios de saliva, lo que da para concluir que estaba lamiendo la braga de la moça.

—Uno serial killer depravado —dijo Roberto, en un tono zombeteiro. —Cree aunque él pueda ser el asesino?

—Y quién más sería? En las filmagens venimos a pasarlo diversas veces pello cuarto de Victoria y no encontramos otro ADN, o cualquier impresión digital.

—Ora, si él fuera tan descuidado para dejar una muestra de ADN, como hizo para ocultar sus impresiones digitales? Sinceramente, Herbert, hallo difícil de creer que haya sido ese hombre. A buen seguro puede ser una testigo de vital importancia, pero lejos de ser lo serial killer que buscamos.

—Eso que veremos mañana. Nuestro vuelo está marcado para las 6h. Llegaremos pronto para coger lo safado aún en la cama.

—Por Dios, Herbert, necesito dormir. Si no fuera por esa conversación,

estaría durmiendo aquí mismo.

—Aproveche entonces, usted tiene tres horas. Use el cuarto del plantonista, tiene un colchón extra. Mientras eso, repaso los últimos detalles para el grupo táctico. Quiero que despierte dispuesto para mañana.

—Ya sé, el gran día... —murmuró Roberto, ya sin fuerzas para pronunciar las palabras. —Necesitamos aún del táctico? Un hombre de media edad no opondrá resistencia.

—Quedaría sorprendido al ver lo que hombres en esa edad aún consiguen hacer, mi amigo.

...

El suyo descanso duró tres horas exactas, pero para él, fueron cortos quince minutos. Despertó con dolor de cabeza y una sede terrible que le ressecava la garganta.

Corrió por el pasillo, aún zozco. Por poco no esbarrara en un policia truculento, usando uniforme del grupo táctico. Necesitó quedar de lado, arrastrando la espalda en la pared, para no ir de encuentro a él.

Encontró lo bebedouro en el fin del pasillo. Una moça de cabellos castanhos oscuros y ojos estirados mataba la sede. Ella levantó la cabeza, retiró una mecha que le cubría el ojo izquierdo y lo fitou. Sus ojos arregalados evidenciavam lo espanto al ve-lo tan descabelado.

De hecho, Roberto estaba con el rostro bastante hinchado y los cabellos despenteados. Habría buscado un espejo para recompor-si visualmente, si la sede no fuera tan intensa.

Después que la mujer se alejó, aún mirando-lo con la expresión de incredulidade, él sugou el agua con tanto furor que dejó escapar el sonido de suyas sorvidas.

Rió de sí mismo y siguió para el cuarto de baño.

Estaba solo, como deseaba. Apoyó-si sobre a pia y, con la cabeza aún baja, conectó a torneira.

“No es él, droga”, pensó Roberto.

No creía que un mero operador de retroescavadeira depravado sería el

responsable por las ocho muertes. Podría fazê-lo se tuviera motivación suficiente, pero sería cojo la primera oportunidad. Francisco parecía ser el típico hombre solitario que esperaba la muerte como descanso merecido tras una vida enfadonha.

Él daría una oportunidad a Herbert para probar que estaba engañado, que sospechaba del hombre errado. Hube Aceptado el viaje más como una operación didáctica del que otra cosa. La sombra que emergía en su mente era de un asesino extremadamente meticulado y paciente. Un tipo flaco y de QI elevado que daría vueltas en la mente del más experto investigador.

Esa sombra tenía pocas definiciones y dejaba reducidas pistas. Era perfectamente posible que Francisco, de sospechoso, pasara a ser una testigo llave para el caso. Capturá-lo, finalmente, no sería uno desperdicio de tiempo. Roberto si acordaría de Herbert cuando finalmente prender el asesino, dándose los debidos créditos.

Mojó los cabellos e intentó ensaiar uno penteado con las manos, pero lo que consiguió fue amenizar a deformidade de aquel amontado de hilos.

En el pasillo, encontró Herbert mordiscando uno sandwich. Estaba aún más disposto del que en la madrugada, aunque pareciera algo improbable. Roberto quería saber de donde quitaba tanta energía. Él, por su parte, mantenía-si débil e indisposto.

—Preparamos un desayuno especial para usted. Tiene sólo diez minutos antes de ir para el aeropuerto —dijo Herbert, de boca llena.

—Necesito de por lo menos cuatro horas para volver a ser yo aún —murmuró Roberto, sonolento.

—Tras prender el asesino, podrá quitar algunos días de folga —retiró suciedad de los dientes con uno de los dedos, y después completó —Estaré aguardando-lo en la térreo.

—Todo bien...

Roberto meneou la cabeza. Sentía-si en una pieza de teatro, encenando una farsa para mantener su mejor amigo buceado en sus sospechas. Quería desengana-lo, pero todo su esfuerzo sería vanamente. Herbert estaba tan correcto de que Francisco era el asesino que aún si el papa interviniera, no

quitaría esa idea de la cabeza. Para empeorar, el papa tiene el mismo nombre del sospechoso, lo que no ayudaría mucho.

Tomó el desayuno en sólo cinco minutos. Algunas torradas y tres goles de café amargo fueron suficientes para despertá-lo.

Cuando volvió al pasillo, a calmaria fue interrumpida por el tráfico incesante de policías. Intercambió un saludo con algunos compañeros y siguió apresuradamente para la térreo.

A uno metro del medio hilo yacía Herbert, vistiendo un gabán color-de-marfim. Al avistar Roberto, él apuntó para el primero taxi que venía por la avenida principal de la ciudad.

—Lanche rápido, hein mi amigo?

—Necesitaba ser. Tenemos prisa para prender ese maldito asesino — respondió, intentando disfrazar a ironía.

Inicialmente seguirían de coche, escoltados por el grupo táctico; pero el incidente con Roberto provocó un cambio en los planes. El grupo de policías siguió en el frente, aún de madrugada, en dos vehículos, mientras ellos irían en avión.

El día amaneció con cielo azulado y un viento blando. Lo sol despontou sin obstáculos para seguir su recorrido hasta findar-se oculto en el horizonte. El tráfico estaba tranquilo, lo que hizo el viaje de taxi ser de más breve posible. Cogieron el avión dentro del horario. Todo corría bien.

Llegaron la Londinense a las 06h47min.

Roberto hube recuperado parte del vigor que le era característico, aunque un dolor en la espalda aún lo incomodara. Sin ningún equipaje, siguieron directamente para la salida. Uno de los coches del grupo táctico los aguardaba, en una de las vacantes destinadas a los taxis. Un hombre bajo y parrudo abrió la puerta del vehículo con una de las manos mientras la otra empunhava un fusil.

—Nada de lluvia, hein Roberto? De momento todo está saliendo bien para nodos. Prepare los charutos, hoy iremos a conmemorar.

—Parece fácil demasiado —dijo él, en voz baja. Arrepintió-si de sus palabras, pero hube notado la decepción de su amigo al oí-las.

—Lo que está incomodándole? Cree aunque él es inocente?

—No sé más en que creer. Estoy tan ansioso para capturar el asesino cuánto usted, pero veo con ressalvas esa operación. No encare eso con desconfianza. Creo en su trabajo, sé que es un hombre experto; pero necesitamos ser cautelosos. En eso debe concordar.

—Disculpe-me, mi amigo. Creo que esa excitación me hizo subir la cabeza. Tiene toda razón! Necesitamos ser cautelosos.

Roberto quedó satisfecho con la conversación, aunque si sintiera receoso con la reacción de Herbert. Los hechos están tomando el rumbo que él hallaba peligrosamente inadecuado.

El vehículo seguía con facilidad por las avenidas casi vacías de Londinense. Siguieron pela 10 de diciembre hasta a Juscelino Kubitscheck, llegando al barrio Buena Vista. Trayecto tranquilo, sin engarrafamentos o imprevistos.

El barrio era por demás tranquilo, con buenas casas, debidamente asfaltada y boscosa. Era el típico lugar donde Roberto pasaría el resto de su vida, aunque no encontrara una compañera para aturá-lo. Compraría una casa pequeña, de cuatro cómodos, armaría una red en el área y pasaría sus días descansando cómo debería. Eso si una de aquellas tragedias que acometen los investigadores no le ocurriera primero. Pensaba en esa posibilidad con la misma naturalidade con que dormía.

La vida en aquel lugar no era para Herbert. Era el típico hombre del campo que se desgarró de su bando para aventurarse en la ciudad. En la correcta volvería para el campo y curtiría su jubilación como fazendeiro. Tenía trato con animales y el conocimiento necesario para administrar una hacienda.

Muros altos cercaban dos decenas de quitinetes en el barrio Buena Vista. Las dos hileras de casas eran divididas por un pasillo largo y ladrilhado. Cada quitinete era pintada de un color, algo común en esos residenciales. Las construcciones más antiguas eran estandarizadas, siempre del mismo color, lo que las dejaba monótonas.

Un chico de nueve años corría por el pasillo, desembestado. Aún con la advertencia de los padres, que ya le prometieron una paliza se continuara con

suyas sandices, él parecía no preocuparse. Corriendo de sandalias por aquel piso de ladrillos, no tardaría a tomar una bella caída.

Fue exactamente lo que aconteció. El niño perdió el rumbo y su cuerpo fue jugado al suelo, como si una ventania le impeliese impetuosamente. Soluçou por algunos segundos, con los ojos esbugalhados ante la imposibilidad de gritar. Su agonía sólo fue sanada cuando consiguió emitir un grito agudo y adormecido. Después, desató a llorar.

...

En su cama, Francisco despertó con lo lloro del chico. Sus ojos fitaram el techo repleto de telas de arañas. Tateou el creado cambio en búsqueda del despertador.

Marcaba 07h01min. Él despertó antes que disparara, lo que ocurriría dentro de cinco minutos más. Cambaleando, siguió para el cuarto de baño solamente de sunga.

Aquel día frío, a água del chuveiro parecía haber salido de uno freezer. Él, sin embargo, estaba acostumbrado. Dejó su cuerpo recibir a ducha helada mientras cantarolava.

Lo lloro del chico seguía el ritmo natural, de inicio estridente, y findando con sussurros y soluços. Sus padres corrieron para acudi-lo, con el aún sermón de siempre: “Yo avisé, yo avisé, no nos escucha!”.

Francisco imitó la voz de ellos, en tono de mofaría. Nunca le gustaron los chicos de la vecindad, hallaba-los mimados y malcriados. Si algún día se casara, desearía que su compañera tuviera la misma aversión la niños.

Tras se enxugar, barrió los ojos por el guardia ropas en búsqueda de su uniforme. Estaba medio amarrotado, pero a él no le importaba. No había necesidad de estar engomado para operar una retroescavadeira. Si pudiera, haría el servicio sin camisa y usando una bermuda rasgada.

Dejó una brecha en la ventana para ver el movimiento en la calle. Para suyo espanto, algunas personas se aglomeravam sobre la calzada frente al residencial. Por descontado el grito del chico llamó la atención de la vecindad, pero Francisco paró para pensar. Ese chico vivía berrando, y todos ya sabían de eso.

Curioso, continuó espionando. Las personas se aglomeraban y cuchicheaban incesantemente. De repente él pôde oír, aunque con dificultad, su propio nombre, siendo pronunciado por una de las mujeres. Fue entonces que él se dio cuenta del que estaba aconteciendo.

Vistió una bermuda y una camisa rápidamente. Calzó los zapatos y corrió para la puerta de los fondos. Cruzó el área de servicio y llegó hasta el muro que cercaba el residencial.

Dio un salto y agarró el tope con una de las manos. Era un hombre hábil para su edad. Lentamente ergueu-si para ver se había alguien del otro lado. Sólo había un terreno baldío con mato alto y mucha suciedad dejada por los vecinos.

Aliviado, Francisco pulou. Corrió pelo mato, que le cubría hasta a cintura.

Al lejos, oyó los gritos de los policías llamando por él. Aturdido, siguió sin rumbo, intentando hallar la salida de aquel matagal.

Francisco necesitaba de un lugar para se refugiar. Él se sentía prendido en un de aquellas pesadillas en que intentamos en los esconder de los monstruos que nos persiguen. Parecía una tarea difícil. Tenía la impresión de que toparía con uno de los policías a cualquier momento apuntándole un fusil y pidiendo para acostar en el mato.

Tras caminar pelo mato, encontró otro muro. Este era más alto del que el anterior, pero él no tuvo dificultades para pular.

Llegó a la otra casa, con una piscina enorme y dos coches en el garaje. Un perro gigantesco comenzó a latir cuando lo vio, pero para su suerte, estaba firmemente prendido a las corrientes.

Él se sentía acuado y sin saber lo que hacer. Si continuara pulando muros, una hora encontraría un perro suelto para le estraçalhar. Si huyera para la calle, uno de los policías lo encontraría. Fue entonces que se acordó de que atrás de aquella propiedad había otro terreno baldío que lo llevaría para la carretera.

Pulou el último muro, dejando su cuerpo caer en el matagal. Exausto, intentó recuperar el aliento. “Finalmente conseguí”, pensó él. Fue tomado por

una sensación agradable, como si de hecho estuviera escapado de monstruos.

Levantó-si, limpió sus brazos y piernas y siguió caminando, sin percibir que Roberto estaba parado delante de él, empunhando una pistola.

—No se puede huir de los monstruos —dijo Francisco para sí aún, levantando las manos.

## Capítulo 7

Las campanas tocaron a las 06h59min en aquella mañana extrañamente negra. El cielo nublado y oscuro anunciaba un día melancólico y afectado. El sonido lúgubre ecoou por el vilarejo y batía en las ventanas sin ceremonia, como se fuera uno intruso intentando invadir las viviendas.

El joven mensajero, aquel aunque encontró Clarice en el bosque, corría por el vilarejo anunciando la muerte de Isabela.

—Luto, luto! —gritaba él, con su voz infantil, sin embargo, estridente. — Hermanos y hermanas de Isabela, luto por la muerte cruel y repentina!

Cuando el niño hacía sus pausas, entre un grito y otro, oía-si el batir de puertas y las lamentações de aquellos que despertaban con la triste noticia. Las lamúrias fueron tomando fuerza, hasta que se hicieron un sólo coral de desesperación y miedo.

A noticia no era sólo chocante, pero también amedrontadora. Todos a conocían y sabían de su vigor físico. Ella estaba en el auge de su juventud, respirando vida, una moça repleta de sueños, lo que todos pensaban. La muerte no a tomaría de su seno familiar la menos que alguien interviniera portando el estandarte de la maldad.

La rutina fue abruptamente quebrada. Las lavadeiras se reunieron enfrente a la iglesia, formando uno amontoado florido con sus vestidos largos. Chocadas, intentaban descubrir lo que aconteció con Isabela.

Los pescadores y demasiado hombres del vilarejo se juntaban en grupos aislados, enfrente las casas. Cada uno de ellos levantaba una hipótesis para el ocurrido. Increíble era a imaginação de aquellas personas, que vivieron tantos años alejados de la civilización, levantando las historias más absurdas que sólo serían encontradas en libros de terror.

Jonas despertó solamente después que oyó socos en su puerta. Era un hombre de sueño leve, que despertaba con un simple tilintar de una aguja cayendo en el suelo, pero resistió a los gritos del niño gracias al cansancio que aquella noche le hube provocado. Mateus, al contrario, dormía como una piedra, y aún si el mundo le cayera sobre su cabeza, no despertaría.

Al abrir la puerta, él vio el rostro pálido de Ana, con los ojos arregalados. Cuando la conoció, parecía tan tranquila y serena, y verla en aquel estado de choque lo dejó igualmente asustado.

—Doctor, ya sabe lo que aconteció?

Él parecía ajeno a todo. Hube Acabado de despertar y su mente parecía no funcionar derecho en los primeros minutos después del despertar. Cuando avistó el niño gritando a plenos pulmones, dio-si cuenta de que lo que imaginaba ser una pesadilla era bien real.

—Sé exactamente lo que aconteció —dijo él, desanimado.

—Mi nuestra, entonces es verdad! Como una tragedia desalás puede haber acontecido?

Ana en nada se parecía con aquella mujer del día anterior. Sus manos temblaban copiosamente, y su voz era entrecortada. Cuando terminaba cada frase, dejaba escapar un sonido ronco, como se le faltara energías para hablar. Además de eso, estaba terriblemente despenteada, una confusión de mechales entrelazadas que más parecían una crina de caballo.

Preocupado, Jonas trajo-le un vaso d'agua.

—Siente-si. Usted está por demás agitada, necesita calmarse.

—Como debería? No puedo! No veo como Isabela podría haber muerto. Usted ya debe tê-la visto por ahí, tan nueva y llena de vida. Y la pobre de su madre, que Dios haya piedad de ella. Debe estar arrasada.

Aún trêmula, Ana intentaba beber el agua. Al direccionar el mirar para Jonas, comenzaba a soluçar. Bajo aquel vestido había un corazón que quería saltar del pecho. No sería un mero vaso d'agua capaz de abrandaire suyo aturdimiento. Tras la muerte repentina de su padre, no tenía más estructura para soportar más una tragedia.

—Como supo? —preguntó ella, dejando el vaso sobre la mesa.

—Yo la encontré en el bosque. Después que dejé usted en casa, resolví hacer una caminata. Necesitaba de un poco de brisa tras pasar el día en esa consulta abafado. Isabela ya estaba muerta cuando la encontré, infelizmente.

—Debe haber sido un choque y tanto para usted... digo, caminar por el oscuro

y encontrar un cuerpo por el camino.

—Como médico ya vi de todo, y confieso que no quedé tan chocado como debería. Lo que me causó estranheza fueron las circunstancias que cercan esa muerte. No sé decir al correcto, pero hay una aura misteriosa y macabra por detrás de todo eso.

—Dígame, como ella murió? —al hacer aquella pregunta, Ana quedó aprensiva con la respuesta. Era el tipo de pregunta que se teme hacer.

—Fue esfaqueada. Pero por favor, contenga-si. Estoy contándole porque hallo oportuno. Quiero que quede alerta. Algo terrible está aconteciendo en ese vilarejo.

—Colocando los hechos de esa forma no tiene como no me alarmar —ella volvió a tomar uno gole d'agua. —Voy a hacerle otra pregunta y quiero que sea muy sincero.

—Puede preguntar.

—Cree que necesitamos avisar la policía? Quiero decir, sería prudente avisar las autoridades?

—Ora, y por qué no? Veo como algo providencial. Vea bien, asesinato no es el tipo de cosa que se resuelve internamente, aunque la intención de todos es vivir apartados de la sociedad. Quienquiera que haya hecho eso, no va a parar, el asesino que arquitecta un crimen con tamaña crueldad no va a detenerse por una única muerte, y solamente con la ayuda policial podremos capturá-lo.

—Disculpe-me. No quiero que me halle tola. Hice esa pregunta justamente porque es de esa forma que cuidamos de los crímenes por aquí. Bien, no crímenes de esa magnitud, es claro, pero pequeños delitos son resueltos con la mediación del Conselho de Anciões.

—Cuando se conoce los culpables, no veo problema; pero en esa situación específica, es preciso haber una investigación, reunir pruebas suficientes para apuntar el asesino. ES mucho más complejo del que un simple delito.

—Concuerdo plenamente. El difícil va a ser convencer los otros, principalmente, el pastor Gerônimo.

—No tenemos otra elección —dijo Jonas, desviando el mirar y fitando la

ventana. —Necesitamos convencê-los de todas maneras.

Jonas no quería involucrarse más del que ya estaba, pero al ver Ana en estado de choque, no consiguió pensar en algo mejor para decir que fuera capaz de acalmá-la. Cuando si volvió para ella, percibió una súbita renovación en su faz, pasando del pálido para el rubro. Nació en él la esperanza de ve-la restablecida.

—No sé se es una buena idea —dijo Ana, insegura. Ella halló la idea interesante, y de alguna forma, sintió-si entusiasmada en cumplir esa misión al lado de Jonas, mas algo a hubo detenido.

—Y por qué no sería?

—Por favor, no lléveme a mal. Usted parece ser un buen hombre, inteligente y capaz de persuadí-los, pero es nuevo en el vilarejo. Todo lo que disser, aunque sea de más pura verdad, será apenas interpretado, justamente por no haber creado raíces. Entienda que ellos están aquí hace más tiempo, crearon las reglas y enraizaram costumbres.

Aunque Ana esperara otra reacción venida de él, Jonas quedó satisfecho con sus palabras. Era exactamente lo que quería oír, una frase negativa que pusiera fin a esa idea maluca que hube creado sonidoynte para deixá-la más tranquila. Eso lo dejó aliviado, pero temía que ella volviera a desesperarse.

Por la ventana vio una multitud en cortejo rumbo a la iglesia. En un lloro ululante, seguían a pasos lentos por la alameda ladeada de casas.

Él jamás había presenciado tal escena, la cual lo tomó de sorpresa. Como médico, ya se vio delante de la amarga misión de avisar los parientes del falecimiento de uno de sus pacientes, y de tanto la escena repetirse, acabó acostumbrándose; pero no estaba preparado para aquel lloro colectivo.

Ana volcó-si, asustada. Corrió y debruçou-si sobre la ventana. Tenía un bello cuerpo, de aquellos que solamente se conseguíam con academia y mucha dieta. Su vestido escondía buena parte de sus curvas, pero no era un ejercicio difícil imaginar como serían.

—El velatorio iniciar-si-á en breve. Las choradeiras toman frente en el cortejo rumbo a la iglesia —dijo ella, solemnemente. —Tome un baño y vista

una ropa comportada. Esperaré aquí mismo.

Sorprendido con las impetuosas órdenes de Ana, Jonas quedó sin palabras. Fitou-la brevemente y siguió para el cuarto de baño. No podría faltar al velatorio. Además de una falta de consideración, sería más un punto negativo que perjudicaría su permanencia en el vilarejo.

Tras el baño tomado, vistió su mejor ropa. Él sabía que era uno de los pocos hombres que no quedaban bien de tierno. Era flaco demás para usá-los, pero hay ocasiones que se hace necesario fazê-lo. Ana contrarió-lo al verlo surgir en la soleira. Permitió a Jonas el atisbo de sus ojos brillantes fitando-lo con admiración.

—Nuestra, cuánta elegância en un único hombre! —dijo ella, con un entusiasmo inusual. —Con certeza disminuirá la tristeza de muchas moças del vilarejo.

—Está siendo gentil —retribuiu, esbozando una sonrisa. —No tengo la intención de causar una mala impresión, por eso juzgué que esa ropa sería de más adecuada.

—Debo admitir que está corretíssimo. Ahora vamos. Estamos perdiendo tiempo aquí.

Ella lo cogió por los brazos y lo arrastró para fuera. Siguieron el cortejo en silencio. Ana conocía lo ritual, pero halló mejor no dejar Jonas embaraçado, por eso no siguió a reza que se hacía en aquel instante.

Aprovechando la distracción de Jonas, Ana cogió su mano. Todo espanto y estupefação desaparecieron de su faz, dejando su belleza característica reluzir naturalmente en medio a aquel ambiente fúnebre. Era como si su energía se renovara al tocá-lo.

Había mucho inocencia en su gesto, rápidamente percibido por él. Jonas acordó-si de su primera novia, en la lejana cuarta serie. Era una garotinha pelirroja de cabellos cortos y sardenta. Sentaba a su lado en la clase, pero no prestaba atención a la clase. Dispensaba buena parte de su tiempo para admirá-lo. Cuando finalmente consiguió un paseo de cinco minutos por los pasillos del colegio, de manos dadas, se dio por satisfecha.

Ana parecía tener aquel mismo mirar de satisfacción y una alegría

contenida que ansiaba por explotar.

De pie en la entrada de la iglesia, yacía Elisa. Barría los ojos por la multitud, miúdas orbitas oculares que se espremián para esquadrinhar cada habitante de aquel vilarejo. Sus ojos esbarran con los de Ana, dos puntos cintilantes y penetrantes.

Ana, en una reacción inesperada, apretó el brazo de Jonas contra el pecho y encostou la cabeza en su hombro. Jonas, sorprendido, fitou Elisa a suspirar sofregamente, dar media vuelta y retornar para el interior de la iglesia. Como explicar aquella intimidade súbita a alguien que esconde tan bien sus sentimientos? Sería apenas interpretado se lo hiciera, cayendo en el ridículo.

Cuando llegaron a la escadaria de la iglesia, un hombre alto y rubio paró los dos.

—Usted es Jonas Felix de Souza, el médico del vilarejo? —preguntó él, solemnemente. Era un hombre rijo, de culo anchas. Debería tener unos cincuenta años.

—Exactamente. Lo que desea?

—Disculpe interrompê-lo. Sé que está acompañando a moça, pero necesitamos tener una palavrinha con el señor —dijo, apuntando para una de las casas.

—Podría anticiparme el asunto?

—Creo que aquí no sea el lugar adecuado. Comprenda, es muy importante que venga conmigo. No será el único a ser interrogado. Hay otros su espera.

Ana asintió, indicando a Jonas que era seguro seguir el tal hombre. Él concordó y lo acompañó hasta la local del interrogatorio.

...

Las casas eran todas iguales, pero aquella parecía más espaçosa gracias a optimización del ambiente. Pocos móviles, bien dispuestos hacían del lugar un verdadero casarón. En la sala no había una mesa, pero sí várias sillas formando una círculo, ocupados por hombres de todas las edades.

Jonas listamente reconoció el pastor Gerônimo, que le sonrió

ligeramente, tomando los otros como verdaderos desconocidos. Habría reconocido Abdias se estuviera allí, pero por algún motivo no había llegado.

Los presentes lo fitaram inexpressivamente. Antes, cuando él aún cruzaba la puerta, parecía un bando de abestalhados en una conversación sin rumbo. El rubio sentó en una de las sillas vacía e hizo señal para que Jonas hiciera el mismo.

Ana no lo acompañó, y no fue por cuestión de elección. Aquella reunión era destinada solamente a los hombres del vilarejo, miembros del Conselho de Anciões, que no era formado enteramente por anciões.

Pasados algunos minutos, cuando Jonas finalmente vio-si libre de los mires inquisidores de aquellos hombres, el líder se presentó. Era un viejo bajo, de barba enorme y amarelada. Tenía la voz tan ronca que hacía-si doler los oídos.

—Entonces, miembros de ese respetado consejo, agradezco más una vez vuestras presencias para esta reunión de emergencia. Estamos delante de una situación sin precedentes, la cual merece nuestro empeño para ser averiguado y esclarecido.

El viejo hizo una pausa, y apuntó para Jonas.

—Aprovecho la ocasión para presentar, confieso con cierto retraso dado que ya se encuentra entre nodos a correcto tiempo, nuestro nuevo médico, el Doctor Jonas Felix de Souza. Fue incumbido de la misión de celar por la salud de nuestro pueblo, y tengo certeza de que cumplirá esa misión con la dedicación necesaria. Por gentileza, levante-sy, mi hijo.

Jonas quedó de pie, medio tímido. Barrió los ojos por el círculo de hombres, saludando cada uno con una sonrisa forzada. Su mente no estava enteramente allí, pero sí en la figura de Elisa, dando-le la espalda, y en la actitud de Ana.

—Puede sentar-si, hijo —dijo el líder, blandamente. —Continuando, inicio esa reunión relatando el hecho que a providenciou, en la medida en que fui informado. Si algún hecho de vuestro conocimiento me escape, estad libres para interrumpir-me.

El líder parecía ser un hombre culto, que sabía se exprese muy bien.

Sus expresiones eran como extensiones de sus palabras, variando sincronicamente con el tono de su voz.

—En la noche de ayer el cuerpo de nuestra amada hermana Isabela fuera encontrado en el bosque. En su cuerpo fueron encontrados señales de espancamiento y perforaciones. No hay dudas en cuanto a la causa de su muerte, siendo unanime la opinión de que fuera asesinada. Tal acontecimiento, hasta entonces inédito en nuestra comunidad, deberá causar una histeria peligrosa en nuestro pueblo, pero digo que no es esa nuestra mayor preocupación.

“Señores, estamos delante de un crimen, de más odiosa manifestación de gana de un ser humano. Sería leviano de nuestra parte creer que fuera un caso aislado, no haciendo a acontecer sin que sean tomadas las debidas providencias. No estamos aquí para hacer acusaciones, muy menos encontrar culpables, pero es correcto admitir que hubo fallos que contribuyeron para ese lamentable crimen. Por lo tanto, nos reunimos con el objetivo de oír los envueltos y encontrar una solución para evitar que eso se repita. No mediremos esfuerzos para encontrar el culpable y permitir-lhe un juicio justo.

Él apuntó para un muchacho delgado, de rostro amarelado y calzas sucias.

—Pedro, por favor, levante-si.

El muchacho se puso de pie y permaneció allí, de cabeza baja.

—Usted fue el responsable pela vigila de la noche anterior. Diga-nos lo que vio? Notó algo de extraño?

Pedro tenía una voz fina, casi infantil.

—Bueno, parecía una noche tranquila cómo otra cualquiera. No vi cualquier movimiento sospechoso, pero debo relatar que vi el doctor descendiendo a alameda rumbo al bosque. Fue todo que vi.

—Sea sincero, Pedro. De donde estaba, y en aquella oscuridad, no podría afirmar haber visto el señor Felix, sin contar que aún no lo conocía — asseverou el viejo líder. —Tiene certeza que no vio más nadie?

—No señor. No vi más nadie.

Colocaron Pedro para hacer la vigilancia emergencialmente. Tadeu, el

encargado de aquella noche, había bebido demás, lo que imposibilitaría de desempeñar su función satisfactoriamente. Fue intercambiar seis por media docena, pues Pedro era tan pésimo observador cuanto un borracho.

—Alguien más puede relatar algo de extraño? —a pesar de aparentar ser una pregunta dirigida a los presentes, en verdad hubo sido direccionada a Jonas. Como él permaneció en silencio, el viejo reformuló la pregunta —Doctor Felix, el señor fue quién encontró Isabela. Puede relatarnos en que circunstancias a encontró?

Jonas no se levantó. Encogió-si en su asiento, el rostro reprimido y las piernas muy juntas. Repitió para sí aunque no quería involucrarse, pero decir exactamente lo que ocurrió no sería de todo mal.

—Había dejado Ana en su casa. La noche estaba tranquila y perfecta para una caminata. Necesitaba tomar un aire tras quedar horas en mi consulta. Entended, estaba perfectamente lúcido ayer, y todo que voy decirles es de más pura verdad. No vi cualquier persona sospechosa, aún tras encontrar el cuerpo de Isabela. Volví para buscar ayuda, cuando por suerte encontré el Pastor Gerônimo que me ayudó a llevar el cuerpo para la iglesia.

Gerônimo levantó la cabeza al oír su nombre, pero después hizo a baixá-la.

—Puede confirmar la historia de él? —preguntó el viejo.

—Sí, yo lo ayudé a cargar el cuerpo. Tampoco vi cualquier sospechoso saliendo del bosque.

—Pues bien. Veo que hay providencias a ser tomas. ES sabido que nadie debe dejar lo vilarejo a la noche sin avisarnos, sin embargo Isabela, por alguna razón, incumplió esa regla. Debo reforzar que creamos esas reglas para nuestra seguridad. Pido a todos vosotros que refuercen con sus hijos y demasiado miembros de nuestra comunidad. Sugiero también, y colocaré en votación, que sea triplicada la vigilancia hasta segunda orden y que fuera creado un toque de queda a partir de las 19h, a comenzar de hoy.

Todos quedaron de pie, excepto Pedro y Jonas.

—Quién es a favor de triplicar la vigilancia?

La excepción de un miembro, el restante fue a favor.

—Quién es a favor del toque de queda?

Esta vez no hubo objeção. Todos fueron favorables a esa resolución.

—Declaro entonces esta reunión concluida.

Cuando Jonas ya estaba a la puerta, vio la figura pálida de Mateus, con las manos reposadas en las rodillas, bastante ofegante.

—Necesita venir conmigo, urgente —dijo él, sofregamente.

## Capítulo 8

Pensativo, Roberto miraba para la multitud que se aglomeraba en la puerta de la comisaría. Estaba en el banco del frente del coche de policía, mientras Francisco, algemado, seguía en el banco de tras con dos hombres más.

Él praguejou al acordarse de la turma de reporteras que los esperaban con aquel ímpeto periodístico, lo furor que desconcertaba cualquier persona con uno goteo de sanidad. Ya imaginaba aquellos cuerpos gordos y sudados jugándose contra él, mientras despejavam decenas de preguntas sin ninguna orden lógica.

Roberto ya hube pasado por aquello diversas veces, pero cada vez que le acontecía, era cómo se fuera la primera. Si dependiera de él, pularia de aquel coche en movimiento y correría para su apartamento, tomaría un bello baño y dormiría por días. El teléfono iría a tocar una decena de veces, con Herbert del otro lado de la línea esperando la oportunidad para darle sermones. Sería una agradable sensación ignorá-lo por completo.

Cuando el coche paró enfrente a la comisaría, aquellos ojos miúdos quedaron esbugalhados. Parecían animales despertando del sueño al oír el sonido de sus presas aproximándose. Dentro del vehículo, Roberto veía sólo los frenéticos movimientos de labios de los reporteros y gotículas de saliva saliendo de sus bocas.

—Quiero un pasillo humano hasta la entrada —dijo él a uno de los policías. —Si pasáramos desala ilesos, quedaré feliz en pagarles una ronda de cerveza.

El policía hizo una conexión breve. Dentro de un minuto, cerca de veinte hombres formaron un pasillo hasta la entrada. Aún así, reporteros y populares se empujaban, intentando romper la barrera humana.

—Quedad quietos, para tras, para tras! —gritó uno de los hombres de la policía. Era alto, tal vez, 1,90m, voz gruesa e imponente.

Cuando Francisco surgió, escoltado por tres hombres, la multitud se exaltó aún más. La barrera humana asemejaba-si la una serpiente, siguiendo

el movimiento de los reporteros trôpeglos, si jugando contra ellos con botes precisos.

Roberto saltó enseguida, cubriendo el rostro para protegerse de los flechas. “Droga, Herbert era quién debería estar en mi lugar. Ora, fue él quien armó eso todo!”, pensó él.

Herbert llegó inmediatamente enseguida. Parecía mucho más a la gana delante de las cámaras y micrófonos. Siempre fue un hombre que me gustaba hablar, y si una emisora de tele estuviera por cerca, no dispensaría sus quince minutos de fama. Habría sido un bello presentador si la carrera de investigador declinasse.

—Fue ese hombre quien mató las ocho mujeres? —preguntó uno de los reporteros.

—Tenemos razones para creer que sí —dijo Herbert, orgulloso. —Las investigaciones continúan. Estamos colhendo más pruebas, y así que tengamos una confirmación, todos serán avisados.

Él permaneció callado, aún con las decenas de preguntas que fueron hechas enseguida. Halló mejor mantener la cautela, como Roberto lo había prevenido, aunque no pudiera esconder el deseo de conceder entrevistas para las principales emisoras del país.

Roberto hube quedado satisfecho con la actitud del amigo. Aquel día sería largo, y ambos necesitan ahorrar energías para el interrogatorio.

—A qué hora iremos oí-lo?

—A La tarde, mi amigo —respondió Herbert, dando-le uno tapinha en la espalda. —Lo que halla de ir para casa, tomar un buen baño y descansar?

Era la frase que quería oír. Parecía que estaba fuera de casa hace años, vagando por el desierto en búsqueda de un asesino que surgía de repente como una miragem. Si al menos aquella incursión fuera la última y pusiera fin su cacería... Roberto quería muy que fuera verdad, pero aquella sombra aún lo rodeaba, la sombra del verdadero asesino.

—Estoy necesitando aún de algunas horas de descanso. Dejaré el celular conectado. Cuando todo esté pronto, avise-me, ok?

—Puede dejar. Hay mucho lo que hacerse aquí, mi amigo. Sabe como es, toda a papelada. Creo que no quedará pronto antes de las 20h. Entonces aproveche suyo descanso.

Saludaron-si con enorme camaradagem. Roberto siguió por el pasillo hasta llegar a la puerta de los fondos de la comisaría. Minutos antes algunos oportunistas vigilaban la salida en una apuesta tola de que entrarían por allí para despistar la multitud de curiosos. Como vuelcan que estaban errados, corrieron para la entrada, dejando el camino libre para él.

Ya era cerca del medio-día cuando él caminó por la ruela casi desierta, ladeada de casas de alvenaria, en un barrio humilde de Curitiba. De donde salió hasta a esquina de esa ruela no pasaba taxi, motivo por el cual necesitó caminar hasta la avenida para conseguir un transporte para casa.

El sol ameno hizo la caminata agradable. El frío que se hacía de mañana desapareció, dando lugar a una aragem gostosa que se siente normalmente en el fin de la tarde.

De repente vino en su mente el mirar asustado de Francisco. Fue una suerte tê-lo capturado. Los miembros del grupo táctico se esparcieron por cada esquina de la calle donde él vivía, pero ninguno de ellos se prontificou a vigilar los terrenos baldíos. Roberto, con toda su experiencia, estudió el lugar, y con una intuição singular, escogió lo punto correcto para quedar. Cuando vio una movimentação sospecha en el matagal, sabía que el sospechoso estaba yendo en su dirección. Fuera el tiempo para empunhar la arma y esperar.

Lo que sucedió al encuentro con el sospechoso es que lo dejó pensativo. Aunque martillara en su cabeza que Francisco no era el asesino, una voz tímida que ecoava en el fondo de su mente decía que él tenía algo a ver con el asesinato de Victoria; no como autor, pero como testigo. La facilidad con que él fue capturado corroborou con sus sospechas. Era hábil, sin embargo ingenuo.

Tomó uno taxi y llegó a su apartamento alrededor de las 12h24min. Lo porteiro lo paró abruptamente, cogiendo varias correspondencias.

—Señor Rodrigues, llegaron algunas correspondencias para el señor hoy de mañana.

Lo porteiro era un hombre gordo, pero muy alerta, el tipo de hombre responsable y organizado. Su único problema era a discricão. Si no fuera la interrupción de Roberto, habría descrito cada correspondencia con su voz grave y penetrante.

—Gracias, Hélio. Dé-me aquí antes que todos queden sabiendo de mis revistas masculinas —dijo él en tono de brincadeira.

El ascensor estaba parado en la planta baja, pero él prefirió las escaleras. Sentía-si enferrujado y quería moverse, aunque el cansancio fuera grande. Además, subir las escaleras minarían sus últimas energías, facilitando su sueño.

Roberto yxaminou las correspondencias. Allá estaban su edición semanal de la revista “Investigación Criminal” y de la publicación semanal de “Vigila en las Calles”. Algunas cuentas para pagar, facturas de tarjeta de crédito y por fin una carta.

Él meneou la cabeza. No acostumbraba recibir cartas, de hecho, casi nadie recibe cartas hoy día gracias a los y-mails y redes sociales. Lo que lo llamó la atención no fue sólo la falta de uno remitente o de sellos, pero sí lo que estaba en el interior del envelope.

El papel estaba doblado y terriblemente enrugado gracias a generosa cantidad de pegamento que fuera usada para pegar las letras recortadas de revistas y periódicos.

Él no quería leer en el pasillo. Esperó llegar a su apartamento.

Largou el resto de las correspondencias y se jugó en el sofá. Abrió nuevamente la carta y comenzó a lee-la:

“Cuánto tiempo se pasó desde la muerte de Madeline, mi última víctima. Por mi soberana gana, la paz reinó; pero veo que no será por mucho tiempo. Si continuar en el caso, continuaré matando.”

Roberto si permitió a un súbito estremecimiento. Sus años como investigador jamás hubé recibido la amenaza de uno serial killer, y aquella tenía todo para ser auténtica. Surgió inmediatamente después de la prisión de Francisco, y no fuera dejada por el correo. Por la falta de sellos, alguien entregó aquella carta personalmente. No habría sido el propio asesino, seria

idiota demasiado se hiciera eso.

La primera providencia sería identificar quién dejó la carta, lo que no sería difícil gracias las cámaras de vigilancia, pero hasta que fuera encontrado, el asesino estaría lejos. Sin embargo no dejaría por menos. Volvió a la portería para conversar con lo porteiro. No trajo la carta consigo para no deixá-lo alarmado.

—Hélio, preciso que me diga quién fue que dejó esa carta para mí — él mostró sólo lo envelope para facilitar las cosas.

Lo porteiro quedó pensativo, pero no por mucho tiempo.

—Ah sí, fue hoy de mañana, alrededor de las 7h30min. Era un hombre alto, cabellos castanhos claros y usaba un gabán ceniza —él hizo una breve pausa, después continuó —algún problema, señor?

—Nada demasiado. Quería sólo sepa quién era.

—Si quisiera puedo pedir para el Marcos verificar en las imágenes. Dentro de media hora consigo la foto de ese hombre para el señor. La descripción que le di fue muy vacante. Una imagen será mucho más esclarecedora.

—Haga eso, Hélio. Estaré en mi apartamento aguardando.

De vuelta a su apartamento, Roberto dejó-si tombar en el sofá, sintiendo su cuerpo se desconsertar por completo. Barrió los ojos por la sala, de paredes blancas y cubiertas de telarañas. Ya estaba más del que en la hora de una diarista dar uno jeito en aquel lugar. No eran solamente las paredes sucias que lo incomodaban. Había poeira por todos los móbiles, considerables capas de suciedad que lo dejaban estarecido.

En esas horas que él echaba en falta de una mujer. Tener una diarista su disposición era una salida fácil, pero nada efectiva. Ellas no tenían el mismo cuidado que una ama de casa, aunque muchas exerçam sus funciones con extremo celo. Una ama de casa tiene en mente que aquello que está limpiando es suyo, que estará allí amanhã y por tiempo indeterminado. Por ese motivo, cultiva uno celo extraordinario que ninguna otra consigue. Pero los tiempos cambiaron. Ni toda mujer se permite ser sólo ama de casa, sin embargo tener una mente femenina cuidando de ciertos detalles de organización ayudaría

mucho.

Roberto si libró de la visión terrible de suciedad que lo incomodaba, desviando su mirar para el techo, pero volvió-si para el reciente recuerdo de la carta misteriosa. El mensaje que hube recibido de Herbert pidiendo-le, de forma cómica, que no durmiera además del necesario, fuera en verdad innecesaria. Tardaría a dormir tras el repentino temor que lo acometió.

Los investigadores trabajan mejor cuando están en su zona de confort, pero cuando algo de extraordinario les quitan la concentración, todo si hace nebuloso. Toda la tela de investigación se deshace, convirtiendo-si en un intrigante quiebra-cabeza. Tenía como cierta la posición de Francisclo en el caso, sin embargo, delante del nuevo hecho, no sabía más donde encaixá-lo.

La sombra permanecía en suyo encalço, ocupando todo el apartamento. Asemejaba-si a un monstruo que ganaba forma, avolumando-si descontroladamente a medida que el silencio se hacía nítido.

Roberto cerrava el puño con el deseo de coger el asesino. Lo que lo dejaba aterrada era la sensación de que jamás lo encontraría, como se fuera uno espirito que vagaba por la tierra y no se hiciera percibir. No existe mayor pesadilla del que verse prendido a una investigación que estaba fadada al fracaso.

Él acabó cochilando, a pesar del turbilhão de pensamientos que le ocupaban la mente. No fuera lo descanso que deseaba, pero el suficiente para reponer-le parte de las energías.

Despertó alrededor de las 17h22min, con el toque de la campainha. Cuando atendió, vio la faz rechonchuda de Hélio, con los ojos brillantes de un hombre por demás curioso. Por algún momento, Roberto temió por la discrição del caso. Imaginó el edificio entero a comentar sobre el extraño que le trajo la carta y su contenido. Hélio cogía una fotografía con baja resolución, pero el suficiente para identificar un rostro masculino.

—Señor Rodrigues, conseguí la foto del hombre que le trajo la carta —extendió-le la fotografía con las manos trêmulas de un niño. —Fue el mejor ángulo que encontramos. Espero que lo ayude.

Roberto examinó la fotografía, con sus ojos entrenados.

—Muy bien, Hélio. Será de gran ayuda para mí —dijo él, esbozando una sonrisa para esconder el terror que lo hube acometido.

## Capítulo 9

En la facultad, Mateus era el estudiante más frío de la clase. Cuando el profesor presentaba un cuerpo a los alumnos, para la clase de autopsia, él no parecía importarse ni un poco con la apariencia cadavérica y la rigidez de los miembros, algo que causaba repulsa a cualquier uno, o por lo menos, en alguien normal.

En aquella mañana, sin embargo, estaba más pálido que de costumbre, lo que hizo Jonas quedar terriblemente desconcertado. Mateus quedó rente a la pared más alejada de la consulta, la espalda eretas y lo mirar distante. Parecía un niño que no sabía lo que hacer delante de un animal herido. Si la edad no lo hubiera dejado más maduro, tendría tapado los ojos para lo que estaba viendo.

Acostada en la cama, con los labios blancos y la faz translúcida yacía Ana. Aunque desmayada, aún irradiava aquel brillo intenso de vida que le era peculiar. Jonas sentía su impacto, aunque no pudiera describir exactamente cual era la sensación. Podría decir que era paz, satisfacción o la sensación de vivir el más bello de los sueños sin que la idea de un fin pudiese por tierra todo el encanto.

—Jonas, por Dios. Esa moça surgió en nuestra puerta clamando por su nombre. Cuando me di cuenta, cayó en mis brazos deshaciendo-si de sus fuerzas —dijo Mateus, gaguejando, algo que no le era común.

—Hay cuánto tiempo está desmayada?

Mateus quedó cambio. De tan aturdido, ni se dio cuenta del tiempo.

—No sé... Tal vez cinco o diez minutos?

—Droga! Y por qué no me llamó antes?

—Y yo sabía donde usted estaba? Busqué-lo que ni un loco, batiendo en la puerta de los otros, encarando aquellos mires arregalados y incrédulos —comenzó a atropelar las palabras. El tono de voz de Jonas lo hizo recular, dejando-lo en posición de defensa.

—Deja para allá. No me parece grave. Dé-me algunas almofadas.

Necesitamos dejar las piernas de ellas más altas que el cuerpo.

Como despierto de uno transe, Me lateus corrió hasta el cuarto para coger las almofadas. Posteriormente sería criticado por no haber tomado una precaución tan simple, pero aquello no lo preocupaba en el momento.

—Como no me habló sobre ella?

—Ora, no hallé oportuno comentar. Acuerde-si: somos nuevos en esa comunidad. Necesitamos dar cada paso con cautela y cuidar de cada palabra que digamos.

—Podría al menos haber comentado que hube conocido una mujer muy bonita. Que hombre no se gabaría de eso?

Jonas prefirió el silencio. No era la hora de hablar sobre Ana. En aquella condición, era una paciente, y lo decoro se hacía más que oportuno en el momento.

—De momento a mantendremos aquí hasta que despierte. Quede en la puerta vigilando. Si algún paciente surgir, haga a triagem y pieza para aguardar.

—Triagem del lado de fuera?

—Exactamente. Y no me mire con esa cara. No estamos más en la ciudad grande. Nadie irá a extrañar.

Mateus llenó el rostro, con la respuesta en la punta de la lengua, pero prefirió quedar callado. Dio una última ojeada en Ana y salió en silencio.

El cielo hizo-si negro, con nubes ameazadoras pairando lo vilarejo. El viento pesado batía en las palmeiras en el distante bosque, que se movían monótonamente. Ninguna alma viva corría por aquellas bandas, sino una u otra lavadeira cruzando a alameda con sus vestidos largos.

A los 32 años, Mateus ya hube pasado por las duras fases de la vida con honras, y en tiempo, vivió aventuras suficientes para deja-lo acomodado en el que tange a las mujeres, pero al ver Ana, la mujer más bella que ya vuelca en su vida, quedó con el corazón balanceado. Cuando salió de la consulta, sintió como se abandonara su mucho más precioso, a la revelia de su jefe.

No había cualquier competición entre los dos, fuera la habitual

competencia para definir quién era el más sarcástico. Si fueran puntuados, Jonas llevaría ligera ventaja. Había muy veneno en sus palabras cuando la oportunidad surgía, y causaba el efecto más devastador posible. Si Jonas se interesara por Ana, tendría finalmente un adversario a la altura, motivado y dispuesto a luchar con todas las fuerzas. Sin embargo Mateus tendría su ánimo minado por una pasión aún precoce que escondía del amigo.

La tarde cayó, milagrosamente, sin la lluvia que amenazaba despencar. Mateus largou la guardia y buscó un lugar para almorzar, mientras Jonas permaneció en la oficina velando por el sueño de Ana.

Sin muy alarde, ella despertó. Sus ojos estaban tan espremidos que apenas si podía ver el verde pungente que en ellos se escondía. Quedó por algunos segundos sentada en la cama barriendo los ojos tímidamente por la consulta.

Jonas hubs vuelto del cuarto con un vaso d'agua. Parecía aliviado al ver que Ana estaba bien.

—Por favor, no se esfuerce —dijo él, de forma tierna.

—Lo que aconteció?

—Usted desmayó al llegar a mi consulta —entregó el vaso d'agua a ella y continuó —Mi asistente dijo que estaba buscándome.

—Hum... —murmuró ella, sorprendida. —Dé-me algún tiempo para acordarme.

Ana cogió a prueba, en una reacción repentina al fuerte dolor de cabeza que la hube acometido.

—Acordé-me. Estaba en el velatorio de Isabela. Había mucha gente, el aire estaba escaso. Sentí-me tonta y nauseada, entonces resolví procurá-llo. Pero pelo que puedo dedujer, acabé desmayando antes de encuentra-lo.

—Exactamente eso que aconteció —dijo Jonas, emitiendo una sonrisa acogedora. Estaba huyendo a la habitualidade, como si un espíritu tuviera se apossado de su cuerpo.

—Doctor, debo ser una piedra en su zapato, añadiéndole preocupaciones la suya tumultuada rutina de terribles acontecimientos —la voz de Ana parecía distante, como si a hiciera ecoar para fuera de la consulta.

—De forma alguna. Hizo bien en buscarme. Usted tuvo una caída de presión. Necesitaba de cuidados urgentes.

—Yo debería haber ido para casa así que comencé a sentirme apenas.

—Por favor, no diga tonterías —replicó él, cambiando el tono de voz, pero manteniendo la sonrisa. Sin percibirse, estaba tratando-a cómo se fuera una muñeca de porcelana, bella y delicada. —Hizo la cosa correcta, y eso que importa ahora.

—No sé como agradecerle, doctor.

—Soy el médico del vilarejo. Ese es mi trabajo, por lo tanto, no hay lo que agradecer.

Jonas sentó-si a su lado. Ella aún estaba zonza, con la cabeza pesada. Fitou los ojos de él, tan profundos y enigmáticos. Sintió-si fuertemente atraída por sus labios, pero mantuvo-si relutante. El miedo de ser despreciada a acometió, haciendo-a esforzar-si al máximo para repelir aquel mire hipnotizador. Sería fácil se no estuviera si enamorando por él.

—Estoy mejor ahora. Agradezco de corazón por todo que hizo por mí, pero preciso ir.

—Hallo mejor usted quedar en observación, por lo menos, hasta tener certeza de que está bien.

—No debo...

—Sentir-me-iba culpable se algo le aconteciera. Por favor, quede hasta lo anoitecer. Yo la llevaré hasta su casa, no se preocupe.

Aunque se sintiera un tanto constringida, ella asintió.

Fuera la primera vez que hube pasado más de cinco horas sola con un hombre. Bajo las advertencias de su fallecido padre, resumía sus encuentros la pocas horas a contemplar lo poner del sol en el pico más alejado de la ciudad, o a pasear por el parque saboreando uno saquinho de pipoca.

Por mucho tiempo ella creyó que los relacionamientos se restringían a mirar y besos inocentes, pero cuando pasó a enamorar rapazes más viejos, vio que estaba engañada. No fue aquel engaño que le traía excitación, como el descubrimiento del orgasmo. Ella quedó, realmente, decepcionada. Hallaba la

idea antigua más romántica.

Despertar y percibir que un hombre estaba a su lado mientras dormía, en un momento de vulnerabilidad, eso dejó-a perpleja. Aunque sintiera algo especial por Jonas, no podría negar el instinto masculino, que hace hasta el más dulce de los hombres se haga uno canalha en un parpadear de ojos. Si fuera una mujer más experta, hallaría excitante ser observada pelos ojos hambrientos de su amado; sin embargo era inocente demás para acatar tal idea con buenos ojos.

La lluvia, que durante el día hube quedado a la acecha, cayó con fuerza sobre aquellas tierras lejanas. Los vientos aterradores soplaban con uno furor devastador, cargando lo pasto de los caballos y algunos telhados. Las ventanas que estaban abiertas chicoteavam-si contra las paredes, creando una sinfonia de sonidos huecos y enfurecidos.

Los pobres desavisados corrían de la lluvia, teniendo sus cuerpos surrados por los pingos gruesos e intermitentes.

Ana quedó enfrente la ventana cerrada, mirando pelas frestas la lluvia torrencial. Sentía el corazón apretado al darse cuenta de que Isabela no más sería enterrada aquel día. Era como una agonía a prolongar-si forzosamente, uno sueño que enmendaba sus partes para formar una película triste.

Ella fitou Jonas, que estaba sentado a la mesa de la consulta, ojos vidrados en una publicación sobre “Enfermedades Tropicales”. Ana admiraba hombres intelectuales y su sede por el saber. Ve-lo allí, tan entretido en la lectura, dejó-a esperançosa. El mundo, finalmente, no estaba perdido.

—Extraño, no halla? —preguntó ella, temiendo que Jonas se incomodara con la interrupción de su lectura —Esa lluvia, normalmente, ocurre en el verano, en su ápice.

—La naturaleza es imprevisible —dijo él, levantando sus ojos miúdos, ocultos atrás de los óculos. —Cualquier lluvia, aún tan intensa y furiosa cómo esa, no se compara a los huracanes que vemos en América del Norte.

—Absolutamente! Y por eso es por lo que doy gracias al buen Dios por permitirnos vivamos en un lugar libre de fenómenos tan devastadores.

La conversación no parecía fluir. Jonas quedó en silencio, intentando retornar su lectura. No se debe interrumpir la lectura de alguien para comentar sobre el tiempo, o cualquier otro asunto sin importancia, y Ana si castigaba mentalmente por haber hecho eso.

—Como se siente? —preguntó Jonas, cerrando el libro y dejando-lo sobre la mesa.

—Estoy bien mejor. Si dependiera de mí, ya estaría en casa. Pero no tome eso cómo ingratidão. Necesito aún ir para casa. Dejé tanta cosa para hacer...

—Espere al menos la lluvia pasar.

—Parece que va a tardar.

—Si al menos hubiera uno guardia-lluvia por aquí...

—Ser-le-á útil. Llueve bastante por aquí —completó Ana.

—Providenciarei uno, aunque crea que en el momento en que poseer un guardia-lluvia, tendremos un periodo de sequía infindável, y cuando quiebra-lo, volverá a llover.

Ana sonrió. Fuera la primera grande piada del día, tan grande que tras algunos segundos de risada, cayeron en un silencio embarazoso.

Cuando la lluvia amainou, la noche cayó deprisa. El frío que hacía en aquel instante era de congelar.

Ana cruzó los brazos, intentando inútilmente aplacar el frío. Jonas, tomado por uno “déja la vu”, cogió su chaqueta y cubrió-a, como hizo con Elisa. Lo que él no esperaba era que ella lo fitasse con tamaña ternura. Él quedó sin reacción.

En la consulta oscura, Jonas quedó parado, perfectamente petrificado ante el mirar sincero y enamorado de Ana. Ella, sutilmente, como si su cuerpo estuviera flotando, encostou sus labios nos de él, y los dos se entregaron a la pasión, mientras el viento blando y helado batía silenciosamente en la ventana.

## *Capítulo 10*

Dejó la TELE conectada, pero en el volumen mínimo. Necesitaba de alguna compañía para quitar aquella terrible sensación de soledad que aumentaba aún más los suyos temores. Acostado sobre lo sofá, Roberto examinaba la fotografía del extraño emisario, en la desesperada tentativa de quitar más informaciones del que normalmente podría encontrar.

No huía mucho de la descripción de Hélio. Era de hecho un hombre alto, esguio, de cabellos cacheados y rostro muy fino, probablemente, descendiente de alemanes. Sería tarea fácil localizá-lo. Lo encontraría aún en la ciudad, en la peor de las hipótesis, escondiéndose en un de los hoteles baratos de la periferia. Encontrá-lo-iba con poco dinero y una botella de conhaque igualmente barato. Pero no sería fácil arranca-le alguna información. Sería necesario lleva-lo para la comisaría y submetê-lo la agradables técnicas de interrogação.

Vuelve y media jugaba la fotografía sobre la mesa de centro y miraba para el celular. Algo le decía que iría a tocar a cualquier momento. Tenía el presentimiento de que las cosas en la comisaría no estaban yendo nada bien. Herbert era un hombre que sabía mantener la situación sobre control, es bien verdad, pero el éxito de la operación no dependía enteramente de él. Vicente sería el primero a poner todo a perder. No sería ninguna sorpresa ve-lo con aquel cabello liso bien penteado esbanjando aquella sonrisa de blancos dientes dando una entrevista en la TELE, exponiendo informaciones sigilosas como se estuviera en una mesa de bar con los amigos. Y no sería también la primera vez que Roberto le daría un bello de un pontapé en la bunda por eso.

Corrió para la cocina, sintiendo el frío del pasillo roçar por sus piernas. Una pila de vajillas deslizaba lentamente sobre a pia, mientras la luz débil reflejaba sobre el armario de pared. Era una cocina pequeña, lo que si esperaba nlo apartamento de un hombre solteiro y con poco trato. Roberto calculó bien y llegó a la conclusión que podría soportar dos días más hasta que uno de los pratos se espatifasse en el suelo mientras los vasos y talheres se rearranjavam en el espacio vacío.

Abrió la nevera y encontró una botella de jugo de uva tinto medio llena. Despejou poca cantidad en una copa y dejó descender por su garganta seca. Esperó algunos segundos, mirando para la nevera casi vacía. Tomó uno más

gole y encontró un lugar seguro en la pia para dejar la copa. Era un interesante ejercicio alocar aquella copa sin dejar escapar todas las vajillas.

Al volver para la sala, percibió que había una llamada de Herbert. Normalmente tendría oído, pero al que indica, había tocado una única vez, en el momento en que estaba distraído con el jugo de uva. Sin titubear, retornó la conexión.

—Lo que hubo? —preguntó él, con la voz tranquila.

—Usted no va a creer en el que aconteció aquí! —Herbert estaba en éxtasis. —Ni que le desale mil oportunidades para pensar, no llegaría ni cerca del que realmente aconteció.

—Droga, deje de enrolação, hombre. Diga luego lo que aconteció?

—Nuestro hombre estourou los propios miolos!

—Lo quê?! —bradou Roberto.

—Eso aún. Francisco aprovechó un momento de distracción de uno de los guardias, cogió-le la arma y estourou el propio crânio. Imagine el infierno que está aquí.

—Estaré ahí en quince minutos.

—Ni vengán para acá. Está un caos tremendo. Tiene equipos de reportaje rodeando el edificio. Si yo consiga salir, será un verdadero milagro.

—Entonces lo que haremos?

—Encuentre-me en el bar Hilston en diez minutos. Daré uno jeito de escapar.

—Tiene certeza?

—Ora, claro que tengo. Crea en mí, no va a querer estar aquí por lo menos hasta el amanecer.

Roberto no hizo más objeções. Conocía el amigo muy bien. Cuando todo estaba perdido, o complicado demás para hallar una solución, Herbert prefería hundirse en la bebida a verse atordoado por los problemas. Y en esa tarea encontraba en el amigo la mejor compañía, razón por la cual no le debería negar la invitación.

Vistió suyo casaco y corrió para la calzada. Avistou, del otro lado de la calle, uno taxi estacionado frente a la floricultura. Un hombre flaco, de rostro fino y nariz cumplida lo fitou con aprobación. De prontidão abrió la puerta del pasajero, aún antes de él atravesar la calle. Era una calidad un tanto singular de los taxistas reconocer un pasajero a considerable distancia, aunque la práctica acaba ayudando a todos ellos.

—Buena tarde, señor. Para donde desea ir?

—Bar Hilston —bradou Roberto, acomodando-si en el asiento. Cuando el conductor dio partida, él completó —Sin desvíos, por favor. Conozco todas las rutas.

Lo taxista cerró-si abruptamente en una expresión de vergüenza, sintiendo-si desmascarado. No diría una sílaba durante el corto viaje. Para Roberto sería un alivio. Tampoco estaba afim de conversación. Con a esperteza de algunos taxistas, llegaría al bar cinco o diez minutos atrasados, lo que sería devastador para completar el día ruim de Herbert, y por qué no, lo de él también.

Con lo trânsito fluyendo normalmente, llegó bien antes del esperado. El bar, en aquel horario, abrigaba pocos frequentadores. Roberto decía que eran los menos ansiosos, hombres que aprovechaban el fin de expediente anticipado para relajar un poco, aliviar lo estresse.

Dos de las seis mesas de bilhar estaban ocupadas. Una de ellas quedaba inmediatamente en la entrada, la otra, en el penúltimel espacio. Roberto siguió rente a las mesas, enxergando al fondo la figura derrotada del amigo.

No era común encuentra-lo en aquella situación. Herbert era un hombre vigoroso, altivo y falante, y era necesario un verdadero turbilhão de problemas para prostrá-lo. Creer que aquellas pocas horas desde que prendieron Francisco fueron suficientes para deixá-lo alquebrado permitía a Roberto un sentimiento de apreensão. Señal de que el fin de tarde y la noche serían largas.

—Su puntualidad me impresiona, mi amigo —dijo Herbert, con la voz arrastrada.

—Creí que usted cometería alguna locura si yo me atrasara.

—Locura? Mi vida, ahora, está una verdadera locura, mi amigo. Ahora siente-si antes que yo enlouqueça de vez.

Herbert empujó una garrava de Vodca para el amigo.

—Tengo pena de quien quedó en la comisaría. Aquello y el infierno parecen el mismo lugar —bradou él. —Tal vez yo vuelva mañana, cuando el humo disiparse. ES probable que yo pase la noche aquí, y sería bueno si usted también lo hiciera.

—Sabe que no puedo.

—Puede sí. ES solteiro también, no necesita preocuparse con una megera llenando su saco, conectándose y hablando asneiras. Somos hombres afortunados, mi chapa. Tiene noción de la suerte que tiene?

Roberto parecía impaciente.

—Diga luego lo que aconteció en la comisaría?

—Ah, en el infierno? El diablo, eso aún, el diablo resolvió aparecer para acabar con mi alegría. Quién cree que él no existe es un tremendo hijo de la puta —Herbert tomó mitad de un vaso de vodca, dejando escapar una débil sonrisa. —Cree nla existencia del diablo, Roberto?

—Y por qué no? Pero me diga, como Francisco conseguíu la arma? Quién estaba vigilando-lo en la sela?

—Ora, jura aunque no sabe? —él batió sobre la mesa, llamando la atención de los otros frequentadores. —Horácio! Quién más podría ser? El idiota dejó lo coldre expuesto, y cuando se aproximó de la reja, nuestro asesino tomó-le la arma y disparó contra el cielo de la boca. Fue lindo, sabe. Masa encefálica por toda parte, y la sangre pintando el suelo de rojo. Cuando entré en la celda, pedazos del cerebro de él cayeron sobre mi gabán, cree? Cree en eso? —bradou. —Prefiero gastar una botella de alcohol para quemar el gabán a tener lo desprazer de llevar para a lavanderia.

—Y cual fue la reacción dlo Frank?

—Ah, usted necesita haber visto la cara de él. Nunca vi un delegado tan asustado en mi vida. Si aquello fuera una prueba para mantê-lo en el cargo, a esa hora estaría de maletas listas para Paraíba. Quedé con pena de la dueña Lucinda, que quedó limpiando sola aquella suciedad.

—Yo imagino..., mas no adelanta se martirizar. La culpa no fue suya.

—Ora, y de quién es entonces? Claro que Horácio tiene su cuota de culpa, pero no puede cargar ese fardo solo. Y usted sabe que soy culpado también. Pare de fingir.

—Deje de asneiras. Tengo plena convicción de que no tuvo culpa. Fue uno mero descuido. Y si usted pudiera haber evitado, que garantizabas tenía que que Francisco no reintentaría?

—He ahí donde quiero llegar. Él continuaría intentando, y usted sabe exactamente el porqué.

—No voy le esconder, pues usted también ya lo sabe. Él era inocente, por lo menos de los crímenes de asesinato. Tal vez el mayor crimen que Francisco cometió fue se haga uno tarado sin pudor, y, probablemente, sea el motivo por la cual se suicidó. Quería privar-si de la vergüenza de exponer la suya mania nada agradable para el país entero.

—Bingo, mi amigo! Idiota fui yo que no quiso creer en eso. Conocedor de su capacidad, fui tolo de creer que usted estaba errado. Ahora estoy aquí, aún respirando aquel olor nauseabundo, con las frases de Frank rodopiando en mi mente: “Podría haber investigado más, Herbert. Podría haber conseguido más pruebas, pero usted no me escucha”. Usted también debe me halle uno teimoso.

—Teimoso, sí, pero eso no le quita el mérito de ser el tercero mejor investigador del Estado. Y nada del que aconteció hoy va a cambiar eso.

—Cree aún en eso? —Herbert comenzó a reír, jugueteando con la botella de tequila. —Sé exactamente lo que debo hacer, y me arrepiento amargamente de no haber hecho eso antes. Voy a entregarle definitivamente el caso. Juzgo no ser capaz de llegar ni cerca de ese asesino. Ahora sé que usted reuní las habilidades necesarias para obtener las pistas, y de toda la corporación, es el único que puede encontrar ese hijo de la puta.

—Y preciso encuentra-lo inmediatamente —dijo Roberto, como si no tuviera si dirigiendo al amigo, pero sí para sí aún.

—Tiene algo para contarme?

—Hallé mejor no contarte de inicio, pero creo que llegó el momento.

Hoy recibí una carta anónima, supuestamente, del asesino. Fue dejada por otra persona, aún no identificada. El tono era de amenaza, lo que me dejó un tanto aprensivo.

—Y lo que estaba escrito?

—Hablaba sobre Madeline, e hizo amenazas si continuara en el caso. Dijo que continuaría matando.

—Podría ser alguien intentando predicar una pieza, pero es probable que sea mismo del asesino. Algunos de ellos les gusta estrechar relaciones con los investigadores, permiten-si jugar con nosotros como se fuéramos ratones acudados.

—Fue exactamente como me sentí. Herbert, usted me conoce hace años. Sabe que durante todo el tiempo que trabajé en la policía, jamás tuve miedo. Mire bien para mí y diga lo que ve ahora.

Herbert apenas conseguía erguer la cabeza. Ya estaba bebiendo hace casi media hora.

—No veo el miedo propiamente, pero algún trazo de inseguridad. Y eso es más preocupante aún, mi amigo. El miedo le da algunas herramientas que ni siempre están a nuestro alcance, pero la inseguridad lo prende con corrientes ante el peligro. Aún así, creo que sea capaz de solucionar el caso. Sólo necesita vencer esa inseguridad.

Exhausto y embriagado, Herbert no conseguía más beber. Roberto lo llevó de taxi hasta su casa. Dejó-lo en su cama y durmió en el sofá. Por lo menos intentó dormir, pero las palabras de él no salgan de su cabeza. Fuera eso, tenía en mente su próxima acción: necesitaba interrogar Carolina, amiga de Madeline, o podría desistir del caso y vivir como un ratón.

## *Capítulo 11*

Él fruncía el ceño mientras bocejaba, en aquella noche fría y tumultuada. La ventana cerrada podría amenizar el frío, pero Gerônimo halló por las buenas mantê-la abierta. Dispensó todos los esfuerzos para aplacar la inquietud del pueblo del vilarejo, pero se rindió a la idea de que ni el más sabio de los hombres podría emplear un medio efectivo para dirimir el temor

que los hube asolado.

No negaba a sí aunque todos eran personas de fe, y esa fe era inabálvel hasta cierto punto. Una muerte improbable, en las dadas circunstancias, sería la prueba de fuego capaz de lleva-los a la desesperación. Y no era solamente el temor de una nueva muerte que lo atormentaba. Gerônimo temía una deserção masivamente, llevando ael fin todo que construyó durante años, rompiendo el lazo que con tamaña dificultad los mantuvo unidos.

Elisa, vez u otra, pasaba delante de la ventana. Sus ojos cansados fitavam el padre debruçado sobre la mesa, el rostro terriblemente enrugado y arrasado. Como hija obediente, asimilaba todos los temores del padre, y les daba el debido peso.

Ella había orado por cerca de dos horas. Sus rodillas hinchadas y doloridos, casi que por un milagro, soportaban aquel vaguear en vuelta de la iglesia. Llegó a un punto en que cambaleava y sentía sus piernas floten sobre el terreno fofo.

Gerônimo no poseía sucesores. Aún no había parado para pensar en esa posibilidad, aunque estuviera conocedora que suya teimosia traería consecuencias terribles para el futuro del vilarejo. Él no me gustaba usar esa palabra. Prefería decir que era orgullo y una fe inabálvel en su inmortalidad. Sólo tras muchos dolores, daba-si cuenta de su fragilidad, y la idea venía su mente con correcta sobriedade.

Era en esos momentos de fragilidad que sus pensamientos no se volvían para sí, muy menos para Elisa, pero sí para Ana. De todas las moças de la iglesia, a que tenía la verdadera vocación para continuar su obra con la debida responsabilidad era ella. Elisa era una hija devota, conocía todo el trabajo minuciosamente, sin embargo mucho de su personalidad a impediría de hacerse la mejor de las pastoras. Ana, por el contrario, reunía todos los requisitos, y fuera moldeada con la misma paciencia dispensada a Elisa.

Gerônimo arregalou los ojos y cerrou los puños al acordarse de Jonas. Vistió suyo casaco y encontró Elisa en la varanda, con el rostro pálido.

—Que bueno que a encontré. Necesitamos ir a la consulta del Doctor.

—La esa hora, papá?

—Sí. Creo que no seremos ninguno incómodo para él, y tengo certeza de que no está durmiendo, visto su hábito peculiar de vagar durante la noche.

—Y cuál sería el motivo de esa visita repentina?

—No haga preguntas. Estamos perdiendo tiempo —dijo él, sin darse cuenta de la aspereza de su voz.

Gerônimo siguió a pasos rápidos rumbo a la consulta, sin al menos prestar atención se Elisa lo estaba siguiendo. Ella, por su parte, apretó los pasos, quedando hace más o menos un metro del padre. Entendió que la urgencia del padre tendría una explicación razonable, pero que en el momento no la habría, aunque insistiera con todas sus fuerzas.

Aún había muchas personas fuera de casa, formando pequeños grupos en vuelta de la alameda. Cuando vuelcan Gerônimo pasar, hicieron silencio y siguieron sus pasos con los ojos arregalados. Él fingió no le importar, pero hubo estremecido con aquella actitud nada cristiana. En su prójimo sermón tejería duras críticas a ese tipo de comportamiento.

Gerônimo batió a la puerta de la consulta. Jonas, que dormía en el sofá, saltó con la tercera batida, más fuerte y severa que las dos primeras. Cogió a lamparina sobre la mesa y abrió la puerta.

—Buena noche, doctor —bradou, sin preocuparse con suyos modos.

—Buena noche, pastor —dijo Jonas, asustado. —Bien... Me gustaría entrar?

—Sí, claro.

Luego Jonas percibió la figura de Elisa si aproximando de la consulta, erguendo la falda para facilitar la caminada. Ella lo fitou, con correcta ternura de inicio, pero que inmediatamente se convirtió en una inexpressividade que le era característico. Los dos entraron y encontraron acomodações.

—Yo estaba casi correcto de que estaría despierto, pero veo que me engañé.

—Bueno, yo diría que haya se engañado por cuenta de una infeliz coincidencia. No soy de dormir tan cedo.

—Imagino... —murmuró Gerônimo. Barrió los ojos sobre la consulta

apenas iluminada. —Yo teria hecho esa visita más pronto, pero el trabajo en la iglesia toma buena parte de mi tiempo. El señor debe entenderme.

—Ciertamente. Creio que hay cierta urgencia en esa visita, sino habría hecho en un momento pertinente.

—Usted está correcto en cuanto a eso. Vine aquí no preocupado con usted, pero sí con Ana. Tengo razones para creer que ella esté aquí.

Elisa fitou el padre, un tanto sorprendida con sus sospechas.

—Sí, ella está aquí. Sólo no entiendo su preocupación. Está siendo bien tratada. Tuvo una caída de presión y necesitó de cuidados, sólo eso.

—Entienda, doctor, siendo un hombre recién-llegado de la ciudad, es común que aún halle normal cultivar ciertas costumbres; pero no se olvide que está en nuestro vilarejo ahora, y nuestras moças se dan al debido respeto, son honradas. Con Ana no sería diferente. Una moça solteira, aún delante de las mejores intenciones, no puede pasar la noche en la presencia de dos hombres. Y el motivo por el cual estoy aquí no es solamente para garantizar la integridad de ella, pero sí cumplir la promesa que hice a su padre. Prometí que cuidaría de ella hasta que se casara.

—Ora, pastor, ella está durmiendo en mi cama. Yo quedé en el sofá y Mateus fue acampar en el bosque. Como puede ver, no hay motivo para preocupaciones. Pero se halla por las buenas lleva-la para casa, no haré objeções. Como recién-llegado, debo adaptarme a las costumbres, y en ese quesito seré el más obediente posible.

—Papá, halla aún conveniente llevar Ana para casa? En su estado, sería prudente deixá-la en observación —la voz de Elisa era débil e insegura.

—No se meta, mi hija. Deje que yo resuelvo estla situación —volcó-si para Jonas, y continuó —Ella está en condiciones de ir para casa?

—Está mejor, con certeza. Tomó todos los medicamentos y su presión arterial estabilizó-si.

—Pues bien, yo la llevaré entonces.

Todos entreolharam-si sin decir una palabra. Jonas levantó-si y fue hasta el cuarto donde Ana dormía. No aprobaba la actitud de Gerônimo. Ana no estaba completamente recuperada, y él sabía de eso, pero un

enfrentamiento prematuro con uno de los hombres más influyentes del vilarejo le sería perjudicial.

Ana durmió con las mismas ropas con las cuales llegó a la consulta. En el más profundo sueño, su rostro tomaba feições aún más angelicais, y Jonas quedó de cierta forma atônito al cinto-la. Sería un pecado acordá-la, pero necesitaba fazê-lo. Era su mayor sacrificio en aquella noche, y probablemente, el primero de muchos mientras permanecesse en el vilarejo.

Él sentó-si al pie de la cama, con los ojos marejados. El perfume femenino que impregnaba lo quartlo dejaba una sensación agradable de paz y serenidad. Era algo viciante, que embriagava los sentidos y aprisionaba el alma en el mundo de los deseos. Jonas sentía-si tolo por tê-la como un bien precioso, como algo que necesitaba ser guardado con extremo celo. Tendría enxotado Gerônimo en el primer instante y se trancado con ella, más allá de la eternidad, para vivir la aventura que hasta entonces no hube experimentado. Sin embargo su futuro estaba en juego, y no había garantías de que oponiéndose a él sería aún feliz.

Pasó la mano por la faz de Ana, helada y vívida. Ella parpadeó débilmente, dejando los labios a la muestra.

No había modo agradable de acordá-la. Si fuera cariñoso demás, el efecto sería el contrario. Entonces él la llamó, con murmúrios y en medio a caricias débeis en su rostro. Tras mucho insistir, Ana despertó, asustada de inicio con la figura de Jonas envolta en una penumbra.

Ella sonreía, aquella sonrisa cansada y tímido. Fitava Jonas sin decir nada, sólo leyendo-se las feições.

—Usted necesita ir —dijo él, casi sussurrando.

—Por quê? No me quiere más aquí? —no era exactamente de aquella forma que ella quería expresarse, pero interpretó la pregunta como un rechazo.

—Evidente que no. El pastor está aquí. Vino buscá-la.

—El pastor? Ora, él no es mi padre.

—Pero actúa como se fuera. Por mí usted quedaría.

—Yo sé de eso. Sé también que no debo ignorar la gana de él. Era

viejo amigo de mi padre, por quien tengo enorme consideración.

—Sepa que se quiera oponerse, tendrá mi apoyo. Puede quedar lo cuánto quiera.

Ana sonrió. Cogió la mano de Jonas y dijo:

—Digo-le, del fondo de mi corazón, que mi deseo es quedar. Sin embargo necesito ir, pues hay muchos motivos para no permanecer. Tengo certeza de que usted me entiende, conoce esos motivos y es un hombre razonable el bastante para respetá-los.

—No puedo objetá-los, tiene razón en cuanto a eso. Pido sólo que vuelva mañana para que yo pueda examiná-la nuevamente. No sería bien un pedido, pero sí una orientación médica que usted debería aceptar cómo una moça conocedora de su condición.

—Ora, doctor, de forma alguna iré a negar semejante pedido, o como debo llamar, orientación. Y mis visitas no sufrirán cualquier modificación, negando de un golpe por todas sus suposiciones, surgidas después de la conversación con el pastor. Crea, oí todo, cada palabra. Tengo el sueño tan leve cuánto una pluma —ella sonrió nuevamente. —No leve a apenas nuestro pastor. ES un hombre de muchos principios y gran deuda con mi padre. Puede no parecer para usted, pero a mí es natural ese comportamiento, aunque no sirva de disculpa para interferir en mi vida. Hago lo que bien entender, soy adulta y dueña de mi vida.

—Usted me sorprendió esta vez, no el hecho de tener oído la conversación, lo que hasta cierto punto pude prever, pero su postura. Quedo feliz por ver que no está inclinada a vivir por los otros, o a mercê de aquellos que le quieren bien. Soy de la misma opinión.

—Entonces no hay lo que temer sobre nuestro futuro, sino nuestras elecciones —Ana levantó-si y siguió para la consulta.

Ella encaró Gerônimo y Elisa con desconfianza, como se estuviera delante de un jurado y su sentencia prestes a ser proferida. Esa idea le era injusta y desagradable. Dejaba la terrible impresión de que había hecho algo condenável.

—Pastor, agradezco su presencia y entiendo su preocupación, pero

tengo certeza de que está todo sobre control. Por lo tanto, no hay lo que temer. Por el contrario, tenemos que agradecer a nuestro médico por su disposición y celo con el cual me trató. No sé lo que sería de mí sin él.

Gerônimo quedó de pie, los brazos estirados y a tez rígida. Podría abarcar toda la situación en la palma de su mano, con el menor de los esfuerzos. Sentía-si presionado por la responsabilidad que le hube sido confiada, aunque instintivamente entendía que toda aquella escena era innecesaria.

—Tengo usted como una hija, Ana. No necesito decirle que estar en la presencia de un hombre solteiro pondría en riesgo su honra, aún siendo un médico. Podría haber llamado a mí o a Elisa para acompañarle. Entienda, no quiero ser severo, muy menos darle uno sermón, pero necesitamos imponer una orden que necesita ser seguida sin restricciones.

En la esquina de la consulta, Jonas asistía a todo aturdido. Elisa, también de pie, pero temerosa con la actitud del padre, fitava-lo con poca aprobación, no por concordar parcialmente, pero sí porque suya devoção al padre no le permitía una objeção más evidente.

—No cabe sermones a mí, muy menos al doctor. Entiendo que esté concluido ese lamentable incidente. Debo retirarme, no por gana, pero por oportunidad, y retornar para mi casa. Necesito descansar —dijo Ana, solenamente

—Absolutamente —bradou Gerônimo, sintiendo-si desafiado. —No haré objeções en cuanto a eso en respeto su salud fragilizada.

Jonas acompañó los tres hasta la salida en silencio. No había oportunidad para hablar, y aunque hubiera, hallaba por las buenas permanecer callado.

Caminando más rápidamente, Gerônimo y Ana siguieron en el frente, mientras Elisa seguía-los lentamente, mirando para tras, fitando la figura inmóvil de Jonas frente a la consulta.

Aliviado, él suspiró, poniendo las manos sobre el rostro. Fuera un día decisivo para su permanencia en el vilarejo. Fue cómo andar sobre un campo minado. Encarar el consejo de anciões y salir ileso fue cómo escapar de un tiro de cañón. Tendría ganancia puntos con el pastor se tuviera le comunicado

la presencia de Ana en su consulta. Pero en ese punto no podría adivinar que Gerônimo era una especie de guardián, un hombre superprotejo, y haciendo eso, perdería puntos valiosos consigo aún, pues no concordaba con ese tratamiento dispensado a Ana.

Exhausto, Jonas dejó-si caer sobre la cama, provocando un largo estalo. Aún cansado, no conseguía cerrar los ojos. Era bien verdad que pensaba en Ana, y eso lo dejaba cada vez más enamorado, sin embargo el motivo por el cual no conseguía dormir era otro. Trataba-si de alguien que estaba la centenas de kilómetros dali y por quien aún nutría lo que para muchos podía llamarse de amor.

## Capítulo 12

La vida en la ciudad grande ni siempre es buena para todos. Existen aquellos que prefieren huir del tráfico tumultuoso, de la correría y estresse constantes. La polución, aunque sea el motivo minoritario, también influencia en esa decisión.

De entre los que desean dejar la ciudad, hay aquellos que buscan un medio término. A pesar de ser un alivio escapar de la metrópoli, su influencia permanece presente, incrustada en cada uno. A modernidade, en poco tiempo, hace-si una adicción. Cultivar su propia comida o hacer sus propias ropas no es suficiente para disipar el deseo por comidas enlatadas y ropas confortables. Por esta y otras razones, surgen pequeños vilarejos la medio camino de la ciudad grande, a la vez, escondidas en medio del nada.

Punta Gruesa queda en el centro del estado de Paraná, distante de la capital cerca de 100 kilómetros. A los alrededores hay capões de mato — grupamento de vegetación arbórea cercada por campinas. En esas áreas, grupos de personas se juntan para formar pequeñas comunidades agrícolas. Por veces se expanden y se hacen pequeñas ciudades, por otras son limitadas por la filosofía de vida de sus habitantes.

En un de esos vilarejos existía una Casa de campo llamada Alvorada. Era allá donde Roberto podría encontrar Carol, amiga de Madeline, una importante testigo del caso.

Su autobús tenía cómo último punto una hacienda que quedaba en los límites de la ciudad de Punta Gruesa. De allá necesitaba coger una de las vanas que recorre los vilarejos y casas de campo. La carretera era pésima, con tramos irregulares, ladeiras peligrosas, rodeadas de peñascos. En los tramos más próximos de la mata, el terreno era lamacento y exigía de los conductoras extrema pericia.

Roberto llegó a una rústica terminal, hecho con cuatro pilares de madera y recubierta por telhas coloniais. Sentó-si en uno de los bancos y esperó a van. La prójima pasaría dentro de media hora, tiempo suficiente para pensar en las preguntas que haría a Carol.

Hace veinte años estuvo en un lugar como aquel, vendiendo balas para los pasajeros. Herbert era su compañero, y dividían las ganancias del día, aunque uno vendiera más que el otro. La madre de Roberto era doméstica, pero lo que ganaba apenas daba para comprar comida. Ella vivía en régimen de esclavitud, pasando, lavando y cocinando para una ricaça sovina. Herbert no tenía una vida diferente, aunque hubiera uno complicador: su padre era alcoólatra.

Los dos se ayudaban como podían. Herbert llegó a robar comida para dar al amigo. Tal vez por esa razón Roberto cultivó dentro de sí una personalidad caridosa, siempre lista para ayudar al prójimo.

Cierta vez, Herbert fue cojo robando pan en una humilde mercearia. El dueño, un señor de cuerpo arqueado y cabellos grisalhos, hizo mención de perdoá-lo, pero su hija, una mocinha rechonchuda de rostro apenas-encarado, quería de todas las formas entregá-lo a las autoridades. El destino de él parecía selado, hasta que en el último instante, Roberto consiguió dinero para pagar por los panes, y tras incontables súplicas y media hora de lloro incesante, consiguió aplacar la furia de la mujer y liberar el amigo.

Tras la muerte de Francisco, la tragedia que interrumpió lo suyo eufórico triunfo, Herbert debilitó-si delante del fracaso. No era más el mismo, desacreditando años de trabajo dedicados a la policía. Confió a Roberto la suerte de capturar el asesino. Las razones no eran claras, es bien verdad, y no se podía negar que una amistad tan antigua fuera la principal de ellas; sin embargo igualmente no se debería negar que cualquier uno podría hacer el trabajo, aunque ni todos pudieran alcanzar el principal objetivo de la investigación.

Roberto sentía el peso de la responsabilidad. Era cómo se algo ganara volumen sobre su espalda, un cuerpo vivo alimentando-si de suyas expectativas, haciendo-el curvar-si delante de la peligrosa misión de prender el hombre más buscado del país. No lo hacía solamente por Herbert, o Madeline, o aún, por cualquier otra de las víctimas. Haría porque era su trabajo.

Aún creyendo en eso, una parte de él no quería estar allí. Carol hube sufrido demasiado con la pérdida de la amiga, y revivir el pasado, aunque sea para ayudar a encontrar el asesino, sería doloroso demás para ella, así él

suponía. Reabrir heridas no era la mejor parte del trabajo. En verdad, no existía nada de agradable en el que hacía. Aún cuando prendía uno criminal, aquella terrible sensación de que no había acabado lo asaltaba, minando sus méritos como cumplidor de la ley.

A van llegó cinco minutos atrasada. El conductor saltó con prisa y corrió para el cuarto de baño, mientras los pasajeros desembarcaban, retirando trouxas y sacolas de los compartimientos de equipajes. Roberto hube llevado solamente el esencial: suyo coldre y su pistola.

Él no quería quedar más del que necesario. Si consiguiera alguna pista del sospechoso, seguiría viaje para dondequiera que fuera. Volver para la capital era la última de sus ideas y de más desanimadora. La muerte de Francisco aún rendiría el bastante para mantê-lo lejos de la comisaría, razón por la cual pretendía quitar folgas el más breve posible.

El viaje no fue nada agradable. El vehículo oscilaba constantemente sobre la carretera irregular, intentando inútilmente acompañar las depresiones por el camino, incontables y fatigantes. Alo salir de la van, sus piernas estaban bambas. Siguió cambaleante por la estrecha alameda. Había muchas poças de lama por el camino. Él necesita escoger bien donde pisaba sino tendría una desagradable sorprendida.

Irritaba-si al percibir que caminaba como se estuviera penetrando un campo minado. Estaba en la profesión errada, con aquel miedo irracional de suciedad. Si quisiera evolucionar, o mejor, lograse algún éxito en aquella misión, necesitaba destruir viejas manias.

Intentando deshacerse del poco recelo que le restaba, endireitou-si y siguió ereto por la carretera sin mirar para bajo. Roberto sentía sus pies hundan en la lama y el líquido enlameado penetrando-le el zapato como ácido. El asco lo hacía caminar más deprisa. Sin notar, vio-si de repente rodeado de barracos y cabanas encimadas por el capão. El cielo oscuro hacía el lugar más lúgubre, repleto de faces retraídas y deprimidas.

Aquellos rostros miúdos y oscuros no se hacían percibir-si como sería natural en aquel horario. Por el contrario, ocultaban-si en medio a los cubiertos abatedouros de cerdos, afilando facões y retirando vísceras, ignorando lo vívido odor que les rasgaban las narinas. Eran hombres y

mujeres ejecutando el mismo trabajo como iguales.

La presencia de Roberto fue literalmente sentida por su odor singular que se destacó entre los malos olores de la carne expuesta nos varais improvisados. Decenas de ojos lo seguían, estrechos e inquisidores. Pero era a impassibleidade de ellos que lo preocupaba. No si meneabam, o intentavam menear-si para abordá-lo. Trataban-en el como el un artista de circo que desfilaba con suya trupe por las calles, con aquella sonrisa gigante en el rostro.

Precipitó-si contra ellos, como un animal fuera de la jaula buscando su bando. Aún con aquellos ojos vorazes, aún había cierta humanidad en aquellas personas. Alejaron-si de las grandes multitudes y del furor de la ciudad grande, pero no el suficiente para desprender-si de sus raíces. Era eso con que Roberto contaba.

—Estoy buscando una profesora —gritó él —El nombre de ella es Carolina, o Carol...

Uno cachorro latiu, tímidamente, y fue el único sonido que se hizo ecoar en aquel lugar imundo. Sus palabras fueron completamente ignoradas, como se fueran proferidas en un dialecto desconocido. Y no fue solamente la indiferencia de ellos que se hizo notada. Dejaron de fitá-lo, recobrando total atención al que estaban haciendo. Roberto percibió que estaba engañado acerca de ellos, eran sólo curiosos que si distraen con cosas proscribáis para alejarseen brevemente de suyos afazeres, no el tipo perezoso que se dispersa por conveniencia, hacen sólo cuando lo intelecto, en una carencia por novedades, juzga necesario.

Juzgó que no sería difícil encontrar la escuela del vilarejo. Recorrería el lugar con la debida atención y discricão necesarias cuando se penetra nun ambiente desconocido.

Llegó al encuentro de decenas de cabanas, espaciado enfileiradas, formando uno estrecho pasillo oscuro de lonas. Al borde de uno riacho, pocos metros de las barracas, yacían niños de cabellos desgrenhados jugueteando con pedazos de galho y balones de gude. Al fondo, un grito repentino rompió el silencio y llamó la atención de Roberto.

Barrió los ojos intentando identificar de donde venía. Tras un corto

silencio nuevamente oyó-si el grito. Era de una mujer.

Adentrou el pasillo, vigilando las puertas y ventanas. En la mayoría había mujeres lavando vajilla o preparando el almuerzo. Los urros de un hombre se intercalaron a los gritos de la mujer, denotando una pelea doméstica.

Roberto no le gustó aquello, no por hallar innecesario que problemas entre parejas sean resueltas a los bramidos, pero sí porque él era exactamente el tipo de hombre idiota el suficiente para entrometerse.

Entonces rodeó lo barraco de donde venían los gritos. Era una construcción caprichada delante de las decenas de viviendas improvisadas que la rodeaban. Por la ventana él vio un hombre parrudo, atarracado, cogiendo a esposa por los brazos mientras direccionaba a ella tengamos que bajo calão.

—Vagabunda, no puedo salir por media hora y usted ya corre para los brazos de otro macho. Está creyendo que va a salirse bien desala?

La mujer lloraba, aunque hiciera un esfuerzo para no hacerse oír, cerrando los labios tan fuertemente que podía-si ver la marca de sus dientes.

—Después que yo acabar con usted, va a desear nunca tener me traicionado.

Sobre la mesa había uno facão muy bien amolado. La pareja se esmurrava e intercambiaba ofensas. El hombre fitou el cuchillo e hizo mención de pegá-la.

Roberto saltó sobre él como un león. La mujer se desvencilhou y recostou-si a la pared con los ojos saltados.

—Hijo de la puta. Lo que pretende hacer? —gritó el hombre.

—Deje-a en paz, sino... —él quedó en silencio.

—Inmediatamente vi que usted no tiene colhões —dijo el extraño. Clavó lo facão en la mesa y partió para cima de Roberto, con los puños cerrados. —Voy a acabar con usted con mis propias manos.

La mujer huyó, dejando los dos encarando-si cómo dos gallos de pelea. Roberto acordó-si de que no vino para arrumar confusión. Podría, hasta con

cierta facilidad, rendir el hombre, o melhor, dar-le una buena paliza para aprender la no amenazar una mujer indefensa. Pero por más que deseara hacer eso, no podría entrometerse más del que ya había si entrometido.

Con esa decisión, esperó la embestida del extraño, que no ahorró fuerzas para esmurra-lo en el rostro y en el estómago. Roberto rodopiou y vio la ventana girar con tanta velocidad que lo dejó zonzo.

El hombre no se hizo por satisfecho, continuó socando-lo sin piedad. El último golpe fue tan intenso que hizo su rostro respingar sangre. Roberto tombou, sin fuerzas para reaccionar. Antes de desmayar, recibió uno chute en el estómago.

Atordoado, despertó en un local diferente. Barrió los ojos por un cómodo pequeño, con sólo una silla y una cuenca con agua. Sobre la cama había uno pano húmedo manchado de sangre. Roberto pasó la mano en el rostro y percibió que sus heridas fueron tratadas. Estaba sin camisa. Alguien la retiró mientras él estaba desacordado.

Aún débil, intentó levantar-si. Una sombra cruzó la puerta del cuarto. Roberto a siguió, aún cambaleando. Cuando cruzó a soleira, dio de cara con una moça muy bonita, cabellos rubios y ojos castcorderos. Ella lo fitou, asustada.

—No debería tener si levantado... —dijo ella, insegura.

—Quién es usted y por qué estoy aquí?

—Por favor, vuelva para la cama. Aún está muy débil.

Roberto concordó. Volvió para cama y quedó fitando lo telhado. A moça sentó-si al pie de la cama, mojó lo pano y retiró los últimos resquícos de sangre de suyas têmporas.

—Soy la profesora de ese vilarejo. Llamo-me Carolina. Ahora usted, por Dios, en el que estaba pensando? Lo que hace aquí?

—Estaba buscándote —dijo él, radiante. —Necesito mucho hablar con usted.

—No comprendo...

—Soy investigador de policía. Estoy investigando la muerte de

Madeline y otras siete mujeres.

Carol quedó estupefacta. Era cómo se hubiera visto un fantasma, no por primera vez, pero el mismo fantasma que la asombraba.

—Aún no encontraron el maldito asesino?

—No, pero no estamos lejos —a veces es preciso fantasiar la verdad, y Roberto halló mejor no a desanimar con noticias ruins. —Por eso necesito de su ayuda.

—Yo no sé de nada.

—Sé de eso. El motivo de mi visita era para descubrir alguna pista del paradero de ese asesino. Por favor, necesito mucho de su ayuda. Sé que no es fácil para usted revivir ese triste acontecimiento. La muerte de su amiga fue un choque muy grande. Crea en mí, estoy en ese trabajo hay muchos años y sé lo que está pasando.

—Si sabe aún, debería dejarme en paz.

—Conversé con el padre de ella en la capital. ES un hombre bueno que amaba la hija. No necesito decir lo cuánto él desea que el asesino sea capturado. Usted lo conoce también. Fue por medio de él que llegué hasta aquí.

Ella comenzó a llorar.

—Necesito sólo que responda a algunas preguntas —insistió Roberto.

Con los ojos bañados de lágrimas, Carol fitou-lo con temor. Aquel mire cargado de ternura penetró en Roberto de una manera que él no esperaba. Era como si ella pudiera ver el íntimo de él, leer su alma.

—No pasé muy tiempo con ella, pero puedo responder as sus preguntas si estuvieran a mi alcance.

—Eso es bueno, quiero decir, no se incomode si no pudiera responder.

Carol continuó limpiando las heridas en el rostro de Roberto. A dedicación de ella era sorprendente.

—ES verdad que vosotros crecisteis juntas?

—Sí, es verdad. Nuestros padres cultivaban una amistad de décadas. El padre de Madeline siempre fue un hombre muy bueno, y por veces ayudó mi padre financieramente. Nosotros pasábamos muy tiempo juntas.

—Podría decirme si durante la infancia algún hombre a perseguía?

—Sí. Acuerdo-me del viejo Marrone, un hombre repugnante que aliciava niños. Madeline era su principal obsessão. Recuerdo-me del día en que ella fue hasta la casa de él con la promesa de ganar un saco de balas. Los padres de ella quedaron preocupados, no sabían donde ella estaba. Ese hombre vivía en un punto alejado del vilarejo. Aparecía vez u otra para comprar mantimentos en la mercearia. Fue allá donde a hube conocido. Conté para Bernardo donde ella estaba. Él fue hasta allá, con uno revólver, pronto para quitar la vida del viejo. Suerte de él que la policía llegó primero. Marrone fue prendido y nunca más lo venimos.

Con dificultades, Roberto consiguió sentar-si.

—No se preocupe, estoy bien —dijo él, esbozando una sonrisa. — Percibió algún comportamiento extraño por parte de ella?

—Quedamos muy tiempo sin vernos. Pero cuando a reencontrei en la ciudad, percibí que ella estaba diferente. Hablaba cosas extraños. Decía que estaba predestinada a la grandeza, que un día sería muy rica y poderosa. Cuando a cuestioné sobre eso, de como conseguiría, ella respondió que hube conocido un nuevo dios, muy superior al deus de los cristianos. Nada del que ella decía tenía sentido. Llegué a pensar que estaba usando drogas.

—Ella dijo como conoció ese “dios”?

—Por intermédio de un novio. El nombre de él era Marcelo. Era dos años más viejo que ella; trabajaba en una tienda de departamentos en la capital. Madeline me mostró una foto. Era rubio, de cabellos cortos y extremadamente sardento. Ese muchacho a llevó en una iglesia, la cual llamaba “iglesia del diablo”.

—Iglesia del diablo? Entiendo que existen muchos adoradores de Satã, pero considera-lo un dios extrapola cualquiera fanatismo.

—Por eso que yo dijo que nada que ella decía tenía sentido.

—Madeline hizo algún enemigo o enemiga en la capital?

—Ella me contó sobre algunos desafetos, principalmente chicas, pero nada preocupante. Era perseguida por algunos hombres, pero aparentava estar acostumbrada.

—Y Marcelo, era violento?

—Tuvieron algunas peleas, pero solamente una realmente seria. Ella me mostró algunas marcas en la espalda y en el cuello. Juró-me que hubo sólo un episodio de agresión. Tras eso, Marcelo prometió que jamás a machucaria.

—De hecho él cumplió la promesa?

—No. En nuestro tercer encuentro, ella surgió con un ojo roxo. Aún usando óculos oscuros dio para percibir.

—Como sabe que fue lo novio?

—Ora, y como no debería ser? —ella desvió el mirar. —Aún estaban juntos cuando aconteció.

Roberto quedó en silencio. Carol respondió la última pregunta con correcto estresse.

—Madeline le contó donde quedaba esa Igreja del Diablo?

—No. Llegué a hacer esa pregunta a ella para descubrir donde estaba metiéndose, pero ella no quiso responder. Era un secreto que ella realmente quería leaure para el túmulo.

Él levantó-si, fitando Carol con enorme gratitud, no sólo por haber respondido a sus preguntas, pero también por tener cuidado de sus heridas. Ella parecía angustiada, sin embargo retraída, como se quisiera decir algo.

—Yo sé lo que hicieron con ella —dijo Carol, a los llantos.

—No se preocupe, iremos a encontrar quién hizo eso con su amiga.

Roberto si preparaba para salir. Vistió su chaqueta y dio una última mirada en sus heridas. Carol parecía ansiosa, quería decir algo, pero a timidez a impedía.

—Por favor, no me deje aquí —se precipitó ella. —Todos los días tengo pesadillas con ese monstruo persiguiéndome. Tengo la impresión de que está buscándome, y cuando hallarme, va a acabar con a mi vida.

—Por qué cree que él está la suya busca?

—Yo no sé, sólo siento. Él puede tener nos visto conversando. No sé explicar, pero por favor, no me deje sola en ese lugar.

Roberto podría inscrivê-la en un programa de protección la testigos, pero temía que no sería aprobada por el simple hecho de Carolina no haber presenciado el asesinato de Madeline. Pero no podría deja-la en aquel lugar. El hombre que lo hube agredido podría hacer algún mal a ella. Además de eso, Carol estaba por demás sacudida con la muerte de la amiga. Sintió que necesitaba retribuir-le la ayuda.

—No llore más. Usted vendrá conmigo para la capital. Pero para eso, necesito que concuerde con una cosa.

—Hago cualquier cosa.

—Tendrá que quedar en mi apartamento. Solamente allá quedará coge.

## Capítulo 13

Debruçada sobre a varanda de la iglesia, Elisa fitava el movimiento de personas en aquella mañana ensolarada. En pequeños grupos dispersos, descendían a alameda cargando las trouxas de ropa en dirección al río.

Intentaban llevar una vida normal desde la muerte de Isabela. Aún demostrando conformismo, en el fondo lo que sentían era un mixto de miedo y consternación. A pesar de todo, era un esfuerzo a que todos estaban dispuestos a hacer para mantener la armonía en el vilarejo. Ninguno de ellos, a pesar del miedo, tenía el deseo de volver para la ciudad grande.

Elisa enxergava eso. Sentía orgullo de todos, pero, a la vez, quedaba angustiada. Imaginaba que era un esfuerzo innecesario para esas personas tan bondadosas. Ella deseaba el mejor para los habitantes del vilarejo, y si eso significara encontrar un lugar más seguro para todos, no mediría esfuerzos para tirá-los dali.

Opinión contraria tenía el padre. Gerônimo asimiló la tragedia con extraña facilidad. Era un hombre frío, a despeito de su bondad. Creía que aún era posible mantener una vida normal en el vilarejo, dejar para tras la muerte de Isabela, aunque aún muy sentida por todos.

Él conocía la fe de cada habitante, y en esa fe tenía el apoyo necesario para convencê-los a quedar, por más que la situación pudiera empeorar. Además de eso, tenía confianza en su hija. Juntos conseguirían reerguer lo vilarejo, aún envolto por las tinieblas y en la iminência de una nueva tragedia.

Elisa pausou los ojos sobre Jonas, con el rostro retorcido por cuenta de una noche apenas dormida. Apoyando-si sobre las rodillas, él bajó la cabeza y soltó el aire, como se estuviera contaminado.

De lejos, Elisa si parecía con uno carvalho joven. Tenía una curvatura singular, de ángulos delicados. Suyo decote se destacaba, con los rayos de sol revelando sus senos medios. Cualquier hombre me gustaría vivir en ellos. Era como un mundo en aquel cuerpo joven, inexplorado y fascinante.

Jonas sorprendió-si mirando para ella. Desvió el mirar para a alameda,

escondiendo su vergüenza. ES difícil medir hasta que punto una mujer se siente constringida con el hombre a fitando con aquellos ojos sedientos. Él calculó que su embestida visual hubiese durado tiempo suficiente para dejarla con rabia, sino con repugnancia.

Aún parada en la varanda, Elisa fuera sorprendida de la misma forma, pero lo que la dejó aturdida fue el deseo repentino de ir hasta él, ni que sea para decirle un “buen día”. Algo le decía que necesitaban conversar tras todo que aconteció en la noche anterior.

Del otro lado, con los brazos cruzados, Ana encaraba Jonas, con una sonrisa cargada de un entusiasmo raro. Ella, por su parte, no se intimidaba.

—Noche difícil? —preguntó ella.

—Ni tanto. En verdad, no consigo explicar como estoy tan destruido.

—Sorprendo-me con esa definición de sí aún. Yo diría, sin mentir, que está sólo arrasado. Sólo no me arriesgo a decir el porqué.

—Usted era mi última esperanza —él sonrió —Ahora nadie más descubrirá.

—Ya tomó café?

—Aún no. Pensé en dar uno buceo en el río antes, para ver se me despierto de un golpe.

—Sería una buena idea si no fuera por un pequeño detalle.

—Cuál?

—No sabe donde queda el río. Y se piensa que puede tomar baño en la presencia de las lavadeiras, está completamente engañado.

—Entonces lo que usted sugiere?

—Conozco un lugar perfecto, con agua helada y límpida. No queda muy lejos de aquí.

Aún distante, Elisa conseguía tener una noción de la conversación entre los dos. Estaban por demás a la gana, planeando algo de que ella también le gustaría participar. Pero no podría ir hasta allá, no sin una buena disculpa. Y se fuera, aún con el mejor de los argumentos, lo que podría hacer? En esa carrera ella estaba atrás, bien atrás.

—Si a senhorita no le importar en llevarme hasta ese lugar...

—Ora, y por qué no?

Ana estiró-le por el brazo, y ambos siguieron por una trilha opuesta a la que llevaba al río donde las lavadeiras realizaban su actividad diaria.

—El pastor Gerônimo dijo que vendrá a mi casa a la tarde —dijo Ana, con la expresión seria.

—Y usted concordó con eso?

—A pesar de haber la posesión del poder de elección, yo concordé. No estamos pasando por un buen momento en el vilarejo, y hallé oportuno evitar correctos desconfortos, o mejor, enfrentamientos. Además de eso, no veo con apreensão esa visita.

—Por un lado usted tiene razón. Ese pastor tiene cierta influencia en la comunidad, y un enfrentamiento no sería oportuno. Pero, al contrario de usted, veo cierta preocupación en esa visita.

—Puedo saber por quê?

—Va a hallar un tanto absurdo, pero creo que ese hombre le gusta usted.

—Sé, como una hija...

—No! —interrumpió Jonas —Quiero decir, usted cree aunque él lo haya como una hija?

—Claro que sí, y usted sabe de eso.

—Sé sólo su versión de la historia, pero como hombre puedo entender las pretensiones de otro, aún más cuando se trata de una mujer tan bonita.

Ana quedó con la faz ruborizada. Pero no supo definir se fue el elogio de Jonas o la desconfianza de él en relación a Gerônimo.

—Eso no puede ser verdad... —dijo ella, soltando el brazo de Jonas.

—Y se fuera, lo que pretende hacer a respeto?

—No necesito pensar en eso, porque no es posible.

—Considera imposible, entonces, que un pastor se enamore por

usted?

Ella quedó callada. Fitou Jonas con cierto recelo, como se cada palabra que él dijera fuera de más pura verdad. Estaría entonces en peligro?

—Debo-le disculpas —dijo Jonas, tímido. —Yo não debería haber hecho tal pregunta.

—No necesita disculparse. Sólo creo que usted está precipitándose en relación al pastor. Él es un buen hombre, crea, y el amor que tiene por mí es lo aunque siente por la hija —ella sabía que no era verdad, sin embargo sintió necesidad de persuadir Jonas acerca de las buenas intenciones de Gerônimo.

Ellos cambiaron de asunto y siguieron por la trilha hasta llegar a uno pequeño lago de agua transparente, ladeado de mata virgem. Jonas quedó apreciando el paisaje con una expresión radiante. Ni percibió cuando Ana quitó la ropa, quedando completamente desnuda. Él quedó sin reacción. Volcó lo rostlo para el otro lado rápidamente, mientras ella quedaba parada fitando-lo con aquel mire lleno de ternura.

—Lo que está haciendo? —preguntó ella.

—No me dijo que iría a quitar la ropa...

—Imaginó que yo iría a bañarme de ropa?

—Claro que no. ES que...

—Deje de eso. Usted no es tan tímido así.

Jonas volcó-si y encaró Ana con su belleza desnudada. Intentó decir algo, pero en su mente uno turbilhão de palabras esvoaçavam como mariposas sueltas en el campo.

—Voy en el frente. Si quisiera acompañarme, quede a la gana —dijo ella.

Con un salto mono, el cuerpo de Ana tocó el agua helada y desapareció por algunos segundos. Jonas soltó la respiración, encantado con aquella escena.

El lago ondulava en contraste con la piel de Ana, reflejada por el sol. En un instante ella surgió con el rostro ereto y los senos firmes y relucientes.

—Venga! El agua está deliciosa.

Sin mucho pensar, Jonas quitó la ropa y saltó en el lago. “Lo que podría acontecer de apenas?” —pensó.

Por un momento uno serpenteó el otro, como dos niños que acababan de aprender a nadar. Ana daba un buceo profundo, después surgía imponente en otra parte del lago, encarando a Jonas con risadas. Él la perseguía, pero acababa siendo engañado siempre que emergía.

—En ese juego no tiene cómo me vengas —dijo Ana.

—Será mismo?

Ambos bucearon y siguieron por direcciones opuestas. Jonas fue hasta el margen y volvió para el medio, como previendo que iría a encontrarla. Ana, por su parte, quedó en medio, creyendo que podría engañarlo más una vez. Ella quedó dando vueltas en el centro del lago, riendo de él.

Sintiendo la presencia de Jonas, ella siguió para el margen. Previendo que él iría a emerger para tomar aliento, quedó parada en la otra extremidad del lago. Él continuó nadando, aunque casi sin aliento, rumbo al margen. Cuando llegó a su límite, emergió, y dio de cara con Ana, con aquellos ojos inmensos, a fitarlo con espanto. Pero ese espanto se desvaneció. Los dos se encararon y de súbito bejaramse intensamente.

Jonas sintió aquel cuerpo frío y mojado tocando el suyo. Era una luxuria que aún no había experimentado en aquel cuerpo inocente. Ana quitaba-le el fôlego con aquel beso ardiente y tardado. No querían parar, sólo querían quedar en aquel lago eternamente amándose, transformar aquel momento en algo duradero y suficiente para sucumbir al placer.

En aquel mundo de paz y tranquilidad creado por Ana y Jonas no había sonidos, ni imágenes, pero sólo la presencia uno del otro. El lago frío hizo-se cálido, y ganó un tono avermelhado, como se rosas se despusieran en el fondo.

Uno oía el otro, aunque sus bocas estuvieran pegadas. Era un lenguaje incomprensible, natural y agradable. Estaban en una especie de transe, donde el mundo externo era invisible, intocable. Era difícil percibir la propia existencia.

Jonas, aunque extasiado, sentía un poco de culpa, pero luchaba para

eliminá-la de su mente. Aquella voz insistente le decía que no debería estar allí, que estaba cometiendo un grande pecado. Él bien sabía que estaba errado, pero no quería parar. Era bueno, y se perdiera aquella oportunidad, jamás tendría otra.

El silencio de aquel mundo fue roto, y la realidad penetró-le con violencia extrema. Los ojos arregalaram-si, defrontando-si con el miedo que se esparcía como humo negro. Fuera un grito, largo y amedrontador, lo causador de tamanhla perplejidad.

Vistieron-si rápidamente, barriendo los ojos por doquier para localizar el origen de los gritos. Ana embrenhou-si en la mata, descalça, desesperada. Jonas a siguió, aturdido, sin darse cuenta del que estaba haciendo.

—Está viniendo de la encosta! —gritó ella.

Encararon uno mato alto y diversos arbustos hasta llegar en la encosta. De repente depararam-si con Elisa, con las manos en la cabeza y gritando sin parar.

—Lo que hubo? —preguntó Jonas.

Elisa no conseguía habla. Estaba en choque.

Ana fue la primera a mirar para bajo. Intentó coger lo lloro, pero no consiguió. En la parte más baja había una especie de pentagrama hecha con ramagens. Sobre ese pentagrama, terriblemente ensanguentado, yacía el cuerpo de un muchacho. Había sido degollado, y los pulsos fueron cortados.

—Lo que vamos a hacer? —preguntó Ana.

—No hay más lo que hacer —respondió Jonas.

—Ese no es nuestro peor problema —dijo Elisa, intentando si recompor del choque —Ese muchacho... —ella no conseguía terminar la frase, su voz estaba presa y distante. Con un doloroso esfuerzo ella terminó - Él no es del vilarejo!

## Capítulo 14

Eram 6h de la mañana de un domingo chuvoso. Roberto despertó tras una noche apenas dormida en el sofá. Con los ojos entumecidos, fitou la puerta del cuarto, entreabierta. En la noche anterior halló por las buenas mantê-la trancada, y Carol concordó sin muchos problemas, no por ser a hospede, pero por creer que se sentiría más segura. Él creía que ese miedo de ella era psicológico. Si el asesino estuviera atrás de Carol, a habría hallado en aquel vilarejo.

Él levantó-si, intentando restauraire-le el cuerpo dolorido por la posición incômoda. Agachó-si al pie de la mesinha de centro y cogió su pistola que estaba grudada en la parte de bajo. Con extrema cautela, siguió para el cuarto, esgueirando-si por la pared.

Lentamente empujó la puerta, haciendo sonar el sonido de las dobradiças enferrujadas. Fue entonces que su corazón aceleró, el nivel de adrenalina aumentó para prepará-lo para el peor. Proyectó su cabeza, con la arma en puño. Miró para la cama y vio que estaba vacía. Lo lençol fuera arrumado, y lo travesseiro perfectamente ajustado en medio de la cama.

Carol no estaba en el cuarto. Roberto mantuvo la tranquila. Siguió para el pasillo, y antes que llegara en la mitad, oyó el sonido del chuveiro derramando agua. “Podría ser ella” —pensó. “Sólo podía ser Carol, finalmente, quien más estaría tomando baño en el myo apartamento?”.

De repente la confusión cesó. A maçaneta fue girada levemente, y Roberto volvió para la sala.

Carol cruzó el pasillo bobinada en una toalla blanca, con los cabellos levemente húmedos. Roberto volvió para lo sofá, fingiendo que estaba durmiendo. Entreabriu el ojo izquierdo y a vio ajustando la toalla ael cuerpo. Era una moça flaca, pero de cuerpo con acentuadas curvas. Los senos eran grandes, sin embargo no muy caídos, y lo bumbum era bien definido. Para quien no frecuentaba academia, ella tenía un cuerpo bastante sarado.

Carol dejó la puerta del cuarto abierta. Roberto intentó luchar contra el impulso de ve-la desnuda, pero estaba perdiendo la batalla. Él no era el tipo

tarado. Carol era increíblemente bella y hube despertado en él ese deseo súbito de ve-la desnudada.

Lo sofá no quedaba perfectamente de frente para el cuarto, pero de aquella posición daba para ver todo. Carol largou la toalla mojada sobre la cama e inclinó-si sobre la maleta para retirar algunas piezas de ropa. Ella miró en dirección al sofá, pero sin demostrar desconfianza. Fitou Roberto con una sonrisa tímida, después volvió a menear en la maleta.

El sol batió en el sofá, haciendo Roberto parpadear repetidas veces. Volcó-si para el otro lado, praguejando mentalmente. No podría volcar-si tan pronto, sino levantaría sospechas. Esperó largos treinta segundos y volvió-si para la puerta del cuarto. Fue el tiempo suficiente para Carol vista lo sujetador. Ella estaba de lado. Cogió una braga negra transparente y a vistió con reverencia.

Roberto transpirou como nunca. Aquella escena fuera fuerte demás para él. Carol vistió uno short blanco, de tejido fino, y una blusa de renta con uno decote provocante. Fue entonces que él llegó a la conclusión que quitó la suerte grande.

—Puede levantar-si, señor Roberto. Sé que está despierto —dijo ella, sonriendo. —No se preocupe. Hoy prepararé su desayuno.

Desapontado consigo aún, él levantó-si y siguió para el cuarto de baño. Avergonzado, dejó el agua helada caer-le sobre el cuerpo. No podría cometer el mismo error nuevamente. Carol era sólo suya hospede, nada más, y cualquier cosa que intentara contra ella sería reprovável.

Entonces pensó en como iría a contar esa historia a la Herbert. “Ahora volcó el protector de moças indefensas?” —imaginó él diciendo, con aquel mire sacana. “Está cometiendo un error agradable”. “Cuando va a coger ella?”.

Tal vez no necesitara contar nada a él. Herbert no frecuentaba mucho su apartamento, lo que hacía fácil la tarea de escondê-la. Si hubiera una emergencia en que los dos necesitaran conversar personalmente, marcaría en el Hilston u otro bar de la ciudad.

De baño tomado y ropa limpia, llegó a la cocina con lo acanhamento replegado. Carol lanzó-le más un mirar tímido, sin embargo comprensivo.

—Disculpe-me, no fue mi intención deja-lo avergonzado. Quedé con recelo de parecer grosera, por eso no hablé nada.

—Que eso! Yo que le debo disculpas. Jamás debería espiá-la. Fue indelicado de mi parte, y hasta grosero. Por favor, me perdone. No va a acontecer más.

—Tengo certeza que no —concordó ella, sirviendo uno prato de panquecas. —Siente-si, por favor. Va a adorar esas panquecas. Fue mi abuela quem me enseñó.

—Parecen óptimas!

—Modestia a la parte, son mismo. Sólo espero que no si vicie y gane unos quilinhos de más. Sii lo en cuanto a buena forma es importante en su profesión.

—En cuanto a eso no se preocupe. En la medida del posible intento mantener la forma. Exercito-me a menudo.

—Yo imagino. Ahora coma, antes que enfrie.

Carol era una moça muy solícita. Cuando terminaron el café, ella encargó-si de lavar la vajilla, con la misma sonrisa estampado en el rostro. Enseguida limpió la casa, sin reclamar de la suciedad que impregnaba las paredes.

—Necesito ver una persona hoy —dijo Roberto, ajeitando la arma en el coldre. —Tiene certeza que va a quedar bien aquí?

—Puede ir tranquilo. Trancarei las puertas y aprovecharé para poner la lectura en día.

—Bueno, de cualquier forma dejaré mi número. Conecte-necesitármese de alguna cosa, y principalmente, creerse que está corriendo peligro.

—Puede dejar, señor Roberto.

—Y... No necesita llamarme de señor —él sonrió. —Sólo Roberto.

Había mucha ternura en los ojos de Carol, y una súplica que Roberto puede comprender perfectamente. Carol no quería que él fuera. Y él, en el fondo, tampoco, pero necesitaba hacer su trabajo. Si relajara, el

asesino de Madeline volvería a atacar. Roberto tenía la impresión de que sus pasos eran vigilados. En un minuto de distracción, todo su trabajo vendría por tierra y nuevas víctimas estamparían las portadas de los periódicos.

La lluvia no hubiese cesado completamente. Aún encalaba una leve neblina, embaucando las vidrajas de las tiendas en el centro de la ciudad.

De cabeza baja, Marcelo empujaba el carrito por la calzada al lado del centro comercial. Las moças lo miraban con desdén, y él retribuía con un mirar rancoroso. No era solamente rabia que sentía por ellas, pero también un odio acumulado por su jefe, un hombre sovina que alquiló un pequeño almacén del otro lado de la calle para guardar los materiales volátiles.

Todos los días tenía la cansativa misión de atravesar la calle, dos o tres veces, para coger esos materiales para reponer el stock de la tienda. Soñaba con el día en que un incendio tomaría cuenta de todo y transformara en ceniza el local donde trabajaba hace seis años.

Subió una rampa y volcó a la izquierda, llegando frente a la joyería. A los rangidos, seguía lentamente, como si todo el resto pudiera esperar su buena gana. Guardando el depósito, quedaba un muchacho flaco y alto, de barba desgreñada. Era más joven que Marcelo —y menos carrancudo.

—Cada día más perezoso, hein muchacho? —lo vigila lanzó-le una pregunta retórica, en tono de mofarías.

—Ve si no llena —devolvió Marcelo, con rispidez.

Marcelo fungió dos veces desde que salió del mercado. La tercera fue cuando cruzó por el vigila.

Empujó el carrito contra la pared, con rabia. Estiró un fardo de guardanapos de papel y dos de papel higiénico. Su supervisor había requisitado dos cajas de alcohol en gel, pero él hubiese reservado sólo una. No hizo de propósito. Sabía que no cabría en el carrito. De hecho, sabía de mucha cosa, el suficiente para hacerse supervisor, pero su cara de pocos amigos cerraba-se las puertas para una promoción.

Del almacén hasta la entrada necesitaba enfrentar un largo pasillo oscuro que olía la orina de ratón. En la monotonía de siempre, empujaba lo

carrinho en un zigzag lento y estafante, como un niño. No tenía prisa, y si su jefe le llamara la atención, sabría exactamente lo que decir. Necesitaba mucho de aquel empleo para mantener un cuarto minúsculo e imundo en un residencial en la periferia de la ciudad; sin embargo no era el tipo que llevaba desaforo para casa.

Cuando estaba cruzando la puerta, alguien lo repelió usando propio cuerpo, jugando-lo para dentro. Medio atordoado, intentó identificar el extraño que hube interrumpido su trayecto de forma bruta. No era alguien que conocía, pero ciertamente alguien que lo conocía.

—Su trabajo puede esperar. Tenemos sólo algunos minutos para conversar.

Sin ceremonia, Roberto mostró el distintivo, cerrando la cara para Marcelo enseguida.

—Marcelo Oliveira Dantas —él dictaba cada palabra dando el mismo peso —Ej-novio de Madeline Cruz. Enamorado, por circunstancias que le huyeron el control, fue trágicamente interrumpido. Necesito que responda algunas preguntas.

Marcelo dio de hombros, ignorando la pregunta.

—No tengo nada para hablar.

Roberto sonrió, meneando la cabeza afirmativamente. Enseguida cogió-lo pela gola y lo jugó contra la pared.

—Pedí educadamente, ahora haré del jeito correcto —apuntó la pistola para la cabeza de Marcelo, con el dedo en el gatillo.

Con los ojos arregalados, Marcelo concordó.

—¿Dónde conoció Madeline?

—Fue en una fiesta. Ella conocía algunos amigos míos. Bebemos uno bocado y transamos en aquella noche aún.

—Sin detalles superfluos, por favor. Sólo responda las preguntas.

Marcelo concordó, con la pistola aún apuntada para la cabeza.

—Ella tenía algún enemigo, además de un hijo de la puta como usted que la agredía?

—Que yo sepa no. Ella trabajaba mucho. El único tiempo libre ella pasaba conmigo —él hizo una pausa y después cuestionó —Tranquila ahí, quien dijo que yo la agredía?

—Yo quien hago las preguntas. Dígame una cosa: ella te traicionó alguna vez?

—Nunca! Si lo hiciera, yo...

Roberto estiró lo gatillo lentamente, el suficiente para oír-si un leve estampido.

—Mataría ella?

—No, jamás haría eso.

—Sé... Entonces, por qué ella cogía tanto?

—Era una mujer teimosa. Quería salir sola, hacer compras con las amigas y dejarme largado en casa.

—Largado en casa se drogando, usted quiere decir.

—Pero que absurdo está diciendo?

Fue interrumpido con la arma apuntada para la boca.

—Cocaína, mi chapa. El polvo blanco maravilloso que vosotros tanto idolatram. Usted usa. Está en su ropa, en sus ojos. Usted funga demás para un viciado.

—ES sólo para consumo. Yo no trafico.

—No quiero saber si usted trafica. Sólo responda las preguntas — Roberto lo largou, devolviendo la pistola para lo coldre. —Cual fue la última vez que la vio?

—No me acuerdo...

—Mira, muchacho, ha dos hombres en la puerta de su chiqueiro listos para hacer una bella faxina. No va a querer ser expulsado de allá por el dueño. Donde va a encontrar un alquiler barato con esa miseria que gana?

—Está bien, está bien. Fue tras una fiesta. Yo la dejé en casa. Ella me conectó quince minutos después, desde entonces nunca más nos hablamos.

Roberto apuntó lo revólver para las partes intimas de Marcelo.

—Está bien! Peleamos inmediatamente después que salimos de la fiesta. Yo desferi algunos tapas en ella, pero nada muy serio, tanto que hicimos las paces inmediatamente enseguida.

—Y la iglesia del diablo, como conoció?

—Quién le dijo eso? —retrucou.

—No avisaré nuevamente que soy yu quién hace las preguntas. Como conoció esa iglesia?

—Fue a través de amigos.

—Madeline también a frecuentaba?

—Sí. Llegó a ir algunas veces sola, lo que fue motivo para varias peleas que tuvimos.

—Puede decirme si ella discutió con algún miembro?

—Sólo una vez. Batió boca con un tal de Dereck. No me recuerdo del motivo, pero fue serio. Intercambiaron muchas ofensas. Casi maté aquel hijo de la puta cuando descubrí.

Roberto anotó el nombre en suya caderneta. Después fitou severamente Marcelo.

—Está escondiéndome más alguna cosa?

—No, señor, yo juro!

—Preciso que me dica la localización exacta de esa iglesia.

—No puedo.

—Por qué no?

—Queda muy lejos de aquí, en una casa de campo muy bien guardado.

—Creo que preciso hacer algunas conexiones.

Acuado, Marcelo imploró para que él no hiciera las tales conexiones que lo pondrían en malos lençóis.

—Yo puedo decir donde es, sin embargo haré mejor del que eso:

levaré usted hasta allá.

## Capítulo 15

Saltó del taxi y pagó el conductor. Cubrió los ojos ante la luz del sol que batió violentamente contra el rostro. Estaba apenas-acostumbrado con el clima de la ciudad grande.

Mateus no esperó la señal cerrar. Aprovechó la lentitud de los coches y atravesó la avenida corriendo. Llegó a la calzada y barrió los ojos por las vitrines rellenas de novedades en vestuarios y electrónicos.

No podría llevar nada, aún se pudiera pagar. En el vilarejo la regla era llevar la vida de la forma más rústica posible. Los habitantes no podían tener radios, TVs o cualquier electrónico. A la excepción de ítems esenciales, el resto debería ser manual, lo que demandaba cierta disposición hasta para las pequeñas tareas. Restó-le sólo un atisbo pasajero y una breve nostalgia.

Llegó a un edificio cinzento y poco badalado a finales de la calle. Tenía doce pisos y fuera construido los años 50, habiendo pasado por sólo cuatro reformas, siendo que la última fuera realizada hace veinte años. Los vidrios amarelados contrastaban con las ventanas brillantes de los edificios más nuevos. Las paredes encardidas escondían el poco encanto que aún le restaba.

En la portaría, Mateus deparou-si con lo porteiro, un hombre gordo y moreno, usando una camisa apretada. En el cuello pendía una tarjeta desbotado, con una foto quitada hace cinco años, cuando aún era flaco. Él notó los símbolos en el cordón, de un tradicional equipo de la capital.

—Aún sufriendo por Colorado, hein mi chapa? —dijo Mateus.

—Hasta cesar mis fuerzas —retrucou él, soltando una carcajada cordial.

—Dígame, quien está de plantão hoy en el cuarto 494?

—Lo Dr... —él bajó la cabeza, intentando acordar-si —Dr. Carlos Salomão. Quedará hasta las 23h. La prójima escalada será a Dra. Erica.

—Pensé que Érica estaría por la mañana...

—Al parecer ellos intercambiaron. No fue la primera vez.

—Correcto —Mateus meneou la cabeza, desviando el mirar para el ascensor. —Bueno verte, mi amigo.

—Igualmente.

Intercambiaron breves acenos. Mateus cogió el ascensor vacío y siguió para el último andar. El silencio era absoluto, como si el lugar estuviera abandonado. Cruzó por un pasillo oscuro, reteniendo sus ojos en la figura flaca e inexpressiva de Carlos.

El médico cogía una prancheta en una de las manos y un vaso descartável en la otra. Usaba óculos y jaleco, con dos plumillas azules en el bolsillo. Tenía los cabellos blancos y rostro vincado, finalizado en un quejo fino sin barba.

—No esperaba por usted hoy —dijo Carlos, demostrando sorprendida.

—Jonas pidió para que viniera. Él estaba preocupado.

—Él ya debería saber que el cuadro de ella permanecería estable por algún tiempo —Carlos frunció el ceño.

—Con certeza sabe, sin embargo no lo conoce como yo. Jonas a veces llega a ser imprevisible, y es fascinante cuando se comprende sus reales propósitos. Puedo apostar que tiene un motivo muy especial para mandarme aquí hoy.

—Y usted podría decirme cuál es?

—Tengo mis sospechas, pero no las relataré por cuenta del poco tiempo de que dispongo. Necesito volver para lo vilarejo hoy mismo.

—Entonces quede a la gana. Tranquee la puerta, pero sé que trajo sus llaves. Sólo no tarde mucho. Tenemos problemas en el sistema de ventilação.

—Seré rápido. Realizaré los procedimientos de siempre, nada más.

Carlos dio de hombros y continuó en dirección al ascensor. Era un hombre muy serio y dedicado. No hacía muchas preguntas. Jonas lo había reclutado en un renomado hospital en Brasilia. Era de confianza.

Mateus destrancou la puerta del cuarto. Estaba terriblemente helado, pero él estaba acostumbrado. Realizaba visitas constantes, por orden de

Jonas. La paciente reposaba sobre la cama, sin menear un músculo, como se estuviera muerta.

El rostro enfaixadlo dejaba escapar algunas mechas louras, de hilos quebradiços. Uno de los ojos estaba oculto por los vendajes, pero el otro estaba desnudo, cerrado, con una sombra roxla natural.

Las manos pálidas, de dedos largos y delicados, estaban cerradas. La boca semiabierta mostraba tímidamente los dientes blancos y simétricos. De los dos lados de la cama había aparatos, con luces coloreadas parpadeando en los monitores. Uno respirador artificial funcionaba en compasso con el reloj circular de pared.

Aquel cuarto era el único que funcionaba en el piso. Los otros estaban vacíos.

Aún en el oscuro, Mateus sentó-si al lado de la cama. Retiró del bolsillo una pequeña lanterna y a direccionó para la paciente. Enseguida, cogió la cámara fotográfica sobre la mesa y quitó algunas fotos. Retiró la película y a devolvió a su lugar.

Abrió-le el ojo izquierdo y examinó-lo. Hizo algunas anotaciones en la prancheta. Palpó-se lo abdômen tres veces. Descendió para colcha izquierda. Con el pulgar, cutucou toda la largura del fêmur hasta llegar a la rodilla. Hizo el mismo con la otra pierna.

Quedó parado, fitando-a. El pecho insuflava en reacción al respirador artificial. Enseguida, volvía al normal. Yra todo que ella hacía 24h por día.

Mateus meneou la cabeza negativamente. Esperaba algo diferente, una reacción nueva. Creía que Jonas finalmente había encontrado una medicação capaz de provocar una mejora en el cuadro de ella. Hace una semana había sido orientado por él a adquirir un medicamento experimental y repasar para las enfermeras, sin embargo percibió que no surtira efecto. Por fin suspiró, desanimado, ante al resultado de sus exámenes.

Trancou la puerta y siguió para el pasillo, cogiendo las películas.

Despidió-si del porteiro y siguió para el estudio del otro lado de la calle. Reveló las películas, colocó las fotos en un envelope y cogió uno taxi. Con un poco de suerte cogería el autobús que saldría a las 11h35min de la

rodoviária municipal.

...

Los rayos de sol batieron en el rostro mojado de Ana, realzando aún más su belleza. Su piel reluzia, contrastando con a obscuridade que tomaba el rostro de Elisa, envolviendo-lo en una sombra que se extendía por todo su cuerpo.

Elisa cruzó las manos en la altura de la cintura. Fitava el cuerpo del muchacho con una angustia nítida, como si él formara parte de su vida. Era una comoção que mostraba bien su personalidad, una mujer benevolente, que aunque fuera dura en ciertos momentos, también se mostraba preocupada con los otros.

Con severidade, Ana a fitava. Con el rostro aún mojado y los cabellos goteando, ella quedó inmóvil dirigiendo el mirar para Elisa. Era el mirar de quien exigía una respuesta.

Jonas había vuelto para lo vilarejo para buscar ayuda. Sin muchas opciones, necesitaba contar a Abdias lo que aconteció y convencê-lo a mantener secreto. Ana y Elisa quedaron solas con el cuerpo.

Con el rostro aún envolto en las sombras, Elisa notó el mirar inquisitivo de Ana. Las dos encararon-si, en un contraste de mirar. El sol escondió-si entre las nubes, y un viento frío alcanzó a pele molhada de Ana, haciendo-a estremecer.

—Lo que estaba haciendo aquí? —preguntó Ana, dosando las palabras.

—Nada demasiado, sólo caminando. Por quê?

—Estaba nos espionando... —dijo Ana, despejando desconfianza en cada palabras.

—Que tontería...

—Estaba! —insistió con veemência, con tanta intensidad que necesitó recuperar el aliento.

Elisa quedó asustada con la reacción de Ana. Conocía-a tiempo demás para saber que aquella actitud no era normal. Ana siempre fue una mujer

pulida, caridosa y contenida. Jamás a viu gritar con alguien.

—Contenga-si, Ana. Por Dios!

—Resolvió ahora vigilar los otros? Por casualidad está con ciúmes.

Fue la vez de Elisa cambiar de expresión, quedando muy seria.

—Usted sabe que, como mujer solteira, no puede venir a este lugar acompañada de un hombre. Son las reglas.

—Hago lo que bien entender de mi vida. Esas reglas fueron creadas por su padre, y no tengo la obligación de seguí-las.

—Como cree que conseguimos vivir en armonía por tanto tiempo? Mi padre quiere sólo el bien de todos, y el suyo principalmente. Y hasta donde sé, usted nunca hizo objeções.

—Entonces las hago ahora! Yo me gusta del Jonas. Ni usted, muy menos su padre, pueden cambiar eso.

Elisa bajó la cabeza. Sus manos quedaron heladas y rijas, y su cuerpo esmoreceu. Aquellas palabras tuvieron una profundidad tamaño que a hizo callar-si.

—Usted le gusta también, no es? —preguntó Ana, en un tono ameno.

—Yo ni lo conozco derecho...

—Vi lo jeito como mira para él. No adelanta negar.

Las dos quedaron en silencio. Un viento fuerte revirou las hojas que cubrían el pecho del fallecido. Ana convenció-si de que tenía una rival, y eso la dejó triste. Las dos eran prácticamente hermanas, eran confidentes y hacían todo juntas. A pesar de todo no aceptaría dividir su gran amor con nadie.

—Él no siente el mismo por usted, Elisa. Pido a Dios que supere eso. Pido también que nos deje en paz.

Elisa quiso retrucar, pero volcó-si abruptamente para avistar dos figuras aproximándose, envoltas en la sombra.

En el primer plan, Abdias caminaba sofregamente cargando una pala. En el segundo, cinco metros atrás, viña Jonas, con el rostro erguido y semblante preocupado. Seguían por la trilha en una curva descendenty que

circundaba el bosque.

Poco se sabía sobre el pasado de Abdias. Muchos decían que era sombrío. Había matado un hombre —supuesto amante de su esposa — después de descubrir la traición de ella. Como única salida, él buscó refugio y redención en el vilarejo, donde pasó a tener una vida devota a la religión y a su oficio cómo curandeiro. Sin embargo las teorías más realistas indicaban que era un farmacéutico respetável de la capital. Cierta noche, de plantão, fue testigo de un asalto que vitimou uno de sus operarios, un muchacho joven de dieciocho años. Descrente, resolvió largar todo, huir de la violencia y de la maldad de la ciudad grande. Sea cuál sea su real historia, fue el único que se dispuso a ayudar Jonas.

Cuando llegaron, el sol surgió imponente por detrás de las nubes. La faz de Jonas quedó roja. Abdias, por su parte, mantenía la sombra de un hombre misterioso.

—Intentamos al máximo seamos discretos. Creo que nadie tenga en los visto, o si tal ocurrió, no será alguien con quién debimos nos preocupe — dijo Abdias, largando la pala rudemente.

—Eso es muy bueno —dijo Elisa. —Necesitamos hacer eso en la máxima discrição.

—Y concordamos que esa es la mejor salida? —cuestionó Jonas. — Cree que ese muchacho no posee una familia que está la suya busca?

Elisa lo fitou en los ojos, con las manos en la cintura. Aquel mire era congelante y temeroso.

—Entonces vamos a llamar la policia, esperar que una decena de policias ocupen nuestra comunidad haciendo preguntas, apavorando el pueblo. Vamos a acabar con el poco de paz que nos resta. Que Dios me perdone pelo que voy a decir, pero la familia de ese muchacho nada más puede hacer por él, sino rezar —ella desvió el mirar y fitou el cuerpo. — Vamos enterrá-lo aquí, rezar por su alma. Si algún día a policia aparecer, asumamos nuestra responsabilidad y mostraremos donde lo enterramos.

—Debo concordar con ella —completó Ana. —Lo que podemos hacer por nuestra gente y por ese muchacho es enterrá-lo aquí mismo. No lo conocemos, muy menos sus costumbres y lo que estaba haciendo en ese

lugar; pero no vamos puní-lo con uno sepultamento indigno.

Jonas y Abdias asintieron. Abdias escogió el mejor lugar para cavar y clavó la pala con disposición. Cuando llegó a la mitad, pasó para Jonas la tarea de completar el agujero.

Ana quedó de brazos cruzados observando Jonas cavar. Elisa fitava los dos, intentando no demostrar suyo desapontamento. “Él no siente el mismo por usted...” —aquella frase no sale de la cabeza. Podría ser verdad, la dura, pero pura verdad.

Los dos cargaron el cuerpo y lo reposaron en la cova. Ana cubrió-lo con rosas que colhera en las proximidades. Abdias despejou tierra lentamente, haciendo-el ocultar-si. Hicieron una breve ceremonia de sepultamento, ocasión en que Elisa proferiu profundas palabras de apreço por el desconocido muchacho. Ana también tomó la palabra, mientras Abdias y Jonas quedaban en silencio.

—No podemos volver todos juntos. Va a levantar sospechas —dijo Elisa.

—Concuerdo —asintió Jonas. —Abdias debe ir en el frente. Enseguida, Ana y usted deben ir atrás. Yo iré por último.

—Buena idea —concordó Ana.

Jonas llegó a su consulta alrededor del medio-día. Para el suyo espanto, Mateus estaba de pie delante de su mesa con los brazos cruzados y un mirar severo.

—Donde estuvo? —preguntó él, con rabia.

—Estaba tomando baño en el lago.

—Que óptimo. Divirtiendo-si mientras yo pierdo mi tiempo en la capital.

—Del que está hablando?

—Pidió-me para ve-la hoy, o ya se olvidó?

—No me olvidé.

—Entonces, por que cree que yo debería ve-la hoy? Dígame: cual era su intención?

—Visita de rutina.

—Había me dicto que las visitas de rutina irían a acabar, que yo sólo iría a verla cuando fuera extremadamente necesario. Pare de mentir para mí.

—No estoy mintiendo. Creí que debería examiná-la tras tanto tiempo.

Mateus quedó en silencio. Aquella explicación no fuera suficiente, pero estaba cansado demás para proseguir con aquella discusión.

—Antes que yo me olvide, quité las fotos que pidió —Mateus entrego-le a disgusto lo envelope.

Jonas, sin decir nada, recibió lo envelope y lo jugó sobre la mesa.

## Capítulo 16

Roberto retiró la llave del bolsillo, pero antes de introducir en la fechadura, certificó-si de que estaba aún trancada. Esperaba que Carol fuera realmente una moça precavida. Quedó satisfecho al notar que ella había trancado la puerta. El padre de él también tenía esa mania. Poseía la copia de la llave, pero siempre verificaba se estaba trancada. Cuando no estaba, su esposa oía un bello sermón, el cual fuera decorado sin mucha dificultad: “ya le dijo que esta puerta debe permanecer cerrada el tiempo entero. Quiere aún ser sorprendida por uno bandido?”.

Él notó lo cuánto el apartamento estaba limpio y perfumado. Las paredes estaban alvejadas, mientras lo movéis reluziam magníficamente. Siguió para la cocina, asustado con lo brillo del piso. Podría ver su reflejo en él.

Debruçada sobre a pia, yacía Carol. Usaba una minissaia y una blusa sin manga. Sus cabellos estaban bobinados en un coque, humedales con una crema pastoso. Pareció no notar la presencia de él, permaneciendo parada enxugando uno prato.

—Llegué —dijo él, modulando la voz para no a asustar.

Carol volcó-si abruptamente. Con los ojos arregalados, largou lo pano sobre a pia, después cogió-lo de vuelta y enxugou las manos.

—Disculpe-me. No noté que había llegado.

—Yo percibí —dijo, sonriendo. —Veo que trancou la puerta. Y más del que eso, hizo una magnifica faxina en mi apartamento.

—Oh, Dios. Espero que no se incomode.

—De manera alguna. Por el contrario, quería agradecerle. No necesitaba incomodarse. Finalmente, es mía hospede.

—Creí que necesitaba de una limpieza. No lo recrimino por cuenta de la suciedad. Sé que es un hombre solteiro y bastante ocupado. Su trabajo le toma bastante tiempo, yo presumo.

—Bueno, para hablar la verdad, tengo tres folgas durante la semana, más del que suficientes para mantener ese lugar aceptable. A pesar de ser un hombre que preza la limpieza, no me encuentro capaz de hacer eso solo. Por eso tengo la ayuda de una diarista que viene aquí con cierta frecuencia. Pero como pôde ver, el servicio no era tan satisfactorio como se esperaba.

—Confieso, no es mi deseo entrar en detalles, ni ser una crítica de las más esnobs, pero usted tiene razón. Ella no hace un trabajo con la dedicación debida - Carol bajó la cabeza. Temía haber dicho algo inconveniente, tomó coraje y continuó —Estoy bastante dispuesta hoy. Lo que me gustaría tener para el almuerzo?

—Creí que sería una buena idea almorcemos fuera. Usted trabajó tanto hoy. Hasta creo que esté dispuesta, pero creo que en parte esté uno tanto exhausta.

—De forma alguna. Puedo hacer el almuerzo sin problemas —insistió ella, con cierta desesperación.

—Para hablar la verdad, esa no es la única razón para sugerir que almorzáramos fuera.

—Y cuál sería la otra?

—Tengo un trabajo a hacer a la tarde. Necesito salir alrededor de las 13h30min.

—Entiendo. En ese caso, hagamos lo que hallar más conveniente. Espere sólo algunos minutos. Necesito de un baño y ropas limpias. Estoy uno trapo.

—Por favor, no se apresure —dijo Roberto, intentando ser gentil. En verdad, él estaba con mucha prisa. El viaje de ida y vuelta duraría cuatro horas. Si salieran tras las 14h, cogerían un tremendo engarrafamento en la vuelta.

Mientras Carol tomaba baño, Roberto acostó-si en el sofá. Sus piernas formigavam por cuenta de la larga caminada que hube hecho del centro hasta el apartamento. Estiró las piernas y cogió el celular para verificar los mensajes. Había una docena de ellas, venidas del mismo remetente. Herbert quería hablar mucho con él. Eso se confirmó con los mensajes y algunas

conexiones. Roberto leyó-las, intentando esconder su preocupación. Mandó un mensaje, marcando un encuentro en el bar *Cabrone* a las 19h45min. Quedaba prójimo al edificio donde vivía. No me gustaría dejar Carol sola por mucho tiempo, y si hubiera algún problema, podría llegar en cinco minutos. Herbert respondió casi que instantáneamente. Confirmó el encuentro, dejando clara su insatisfacción pela tarda nlo retorno.

Devolvió el celular al bolsillo. Algunos minutos después, Carol salió del cuarto de baño, bobinada en una toalla. Ella quedó parada atrás del sofá, ajeitando el cabello. Roberto a fitou, medio sin jeito. Aún no se hube acostumbrado con a desinibição de ella.

—Yo necesitaba aún de ese baño —dijo ella, exultante. —El cuarto de baño es todo suyo.

Ella fue para el cuarto, retiró la toalla y jugó sobre la cama, todo eso con la puerta abierta. Roberto vio su espalda desnuda, pero no vislumbrou tal visión por mucho tiempo. Siguió para el cuarto de baño y tomó un baño rápido.

Cuando volvió, Carol estaba debidamente arrumada y con los cabellos prácticamente secos. Vistió una ropa más comportada: una calza jeans y una blusa sin decote. Miró para él serenamente, como se esperara un elogio o un mero comentario.

—Usted está muy bonita —dijo Roberto, aún sin jeito.

—Gracias —agradeció ella, tras un breve floreio con las manos.

Roberto quedó en silencio. Entendió que el viaje era de hecho largo, y Carol ya hube quedado la mañana entera sola. Tuvo entonces una idea, la cual dependía de la aprobación de ella.

—Creo que no es una buena idea deixá-la sola por tanto tiempo. Me gustaría ir conmigo?

—Si no fuera uno incomodo, me gustaría mucho —respondió ella, demostrando correcto acanhamento.

—Con certeza, no iré a incomodarme. Creo que será una compañía agradable.

—Muy gentil de su parte —Carol sonrió. —Sería rude de mi parte

rechazar.

...

Ellos siguieron para un restaurante que quedaba a dos esquinas del edificio. Deliciaram-si con uno succulento rodízio de carnes y un buen vino.

Como Roberto no poseía coche, necesitaba de un prestado. Sabía exactamente donde conseguir. Tenía un amigo que poseía una locadora de vehículos. Conseguiría un buen coche para el viaje a coste cero.

Cogieron uno taxi. Llegaron a la locadora a las 13h19min. Tenían diez minutos para escoger el coche. Roberto hallaba más del que suficientes, pues ya tenía noción de cuál debería escoger. Luego en la entrada había uno Peugeot 408, plata. Era el coche ideal para soportar el viaje, pues tenía un motor 2.0, rápido y consistente, además de ser leve.

Un hombre bajo y barrigudo aproximó-si de ellos, con un rostro ancho y una sonrisa que exhibía una hilera de dientes acinzentados.

—Mi viejo amigo. Lo que lo trae aquí?

—Frank, bueno vuelve a ver-lo. Necesito de un coche veloz para un viaje de cuatro horas.

—Veo que ya escogió la máquina. No pude dejar de notar que hube derramado los ojos sobre ese Peugeot. Yo lo conozco bien y sé que no necesito dar-le sugerencias inútiles.

—Tiene razón —concordó Roberto. —Puedo lleva-lo?

—Eso es pregunta que si faça? Claro que puede, aún más que está acompañado de una bella mujer.

Carol sonrió tímidamente.

—Gracias —agradeció ella, educadamente.

—No hay de que moça. Conozco ese tipo hay muchos años. Quedo feliz en ver que está acompañado de una moça tan bonita y educada —él se volcó para Roberto, y completó —Puede llevar lo “bichão”. Quede con él por el tiempo que necesitar.

—Gracias, Frank. Voy a cuidar bien de él.

Roberto acomodó sus cosas en el porta-maletas. Carol sentó-se en el banco del pasajero y se contempló en el pequeño espejo que cargaba en la bolsa. Roberto retornó para el vehículo y a sorprendió en el momento en que ella reforzaba lo batom que tan delicadamente le encala sobre los labios.

Carol quedó sorprendida. Roberto, en vez de coger la carretera, siguió para la periferia de la ciudad. Recorrió una ladeira estrecha, ladeada de barracos y construcciones toscas de alvenaria. Al final, siguió a la izquierda, llegando a un grupo de edificios antiguos.

—Preciso buscar una persona. Ella va en los guiar en este viaje.

Ella quedó callada. Estaba curiosa, pero temía hacer la pregunta errada. Por eso, escogió bien las palabras. Roberto, a los ojos de ella, era un hombre bondadoso, sin embargo severo cuando estaba concentrado.

—Él es de la policía también?

—No. Trata-se de una testigo... —Roberto hizo una pausa. No le había pasado por la cabeza que Marcelo era ej-novio de la mejor amiga de Carol. No sabía como ella iría a encarar la noticia. Carol estaba conocedor de que Marcelo agredía Madeline, y eso era suficiente para crecer un odio dentro de ella, un odio que Roberto no podría medir. Él llegó a creer que no fuera una buena idea trazê-la para ese viaje, pero no había como cambiar sus planes. Tendría que lidar con la situación de la mejor forma posible.

—Vea bien, Carol, yo necesito de él. Sé que no va a gustar de esa idea, pero tiene a ver con la investigación de la muerte de Madeline.

Carol quedó aturdida. Cogió la cruz de su corriente y fitou el edificio con una temerosa apreensão. Era como si un fantasma estuviera prestes a surgir en su frente, y ella no pudiera hacer nada para impedir.

Desde pequeña ella fue atormentada por pesadillas. Algunos eran bien reales, provocados por el propio hermano, dos años más viejo del que ella. Jeremy siempre fue un muchacho perturbado, y vía en Carol la víctima perfecta para sus atrocidades. Me gustaba matar pequeños animales, abrí-los y retirar-se las vísceras. Sin nadie para ver, era sólo una enfadonha tarea de un loco. Entonces él usaba una tábua para esparcir los pequeños órganos y tripas, además del cuerpo del pequeño animal, para mostrar para ella. Hacía todo eso mientras sus padres estaban fuera, haciendo inútiles los gritos de

desesperación de Carol. Por alguna razón, ella temía revivir tales pesadillas al encontrar ese guía misterioso.

—Sé lo que va a pensar sobre eso, pero pido que sea comprensiva. Ese muchacho es una testigo llave para el caso.

—De quien estamos hablando?

Carol agarró la cruz, cerrando la mano con mucha fuerza.

—Él es el ej-novio de Madeline.

Hizo-si uno silêncio en el coche. Roberto miró para Carol, temeroso. Ella dejó escapar una lágrima, que cayó sobre la mano cerrada.

De repente Carol abrió los ojos. Miró para Roberto, pensativa. Ella quería leer los pensamientos de él, pero complacientemente encaró la idea como absurda. Era igualmente absurda la decisión de lleva-la la ese viaje, en el mismo coche que el hombre que machucou tantas veces su mejor amiga. Era cómo se si viera gracias a se acorrentar al enemigo. Pero había un conflicto dentro de ella, donde la rabia era vencida por un sentimiento aún más fuerte y aún sin explicación.

—Espero no oír la voz de él durante el viaje.

—En cuanto a eso, no se preocupe. Hablaré con él —Roberto salió del coche, lanzando un mirar acogedor para Carol. —Espere aquí, ya vuelvo.

Las paredes del edificio eran cubiertas por pichações, algunas rudes, otras ilustraciones coloreadas representando la actual generación que adora la moda de la bermuda abajo de la cintura, blusas de manga comprida y cabezas raspadas, encimadas por bonés extravagantes. Lo porteiro ensaiou una mueca cuando lo vio aproximar-si de la portaría, pero dejó escapar una sonrisa sin gracia cuando vio el distintivo casi frotarse en el rostro.

Roberto no necesitó de auxilio para encontrar el apartamento de Marcelo. Retiró de la bolsa su bloque de anotaciones y dio una rápida folheada hasta encontrar el número del apartamento. Cogió el ascensor vacío, sintiendo literalmente el ambiente que lo esperaba en el sexto andar.

Llegando al pasillo, de paredes encardidas y basura esparcida por el suelo, sintió el olor nauseabundo de vômito y comida estropeada. Él estaba acostumbrado. Por diversas veces necesitó realizar diligências en chiqueiros

peores en las favelas. Encontró una pareja a los amassos en el fin del pasillo, un muchacho de cabello clomprido y una rubia de senos caídos, que usaba uno short corto y desfiado en los rebordes. La mujer volcó-si para él, dejando escapar una expresión desdenhosa. El muchacho, por su parte, se hizo indiferente ante a presencia de él.

Encontró el apartamento de Marcelo, el tercero a la izquierda. La puerta era amarelada y llena de rabiscos, con mensajes en una caligrafía rústica. Podía-si leyera algunas, aunque con cierta dificultad: “Mantenga distancia”; “Toca de Marcelo”; “Encala fuera”. Roberto rió solo. Consideraba-lo cada vez más idiota.

Batió tres veces, haciendo la puerta trepidar ante las fechaduras. No ahorró delicadeza. Enseguida oyó el sonido metálico de las trancas siendo removidas. Por fin, Marcelo destrancou la puerta, dejando-a entreabierta. Sus ojos rojos surgieron en la fresta, encarando con recelo el rostro sombrío de Roberto.

—Va a quedar mirándome? Abra luego esa puerta! —ordenó Roberto.

Roberto estaba con prisa. No esperó Marcelo abrir. Fue inmediatamente empujando la puerta.

—Tranquila ahí, jefe. Ya iba a abrir.

Marcelo jugó-si en el sofá. Roberto permaneció de pie, incrédulo. Los dos se encararon por algunos segundos.

—Lo que está haciendo? —preguntó Roberto.

—Nada.

—Estaba oliendo. Hablé que no era para oler hoy.

—Fue sólo un poco, jefe.

Roberto dio de hombros. Ese no era el peor de sus problemas.

—Mire aquí, su hijo de una madre, estoy acompañado de una moça muy educada. El nombre de ella es Carol. Espero que sea educado y no le dirijla la palabra, la menos que yo mande, está oyendo?

—Para mí es igual...

—Ni mire para ella. Esa moça no es para su pico.

Marcelo dio de hombros. De hecho, no parecía interesado.

—Haré de cuenta que ni a conozco.

—Eso es bueno. De lo contrario haré el posible para que pase muchas noches en la cadena. Ahora levante ese suyo traseiro. Tenemos un largo viaje por el frente.

...

Carol ya estaba quedando impaciente. Miró para el reloj. Aunque se pasara sólo seis minutos, fue cómo se Roberto hubiera quedado por horas en el apartamento de Marcelo. De repente ella vio los dos aproximándose del coche.

Marcelo era ligeramente más alto del que Roberto, pero la postura intencionalmente curva del muchacho lo hacía parecer más bajo. Roberto dio una rápida mirada para Carol. Notó la impaciencia de la moça. Ella intentó esbozar una sonrisa, al percibir que su expresión lo hube dejado intrigado.

Siguiendo las orientaciones de Roberto, Marcelo jugó-si en el banco de tras sin dirigir la palabra a Carol. Emburrado, volcó el rostro para el lado, fitando el edificio donde vive.

Curiosa, Carol miró por el retrovisor interno, buscando el rostro de Marcelo. Su primera reacción fue de repugnância, pasando enseguida para un sentimiento de indiferencia y desprecio.

Halló-el feo. Intentó imaginar lo que Madeline vio de interesante en él para quedar tan enamorada. No fue difícil percibir también que él no pasaba de uno drogado. Eso la dejaba aún más decepcionada.

—No será una de los viajes más animados, sin embargo me gustaría destacar que no voy a tolerar grosserías.

## Capítulo 17

Jonas corrió por entre las galinhas, en medio a tropeços sobre el maíz y el suelo lamacento. Sus gritos agudos se mezclaban a los cacarejos, formando lo reportório de aquella madrugada cinzenta y abafada en la casa de campo de suyos abuelas.

Él perseguía, con notable obstinación, un ratón furtivo y sagaz. Había por el camino un número razonable de pequeños escondites, pero de poca calidad para quien deseaba, aún pequeño e indefenso, un escondite definitivo para pôr fin al peligro que lo rondaba.

El roedor espremeu-si por los estrechos labirintos de ladrillos, encontrando en el fin del túnel un par de ojos curiosos y brillantes. Sus saltos desesperados terminaban, por veces, en un encuentro desagradable con las manos del niño que, en forma de concha, intentaban prendê-lo.

Los dos respiraban sofregamente. El ratón, sin embargo, parecía sufrir más con el demasiado esfuerzo para escapar. Halló, al pie de uno salgueiro, aquello que sería su último escondite, lo derradeiro medio de huir de suyo perseguidor. Trazó el camino más rápido, por entre hojas muertas y galhos podridas, y corrió como nunca en su corta vida.

Jonas, más evolucionado intelectualmente, previó el fin de aquella ruta desesperada. Alargó sus pasos, llegando antes al salgueiro y prendiendo lo rabo del ratón con el pie izquierdo. Lo pequenino entregó los puntos, dejando escapar el resto de aire que había en sus minúsculos pulmones. Ambos sabían que era una lucha desigual, pero Jonas encaraba todo cómo una apuesta, o un juego, donde el vencedor pondría en duda sólo el momento en que su victoria sería selada.

Imobilizado por el cadarço, el ratón no soportó y acabó muriendo. Jonas retiró uno canivete de su chaqueta y cortó-le el estómago. Una fina capa de sangre cubrió su dedo, sin embargo eso no lo incomodó. Estaba acostumbrado con el contacto con la sangre, sea de quién fuera. Todo era sangre, avermelhado, caliente o frío. Era su substancia preferida.

Vislumbrou los minúsculos órganos, viscosos y frágiles. Era muy joven

para abstrair todos los significados, la función de cada uno, sin embargo estaba dispuesto a aprender. De entre sus curiosidades, una tenía destacável importancia. Jonas quería sepa si uno de aquellos órganos podría ser simplemente suprimido sin provocar cualquier perjuicio o notable modificación en la fisiología del roedor.

Naturalmente, en aquellas condiciones, el chico o cualquier persona no podría hacer un experimento conclusivo. Aún así, conocedor de la realidad, él fantasiou, no como un niño inocente que se imagina en mundos fantásticos donde todo era posible, pero como un futuro científico, que estaría prestes a hacer el mayor descubrimiento de su vida.

Suponiendo que lo fígado del ratón sería semejante al del humano, retiró un pequeño órgano de tono amarronzado, con uno sutil corte, y lo hizo perder por entre las hojas al chacoalhar lo canivete. Limpió a cuchilla, sin cualquiera resquíio de repugnância. Nada de aquello le causaba incômodo, sea fisiológico o moral. Jonas cosió el estômago del ratón, enxugando a têmpera cómo se estuviera delante de la más compleja cirugía. Finalizado el procedimiento, el roedor pareció levemente estofado. Él puso el roedor de pie, retiró uno radio del bolsillo y dijo: “operación realizada con éxito. Roedor se encuentra bien, y su organismo funciona normalmente, aún en la ausencia de uno fígado”, dijo con cierto entusiasmo mientras fitava el pequeño cuerpo rígido y humedal en sangre.

...

Los ojos arregalados fitaram el vacío. El aire estaba más seco del que el común. La humedad había desaparecido por completo, dejando una atmósfera fatigante y calorenta. Su espalda estaban mojada de sudor. El calor evidenciou-si por gotas que escorriam-le por las têmporas. Su boca estaba sequía, con los labios grudentos y desgastados. A barriga roncaba, como se hay días estuviera sin comer.

Era el tercer día en que despertaba durante la madrugada, con una intensa gana de ir al cuarto de baño. Si fuera un día frío, a todo coste intentaría permanecer en la cama hasta amanecer, pero aquel día tal esfuerzo sería solamente más uno incomodo.

Desorientado, tateou el corto camino hasta el cuarto de baño. Vacío a

bexiga, finalizando con una sonrisa de alivio. No había muy lo que comer. Sobras de carne cozida, un puñado de arroz y algunas frutas. Mateus había comido el resto de ensopado, dejando lo prato sucio en la cuenca, completando lo amontoado desorganizado de vajillas sucias.

Jonas descubrió una de las ventajas de la cocina a la leña. Aún después de horas de cozimento, el alimento matinha prácticamente el mismo sabor. Comió sin mucha ceremonia, por veces, entalando-si. Rió de sí aún, viendo sus buenos modos desapareciendo tan rápidamente en cuanto a comida.

El día aún ensaiava sus primeros pasos. Lo tiempo húmedo retornó furtivamente. Él respirou el aire denso y frío, sintiendo suyas narinas inflamarem al punto de provocar un dolor extenso por el rostro.

Tuvo el cuidado de esconder su pistola por dentro de la calza. Los habitantes del vilarejo no tenían autorización para usar armas, con la salvedad de aquellos autorizados pelo Conselho de Anciãos: el pastor Gerônimo, lo vigila (en ese caso a arma era compartida entre los hombres que realizaban esa tarea) y el jefe de los estábulos. Cuando llegaba un nuevo miembro, era meticulosamente revistado. Con Jonas no fuera diferente. De hecho, no había llevado armas, pero juzgaba prudente conseguir al menos una pistola para protegerse. No a consiguió con facilidad. Mateus podría entrar y salir del vilarejo sin la necesidad de una autorización, sin embargo cuando retornaba, era revistado por uno de los vigilas. Jonas necesitó ser paciente. Era una cuestión de tiempo hasta que tal procedimiento dejara de ser hecho, cuando finalmente tendría la confianza de los anciãos para que suyo ajudante pudiera regresar sin ser revistado, para entonces conseguir una arma y municiones.

Corrió por la alameda, a fin de que la sangre le circulara por el cuerpo. Sentía-si hinchado, los miembros rijos y estagnados. Jonas siempre fuera un hombre de buena forma, assíduo practicante de musculação. Sin embargo, su brusco cambio de vida hizo con que abandonara viejos y buenos hábitos, lo que lo hizo perder parte de su buena forma. Retomá-los con el mismo vigor sería difícil, pero el primer paso había sido dado. Un día por vez —él creía— y entonces conseguiría alcanzar un nivel compatible con los medios que estaban su disposición. Si un día llegara al punto de evolucionar —en relación su forma mientras vivía en la ciudad grande —podría considerar la mayor de sus conquistas, aún de entre las que obtuvo en el campo de la

Medicina.

Aquellas viviendas rudes se mezclaban su vuelta, rodopiando en zigzag. Como eran simple y prácticas, soportando por veces temerosas tempestades. Aún en su infancia, no tuvo la oportunidad de ver casas como esas, ni mismo cuando visitaba sus tíos que vivían en una remota casa de campo, tan alejado de la ciudad que los más elementales utensilios domésticos perdieron su utilidad.

Avistou, más adelante, a cinzenta padraria, que más tarde ganaría el tono esverdeado característico. Tenía una área plana donde se concentraba a pastagem, margeada por una vasta hilera de abetos. En la región ondulada seguía el fino gramado donde los niños jugueteaban. A pradaria era cortada por un río de aguas cristalinas que se perdía en la parte más baja de la colina, al sur.

Los estábulos y lo matadouro quedaban más al norte. Por decisión del consejo, no podrían ser instalados en el propio vilarejo. Un hombre corpulento dormía encostado a la pared, cogiendo una espingarda, con las piernas estiradas sobre lo gramado húmedo. Jonas presumiu ser el jefe de los estábulos, que hacía las veces de vigila.

Al punto más alto, luego después de los estábulos, quedaba la torre de vigila. Tenía seis metros de altura y era una construcción bien fundada, hecha de mogno de la mejor calidad. Lo vigila debruçava-si sobre lo parapeito, con a espingarda reposando al lado. Era un muchacho flaco y alto, de rostro torto y ojos estrechos. Debería tener entre diecisiete y dieciocho años.

Con una inesperada agilidade, dada su condición actual, Jonas consiguió subir la torre con cierta rapidez. Lo vigila, de nombre Horácio, dio un salto y agarró a espingarda desajeitadamente, casi dejando-a caer en el gramado allá en bajo.

—Tenga tranquila, mi amigo —dijo Jonas, proyectando las manos en medio del pecho. —Soy el médico del vilarejo.

—Yo sé quién usted es —el joven suavizó la voz gradualmente, recuperando-si del susto. —Aún no vi alguien subir esa torre tan rápido. Confieso que usted me sorprendió.

—No fue el único. Ni yo creí.

La conversación tomó el ritmo de dos camaradas que dividían una botella de vino en medio a una prosa despreocupada. Jonas sintió—si intentado a dividir con su nuevo amigo los últimos acontecimientos, los cuales había dedicado sigilo. Pero no podría hablar, al menos que Horácio se mostrara hombre suficiente para guardar secretos. Sin embargo, sintió—si atraído por la idea de conocer un poco más sobre la historia del vilarejo, bajo a óptica de un joven que presenciaba la vida nocturna del lugar.

—Usted nació aquí? —preguntó Jonas, tomando uno gole de vino.

—No. Vine para acá cuando tenía seis años. Mi padre murió y mi madre era una de las devotas del pastor Gerônimo. Ella recibió la invitación para largar todo y vivir en el vilarejo, recibiendo en cambio bendiciones sin medidas de nuestro señor —Horácio añadió un tono irónico a estla última frase.

—Imagino que no haya sido fácil para usted crezca en un lugar como ese. Espero que no lléveme a mal, no fue una crítica. Quiero decir que, en comparación a otros lugares en que viví, con toda la certeza ese es el peor de todos.

Horácio encaró-lo con seriedad, sin embargo soltó una estrondosa carcajada. Jonas unió—si a él y ambos desataron a reír sin cometimento.

—Yo me gusta de aquí, sabe... Oí tal vez dos o tres historias sobre las farras en la ciudad grande, pero no tuvieron la riqueza de detalles suficiente para arrancarme un atisbo siquiera. Si hoy yo pudiera escoger, permanecería aquí. No si engañe se acha que soy medroso. No temo el desconocido, y vivir en la ciudad no sería dificultad para mí.

—En absoluto! Considero—el el más capaz, de entre todos esos rapazotes, para vivir en la selva que es la ciudad grande.

Ambos quedaron callados, fitando el cielo tingido de púrpura, perdiendo las estrellas y ganando lentamente el manto azul. Sus ojos brillaron, y una paz súbita arrebató—los hasta que el sol se firmó con sus rayos ofuscantes.

—Esa es la mejor parte de mi trabajo —murmuró Horácio.

El joven fitou Jonas con un mirar renovado.

—El doctor no vino aquí sólo para hacerme compañía. Por el vino, tal vez, pero creo que haya otro motivo. Puedo arriesgar que sea algo relacionado al vilarejo. Una curiosidad típica de gente de la ciudad.

—Tiene razón, es algo relacionado a este vilarejo. Para ser específico, me gustaría saber más sobre la historia de ese lugar.

Horácio desvió el mirar desdenhosamente. Dirigió los ojos para los primeros campesinos que despertaban al borde del río, bañando sus cuerpos sudados.

—Historia... —dijo el joven, desanimado. Mire para ellos, doctor. Que historias podré contar sobre ellos de aquí a quince o veinte años? Todo lo que ve es una encenação, la peor que ya vio, con certeza. Mitad de esas personas no son exactamente lo que aparentam. Yo sé de la verdad, por lo menos parte de ella. Yo vi cosas, doctor. Presenciei acontecimientos extraordinarios e inimagináveis. Son terrores difíciles de describir, que pusieron en jaque mi sanidad. Conté para mi madre —hoy tengo dudas si ella realmente no sabía que algo de ese tipo estaba aconteciendo en nuestro vilarejo —pero ella halló absurdo, creditando mis delirios a una posible pesadilla. Tengo muy a relatar, sin embargo pondré un punto final si usted creer que soy loco.

—En absoluto —protestó Jonas. —Tengo interés en sus historias. Continúe.

—Pues bien —Horácio recostou-si y tomó uno más gole de vino. Entregó la botella a Jonas y continuó —Yo tenía once años en la época. No era el tipo de chico que quedaba jugueteando con los otros a la vista de los padres. Yo me embrenhava en la mata para cazar pájaros durante el día, y a la noche, hacía una hoguera para assá-los. En una de esas noches, alejé-me más del que había planeado. Pensé que había me perdido, cuando noté uno facho de luz al punto más al sur del río. Inicialmente quedé asustado. Ese punto distava del vilarejo unos cuatro kilómetros.

“Yo pensé en volver. Tenía miedo de llegar muy tarde la casa de mi madre y llevar una paliza, sin embargo la curiosidad era mayor. Furtivamente seguí lo facho de luz, que más adelante reveló-si una gran hoguera. Comencé a oír una especie de coro, una música en un dialecto extraño, acompañada de

tambores nerviosos.

“Busqué un lugar para esconderme. Quedé mirando para aquella hoguera, con labaredas que alcanzaban seis metros de altura. Personas encapuzadas bailaban en vuelta, descoordinados, sin ritmo. Usaban ropas blancas, y no era posible distinguir hombres de mujeres.

“Todo aquello era novedad para mí. Por primera vez tuve la real noción del miedo. Estaba horrorizado, pero nada había me preparado para lo que estaba por venir. Hasta hoy me arrepiento de haber visto aquella ceremonia tan macabra.

“Había una moça muy bonita, cabellos rubios y cacheados. Ella estaba con los pies y manos prendidos, acostada sobre una rampa hecha de troncos, como se fuera una jangada, al frente de la enorme hoguera. Ella intentaba gritar, pero estaba amordaçada.

“Uno de los encapuzados aproximó-si de ella. Era el más fuerte de ellos, tenía casi dos metros de altura. Ergueu-la delante de los otros, como se estuviera exhibiendo-a, no sé explicar...

—Como un trofeo?

—No sé lo que es eso, pero debe ser. Entonces esa mujer arregalou los ojos, de uno jeito que pude ver con detalles las llamas bruxuleando. Había muy horror en aquellos ojos. Sentí-me apenas, de verdad. Fue una escena que me impactó de uno jeito que no sé expresar.

“Los encapuzados se exaltaron. Los gritos hicieron-si más intensos. Era uno furor que parecía no tener límites. Pensé en huir, pero quedé petrificado. Aquel hombre enorme cargó a moça... —él hizo una pausa, intentando encontrar las palabras correctas, pero su expresión ya se mostraba reveladora —Interés por Dios, él jugó a moça en la hoguera aún viva. Ella estaba de tal forma immobilizada que poco se meneó. Encurvou-si el máximo que pudo mientras las llamas a consumía.

“Ver una persona siendo quemada viva, Doctor, es cosa de otro mundo, de lejos la peor demostración de crueldad de un ser humano. Y aquellas personas, aún delante de una escena tan horrenda, parecían alegres, exaltadas. Aquello no salió más de mi cabeza. Años después, investigando en los libros de la biblioteca de los anciões, descubrí que aquella moça había sido

sacrificada en una ceremonia de adoração a una entidad cuya identidad desconozco.

“A veces pienso que mi madre tenía razón, todo no passava de una pesadilla; sin embargo, cuando paro para bucear en los detalles, de tan ricos y vívidos, era cómo se hubiera acontecido ayer.”

Horácio quedó en silencio. Su relato reabrió viejas heridas. Comenzaron a sangrar, como una represa impelindo-si por un pequeño agujereo. Jonas miró para él, olvidando-si de que él tenía diecisiete años y estaba embriagado. El relato que hube acabado de oír tenía detalles suficientes para descartar una mera pesadilla. Era la verdad, sorprendente y peligrosa, que trae nuevos misterios acerca del vilarejo.

—A moça que usted vio siendo quemada, ella vivía en el vilarejo?

—No a reconocí de inmediato. Había pocas moças en aquella edad, y ninguna desapareció tras el ocurrido. Quienquiera que fuera, era de fuera. Creo que fue secuestrada o forzada a estar en aquel lugar.

Jonas acordó-si del cuerpo que encontraron cerca del lago. También era de alguien de fuera del vilarejo. Lo que Horácio vio fue real y aún estaba aconteciendo. Esa conclusión lo hizo estremecer.

## Capítulo 18

Roberto no era un buen contador de piadas. A pesar de dominar varios asuntos, no era muy bueno para expô-los en una conversación, por más informal que sea. Restaba-le llenar el silencio del viaje con relatos de sus misiones. Hube Escogido de entre muchos las que halló más extraordinarias, que lo aproximaron peligrosamente de la muerte. Eso él sabía hacer bien. Prendió la atención de sus pasajeros, en especial, de Marcelo.

Carol, inicialmente, oía todo con extrema atención. Por veces quedaba absorta con el coraje de Roberto, que arriesgaba la propia vida para prender una quadrilha de assaltantes de banco. Era un coraje que ella admitía no haber. Consideraba un trabajo peligroso y de pocas recompensas, finalmente, los bancos no tenían perjuicios considerables con los asaltos.

No tardó mucho para ella divagar. Salió de aquel vehículo abafado, de risadas estridentes, para imergir en el pasado. Pero no un pasado distante. Volvió a algunos años, cuando Madeline aún era viva.

Con su vestido bege, corría esperançosa hasta la caja de correo. En su interior, había diversas cartas, sin embargo una, de más esperada de todas, arrancó-le uno brillo en los ojos que no se veía todos los días.

Entusiasmada, volvió para casa y jugó-si sobre la cama. Al ver la letra de Madeline, sintió-si como si ella estuviera allí, de su lado, como si jamás a tuviera deixadlo para vivir en la capital. Era una sensación gostosa, que ella me gustaría haber más veces. En pocas líneas, Madeline se expresó:

“Mi querida amiga, no consigo decir lo cuánto siento su falta. Usted sabe que quería estar ahí para abraçá-la y decir lo cuánto es especial para mí. Pero hay una razón, y sé que comprende, que me impide de volver. Pretendo, así que pueda, pasar algunos días con y usted mi padre. Mientras eso, escribo-le esa carta para contar las novedades...”

Carol acordaba-si de cada letra de aquella carta y de todas las decenas que recibió. Recordar los relatos de su amiga era un ejercicio doloroso, pero en el fondo era una forma de tê-la siempre por cerca. Quería creer que la muerte de ella era inevitable, pero no conseguía. Tenía Madeline cómo una

moça fuerte y astuta. Fue para la capital sin ningún vestigio de inseguridad, muy menos miedo. Ella sabía exactamente lo que estaba haciendo, y tenía las armas correctas para defenderse. Carol cargaba la certeza de que su amiga estaba en un momento de fragilidad. Una mujer, cuando pierde el rumbo, hace-si sensible y pierde parte de suya essência. En el caso de Madeline, esa essência era justamente su astucia.

Marcelo animó-si para contar sus historias, aún ante el mirar reprovador de Roberto. No quería dejar el muchacho muy entusiasmado. Había una jerarquía en aquel vehículo, y Roberto quería dejar evidente que la orden no debería ser cambiada. Marcelo podría hablar, sin embargo debería respeitá-lo, evitando a todo coste cualquiera intimidade.

Aún perdida en sus pensamientos, Carol retomó los posibles motivos que llevaron Madeline a la muerte. No fue un asesinato circunstancial. Madeline no estaba en el lugar errado y en la hora errada. Estaba fragilizada, y para cualquier uno, sea hombre o mujer, mucho del bueno senso se pierde. Tiene-si el deseo irrevogável de agarrarse a una esperanza, aunque sea un peligro enmascarado.

El asesino, un hombre enfermo y perturbado, tendría en las manos la presa fácil. Podría moldear una mente confusa a su bel placer, aprovechar-si de ella lo cuánto quisiera hasta descarta-la como se fuera basura. Imaginar que Madeline pasó por todo eso hacía-crecerle una rabia incontrolável. Carol intentaba imaginar-si en el lugar de ella, ver el asesino, suyas feições, manias. Eso la dejaba sofocada. Era cómo se estuviera en una cárcel, amordaçada, en un lugar remoto donde sus gritos de socorro no serían oídos. Delante de sí estaba un loco de ojos rojos y esbugalhados, de manos trêmulas y cuerpo flaco. En la mano izquierda, cogía un cuchillo. Roçava a cuchilla en su rostro, haciendo sentir la piel rasgando-si lentamente. Era la tortura psicológica que lo hacía extasiar. Ver la desesperación de ella, el miedo de morir y nunca más encontrar el padre y su amiga. Era lo horror más denso y prazeroso que uno psicopata podría apreciar.

Marcelo súbitamente cambió de asunto. Avistou el desvío en la carretera que llevaba a la iglesia del diablo. Roberto disminuyó la velocidad. Ya pasaba de las 18h30min. El cielo estaba plúmbeo, con pocas nubes.

—Necesita reducir más. La curva tiene menos de cuarenta y cinco

grados y precede una subida.

—Ahora usted me avisa?! —protestó Roberto.

—Acabé me desconcentrando —disculpó-si bajando la cabeza, como un chico arrepentido por suyas travessuras.

Roberto casi paró el coche. Embrenhou-si por el desvio, una carretera de barro, enfrentó la subida en segunda marcha. Encontró un camino tortuoso y monótono, cercado por uno cerrado esparso. Las pocas casas encontraban-si alejadas de la carretera, al pie de las colinas cinzentas. Eran viviendas groseras, habitadas por humildes agricultores.

Roberto estaba enfocado en esa investigación. Suya intuição decía que encontraría la prueba más importante hasta entonces. Aún con todo ese entusiasmo, una cosa aún lo preocupaba. Las cartas anónimas no lo permitían seguir con la tranquilidad de que necesitaba para realizar un buen trabajo. No descartó la posibilidad de lo autor de esas cartas ser loco suficiente para seguí-lo, o sagaz el suficiente para vigilar sus pasos y así estaire siempre la suya frente.

Poco tiempo después, concluyó que sería imposible alguien seguí-lo en aquel fin de mundo sin ser percibido. La carretera serpenteava por un terreno plano, haciendo posible ver un vehículo a kilómetros de distancia.

Mientras más se avanzaba, más rara era la presencia humana. Las casas hacían-si menos numerosas, al punto de inexistirem. Roberto, finalmente, avistou una ruina al fin de la carretera. Eran los restos del que un día fuera una inmensa iglesia, con un frente imponente encimada por un arco vistoso.

Restó solamente el frente de la iglesia, aunque sacudida por el incendio que hube consumido todo el resto. Lo que se veía atrás era una pila de entulho, uno amontoado de móviles quemados encimado pellas cenizas.

Roberto fue el primero a saltar del coche. Inalou ruidosamente el olor dlas cenizas. Sintió sus ojos ardan. El aire estaba cargado de voluminosas impurezas.

Barrió los ojos por el terreno. Lo mato mantuvo-si en un perímetro seguro, rodeando-lo con una aparente cautela. El lugar era cargado de una evidente negatividad. Carol lo hube percibido. Fitou Roberto con pesar, como

si estuviera incomodada. Los ojos de ella transmitían una tristeza penetrante.

Nuevamente vino-le la visión del posible asesino, un hombre oculto en un manto negro que cubría el rostro. Carol conseguía imaginá-lo andando sobre a brasa, riendo de ella, aquella carcajada estridente, gutural.

Una nube negra, aislada en el cielo, reposaba por encima de la iglesia. Los pájaros cantaban al lejos, circundando el local como se fuera inaccesível, aún por el aire.

Marcelo quedó parado delante de la puerta de entrada. Era el único que no demostraba cualquier sentimiento.

—Circunstancias misteriosas cercan ese incendio —dijo él, fitando la puerta cinzenta. —Encontraron uno corpo, mlas nadie quedó para descubrir por qué estaba aquí. Fueron aunque, sin al menos impetrar una vaga investigación.

—Sabría decir lo que podría haber causado ese incendio? —inquirió Roberto.

—Si ni ellos si preocuparon en investigar, sería yo a suponer cualquier cosa? Puedo sólo creer que no fue un accidente.

—Cree que fue intencional?

—Tengo certeza. Había urgencia en destruir el local. Quienquiera que haya hecho eso, planeó minuciosamente —dio la vuelta y caminó por entre lo entulho —Mire para eso! Tendría alguna oportunidad, mínima que sea, para haber sido un accidente?

Roberto meneou la cabeza negativamente.

—Si busca alguna prueba, sólo por un milagro a encontrará bajo todo ese entulho —dijo Marcelo, sonriendo irónicamente.

Determinada, Carol siguió para el lado opuesto. Comenzó a revirar lo entulho, aleatoriamente. Desanimado, Roberto hizo el mismo, con la ayuda de Marcelo.

Pasados quince minutos, Roberto comenzaba a creer que fuera pérdida de tiempo. Eran sólo cenizas y restos. No habría allí algo palpável que pudiera colocá-lo nuevamente en el rumbo de las investigaciones. Al

contrario, Carol parecía seguir una fuerte intuição.

La noche encala impiedosamente. Si estaba difícil encontrar algo, con la noche tomando cuenta del lugar, sería imposible.

—Olvidad! —decretó Roberto. —Vamos aunque. No tiene nada para nodos aquí.

—Esperad! —gritó Carol, al fondo. —Ved lo que yo encontré.

Los dos corrieron hasta ella. Carol retiró restos de madera quemada y estiró una especie de libro, poco mayor del que el habitual, con una portada gruesa de cuero. Sólo las puntas de las páginas fueron quemadas, revelando el milagro de que Marcelo irónicamente hablara.

—Lo que es eso? —preguntó Roberto.

—Yo no sé —respondió Carol, examinando el libro cubierto de cenizas. —Pero una persona aquí puede decirnos lo que es.

Marcelo tomó el libro en sus manos. Su expresión era reveladora.

—No realizábamos solamente cultos. Teníamos reuniones semanales para tratar sobre asuntos de peso para la iglesia y para sus miembros. Este es un Libro Acta. Había varios desales en la sala de reuniones, y este es ciertamente último.

Llegó hasta la última página y mostró la fecha para Roberto y Carol. Después entregó el libro a Roberto.

—Si es un libro acta, tiene la lista de todos los miembros que comparecieron a las reuniones —dijo Carol.

—Tiene razón —Roberto folheou el libro hasta encontrar la página que contenía la tal lista.

Había centenares de nombres, entre hombres y mujeres. Roberto no dio atención a todos. Sus ojos saltaban una decena de ellos. De repente él paró, fijando en un en particular, que estaba riscado. Era posible distinguir algunas letras, sin embargo sería una tarea difícil descifrar ese nombre. Más una vez debería recurrir a Marcelo.

—Usted conocía todos los miembros, debo suponer. Podría decir quién era?

—Bueno, por exclusión, sí, pero esas letras... —Marcelo quedó pensativo —No tengo certeza, pero puedo arriesgar que sería el hijo del Concejal, lo aunque se engraçou con Madeline varias veces —barrió los ojos por los otros nombres, para tener certeza. —Sí, es él aún. No lo encontré en medio a los otros nombres.

Una llama de esperanza encendió-si dentro de Roberto. Finalmente tenía la prueba de que necesitaba para cambiar el rumbo de las investigaciones.

—Hijo de político o no, necesitamos hacer una visitinha a él.

## Capítulo 19

Los primeros dolores surgieron tras la cena. Vanessa quedó en estado de alerta. Pensó en avisar al marido. Estaba sola en aquella hora y necesitaba de él a su lado para dar-le fuerzas y la confianza de que tanto necesitaba. Pero los dolores inmediatamente pasaron. Aparentemente fuera sólo un susto.

Juntó la vajilla sucia y fue para los fondos de la casa. Arregló los platos de un lado y los talheres del otro dentro de una cuenca. Con dificultades, cogió un balde d'agua en la cocina. Sentó-si delante de la cuenca, coçando las raíces de los cabellos ensopados de sudor. Hacía muy calor en aquella noche.

Su cuerpo estaba pesado. Aún sentada, era como si alguien se apoyara en sus hombros, proyectando el propio peso para bajo. Era una sensación ruim, difícil de acostumbrarse. En su primera gestação, hace dieciocho años, lo desconforto era bien mayor, debido a su cuerpo flaco.

Todo en aquel primer embarazo fora desconfortável, a comenzar por el concebimento. Su primera hija fora fruto de una violación ocurrida en un terreno baldío inmediatamente después de un culto dominical. Un hombre, miembro de la misma iglesia, a quién todos depositaban total confianza por ser estudioso de las escrituras sagradas y que tenía el doble de la edad de ella en la época, a codiciaba en secreto. Esperó-a en ese terreno, distante de la iglesia, agarró-a por los brazos y practicó el acto ante los suyos gritos desesperados por socorro.

El primero a socorrê-la fuera Sérgio, que pasó de un muchacho delgado e ignorado —no sólo por ella, pero por todas las moças de la iglesia —a su actual marido. Lo celo con que él la trató, cargando-a en los brazos hasta el hospital más próximo, diciendo-le palabras de afecto y conforto, hizo crecer dentro de Vanessa una pasión que no se perdió con el tiempo.

Confirmada el embarazo, Vanessa no hube sabido exactamente lo que hacer. Era de mayor, y tenía como opción realizar el aborto, pero la doctrina de su iglesia a guiaba para un otro camino. Una vida estaba siendo generada en su vientre y no podría ser quitada, aún siendo fruto de una violación. Hube Tomado la dolorosa decisión de tener aquel hijo.

Sus padres, sin embargo, no soportaron la idea de ser abuelas de un niño concebido de una violación. Suicidaron-si tres meses después, dejando-la huérfana.

Gerônimo a adoptó y dio-le todo el apoyo necesario. Palabras de conforto no faltaron durante los nueve meses de gestação. Él tuvo ayuda de su hija Elisa, que cuidó de Vanessa con lo celo necesario.

Sérgio estuvo siempre a su lado. Ellos se casaron el octavo mes, bajo las bendiciones del pastor Gerônimo. Alquilaron una casa simple de tres cómodos y comenzaron sus vidas juntos. Él hube arreglado un empleo en una serraria. No ganaba mucho, pero conseguía dar una vida digna para Vanessa.

El noveno mes, Vanessa hube quedado deprimida. Sérgio hizo de todo para ayudá-la. Hizo horas extras para pagar consultas y sesiones de psicoterapia, pero nada adelantaba. Ella continuaba cada día más deprimida. Hube Perdido diez kilos y puso el embarazo en riesgo.

Ella hube recobrado el ánimo inesperadamente. Sus ojos ganaron uno brillo renovado y ella volvió a alimentarse normalmente. Elisa, aunque aún niño, fue la primera a notar. Corriera para dar las buenas noticias a Sérgio y Gerônimo. Sérgio largara el servicio y hube corrido para casa. Encontró la esposa, más bella del que nunca, acostada en la cama, usando un vestido de seda bege rendado. Vanessa no sólo estaba más dispuesta, como también aparentava una súbita madurez. No parecía más aquella moça tímida y sin malicia.

—Querido, necesito mucho hablar con usted —dijo ella, con una voz blanda y cargada de seguridad.

—Estoy aquí, mi bien, feliz por ve-la tan radiante. Diga todo lo que quiera.

Ella soltó una sonrisa que lo alcanzó profundamente.

—Quiero que esté aquí, a mi lado, para oír lo que tengo a decir.

Sergio hube sentado-si al lado de ella, acariciando-le el rostro.

—No sólo usted, pero también Elisa y el pastor Gerônimo saben lo cuánto yo lloré durante todos esos meses. Lloré hasta perder mis fuerzas, pero entonces me vino la revelación. No hay espacio para el dolor y

sufrimiento en nuestra boda. Sé que usted amaría mi hija como se fuera suya, sin embargo no sería justo. No veo una boda feliz con Karina formando parte de nuestras vidas. Por favor, no piense que yo esté rechazando mi propia hija. Por el contrario. Aprendí a amá-la aún más. Y por eso es por lo que tomé esa decisión. Daré Karina para adopción. Tengo certeza de que encontrará una pareja que dará todo el amor de que necesita para ser feliz.

Sus ojos se perdieron en el horizonte. Vanessa intentó imaginar cómo Karina sería con dieciocho años. Si guardara alguna semejanza con ella, tendría cabellos rubios y cacheados, un rostro estrecho y una nariz reducida y fino. Sin embargo podría tener trazos del monstruo que biológicamente era el padre: pelo oscuro, nariz achatado y ojos expresivos.

Infelizmente la naturaleza, aún con toda la suya perfeição, no impediría que Karina cargara los trazos del hombre que estuprara su madre. Vanessa necesitó de tiempo para conformarse con esa idea. Deseaba que ella jamás supiera la verdad sobre su verdadero padre.

El aire seco iba perdiendo suya leveza, quedando más pesado y frío. Las hojas ganaron vida y siguieron un cortejo lento y admirable a favor del viento. Vanessa terminó de secar las vajillas y volvió para la cocina. Organizó los vasos, platos y talheres en consonancia con sus colores y tamaños, en un armario tan viejo cuánto lo vilarejo.

Sérgio estaba tardando. Eso la dejaba aprensiva. Tenía un presentimiento ruim sobre aquella noche. Afagou-le a barriga, pidiendo paciencia para el bebé que estaba prestes a nacer. Necesitaba de más una noche tranquila. El día siguiente tendría sus fuerzas renovadas y podría soportar lo parto, por más complicado que fuera.

Sintiendo-si súbitamente más pesada, resolvió acostar-si en la cama. Dejó la ventana abierta para que el aire frío pudiera dejar el cómodo más agradable. El calor, principalmente lo que hizo aquel día, a dejaba terriblemente fadigada.

Allá fuera, los rayos faiscavam, anunciando la lluvia. El cielo quedó más oscuro, ocultando la luna. Un trueno cortó el silencio. Vanessa despertó con el estruendo. Barrió los ojos por el cuarto, encontrando sólo cobertores y ropas dobladas.

Lo susto pasó, pero los dolores volvieron más intensas. Ella se levantó y notó gotas de sangre manchando el suelo. Vanessa no quería quedar parada. Comenzó a caminar por la casa, viendo la sangre escurriendo lentamente de su vientre.

Su marido estaba tardando. Con los fuertes dolores, no conseguía razonar derecho. El mundo que conocía ganaba nuevos contornos. Era como si la realidad estuviese cambiando. Hizo-si un mundo cruel e inabitable. Sérgio no volvería. Él no hacía más parte de su vida. Ella era la única mujer del universo, y su hijo estaba viniendo para hacerle compañía.

Una líquido semejante a la agua de cloco escurreu por el medio de sus piernas. Vanessa sabía que la bolsa había estourado. Su desesperación ganancia intensidad, impidiendo que tomara cualquier decisión. No podría estar sola; era locura. Sérgio tardaría a llegar, pero un día iría a volver. Sin embargo no podría espera-lo. Necesitaba salir de aquella casa y buscar ayuda.

Sintiendo-si tonta, ella agarró-si a las paredes y encontró uno roupão. Vistió-lo a las prisas y caminó tropegamente por la alameda, bajo lluvia. Los rayos a cercaban, dejando-la aterrada. Vanessa parecía una niña asustada, huyendo del lobo- apenas.

Todas las puertas y ventanas estaban trancadas. La pesadilla de vivir en un mundo desierto volvió para assombrá-la. Si realmente estuviera sola, dejaría su cuerpo caer sobre a lama que se formaba y moriría allí mismo, con la lluvia bañando su cuerpo y lavando la sangre que escurria por entre las piernas.

Vanessa imaginó-si en el peor escenario posible, pero nada a hube preparado para lo que ocurrió después. Aún desorientada y completamente ensopada, comenzó a sentir fuertes dolores. No eran dolores comunes, típicas del trabajo de parto. Era como si el bebé estuviera rasgando suya barriga para salir. Sentía que finas botellas dilaceravam su piel, causando-le dolores lancinantes. Más del que nunca, Vanessa prefería la muerte a pasar por aquel sufrimiento.

La lluvia ganaba intensidad lanzando verdaderas lanzas d'agua contra la tierra seca. El viento, vez u otra, con su falsa sensación de brandura, rajava para quebrar esas lanzas. Vanessa avistou la iglesia, tal vez el único lugar

donde encontraría alguien capaz de socorrê-la. El pastor Gerônimo pasaba muchas horas en su oficina preparando el culto del día siguiente y sólo iba a dormir tras las 3h de la mañana.

Los dolores no cesaban y quitaban la poca fuerza que le restaba. Casi arrastrándose, Vanessa consiguió subir los escalones y llegar a la puerta. Estaba exhausta, ofegante. Encostou-si en la pared, intentando se recompor. Los truenos hacían coro al fondo, sin embargo parecían menos aterrorizadores.

Con las pocas fuerzas que le restaban, Vanessa batió en la puerta. Para reforzar su desesperación, comenzó a gritar. Nunca en su vida había gritado tanto. Su garganta parecía desafazer-si, al punto en que no conseguía pronunciar una única sílaba.

Para el alivio de ella, la puerta se abrió. Estaba tan cansada que no conseguía mantener los ojos abiertos. Cuando finalmente puede divisar la persona que estaba su frente, tenía certeza de que no era el pastor Gerônimo.

## Capítulo 20

El tiempo se abrió y las estrellas se avolumaram en el cielo dy inicio de madrugada. Roberto guiaba el vehículo con leveza, como se tuviera se librado definitivamente de un peso de la espalda. Sin embargo, a los pocos formaba-si un nuevo volumen de preocupaciones en su mente. Tenía un sospechoso, que antes era sólo un nombre y postulante la testigo; sin embargo cubría-si con lo véu de la posición social. Hijo de un político influyente, y decerto, conocedor de sus derechos además de las regalías de su posición, podría perjudicar las investigaciones.

Con la carretera desierta y parcialmente trafegável, resolvió acelerar. Siguiendo a laquela velocidad, sin imprevistos, llegaría a la ciudad en menos de 1h30min. Dejaría Marcelo en casa y retornaría a su apartamento, aunque tendría hallazgo ideal la idea de parar en medio del camino para comer alguna cosa. Pensó que Marcelo aún no era merecedor de un premio y podría se vuelque muy bien. Para Carol, tendría algo para poner en el micro-ondas. Ella podría dormir sola por algunos minutos, tiempo suficiente para él dar uno pulo a la lanchonete y comer alguna cosa.

Por el retrovisor, fitou Marcelo recostado a la puerta del coche. Estaba despertado, aunque visiblemente exausto. Perdió un poco de la expresión irónica y desleixada. Había algo de visible reconforto en aquel mirar, y Roberto reconoció como deber comprido. De alguna forma, Marcelo sintió que contribuyó para el bien de las investigaciones. Puede haber sido la primera vez que haya hecho algo de bueno en la vida, haciendo-lo sentirse orgulloso. Roberto no podría quitar eso de él. No usó los medios legales para lleva-lo al que restó de la iglesia del diablo. Marcelo podría tener se rechazado, aunque desconociera en parte sus derechos.

A su lado, Carol ensaiava uno cochilo; porém sus párpados vibraban vez u otra, evidenciando uno descanso aparente. Las luces alternas de los postes parpadeaban en su piel aveludada. Era bella bajo diversas circunstancias.

Carol tuvo un papel importante en la investigación. Hallar aquel libro

de actas no fue tarea fácil, y ella, más del que nadie, supo seguir los propios instintos. El libro hubiese constituido un norte, trayendo a la luz nombres aún no mencionados que podrían ser trabajados por sus asistentes. Si el hijo del concejal no traiga las contribuciones que esperaba, Roberto tendría otras opciones.

Cuando su mente disipaba a neblina de confusión formada por sus pensamientos, conseguía pensar en la propia vida. Retornó a la idea de casarse y tener una familia —y por qué no —largar su trabajo en la policía y montar su propio negocio. Al pensar en eso, Carol surgía para llenar una de las lagunas. Sea cuál fuera sus reales intenciones con ella, sus sentimientos ganaban forma cada minuto, cada gesto de ella. Quería sepa lo que se pasaba en la mente de ella, si las intenciones eran reciprocas. Si la respuesta fuera negativa, tendría entonces la mayor decepción de su vida.

Ultrapasó el último semáforo antes del edificio donde Marcelo vivía. Las luces más intensas de la ciudad hicieron Carol despertar-si de su sueño irregular. Marcelo se endireitou y ajeitou-le la chaqueta.

—Que viaje cansativa —dijo él, para romper el silencio.

—Tiene razón, muy cansativa —concordó Roberto, en un tono reconciliador.

Marcelo esperó un agradecimiento, pero contuvo-sy con a idea de que no había hecho más del que su obligación. Sin embargo, recibió uno inteligível “gracias” de Roberto y uno sincero “buena noche” de Carol. Él percebeu que algo había cambiado en la relación entre los tres de tal forma que arrancó-le uno tímido sonrisa.

...

Roberto retornó para su apartamento alrededor de las 2h de la mañana. Carol estaba tan cansada que no conseguía divisar los escalones. Él la guió a las carcajadas, y ella, compenetrada, disolvió-si en risas que ecoavam por los pasillos.

Tras abrir la puerta, Roberto encontró un pasaje doblado. Rápidamente lo recogió, temiendo que Carol lo cogiera, leyera suyo contenido e hiciera más preguntas. Sin embargo, no impidió que ella lo viera y quedara curiosa.

—Quién dejó ese pasaje? —preguntó ella.

—No sé. Debe haber sido uno de los vecinos. A veces hacen eso.

Roberto fue rápido al pensar en una disculpa.

—Forma extraña de comunicarse, pero quién soy yo para cuestionar? No vivo en un apartamento, muy menos conozco las costumbres de quienes vive.

Carol casi quitó a blusa, sin embargo acordó-si de que no estaba sola. Fue para el cuarto y retiró una toalla del guardia-ropas. Siguió para el cuarto de baño con la faz ruborizada. A timidez no era una de suyas principales características, sin embargo el episodio anterior causó-le uno constringimiento tardío.

Finalmente seguro, Roberto abrió el pasaje. El autor anónimo, de esa vez, resolvió escrevê-lo de propio puño, aunque sea razonable suponer que otra persona, siguiendo sus orientaciones, haya escrito. De cualquier forma, la autoría estaría protegida. Un análisis minuciosa en búsqueda de vestigios de ADN e impresiones digitales llevarían a uno beco sin salida. Roberto no se sentía desconfortável con esa idea. A veces el contenido puede ser más revelador del que obtener la identidad de quien escribió.

En el pasaje estaba escrito “espero que ese libro le sea útil. Pero crea, está muy lejos de la verdad...”.

—Y yo espero que usted esté errado, maldito —murmuró Roberto, doblando el pasaje y guardando en el bolsillo de la calza.

## Capítulo 21

El interior de la iglesia era naturalmente más frío del que cualquier vivienda del vilarejo. El techo alto y las paredes aisladas aumentaban considerablemente esa sensación. Por eso lo pastor Gerônimo hubo decidido mantener una chimenea inmediatamente atrás del escenario. Ocupaba un tercio de la anchura y necesitaba de una cantidad considerable de leña. Manoel, el único leñador del vilarejo, embrenhava-si por la floresta durante la madrugada y volvía a la noche trayendo tanta leña cuanto su espalda podían soportar. No era suficiente para eliminar el frío, pero ayudaba a amenizar. Los miembros, ya acostumbrados, ni reclamaban más. Solamente en el invierno, más intenso en aquella región, mucho por encima del nivel del mar, que ellos se preocupaban con agasalhos, guantes y cachecóis.

Ignorando cualquier delicadeza, Elisa hubo jugado la leña en la chimenea. Como estaba sola y no habría culto aquel día, ella hubo resuelto hacer una discreta hoguera suficiente para calentar-le el cuerpo. Las llamas crepitavam silenciosamente mientras la fuerte lluvia hacía-si oír con toda su furia. El viento batía contra las ventanas, como espíritus furiosos deseando penetrar el interior, hambrientos y sedientos.

Ella ensaiara algunos cânticos, con su voz aguda y enamorada, pero las paredes no podrían oír, aún se tuvieran oídos. Hube Alejado todas las sillas para una esquina, hubo esparcido agua por el salón y deslizó lo esfregão melancólicamente. No era solamente la soledad que a deprimia, había otros temores, tan indefinidos cuanto los sonidos de la noche. Aún dentro de la iglesia no había paz. Ella hubo sentido que Dios había olvidado lo vilarejo. El mal batía a la puerta, representado por el viento. Si las ventanas y puertas no sean resistentes el suficiente, tomará cuenta del lugar; instalará el caos y a iniquidade; los miembros perderán el pudor y desnudarán sus cuerpos; a promiscuidade ganará espacio, destruyendo la inocencia de los jóvenes y arrancando mires asombrosos de los ancianos.

Elisa hubo sentido-si tola tras imaginar un escenario tan apocalíptico. Era bien verdad que el mundo no se hubo aproximado de su fin, muy menos los miembros de la perdición; sin embargo hubo sentido el mal

aproximándose del vilarejo. Aquel cuerpo encontrado cerca del lago era la señal.

Su padre necesitaba saber. Elisa no creía que él pudiera hacer alguna cosa. Si hubiera un asesino escondido en el vilarejo o en las redondezas, un simple pastor nada podría hacer sino orar y proteger sus hijos. La cuestión no envolvía buscar ayuda, que podría ser obtenida fuera del vilarejo. No podría haber secretos entre padre e hija. Si contara a él, el Consejo de Anciãos tomaría conocimiento y decidiría por el futuro del vilarejo. Hicieron un juramento de jamás requisitar auxilio externo, sea de hospitales o de la policía, pero se haya vidas en riesgo, estarían dispuestos a ceder. El buen senso aún tenía espacio entre los preceptos religiosos.

La decisión estaba toma. El pastor Gerônimo estaba en su oficina, revisando lo sermón del día siguiente. Elisa no podría interrumpê-lo, pero a faxina en el salón no duraría más del que una hora, tiempo suficiente para él terminar el repaso y disponer de tiempo para oí-la.

Ella hube mirado para el escenario, cansada. La hoguera perdía fuerza, dejando brasas incandescentes y cenizas. El viento dio una tregua y un comfortable silencio llenó el salón. Elisa finalmente hube suspirado. Era como si una pesadilla hubiera encontrado su rumbo y fuera aunque, resignado. Hube Permitido-si a un breve cochilo, sin embargo súbitamente fuera despertada por violentas batidas en la puerta. Ella largara lo frotó y fuera ver quién era. Cuando hube abierto la puerta, Vanessa cayó a sus padres, exausta, con el rostro bañado de lama y sudor.

...

Jonas no hube percibido la lluvia que se aproximaba. Cuando se hube dado cuenta, el viento cargaba la lluvia para el cuarto, mojando todo el suelo. Mateus hube movilizado-si para limpiar, mientras él corría para cerrar las puertas y ventanas. Como el viento era muy fuerte, era necesario immobilizá-las con todo que estuviera al suyo alcance. La pesada mesa fuera arrastrada hasta la puerta, mientras las sillas eran apiladas para prender la ventana de la consulta.

Sobre la mesa, estaba lo envelope que Mateus hube traído de su último viaje hasta la capital. La lluvia penetraba por entre las frestas de la puerta y lo hube mojado. Fueron sólo algunos pingos, nada alarmantes, sin embargo Jonas tomó lo envelope contra el pecho como se fuera una vida corriendo peligro.

Con la lluvia bajo control, ambos durmieron. Jonas hube permanecido con lo envelope contra el pecho. Antes de adormecer, hube luchado contra la gana irresistible de abrí-lo. Esperaba-lo desde su cambio para lo vilarejo.

Teniendo más una vez resistido a la tentação, que no se haría presente tiempos atrás, caía en un profundo relaxamento. La corta distancia entre las paredes del cuarto hube desaparecido. Alejaron-si débilmente, como se fueran de goma, haciendo el ambiente más amplio y con mayor profundidad. El techo se hube perdido, ganando cada vez más altitud.

El cuarto pasó a si contraer, como se estuviera respirando. Una lámpara descendió del techo, embaçado, y ganó forma y contornos nítidos. Bajo aquella cintilância, yacía una enorme cama de pareja forrada con uno sedoso lençol blanco.

Jonas cubrió el rostro. El cuarto hube ganado una iluminación intensa y ruidosa. La luz reflejaba-si contra la pared color-de-gema y esparcía-si por el cuarto como una neblina. Él erguei el cuello y vio un lujoso espejo rico en contornos intrigantemente detallados que repousava bajo una penteadeira bege, de mogno trabajado, encimada por decenas de estojos de maquiagem y cajas de joias. Los anillos y corrientes ofuscavam-le la visión de tan intenso reflejo dy luz en sus superficies lustradas. Jonas sólo podría conjeturar una figura flaca sentada delante del espejo, oculta por una barrera embaçade la de brillo.

—Quedé con miedo de no conseguir llegar pronto en casa —una voz ecoou, nítida, de la figura que tremeluzia delante del espejo.

La luz intensa hube debilitado-si. La figura hube ganado la forma de una mujer de cabellos cacheados y cortos. De la imagen reflejada en el espejo, podía-si notar que tenía sus treinta años. Los ojos hinchados ganaban capas de maquiagem que le confirieron una apariencia menos tensa. Jonas a hube reconocido, pero suyo torpor hube impedido de expresar su perplejidad.

—Hoy en el trabajo levantamos una cuestión interesante. Pregunté a Mateus si él tendría coraje de desconectar los aparatos caso yo estuviera enfurnada en una cama de hospital en estado vegetativo. Su amigo intentó se esquivar levantando cuestiones éticas, sin embargo fui incisiva: sí o no. Finalmente, aunque enraivecido por mi insistência, él hube dicho que sí. Esperé, naturalmente, que él me hiciera la misma pregunta. Su amigo creía que yo iría cansá-lo con rodeios infindáveis y cuestiones éticas, pero yo fui enfática: dijo que sí. No veo razón para que una persona, teniendo su vida siendo reducida lentamente y con pouquíssima o ninguna perspectiva de mejora, sea mantenida viva contra su gana, aunque no pudiera manifestá-la —ella hizo una pausa y dejó escapar una risa esganiçado —Creo que él le gusto. No quede con ciúmes. Ya percibí lo jeito que él mira para mí.

La mujer hizo nueva pausa. Penteou los cabellos y continuó:

—Y usted, mi querido, lo que haría si yo me encontrara en esa situación?

Sintiendo su boca dormente y el pecho estofado, Roberto no consiguió hablar. Ella tomó el silencio como una respuesta, y en seguíde la, proferiu:

—Sé lo cuánto eso le parece delicado. Podemos hablar de la boca para fuera sin de hecho estar vivenciando la situación. Salvamos vidas todos los días y perdemos tantas otras que siquiera paramos para pensar en eso —ella cerró los ojos y bajó la cabeza.

Jonas hube comenzado a oír nuevamente el sonido del viento batiendo en las ventanas, sin embargo aún estaba en aquel espaçoso y lujoso cuarto. La mujer levantó la cabeza y miró para tras, en su dirección. Suyo mire era maligno y cargado de indignación. El viento más fuerte hizo la pared abrirse. La lluvia comenzó a mojar el suelo.

—Va a dejarme morir o va a abrir lo envelope? —preguntó ella, con una voz cavernosa.

Él hube despertado con el cuerpo mojado. La ventana estaba abierta y el viento traía la lluvia en grandes e intercaladas rajadas. El sonido frenético de las batidas en la puerta lo hube hecho recobrar la atención.

Tras abrí-la, deparou-si con Elisa. Ella estaba con el cuerpo ensopado y los ojos arregalados y cargados de urgencia.

—Usted necesita venir conmigo ahora! —ordenó ella.

## Capítulo 22

Era el día más frío del año. El cielo ganó un manto negro que descendía hasta el horizonte, ocultando el sol y dejando un clima fúnebre en aquella mañana. Casacos, cachecóis y gabanes eran quitados de los armarios y desfilaban por las calles, adornados por rostros pálidos e inexpressivos que ocultaban el vacío imaginario de la rutina diaria.

Piernas ágiles borbollaban por las calzadas. Cuerpos se tocaban abruptamente, mires asustados se cruzaban, pero lo torpor duraba sólo una fracción de segundos. No había tiempo para disculpas o cualquier interacción humana. Aquellos extraños estaban más apresurados a la medida en que lo aire ganaba densidad y el viento helado tomaba lugar. Era una competición frívola por espacio, para ganar tiempo y llegar el más deprisa posible al destino. Y no era sólo espacio físico. La mente también necesitaba ser vaciada, por cuenta de la agitada necesidad de concentrarse en el recorrido. Por lo menos por algunos minutos, podrían olvidar sus problemas, aunque no fuera esa la intención consciente.

Sin embargo, ni todos estaban libertos de sus demonios cotidianos. Roberto detenía todos los temores de la madrugada anterior. En medio a borbullante procesión de personas apresuradas, él era el único que mantenía los pasos lentos, como si estuviera midiendo su recorrido. Era cómo se dos universos se aglutinaran en aquel espacio. Los pedestres no lo percibían, y él no los hube notado. Una mujer muy bonita y vistosa, despierta de suyo transe inconsciente, lanzó un mirar a Roberto. Él no percibió. Fitou un punto atrás de ella y desvió el mirar. Devaneou por algunos segundos hasta que pousou los ojos, incredulamente, en el pasaje en su mano derecha.

“Él estuvo allá”, decía a sí aún. “No me siguió, ni pidió para otro seguirme. Ese desgraciado estaba allá. Sabía que estaríamos en aquellas ruinas”.

...

La dos quarteirões dali, Herbert escogía la mesa en el baire *Royal Drink's*. Hube Recibido la conexión del amigo y compañero de servicio para

una conversación de extrema urgencia. Roberto no quiso adelantar el título de esa conversación, pero conociendo-el bien, Herbert podría suponer que si trataba de algo que le huía la alzada, ensejando su ayuda. Hube Extrañado, sin embargo, el pedido inusual que él hizo: “encuentre una mesa cerca de la salida, donde podamos ver la calzada.”

Herbert hizo exactamente lo que le fue pedídel, la primera mesa del lado izquierdo, iluminada por la poca luz que penetraba por la puerta de entrada. Antes habría sugerido que conversaran en el Bar Hilston, sin embargo Roberto fue enfático al teléfono: “Nada de Hilston o London. escoja una mesa en el *Royal Drink's*.”

*Royal Drink's* otrora fuera un lugar muy movimentado. Uno de los primeros establecimientos del barrio, hube ganado notable fama recibiendo shows de músicos de Jazz y Samba. El dueño, un señor de barba larga y grisalha, cabellos cacheados y dientes amarelados, creía que el éxito duraría para siempre. Las mujeres contribuían para esa falsa idea. Viendo un hombre nadando en dinero y a las puertas de la muerte por la edad, disputaban su corazón con decotes y ropas osadas. Las más despudoradas frotaban sus senos desnudos en el rostro del viejo, que babava copiosamente. No sería difícil imaginar cómo findaria su vida. Murió pobre, dejando el bar para el hijo más viejo. Un hombre más asentado mentalmente podría administrá-lo a fin de obtener ganancias razonables a intercambio de menos dolores de cabeza. Así lo hizo, dejando el lugar el más simple posible, frecuentado por personas que se decían normales.

Herbert hube notado algo además de la extraña elección de lugar. No eran bien las palabras escogidas, ni la urgencia, pero un profundo misterio en la voz de Roberto. Ese misterio escondía un sentimiento aún indefinido. Podría ser miedo, o un temor puntual. En una reflexión más profunda, queriendo de todas las formas creer que Roberto no estuviera aún con miedo, Herbert absorbió un poco de ese temor, que tuvo un efecto impactante. Había de hecho un peligro que no podría ser enfrentado si no se conociera su origen. Sería entonces el miedo del desconocido, o de un desconocido que estaba siempre un paso al frente. En parte, esas conclusiones fueron posibles gracias a su instinto de investigador.

Roberto cruzó la puerta con el cuerpo arqueado. Estaba con el rostro

pálido y húmedo, los ojos misteriosamente profundos. Herbert no enxergou el viejo amigo, pero sí un hombre común que estaba en un beco sin salida, acuado y buscando un punto de luz para librar los ojos de la dolorosa e intensa oscuridad. Parecía haber escapado de uno pondrán apretado, siendo oprimido y teniendo su conciencia siendo destruida por uno lunático de la peor especie. Su optimismo no fue minado porque aún veía, por detrás de aquella máscara patética, lo Roberto destemido y sagaz que hube resuelto tantos casos macabros sin dejarse vencer por la locura.

Esquadrinhando el ambiente, Roberto percibió que había escogido el lugar correcto. Las paredes de vidrio permitían ver quién pasaba por la calzada, y con un poco de esfuerzo visual, quien observaba del otro lado de la calle. El pasillo que dividía las dos hileras de mesas daba para cocina y era perfecto para una fuga rápida en los dos sentidos. Herbert acenou para él, dejando escapar una expresión de preocupación. Roberto saludó el amigo y sentó-si. Antes imaginaba una conversación rápida, sin intervalos para una bebida, pero fuera tomado por la urgencia de matar-le la sede. Encontró lo garçom y pidió una agua con gas.

—Agua con gas? —cuestionó Herbert, tomando uno gole de cerveza.  
—Coja una cerveza. Está helada.

—No, gracias —rechazó él, enxugando el sudor de la prueba.

Una bebida fuerte hacía-si necesaria para olvidar toda aquella locura de pasaje anónimo y un posible psicopata a la acecha. Roberto, sin embargo, concluyó que la lucidez no sería la mejor de las armas, pero con certeza la mejor de entre las defensas.

—Entonces... Dígame lo que hay de tan urgente para decirme?

Roberto hube pensado bien en el que iría explanar. Pasajes anónimos son rutinas en la vida de un policial. Muchas veces son sólo inocentes amenazas de pichadores y ladrones de galinha que odian policiales. No quería arrancar carcajadas de Herbert antes de exponer sus reales preocupaciones.

—Mis investigaciones tomaron un nuevo rumbo. Acuerda de Marcelo, ej-novio de la Madeline?

Herbert hizo señal que sí. Estaba al corriente de cada detalle de la investigación.

—Pues bien, gracias a él y a Carol, tengo un nuevo sospechoso. Los detalles de esa historia dejaré para otro día, a menos que tenga alguna importancia relacionada al que voy a pedirle. Pero no vamos a adelantar la conversación —Roberto hizo una pausa, mirando por el vidrio y divisando el pasillo humano que cruzaba la calzada. —Hace tres días vengo recibiendo pasajes anónimos de alguien que sabe que estoy envuelto en esa investigación. Esa persona sabe detalles de mi vida, sobre Carol, y creo que esté vigilándome. Ayer salí de la ciudad. Fui buscar pruebas en una iglesia escondida a kilómetros de la carretera principal. Bien, no había más a tal iglesia, solamente ruinas, pero fue allá donde encontré un nombre, ese posible sospechoso que mencioné. Al llegar a mi apartamento, encontré el último pasaje. En él, el autor insinúa tener me visto en ese lugar. Crea en mí, teniendo conocimiento de ese extraño, tomé todos los cuidados para no ser perseguido; sin embargo, al parecer, él ya estaba allá. De alguna forma sabía que yo iría a investigar las ruinas de esa iglesia.

—Por Dios, Roberto, por qué no me dijo eso antes?

—Precaución, pura y simple. Podría ser una alarma falsa. Necesitaba de más pruebas para llevar esos pasajes a serio. Ahora tengo certeza. Ese desgraciado puede estar por ahí vigilándome. Necesito tener una conferencia con ese nuevo sospechoso, pero necesitaré menear unos pauzinhos. Lo muchacho es hijo de un concejal y es cercado de seguridades. No irá a presentarse espontáneamente a la comisaría. Por eso necesito de usted.

—Puedo ayudá-lo, sin dudas. Tengo muchos contactos en la Cámara. Puedo conseguir una hora con el Concejal. Tengo conciencia de que es ese el camino que necesita recorrer hasta llegar al su sospechoso.

—Tiene más —Roberto quitó los pasajes del bolsillo y extendió-los a Herbert —Preciso que pericie esos pasajes. Sé allá.... Intente encontrar vestigios de ADN, digitales, cualquier cosa que lléveme al menos al autor de esos mensajes. Tengo certeza de que el desgraciado tuvo el cuidado de pedir la otra persona que las escribiera. Consiga-me un nombre el más rápido posible.

—En cuanto a eso no se preocupe. Pero debo advertí-lo que, delante de esa situación, haber Carol como hóspede en su apartamento, y estando ella sola a mayor parte del tiempo, puede ser arriesgado.

Lo garçom había llegado a la mesa con la botella de agua con gas. Roberto hube llenado un vaso, pensando en el que su compañero había hablado. Fue una posibilidad que vino distante a su mente, una hipótesis sin el peso necesario para hacerse palpável. Puede-si imaginar que al atravesar la calle, el riesgo de ser atropelado existe, sin embargo es minimizado tomando los cuidados necesarios. Si Carol corría algún riesgo, era posible reduje-lo, pero deja-la buena parte del tiempo sola iba de contramão a esa pretensión.

—Lo que usted me sugiere? —preguntó Roberto, dando más una mirada para la calle.

—Esa tarea cabe a usted, mi caro amigo. Podría sugerir a ella que volviera para casa, donde es más seguro.

—Ella no va a aceptar.

—Como sabe?

Roberto distorsionó la verdad. No tenía la mínima idea del que Carol iría a responder. Además, ella no parecía inclinada a volver. Por el contrario, mostraba-si determinada e iría hasta el fin para ayudar a encontrar el asesino de su mejor amiga. En el fondo, era él quem no estaba dispuesto a aceptar esa idea.

—Tal vez ella quiera acompañar los resultados de la investigación. Sería frustrante volver para casa sin saber si el asesino sería prendido o no.

—Al menos intente conversar con ella. Diga que es peligroso, a convenza de que va a encontrar el asesino, pero se sentiría más tranquilo al saber que ella estaría segura en casa.

—Puedo intentar —dijo él, sin mucha convicción.

Roberto no quería que ella fuera aunque, pero no podría decir eso a Herbert. Estaría asumiendo un interés amoroso por una de las testigos del caso. No es una situación de todo ruim para la carrera de Roberto, pero le traería algunos embaraços. Si ligara ese romance y trajera algún perjuicio para las investigaciones, estaría fuera. Muchos investigadores llevan una vida solitaria apostando en una respetuosa y larga carrera en la policía. Roberto era diferente. Quería tener el dos y haría el posible para conciliá-los.

—No se preocupe con eso, mi amigo. Podemos destacar uno de los

hombres para vigilar el edificio si ella decida quedar. Noté en su semblante que los pasajes no eran su única preocupación. Aquella moça meneó aún con usted. Yo no quedaría sorprendido y ni debería recrimina-lo. Sólo tome cuidado — Herbert encaró el compañero en señal de consentimiento de consentimiento.

—Gracias mi amigo.

Herbert colocó los pasajes en el bolsillo, miró para el reloj e hizo mención para despedirse. Lo garçom lo fitou con curiosidad en el fin del pasillo. Era un hombre bajo y flaco, con costeletas gruesas y uno quejo proeminente. Roberto quedó curioso con la reacción de él. Parecía muy interesado en la conversación.

—Usted acostumbra venir aquí más veces del que yo —dijo él a Herbert —Sabe decirme a cuánto tiempo él trabaja aquí?

Su compañero quedó pensativo. Miró para lo garçom, ya demostrando desconfianza.

—Pensando bien, es la primera vez que lo veo aquí.

Roberto mordió el labio inferior y Herbert tamborilou la mesa. Los dos quedaron en silencio por algunos segundos. Había uno más freguês nlo bar, un señor en lo alto de suyos sesenta años, completamente ajeno a la conversación, imerso en una botella de conhaque. Estaba sentado en la hilera de la derecha, en la tercera mesa. Llamó lo garçom con una voz esganiçada. Él vino con la bandeja en la mano izquierda, relanceou Roberto inexpressivamente y volvió-si para el viejo, anotando enseguida su pedido. Roberto volcó-si para la otra hilera de mesas. Lo garçom miró una última vez para él. Cuando se volcó para retornar a la cocina, anticipó-si al súbito salto de Roberto y se puso a correr, largando la bandeja.

—Dé la vuelta por el quarteirão, Herbert —ordenó Roberto. Enseguida partió en disparada atrás del garçom.

## Capítulo 23

Una fiesta, que para ellos duró cuatro horas entre bebidas y conversaciones fúteis con personas desconocidas, tendría asunto suficiente para llenar las dos horas del viaje de retorno. Así se mostraba en los treinta minutos iniciales, de muchas risadas y escárnios a las costas de los invitados ilustres y espalhafatosos que desfilaron por aquel casarón, indelicados y descuidados, cuyas peraltices en parte sin la más pequeña intención rindieron tantas risas. Una señora, cerca de los ochenta años, ostentando un vestido azul y cintilante de doler los ojos rindió comentarios en aquel vehículo. Llamó sobre todo la atención de la mujer que iba en el banco del carona, tan requintada y segura, de las pocas immune a comentarios depreciativos durante y post fiesta.

—No se puede reír de una señora, en aquella edad, por ser osada, muy menos por la espalda. Sería descortês y preconceituoso. Pero la osadía tiene sus límites, y el bueno senso sería lo limitador —la bella mujer ergueu el cuello, en señal de elegância. —Aquel vestido, disculpe el lenguaje, es espalhafatoso hasta para una mujer más joven. Tal vez tendría sentido en la alfombra roja de *Hollywood*, moldeando los cuerpos esbeltos de las actrices en la noche de gala. Diría que era un vestido de rara ocasión, que sólo por accidente o insensatez dio las caras en aquella fiesta.

Intentando sin éxito coja las risadas, Jonas intentaba mantener la concentración en la carretera enquanto tejía sus comentarios en nada relacionados a la moda, pues del asunto nada sabía.

—No fue el vestido que me llamó la atención, pero sí lo desconforto evidente cada paso que ella daba. Pobre señora, cambaleava tanto al borde de la piscina que pensé que iría a caer en ella. Esa caída sería embarazosa. El viejo no parecía preocupado. Vio como él seguía aquella rubia de vestido corto y decote que mostraba más del que debería?

—“Clarice” el nombre de ella. Para empeorar, ella es casada. El marido, sin embargo, estaba más envuelto con la bebida del que con la esposa y todo el resto. Imagine usted, casado con una de las mujeres más bellas de la

fiesta, escondiendo-si en una esquina con una botella de vino. Por Dios, a veces pienso que vosotros hombres sólo poseen la mitad dy uno cerebro.

Jonas dejó escapar un mirar de reprovação, que enseguida convirtió-si en anuência. Pensando mejor, hube concordado que largar una mujer de aquellas en medio a tantos hombres interesantes, a causa de bebida, no es una prueba de inteligencia mínima.

La conversación seguía en un encadenamiento casi inagotable de asuntos aparentemente aislados. Pero toda conversación tiene un punto en que se pierde el hilo de la meada, llegando a uno beco sin salida donde el silencio impera absoluto. Reencontrar el rumbo parece tarea difícil, mientras hablar sobre el tiempo no parece llevar a lugar alguno.

De hecho, hizo-si providencial hablar sobre el tiempo. Al frente, había señales claras de que una lluvia aislada se hizo presente en un corto espacio de tiempo, mojando lo asfalto y dejando-lo escorregadio.

—No sabía que iría a llover hoy —dijo la mujer, sorpresa.

—La previsión para esa madrugada era de algunas pancadas de lluvia aisladas. Estaban correctos, pelo que podemos ver.

—Pero usted no disminuyó la velocidad. Halla aunque lo asfalto no está mojado el suficiente para tenerse cierta cautela?

—Ese coche es muy seguro. Parece que se olvidó que hay un conductor experto entre el volante y el banco —Jonas sonrió, intentando parecer una piada.

Ella retiró uno batom de la bolsa. No estaba inclinada a retruca-lo, aunque lo hiciera con correcta frecuencia. El coche ganaba velocidad, cediendo a las ondulaciones de la pista con uno chacoalhar silencioso. Aún con los obstáculos, Laura consiguió contornar con pericia los labios, dejando-los más rojos y voluminosos.

...

Jonas vistió la primera ropa que hube encontrado en la maleta: una camisa xadrez y una calza jeans. Mojó el rostro para amenizar a sonolência. A pesar de ese esfuerzo, continuaba cansado. El tiempo ocioso y el calor lo dejaron fadigado. No había muy lo que hacer en la consulta. Las atenciones

eran raras. Los pocos pacientes, los mismos de todos los días, quejaban-si, sin la más pequeña ceremonia, de dolores que existían solamente en sus mentes. Por tratarse de síntomas psicológicos, las prescripciones eran verdaderos placebos, una solución obvia y sin efectos colaterais. Quién realmente sufría de alguna molestia, recurría a Abdias, lo curandeiro. Tratamientos largos y la base de hierbas sólo prolongaban el sufrimiento, pero para los habitantes, eran lo alivio de que tanto necesitaban.

Elisa estiraba-lo por el brazo, ignorando los agujeros abiertos por la lluvia. A lama descendía pela alameda inclinada, formando un río lodoso que exigía pericia de quien por allí pretendía desplazarse. El cielo perdía el negro intenso y ganaba vacantes estrellas, mientras la lluvia daba una tregua. Lo coaxar de los sapos rompió el silencio con una melodía ininterrumpida y agradable.

Aturdido, Jonas insinuó uno grunhido, que se perdió en un soluço que solamente él percibió. Sus pies ganaban capas de lama, mientras Elisa rompía impetuosa los obstáculos com suyas botas de goma. El vestido mojado moldeó-le el cuerpo, dejando los senos más evidentes. Eso no parecía incomodá-la. No era el hecho de estar delante de una situación de extrema urgencia que hacía insignificante uno descuido de suya intimidade. Jonas hube conquistado un nivel de confianza tal que ella no se sentía tímida. Elisa podría caminar desnuda por la alameda, pero solamente él podría mirar sin ser tomado como pervertido.

—Podría decirme lo que está aconteciendo? —preguntó Jonas, severamente.

—Necesitamos de usted en la iglesia.

La respuesta vacante dejó Jonas aún más curioso. Pero sería inútil insistir. Elisa mantinha-si inabalável, arrastrando-lo con una fuerza sobrenatural.

Sin le importar el suelo recientemente limpio, Elisa cruzó el salón con suyas botas enlameadas. Lo rastro siguió-si hasta el escenario, contornando-lo hasta una puerta en el inicio del pasillo que daba para una área de servicio. Fue donde ella quitó las botas y calzó las sandálias.

Jonas observaba todo con curiosidad. Ella parecía desleixada,

haciendo compleja una tarea simple, con a sandália escorregadia escapando de sus pies.

—Que cosa! —resmungava ella.

Tras calzar las sandalias, Elisa tomó nuevamente Jonas por el brazo y prosiguió por el pasillo oscuro. En la soleira de la última puerta a la izquierda estaba el pastor Gerônimo, con a bíblia en la mano. Él irradiava aflicción, con la expresión corta y los ojos estrechos. Jonas intentaba adivinar lo que haría un hombre, que se decía un enviado de Dios para evangyleizar pobres pecadores, ahogar-si en tamaña angustia.

Elisa también lo hube notado, y esa percepción tuvo un impacto más profundo. Gerônimo era como un héroe para ella. Aún cargaba la imagen del padre que fuera construida durante la infancia. Ve-lo en aquel estado era la triste indicación de que la situación de Vanessa no era buena.

—Como ella está, papá?

—Nada bien. Tiene fiebre y las contracciones están cada vez más regulares —él miró para Jonas, intentando disfrazar su temor —ella perdió muy sangre.

—Por qué no me dijo que era una mujer en trabajo de parto? —inquirió Jonas.

—Estaba asustada...

—No tenemos tiempo para explicaciones —interrumpió Gerônimo, apuntando para la cama donde Vanessa descansaba, asistida por dos mujeres.

Vanessa grunhia insistentemente, mordiendo una fronha. Una de las mujeres mojaba uno pano en una cuenca y frotaba-le a prueba. La otra, más vieja, cogía la mano de ella e intentaba acalmá-la. El clima lúgubre en el cuarto era sufocante. Aún con decenas de velas rodeando la cama, aún era difícil identificar una mujer allí, contorcendo-si de dolor.

Intentando orientarse en el cuarto oscuro, Jonas alcanzó lo pulso de Vanessa. Estaba débil. Ella habría muerto se quedara más algunos minutos con aquel bebé en su vientre.

—Necesitamos hacer lo parto ahora. —dijo Jonas. —Necesito de panos limpios y de una tesoura esterilizada.

Una de las mujeres, como que despierta de un sueño profundo, ergueu el rostro en alarde e irrumpió en el pasillo. Gerônimo apretó a bíblia contra el pecho e inició sus plegarias, acompañado de Elisa.

Jonas cogió la mano de Vanessa y dijo:

—Necesito que mantenga la tranquila. Va a dar todo correcto. Intente controlar la respiración.

Exhausta, ella asintió.

Gerônimo, sin reservas, habría escogido a parteira del vilarejo para realizar lo parto, si no fuera por el simple hecho de ser vieja demás para enfrentar la tempestad y la avenida lamacenta para llegar a la iglesia, aunque fuera ridícula, sin embargo, posible carreg[[cq1](#)]á-la en la espalda por no poseer tanto peso. Habría sido una solución penosa demás para la pobre mujer. Aún así, la elección por Jonas no hube partido de él. En un de los raros momentos en que Gerônimo se vio perdido delante de un dilema, Elisa si interpuso con una cautelosa sugerencia, para no suplantar la jerarquía en la familia y en el propio vilarejo. Con un fuerte deseo de imponer ressalvas la esa elección, él concordó. Conformou-si en sólo observar, ante la delicada situación de Vanessa.

Imerso en la penumbra, el rostro de Vanessa ganaba un tono amarelado cuando emergía bajo la luz de las velas. Sus cabellos estaban tan mojados y sin volumen que parecía desprovista de ellos, teniendo sólo la cabeza encimada por una sombra desgrenhada. Los ojos ganaron bolsas negras, que aliados a la boca descorada, conferían-le una imagen fúnebre.

La mujer, que se prontificara a conseguir los ítems solicitados por Jonas, retornó. Intentaba recuperar el aliento mientras organizaba todo sobre una mesinha al lado de la cama. Jonas verificó a dilatação de Vanessa, aunque la visión estuviera comprometida por la oscuridad del cuarto. Gerônimo adelantó-si, aturdido. No había visto, hasta entonces, un hombre que no fuera el propio marido mirando el órgano genital de una mujer. Elisa lo detuvo con un mirar. Él recogió-si, constringido, a la soleira de la puerta.

—No está suficientemente dilatado. Tendré que hacer un pequeño corte para que haya pasaje.

Demostrando habilidad, aunque no hubiera realizado tantos partos desde que se hubiese formado en Medicina, Jonas realizó el procedimiento con éxito. Conseguía ver la cabeza del bebé surgiendo en medio la profusión de sangre y líquido amniótico.

—Ayudad-me aquí —dijo Jonas. —Colocad más travesseiros para apoyar la espalda de ella. Necesito hacer con que las rodillas queden dobladas junto a los senos, pero con tranquila, sin movimientos bruscos.

Cuando Vanessa ergueu el cuerpo, sintió un dolor lancinante. Berrou por algunos segundos, asustando todos los presentes. Gerônimo reinició sus oraciones. Estaba confiante de que su fe, sola, sería suficiente para guiar Jonas para uno parto tranquilo, y el bebé finalmente nacería saludable, aunque el vientre estuviera acometido por alguna enfermedad. Elisa, por su parte, sentía que había algo errado. Jonas a fitou, y, en sus ojos, vino la confirmación. Era uno parto difícil, y sería un milagro si ella saliera viva. Siquiera pensó en el bebé.

A los gritos, Vanessa mantuvo-si en la posición ideal. Jonas lavó las manos en una cuenca con agua hervida. Verificó nuevamente a dilatação. Era la ideal, sin embargo Vanessa tendría que hacer fuerza para empujar el bebé. Lo parto no es un procedimiento difícil, tanto que requiere sólo la experiencia típica de parteiras para el trabajo, dispensando ocho años de medicina. Muchas mujeres, con alguna hebra y acostumbradas al extenuante esfuerzo, concebían sus hijos solas.

—Estoy viendo la cabeza del bebé. Ahora intente empujar. Él necesita de un empujón para salir —dijo Jonas, intentando crear uno elo médico-paciente.

—No consigo! —rugió ella.

—Usted consigue. Respire hondo y empuje.

Vanessa agarró la mano de la mujer más vieja que estaba al lado izquierdo de la cama. A pesar de los fuertes dolores, conseguía mantener-si firme. Tenía una fuerza inusual que llamó la atención de Jonas. “Ella tem una oportunidad”, pensó él.

—Está saliendo, está saliendo. Continúe empujando.

—Yo voy a morir, por Dios.

—No va a morir, va a dar la luz a ese niño.

Mitad del minúsculo cuerpo del bebé ya había emergido. Jonas soltó uno grunhido al ve-lo, pero intentó esconder el suyo espanto. Apoyó con las manos la espalda del niño y aguardó que el restante del cuerpo saliera, para entonces cortar el cordón umbilical. Sin embargo, cada vez que aquel rostro hacía-si más nítido a la débil luz del cuarto, él quedaba más horrorizado.

Elisa y Gerônimo quedaron aturcidos. El bebé finalmente nació, pero su apariencia causaba un verdadero espanto. El pastor, inconsolado, cerró a bíblia y quedó en silencio, mientras el niño daba bramidos que no eran de este mundo.

## Capítulo 24

Carol era veinticinco centímetros más baja que Roberto. Esa diferencia quedó más evidente cuando intentó usar el espejo del cuarto de baño para maquiar. Aún en la punta de los dedos, el cuello estirado, vía con poca utilidad el propio rostro. Hasta la simple tarea de revestir los labios con batom hubo ganado demasiada dificultad.

Había un espejo mayor en el cuarto, pero Roberto lo había posicionado a favor de la luz que entraba por la ventana y más avanzado en relación a la lâmpada. El reflejo de Carol era tingido de sombras que impedían una nítida visión de las capas de polvo en su faz. Vencida por la falta de opciones, recurrió al pequeño espejo de suyo estajo de maquiagens, que permitía un trabajo fraccionado y con resultados nada animadores. Dividió su rostro en cuatro cuadrantes e hizo el mejor que pudo para quedar apresetável. Para su suerte, no había una ocasión especial que justificara una vanidad más rigurosa. Quería estar bonita, pero por otro motivo. Ella, estando delante de un hombre que considera atractivo, intentaría como mínimo realzar sus trazos más marcantes para no hacer feo. Pero no era sólo eso. Había por tras una obligación casi religiosa que ella no conseguía explicar.

Esa no era la única orden del día. Su mente fuera tomada por otras preocupaciones. Necesitaba conectar para la escuela y decir que estaba todo bien. Aprovecharía la conexión para hablar con su padre, que con toda razón estaría muy preocupado. Su única hija, y por suerte o benção de Dios, de más ajuizada e inteligente de la comunidad, salió sin dar muchas explicaciones y no parecía muy dispuesta a mantê-lo informado de suya excursão a la capital, donde pocas veces había estado. Si no lo hubiera matado de preocupación, escucharía aquella voz ronca y poco amigável dando-le sermones lamentosos, que en la terminal terminarían con demostraciones de amor y consideración.

La conexión duró poco más de media hora. Quedó sorpresa con el tono despreocupado de su padre. Finalmente incutira en él la confianza que tantas veces hube intentado pasar. Tal vez en el fondo siempre existió, sin embargo, el instinto de padre o lo senso de protección ocultaban esa confianza para mantener la relación padre-hija en la más comfortable estreiteza. Como que

quitando un peso de su conciencia, consiguió acostar-se en el sofá y leer algunas revistas.

Aún intentando concentrarse en la lectura, Carol no dejaba velada su preocupación con Roberto. Vino-le a la mente el pasaje y la expresión severa de él al salir para el trabajo. Ella imaginaba mucha cosa, pocas de las cuales tenía certeza. Para Roberto, Carol sería una responsabilidad de más, aunque él no la encarara como un fardo. Creía, finalmente, que no sería una buena idea continuar en aquel apartamento. Podría arreglar un cuarto en uno de los hoteles baratos de la periferia; un empleo temporal para pagar los gastos, todo para no tener que volver para casa sin un desfecho para la muerte de Madeline. En el íntimo, había otras razones, pero también una batalla para ocultá-las. Podría, finalmente, convencer-se de que nutría algún sentimiento por Roberto? Acenar para esa posibilidad sería tarea cruel. Conocían-se a poco tiempo y siquiera habían si beijado.

La curiosidad sobre el pasaje era creciente. Carol había despertado dos veces durante la madrugada. En la primera, discretamente lo procurara sobre a escrivantina. Había pocos papeis y cuentas, además de una agenda. El cuarto estaba poco iluminado, y ella no quería correr el riesgo de encender la luz y acordá-lo, entonces tateara los papeis con cuidado, folheara la agenda de encuentro a la mesa esperando que el pasaje cayera, pero no lo encontró. En la segunda, aunque fuera uno despierte forzado por la curiosidad y por la insistência, arrastara-se hasta la sala, donde pudo conectar su celular y usar la luz de la pantalla para barrer la oscuridad sobre la mesa de centro. Sus ojos se reacenderam al pousar la mano sobre un pedazo de papel semejante al pasaje, pero la decepción cubrió de cenizas su esperanza. Era sólo una anotación de teléfono. El pasaje estuvo todo el tiempo con Roberto.

Y se hubiera encontrado? Carol se hizo esa pregunta. Roberto, un investigador experto que estuvo al frente de diversos casos de homicidios de los más diversos requintes de crueldad, parecía desnortado, sin rumbo, lo que dirá ella, una simple profesora del interior. Era solamente más una de aquellas curiosidades sin sentido que surgían para quitarle el sueño. Aún delante de esa conclusión, no conseguía ser ver libre del creciente desasosiego que aquel pasaje le causaba. Podría ser del asesino? Era una posibilidad, y tal vez, de más obvia. Solamente el pasaje de un sospechoso

podría quitar Roberto del serio.

Si fuera realmente verdad, el sospechoso estaría proponiendo a él un juego insano. Una persona perturbada, delante de una gaiola con un ratón en su interior, podría chacoalha-la hasta mata-lo; pero se fuera inteligente y sarcástico, colocaría un pedazo de queso en el lado de fuera, en el campo de visión del roedor, y contemplaría suya frenética batalla por comida hasta morir de hambre. El sospechoso parecía ser del tipo inteligente sarcástico. Quería jugar con Roberto, y el pasaje era sólo el comienzo.

Carol percibió que estaba en peligro. En ese juego, ella sería el queso. El sospechoso la usaría como cebo para atraer Roberto. Dentro de una trama bien elaborada, sería el último acto, que culminaría con la muerte de los dos. Antes de eso, el sospechoso quería minar el psicológico de Roberto, para demostrar su poder, una especie de autoafirmação de sus capacidades intelectuales. Él prolongaría esa fase hasta sentirse entediado. En ese periodo estarían a salvo, sin embargo deberían pensar y estar siempre un paso el frente. Esa es la principal diferencia entre ellos y el ratón. No morirían en la gaiola. Podrían huir y tramar un plan para coger el sospechoso.

Y si, de alguna forma, el sospechoso pudiera observar sus pasos, oír sus conversaciones? Tener mapeada toda la rutina de los dos, y así, pueda anticiparse? Estarían en desventaja, a menos que descubrieran de que forma él hacía eso. Carol pensó en la posibilidad de haber cámaras y micrófonos escondidas en el apartamento y hasta en los pasillos del edificio. Si ella pensó en eso, Roberto también, pero al parecer él aún no había tomado la providencia de busca-llos. Por qué no lo hizo?

Ella esquadrinhou la sala, buscando por posibles locales donde las cámaras y micrófonos podrían ser ocultadas. Había un cuadro más alto, con un paisaje de colores fríos, en parte buceado en las sombras. Acordó-si de los dibujos animados donde ojos espiavam a través de furos en los cuadros. Sería fácil percibir una cámara, ya que lo agujereo no podría ser imperceptível al punto de impedir la captura de imágenes; sin embargo sería posible introducir un micrófono. Si ella estuviera correcta, el sospechoso tenía más una ventaja: podría entrar en cualquier apartamento sin causar sospechas.

Lentamente se aproximó del cuadro. Si de hecho existía un micrófono allí, también había una cámara noutra parte de la sala, capturando cada paso

de ella. Su miedo era de ser sorprendida por el sospechoso cuando este percibiera que sería descubierto. Podría esperar hasta Roberto llegar, pero lo que diría a él? No podría esperar. Tendría que hacer aquello, sino sería asaltada por un eterno desasosiego. La curiosidad mató el gato, pero en el caso de ella, a inercia también lo haría.

Carol necesitó quedar en la punta de los pies para alcanzar el cuadro. El silencio en la sala era completo. El sospechoso podría oír su respiración ofegante y las batidas de su corazón. No podría desistir. Él ya sabía. Estaba viendo todo, dondequiera que esté. Podría ser un vecino, o lo zelador. No podría descartar nada.

Con el indicador dla mano izquierda, ella alejó el cuadro de la pared. Estaba muy oscuro. Necesitaba de una lanterna o de la luz del propio celular. Con las manos trêmulas, conectó el celular y apuntó para a penumbra. Vislumbrou telarañas y mucha suciedad, pero no había micrófono, a menos que fuera tan pequeño que ella no pudiera ver sin una lupa. Cuando terminó de recolocar el cuadro, el teléfono tocó. Carol pasó de un estado de completa excitación para un miedo penetrante.

...

El falso garçom había largado la bandeja cerca de la cocina. Lo uísque formó una pequeña poça en el piso ya escorregadio, y los vasos quebrados hicieron-si un peligroso obstáculo. Roberto pôde, a tiempo, rodeá-lo con cautela, con la arma en puño. Acechó el interior de la cocina, con la cabeza discretamente proyectada. No quedó sorprendido al ver dos operarios del restaurante debruçados sobre el mostrador sin cualquier vestigio de vida. La puerta de los fondos estaba abierta.

La sangre goteaba profuso del mostrador y formaba una poça mayor en el lado del fogão. Roberto siguió por la derecha y salió por la puerta. Encontró uno beco húmedo y fétido, ladeado por paredes altas y esverdeadas. El mal olor provenía de los restos de comida que eran jugados en un contenedor. El falso garçom terminaba su carrera por el beco, volcando enseguida para la derecha, penetrando en un pasillo estrecho.

Roberto lo siguió en una carrera frenética. Alcanzando el pasillo, vio que el hombre había subido una escalera de hierro que daba para los fondos

de un edificio. No pudo ver si él estaba armado, y eso lo dejó en estado de alerta. Los habitantes estarían en peligro se estuviera.

Subió la escalera y entró por la ventana, la misma que el sospechoso usó para invadir uno de los apartamentos. Por suerte, estaba vacío. La puerta había sido arrombada. El falso garçom ignoró el ascensor y descendió por las escaleras. Roberto lo vio ya terminando la tercera puja. El sospechoso paró y miró para él. No era un mirar asustado o acuado, era un mirar que incutía desafío y osadía.

Roberto cerrou los dientes y pulou del parapeito sobre la segunda puja de escaleras, una caída de tres metros que su cuerpo soportó muy bien. Lo sospechoso apuntó la arma para dos señoras que estaban bloqueándole el camino. Las mujeres, asustadas, comenzaron a gritar y erguer los brazos. El hombre proyectó-si por entre ellas y entró por la puerta que daba para la planta baja. Las señoras percibieron la situación y abrieron camino para Roberto.

Lo falso garçom ergueu la arma y dio un tiro para el alto. Había seis personas en el piso planta baja aguardando el ascensor, y todas se abaixaram. Roberto quería que él saliera inmediatamente del edificio. En la calzada, el sospechoso encontraría dificultades para vencer el pasillo humano, y no se arriesgaría a tirar al azar.

Desnortead, el sospechoso paró y miró para los dos lados. Roberto ya lo tenía en suya asesta, pero no podría tirar. Corría el riesgo de alcanzar un inocente.

—Pare ay mismo! —ordenó él.

El sospechoso miró para tras. Aún no estaba dispuesto a rendirse, y aquella sonrisa de escarnio era la prueba cabal. Siguió por la izquierda, corrió pocos metros hasta volcar a esquina. Roberto lo perdió de vista. Escondió la arma para no alarmar las personas que transitaban por la calzada. Pero no haría diferencia. Todos estaban concentrados demás para entender lo que estaba aconteciendo.

Roberto rememorou aquella expresión, identificando una familiaridade felina. El sospechoso no estaba propiamente deleitándose con la situación. Parecía una fiera acuada y haría de todo para escapar, inclusive tirar en

inocentes.

Corriendo de lado, rente a las paredes, Roberto llegó al fin de la calzada. Acechó la estrecha calle, que daba para el fondo de varios restaurantes y cafés, con contêineres esparcidos por toda su extensión. Localizó el sospechoso desviando-si de coches y llegando al otro lado. Siguió-lo por la calzada opuesta, con la respiración ofegante. Acordó-si de la persecución a Francisco. El falso garçom era definitivamente más ágil y letal.

—Eso aún, continúe corriendo, no se meta la bestia de entrar en un de esos restaurantes, maldito —decía para sí aún mientras perseguía frenéticamente el sospechoso. —Si lo hiciera, interés que tiro a la primera oportunidad.

Lo falso garçom encontró un obstáculo. Dos operarios empujaban un pesado contenedor sobre ruedas, que quedó atravesado en medio de la calzada. Uno de ellos retornó para el restaurante mientras el otro colocaba uno calzo para que no pasara directo para la calle. El hombre encoleirado comenzó a gritar.

—Falda de mi camino, sino tiro!

Roberto escuchó los gritos y atravesó la calle. El operario quedó asustado y levantó las manos. El sospechoso praguejou y dio la vuelta en el contenedor. Roberto corrió en la transversal y quedó a menos de diez metros de él.

Los dos estaban aproximándose de la esquina. El sol surgió súbitamente y reflejó en la vidraça de una de las tiendas que quedaba del otro lado. El falso garçom cubrió los ojos. Paró y miró para tras. Sus ojos encontraron los de Roberto. Desala el sospechoso quedó impassível. Apuntó la arma para él.

Por tres veces durante toda su carrera en la policía, Roberto tuvo una arma apuntada para sí. En la primera, su segundo año, aún sufriendo con la inexperiencia, consiguió ser más rápido y tiró en el criminal antes que este disparara. Suya bravura duró sólo media hora, cuando emisoras de TELES y radio lo rodearon y su imagen corrió el estado. Necesitó dar muchas explicaciones a la corregedoria de la policía. En la segunda, tras diez años de aprendizaje en la marra, consiguió uno certoiro tiro en la mano que

empunhava la arma del sospechoso. En aquella ocasión, no hubo alarde, muy menos cualquiera honraría. Roberto limitó-si a agradecer la propia suerte.

He ahí que la tercera si mostró de más delicada de todas. El sospechoso parecía dispuesto a morir, lo que obligaba Roberto a tomar una decisión rápida sin ponderar las consecuencias.

—ES tontería! —bradou él. —Largue la arma, y nadie irá a herirse.

—Halla aunque soy idiota? Largue la arma primero.

Roberto hesitó. El sospechoso hizo mención de largar la arma, pero era sólo una demostración de que estaría dispuesto a rendirse si él largasse la pistola.

—Está correcto, largarei la arma, pero no quiero sorprendidas.

Lentamente, Roberto agachó-si, manteniendo los ojos fijos en el sospechoso. El hombre siguió sus movimientos e hizo el mismo, sin embargo con cierto retraso. El clima estaba tenso. El sol escondió-si entre nubes y la sombra cubrió los dos. El operario volvió para ayudar al compañero a atravesar el contenedor sobre ruedas. Ambos quedaron parados observando la escena. No sabían se corrían para el restaurante o se quedaban allí para ver lo desfecho.

Roberto pousou la arma sobre la calzada, como quién reposa una vajilla de valor inestimável. Mostró a palma de las manos, con el corazón acelerado, esperando la lenta rendición del sospechoso. El hombre, que antes estaba impassível, volvió a sonreír. Roberto praguejou. El sospechoso apuntó-le la arma y apretó lo gatillo. El tiempo paró. Un viento cortante perpassou la faz de Roberto. El tiro iría a alcanzar en lleno su rostro, haciendo un estrago irrecuperável. Así terminaría su carrera y la propia vida, sin la oportunidad de casarse y disfrutar una tranquila jubilación. Pero para su sorpresa, la bala no salió de aquel revólver, y la sonrisa del sospechoso desapareció, dando lugar a una expresión rígida. Una mancha de sangre brotó-le de la camiseta, y él cayó de rodillas, con los ojos arregalados y la boca abierta.

Lentamente bajando la arma, Herbert surgió detrás de un coche.

—Si él tenía algo para decirnos, jamás sabremos. Pero vea por el lado bueno, mi amigo: usted aún está vivo.

—No sé se puedo considerar esa una buena noticia —dijo él, intentando recuperar el aliento.

...

Si ella no atendiera, ignorara el llamado insistente de la curiosidad, aquel teléfono continuaría tocando. El sonido se haría más estridente, invasivo. Penetraría su alma y despertaría los sentimientos más ocultos, inclusive el odio o la melancolía. Carol quería avanzar sobre el aparato, oír de un golpe por todas aquella voz misteriosa, incautar la demencia del asesino, el sus planes y provocaciones.

Él la vio, de alguna forma. Vio lo que ella hizo, desesperada en búsqueda del micrófono. Aunque no haya hallazgo, captó lo propósito de él y no desistiría tan fácil. La conexión sería una forma de intimidación, y si esa fracasara, sería tomada como una entrada triunfal en su vida, una introducción del sufrimiento que le sería infligidlo.

La mano trêmula tocó lo fone. Estaba inexplicablemente helado, como se estuviera bajo densas capas de hielo. El toque monótono se convertía en una provocación, un llamado zombeteiro del chico malvado que avistava su víctima raquítica en el recreo. Podría correr, pular el muro, jugarse en un lago, pero no escaparía. Él estaría allá, en su encaço, con el aire de satisfacción por ver sus ojos revirados de miedo. El asesino decía: atienda, su vaga, no tengo todo el tiempo del mundo.

Sin embargo, había alguna esperanza. La depresión pasó lejos de aquella joven mujer, restando-le coraje para levantarse, desanuviar-si, erguer la cabeza con dignidad y decir que aún no era el fin. Podría no ser el asesino del otro lado de la línea. Con alivio, podría oír la voz de Roberto diciendo que llegaría a tiempo para el almuerzo, o que se atrasaría algunos minutos, pero se disculparía trayendo un bello pedazo de costela assada. Me gustaba el tono de aquellos pensamientos reconfortantes, y la voz de Roberto era tan dulce que umedeciba sus labios.

Carol retiró el teléfono del gancho. Uno chiado intermitente ecoou por la sala, haciendo una mosca alzar vuelo y huir por una brecha en la ventana. Ahora estaba definitivamente sola.

Reposó lo fone en su oído, esperando la voz acogedora que disiparía

la oscuridad de la sala y traería luz y calor. Pero sólo lo que oyó fue lo chiado, profundo y por veces pausado por un breve silencio. Roberto estaba tardando para decir “hola”. Podría ser una conexión ruim. Él estaría en una región alejada de la ciudad, con un celular que apenas podría captar señal. “Pero por qué él no desconectaba e intentaba nuevamente?” Esa era la pregunta que no debería haber sido hecha a sí misma. Traería a la vida pensamientos ruins que había sepultado con la súbita esperanza. Vinieron con más sede y hambre, acompañado de otros horrores sin rostro.

Incrédula, devolvió lo fone al gancho y se dejó ser golpeada por el miedo. El asesino podría ver su rostro pálido, los ojos perdidos y la boca cerrada. Fuera un golpe de gran estrago con el mínimo de esfuerzo. El juego comenzó con un resultado elástico, pero el adversario no se daba por satisfecho. Quería más.

El teléfono volvió a tocar. El corazón de Carol paró de batir. No estaba más allí, y no sabía donde estaba. Era solamente ella y lo monótono sonido en un vacío rodeado por completa ausencia de memoria. Ella imaginou por qué terrores Madeline habría pasado en las manos de ese asesino. Su amiga no me gustaban juegos, no tenía paciencia. Habría chutado el balde y espetado el propio pecho para no sufrir con la demencia del monstruo, con suyas insistentes embestidas. Su muerte habría sido breve, sin mucha lucha o esperneio, más próxima de uno descanso del que una sentencia cruel.

En aquel vacío, surgió la faz del asesino, desfigurada y divertida a la vez. Él la miraba con desprecio, esperando que ella reaccionara en la misma moneda. Carol permanecía impassível, como una figura incrustada en una roca. El monstruo a provocaba, fingiendo deleite.

“Atienda el teléfono, mi querida vaga. Tengo algo para decirle”.

—No quiero —ella reaccionó, librando-si del cemento de miedo que envolvía su cuerpo. —Desista, maldito!

“Una decisión muy corajosa, debo admitir. Pero ignora el hombre que se hizo la única razón de aún no haber vuelto para casa. Y desconsidera la oportunidad de yo encontrá-lo y hacerlo pagar con la propia vida. Entonces le pregunto: está dispuesta a arriesgar la vida de Roberto?”

—Usted no sería capaz...

“Ni atendió el teléfono y ya está hablando sola. La locura, sin mucha pretensión, a acometió, y eso es patético, sabía?”

Carol se dio cuenta de que eran sus propios pensamientos y no la voz del asesino. Arrancó el teléfono del gancho y bradou con extrema bravura.

—Si ha culhões, quiebra alguna cosa, maldito!

—Quién está hablando? —cuestionó la voz del otro lado de la línea.

Recuperando-si del susto provocado por su propia voz, que más parecía emitida por un loco en el ápice de su locura, Carol reconoció la voz de Roberto. Pensó en una forma educada de deshacerse el engaño.

## Capítulo 25

Una vela se extinguía, con suya llama resistente sobre un montículo de parafina. Una hoguera crepitava al fondo, mientras las últimas pancadas de lluvia concluían a teimosa tempestad. Vanessa tenía los ojos saltados, y fitava su bebé con ternura. Estaba tranquila, serena, como si no hubiera sufrido con lo parto.

La mujer más vieja trajo una toalla seca. Enxugou el sudor del rostro de Vanessa y buceó lo pano en una cuenca con agua tibia. Miraba fijamente para ella, como se evitara el bebé. Todos en aquel cuarto evitaban el niño, excepto la madre, que a mimava aún estando por demás debilitada.

—Usted necesita dormir —dijo Elisa.

—Estoy bien. Quedaré bien —objetou Vanessa. —Mira como él es lindo, por Dios. Fui agraciada con el niño más linda del vilarejo.

Incrédulo, Jonas fitou Elisa. Los dos quedaron encarándose hasta que el pastor Gerônimo intervino:

—El bebé necesita de los primeros cuidados, un baño y agasalhos.

—Él tiene razón —dijo Jonas. —Entregue-lo para la hermana para que pueda darle baño y vestir ropas secas.

—Mi hijo está muy bien. Conmigo estará calentado. No hay con que preocuparse.

El sonido de pasos interrumpió la conversación. La mujer más vieja llevó la cuenca con agua para ser intercambiada. Elisa aproximó-si del padre. Ella no conseguía comprender el comportamiento de Vanessa, no sólo por el hecho de no haber pasado por la experiencia de la maternidad, como también por la situación en sí. El bebé había nacido con una serie de deformidades, pero Vanessa parecía no le importar, o por alguna razón, no quería demostrar su decepción. Una madre puede aprender a amar su hijo, en cualquier situación, pero no puede por mucho tiempo esconder suyo desapontamento. Ella esperaba un hijo saludable y bello de verdad, que pudiera crecer como un chico normal, pasar por todas las fases de la vida sin traumas. Al se

deparar con el bebé por primera vez, todo ruidaría y una serie de preocupaciones tomarían lugar en su vida, eso si no enlouqueciese de un golpe. Pero nada de eso aconteció, y eso a intrigaba.

Jonas parecía ser el más comprensivo de todos. Tal hecho se debe su experiencia como médico, teniendo se deparado con incontables casos de deformación. No habría quedado sorprendido se Vanessa sintiera repulsa por el hijo, o surtase, pero aquella complacência no era habitual. Había algo por detrás de la serenidade y de la conformidad de ella. Sería una fe ciega en el Dios que seguía, posibilitando una mejor comprensión del que le había ocurrido? Ella podría creer que aún deformado, su hijo podría tener una vida relativamente normal estando rodeado de personas buenas que jamás le harían apenas? Podría darle todo el amor que una madre dispensariba a un hijo, y él aprendería a convivir con suya deformidade sin hacerse un adulto revoltado o propenso la enfermedades mentales. Sin embargo demandaría tiempo para una mente cansada se recompor y pensar en el futuro. Vanessa necesitaría de una fuerza inusual para superar lo susto, la decepción y el dolor y comportarse como si nada hubiera acontecido.

Súbitamente, los pasos cesaron. Una figura femenina atravesó a soleira de la puerta y el débil facho de luz reveló su rostro. Ana usaba una camisa de manga comprida y una falda que cubría-se las piernas y mostraba sólo el tobillo. El cabello desgrenhado indicaba que usaba una portada para protegerse de la lluvia. Cuando vio Jonas, intentó se recompor desajeitadamente.

—Vine el más rápido que pude —dijo ella, aún intentando desembaraçar los cabellos con los dedos. —Alice vino a avisarme. Yo estaba durmiendo, por eso no pude oí-la batir en la puerta.

Todos permanecieron callados. Imaginaron que ella iría de encuentro a Vanessa y vería, aturdida, el niño deformado que hube nacido del vientre de su hermana de creación. Estarían listos para contê-la caso no reaccionara como esperado. Ana no escondiba muy bien sus sentimientos y haría alarde aún viendo la quanto Vanessa si mantenía tranquila y conformada.

—Vosotros estáis muy callados. Lo que está aconteciendo aquí? —preguntó ella, lanzando un mirar inquiridor a todos.

Vanessa ignoró la pregunta y comenzó a cantar en voz baja para el bebé. Era una canción que su madre le hubiese enseñado cuando el primer nieto de ella nació. En ningún momento el bebé lloró. Sentía-se aconchegado al pecho de la madre, ajeno al que acontecía su vuelta.

—Lo que está aconteciendo? —de esa vez Ana se contuvo y limitó-se a murmurar.

—El niño... Ella... —Elisa no consiguió terminar la frase.

—Lo que hubo con el bebé?

Jonas se aproximó de ella. Percibió que ninguno de ellos estaban preparados para dar la noticia.

—El bebé está bien. Sin embargo nació con serias deformidades —dijo él, tan bajo que Ana casi no hubiese escuchado. —Por favor, mantenga la tranquila. No sabemos exactamente como ella está reaccionando a eso. Debemos ser cautelosos, para evitar una posible depresión post-parto.

—Alice me confidenciou que Abdias embrenhou-se en la floresta en búsqueda de Sérgio. Él aún no volvió, y ya pasa de las diez horas... —ella se detuvo, intentando escoger las palabras —Cree que puede haber acontecido alguna cosa con él?

—Espero que no. Vanessa va a necesitar muy de él.

La hoguera se extinguía silenciosamente. Gerônimo jugó más leña y las labaredas resurgiam con más vigor. De repente, el ambiente se hizo abrasador, pero inmediatamente el frío venció el calor súbito y la hoguera volvió a su crepitar característico.

—El nuestro Dios misericordioso confortou esa pobre alma, aún delante de tamaña desgracia —dijo él, sin dirigirse a alguien específico, continuando enseguida —Hay un propósito en todo que Él hace. Inmediatamente tendremos la revelación.

Todos oyeron y comprendieron bien lo que el pastor había hablado, pero permanecieron callados oyendo a cantoria de Vanessa, que entonaba una nueva canción tan inmediatamente terminaba la última.

Un ser gigantesco invadió la iglesia, y sus pasos pesados se sobrepuseram a la voz profunda de Vanessa. No estaba solo. Aparentemente,

estaba acompañado por una criatura más pequeña, pero no menos barulhenta, que lo seguía con prisa. Al lleguen a la puerta, solamente el ser más pequeño se hizo desvelado. Abdias empunhava una hacha afilada y usaba un pesado casaco de piel Buffalo. El gigante mostraba sólo el cuello enrugado y el cuerpo protegido por trapos enmendados. Llamaba-si Miguel. Era un hombre bueno y habilidoso con la hacha.

Abdias recorrió la sala con los ojos inquietos. Tenía el rostro más grave que de costumbre, como se hubiera visto algo que le perturbó la mente por completo. Era necesario un terror indizível para le indispor lo juízo. Vio Vanessa con el bebé anidado en su pecho. Eso lo dejó más inquieto. Estiró Elisa gravemente por el brazo.

—Estuve en la floresta con Miguel —murmuró él. —Estábamos buscando por Sérgio.

—Encontraron él?

Intentando se recompor, Abdias respondió, dejando escapar algunos soluços.

—Encontramos el cuerpo de él a cuatro kilómetros de aquí...

## Capítulo 26

Si, después de la muerte, las almas penadas pudieran encontrar un lugar donde se sentíssem únicas, sin la presencia carnal de mentirosos, adúlteros y criminales, sería en un ambiente frío y desierto, de paredes altas e impregnado por el olor de carne podrida. Roberto podría sentí-los, rodeando-el débilmente, hombres, mujeres y niños. Sin embargo él no era el foco de la aglomeración espectral. En el centro yacía el cuerpo del falso garçom, perdiendo suyas feições y haciendo-si rígido lentamente.

Herbert permanecía callado. No había en su semblante señales de perplejidad. En las ocasiones anteriores en que necesitó disparar contra uno sospecho, había sido orientado a tirar si el criminal reaccionara. De cierta forma, estaba respaldado con base en esas orientaciones, que venían de sus superiores. Pasó por el peine fino de la corregedoria con ressalvas, y en los casos más desgastantes, con verdaderas amenazas. Los más conservadores lo colocaron contra la pared. Tenía la espalda vigilada por los engravatados de los derechos humanos, que necesitaban por freios a la acción de sus agentes, aunque estuvieran bajo peligro de muerte. Muchos miembros de esas organizaciones de defensa de los derechos humanos nacieron en cuna de oro y nunca tuvieron una arma apuntada para la cabeza, y se revoltavam cuando veían uno bandido siendo muerto por la espalda, aún en las pantallas de cine. Herbert escupía para ellos.

Aún sin creer en el que había acontecido, Roberto tenía otra opinión, no sobre el modo como esas muertes eran tratadas por sus superiores, pero sí sobre la conducta deliberada de suyo compañero. No juzgó errada la decisión de matar el sospechoso. Fue de inicio impulsiva, para salvá-lo. Sin embargo, analizando con más frialdad, fue la peor decisión posible. Lo que el falso garçom tenía para decir, si es que estaría dispuesto a entregar alguien en pago de algunos años de absolvição, hube muerto con él. Sin contar que Herbert estaba en la lista negra de la Corregedoria.

Por primera vez, Roberto percibió que el caso estaba huyendo de su control. Estaba encaminándose para el fondo del pozo, llevando consigo personas que estimaba bastante. Incluyó Carol en esa lista. Debería tener

declinado lo pedido de ella para que lo acompañara hasta la capital para acompañar las investigaciones. Sin embargo, no consiguió ser frío y sensato el bastante para negar ese pedido. Ella pasó a ser parte de todo eso, corriendo el riesgo de ser la próxima víctima. Herbert cargará en la espalda más un homicidio, sin otra testigo además de él para amenizar la punición.

—Yo lo maté. Usted llegó después, pero no había más nada a hacer —dijo él, fríamente.

—Lo que usted está diciendo? —protestó Herbert. —Fui yo quién lo mato. No diga asneiras!

—No tenemos testigos. A corregedoria va a caer matando en usted, eso si los hipócritas de los derechos humanos no lleguen primero.

—Ellos no pueden hacer nada. Él reaccionó, droga!

—Esa no es la primera vez, Herbert! —vociferou Roberto, irritado. — Crea, no estoy recriminando-lo. Había una oportunidad de salir desala sin una muerte en nuestras fichas. Podría haber tirado en las piernas de él, o en una región menos letal. Ese desgraciado estaría vivo y tendría algo para nodos.

—Usted sólo puede estar jugueteando.

—No estoy.

Roberto necesitaba inculcar un poco de culpa en el compañero. Herbert aún estaba bajo efecto de la adrenalina y correría a los bramidos asumiendo la culpa por la muerte del sospechoso. A aquella altura, no le importaba mucho con lo que estaba diciendo o prestes a hacer, sacrificando su propia carrera para librar el compañero de una severa punición.

—Ellos van a creer en mí, sabe de eso —dijo Roberto, intentando amenizar la tensión que cercaba los dos.

—Droga, tipo, no me está gustando eso.

—No tiene que gustar. Haré de una forma o de otra.

Determinado, Roberto avanzó sobre el compañero y tomó-le la arma. Enseguida, frotó un poco de pólvora en las manos. Herbert, asustado, no consiguió reaccionar.

Las sirenas ululavam al lejos, aumentando de intensidad cada segundo.

Roberto contó tres vehículos en debandada al local de la ocurrencia. Uno de los operarios del restaurante oyó el tiro y probablemente avisó la policía.

—Usted no tiene la arma del crimen. Ahora queda a su criterio revelar-si un policía loco que cree haber matado uno sospechoso para proteger su compañero. Nosotros dos somos los únicos que saben la verdad. Con alguna suerte, tendremos entre dos a tres semanas hasta a sindicância, tiempo suficiente para descubrir quién mandó ese desgraciado para nos espionar. Podemos ganar un tiempo extra gracias a los cuerpos que si encuentran en el restaurante, cuyas muertes pueden ser atribuidas a nuestro sospechoso.

—Como dejé escapar esos cuerpos... ES claro que si ese maldito se disfrazó de garçom, tendría eliminadel los verdaderos para evitar sospechas.

—Y lo hizo de forma fría. Quién lo contrató, no estaba de brincadeira. Quería certificarse de que el servicio sería hecho a cualquier coste. Garantizo que no salió barato.

—Lo mandante sería alguien rico, o un jefe de cartel.

—O un concejal.

—Halla aunque podría ser el padre de aquel muchacho que estaba en la lista encontrada en las ruinas de la Iglesia del Diablo? —preguntó Herbert.

—No puedo descartar esa posibilidad. Un padre desesperado, queriendo proteger el hijo o la propia reputación.

—Entonces quién estaría escribiendo los pasajes?

—Puede ser otra persona, alguien que conoce el caso superficialmente a través de la mídia, tan enferma cuánto el asesino, con la intención de aparecer.

—Quiere decir que usted considera poco probable que ninguno de los dos —el hijo del concejal y el autor de los pasajes —sea el asesino?

—Son sólo suposiciones. Nada puede ser descartado.

Los policías estaban aproximándose. Roberto revistou el cuerpo del falso garçom en búsqueda de algún pasaje, agenda o anotaciones que trajeran números de teléfono o direcciones. Pero el sospechoso tenía sólo una bolsa

con documentos y poco dinero, suficiente para uno taxi. Probablemente recibiría el pago por los servicios a finales del día, o torrou lo adelantamento. Eso no importaba más.

—Quedaré bastante ocupado en la comisaría hasta el fin del día — dijo Roberto, cogiendo el teléfono y discando el número de su fijo para avisar Carol. —Usted quedará libre de momento. Quiero que me agilice esa audiencia con el concejal el más rápido posible.

—En cuanto a eso no se preocupe. Hasta el fin del día, tereme los una respuesta.

## Capítulo 27

—Estamos perdiendo-a —dijo uno de los paramédicos, con los ojos vidrados en el monitor cardíaco. Era bajo, calvo y un poco por encima del peso. Tenía una expresión severa y parecía siempre desanimado por cuenta de las cejas caídas.

—No diga eso —retrucou el otro, más alto y de apariencia más acogedora. —Salvamos el marido de ella. Vamos salvá-la también.

Los dos empujaban a maca por un pasillo de tres metros de anchura. Uno de los médicos los alcanzó, saliendo de una sala acompañado por una enfermera que lo hube avisado minutos antes. Era un hombre de sesenta años, cabellos blancos y cortos, usaba óculos y uno jaleco desarrumado. Poseía aún su atención buceada en otro paciente que hube sufrido severas fracturas en el crânio. Era una tarea difícil disponer-si de un caso y concentrarse en otro de mayor gravedad. Además, era fin de tarde, de un día extremadamente cansativo. Si una de las enfermeras preguntara a él que medicamento deberían aplicar, él respondería algo desconexo cómo lo que había tomado en el desayuno, sin darse cuenta de eso.

La cama móvil cruzaba diversas salas, con las luces recaíndo alternadamente sobre el rostro pálido y sombrío de la paciente. El médico examinó-a. Verificó-le la temperatura y el estado general de su coordinación motora. Ella tenía las manos trêmulas y estaba con fiebre, y dato el estado general del crânio, indicaba una posible hemorragia cerebral.

—Lo que hubo con ella? —preguntó el médico, aún distraído.

—Accidente de coche. El vehículo capotou y ella sufrió serias pancadas en el crânio —respondió una de las enfermeras, regulando lo soro.

—Aplique veinte miligramas de tPA y diez de Alteplase —ordenó lo médico. Estaba preocupado con la frecuencia cardíaca de la paciente, que bajaba a intervalos regulares. —La sala de cirugía ya está lista?

—Casi lista, doctor —respondió la otra. —Creo que en cinco minutos estará debidamente preparada.

—Óptimo. Ella necesita ser operada con urgencia.

La enfermera aplicó los medicamentos en consonancia con las instrucciones del médico. La paciente reaccionó bien y su frecuencia cardíaca había si estabilizado. Sus labios comenzaron a se corar. Los ojos ganaron un leve tono avermelhado, perdiendo la apariencia sombría. El médico quedó satisfecho, sin embargo mantenía cierta preocupación. La cirugía era delicada y había riesgo de secuelas graves.

—Estaba sola en el vehículo? —preguntó lo médico.

—Había un hombre. Fue rescatado y pasó por una cirugía en el brazo. Al que pareciera, se encuentra bien.

—Eso es bueno. Necesitaremos de él si ella se sobreviva, para ayudar en la recuperación.

Faltaban sólo dos pasillos para llegar a la sala de cirugía. Todos estaban animados con la estabilidad de la paciente. De repente, hubo una movimentação atrás de ellos. Oyeron-si gritos, denunciando un tumulto. Dos guardias salieron de sus puestos y corrieron con los cassetetes empunhados.

Jonas cambaleava por el pasillo. Usaba uno pijama y estaba descalço. Aparentava debilidad, pero se cogía en las paredes para mantenerse en pie y seguir enfrente. La aguja del soro aún estaba penetrada en su piel. Gotas de sangre goteaban por la manguera. El brazo izquierdo estaba parcialmente enfaixado. Parecía más pesado, como se estuviera muy hinchado, y eso lo hacía caminar con el cuerpo arqueado.

Él sentía que iba a desmayar. Su visión quedaba turva de repente. Ni percibió cuando los guardias se aproximaron. Sólo percibió dos puntos oscuros ganando volumen y velocidad. Quería gritar, decir alguna cosa, pero su voz era débil, débil, no más que un diminuto sussurro.

Asustó-si cuando sus brazos fueron tomados por manos fuertes y nada amistosas. Las voces de los guardias sonaban-le cómo zunidos distantes, sussurros indefinidos. Jonas quedó tonto. Era cómo se estuvieran girando su cuerpo. Las paredes giraban, blancas y relucientes. Hube Quedado nauseado, luchando para permanecer en pie. De repente, él reunió fuerzas y soltó un grito.

—Laura!

El médico y su equipo escucharon el grito. Pararon en medio del pasillo, atônitos.

—Cual el nombre de la paciente? —preguntó el médico.

—Laura Mendes —respondió la enfermera, mirando la ficha.

Jonas intentó gritar nuevamente, pero consiguió emitir sólo un grunhido que ni los guardias consiguieron entender. El médico vino en su dirección. Ordenó a los guardias que lo largassem.

—Cual su nombre?

—Jonas —respondió en un sôfrego sussurro.

—Usted estaba con esa moça en el coche?

—Sí. —Intentó concentrar todas sus energías para una pregunta más larga —Cómo ella está?

—En el momento, su estado es crítico, pero estabilizado.

—Diga exactamente cual el cuadro de ella. Yo soy neurocirurgião.

El médico frunció el ceño. No tenía muy tiempo para verificar a veracidade daquela información.

—Sospechamos de hemorragia cerebral y serias fracturas en el crânio.

—Cuántas miligramas de tPA fueron ministradas?

—Veinte. Pensé que se desale una dosis inicial alta, ella podría tener una reacción que a llevara a óbito.

—Hizo bien. Sin datos exactos sobre los daños causados por las fraturas, una dosis alta sería fatal. —Miró para la cama móvil y vio las enfermeras cuidando de Laura. —Quién hará la cirugía?

—Yo haré. Soy neurocirurgião también y ya hice esa cirugía una decena de veces —el médico sintió que necesitaba demostrar confianza.

—Tengo certeza de que es uno cirurgião capacitado —Jonas tomó aliento. Aquella conversación consumía la poca energía que aún le restaba. —Pero yo debo hacer esa cirugía. Ella es mi esposa. ES mía responsa...

Jonas no consiguió terminar la frase. Su visión oscureció y sus piernas quedaron bambas. El médico dijo alguna cosa, pero él no consiguió entender. Fue más como uno assovio en medio a ruidos estridentes. Sintió nuevamente brazos apretando los suyos. Fue su último recuerdo antes de desmayar.

...

El viento soplaba en breves lufadas, penetrando por entre las brechas entre las ventanas y alcanzando las brasas adormecidas en la chimenea. El fuego volvió con suyo crepitar hipnotizante y sibilante, aún con llamas tímidas bruxuleando en medio a la oscuridad del salón. Hicieron reluzir los cabellos castanhos oscuros de Sérgio. Si la cabeza estuviera volcada para el norte, sus ojos reflejarían las llamas y ocultarían su apariencia cadavérica hasta que la última brasa findasse en cenizas.

El cuerpo estaba estirado en el suelo, en el centro del salón, con as piernas abiertas y los brazos estirados por encima de la cabeza. Sérgio estaba con la camisa enlameada y uno de los pies descalço. Era un hombre vigoroso, de piel bronceada, muy diferente de aquel muchacho delgado que Vanessa hube conocido. Su vida de leñador lo hizo ganar más músculos y algún respeto. Las moças del vilarejo lo hallaban atractivo, pero sus deseos eran reprimidos por los sermones acalorados del pastor Gerônimo. Podrían codicia-lo en pensamientos y en momentos íntimos en la laguna, sin embargo no podrían ultrapasar la línea que dividiba el respeto de la devassidão. Si una de ellas ignorara los preceptos de la religión que regía lo vilarejo y mantenía la paz, sufriría con los castigos impuestos pelo Conselho de Anciãos, inspirados en las sugerencias del propio pastor.

Sin embargo, el deseo y la codicia, por veces, ultrapasaban el temor de simples castigos y alzaban límites inimagináveis. La hija de Hedade, el creador de cerdos, quiso alcanzar esos límites. Vuelca Sérgio bañando en la laguna en una tarde ensolarada. Ignorando las posibles puniciones, o considerando-las uno precio pequeño a pagar por una aventura, despiu-si y siguió con su cuerpo casi adulto para las aguas heladas. Sérgio vislumbrou aquella maravilla de curvas y luxúria pulsando atrás de sí. Como un hombre temente Dios y enamorado por la esposa, reprimió los propios deseos y a dejó sola y en llantos. Si ella lo viera estirado en aquel suelo, sin vida, frío y perdido, dejaría morir qualquer sentimiento que un día hube nutrido.

Atorreado, el pastor Gerônimo siguió en el frente. Elisa fue inmediatamente atrás, seguida por Jonas y Ana. Elisa parecía más tensa. Vio en el padre una cólera jamás vista, y temía que él cometiera alguna locura. Esa idea también le amedrontaba. Gerônimo siempre fuera un hombre contenido, aunque muchos de sus sermones fueran en tonos esbravejados, como se direccionados con rabia para ciertas personas.

Los ojos de él pousaram sobre el cuerpo pálido de Sérgio. Sus manos parecían perdidas, tanteando el aire en búsqueda de algo para agarrarse, tal vez, la sanidad repentinamente subtraída. Su rostro no escondía la sorpresa al ver el muchacho que ayudó a crear, que vio hacerse un hombre y tomar los brazos de una de sus hijas, el hombre honrado y trabajador que perdió la vida prematuramente. Sin embargo, una rabia aún más intensa se escondía atrás del dolor de perder aquel a que llamaba de hijo. Y fue ese sentimiento que se reveló para todos los presentes.

—No creo en el que estoy viendo! Trajeron a la casa de Dios un cuerpo sucio, cuya alma se encuentra perdida en la floresta maldecida. Dejaron en el suelo, sin ceremonia y sin el permiso del grandessíssimo, un cadáver, calentado inútilmente por la hoguera que debería calentar los vivos!

Elisa sobressaltou-si. Pensó en detener al padre, pero fue contenido por Jonas.

—Abdias! —requisitou-lo, en un urro enfurecido —Venga a arrodillar-si delante del trono y explique-se.

Hesitante, Abdias aproximó-si del altar. Tal vez, el más sorprendido con la inesperada reacción del pastor.

—Perdone-me, pastor. Pareció-me sensato trazê-lo para acá.

—Sí, pero no neste estado, no desta forma. Este cuerpo no fue purificado, su piel no fue lavada con aceite y aún trae el olor de muerte y profanação —fez una pausa, mirando para él con ojos alarmados. —Y no es a mí que debe pedir perdón. Está delante del altar de Dios. Poste-si cómo suyo hijo arrepentido y pida perdón.

El clima quedó tenso. El viento frío rompió la ventana y alcanzó los cabellos de Sergio. Ana estaba perplexa. Arrodilló-si delante del cuerpo, con las manos sobre el rostro.

—Como eso puede haber acontecido? —murmuró ella, a los llantos.

—No sabemos —respondió Abdias, temeroso. Gerônimo estaba a su lado, aún en furia. —Encontramos él en una clareira cerca del riacho. No hay señales de picadura de cobra, muy menos pruebas de un posible ataque de onça. Era como si él...

—Sospecha de muerte natural? —Jonas quiso saber.

—Pensé en eso, pero como explicar? Sérgio era el hombre más fuerte del vilarejo. Nunca hube quedado enfermo. No consigo pensar en cómo él podría haber muerto.

Gerônimo aproximó-si ceremoniosamente del cuerpo. De esa vez sus ojos encontraron los de Ana, humedal de lágrimas.

—Hija, levante-si. Vaya para casa, ore muy por esta pobre alma que se encuentra perdida en la floresta. Ore para que encuentre refugio en la casa de nuestro padre.

Ana quedó en silencio. Fitou Gerônimo, incrédula, como si no estuviera reconociendo el hombre a quien llamaba de padre. El pastor frío que estaba delante de de ella otrora sería más amoroso y se mostraría, al menos, chocado y entristecido por ver uno de sus hijos muerto.

Jonas se aproximó de los dos. Por diversas veces, estuvo delante de parientes para dar-les noticias ruins sobre sus pacientes. Vio tipos diferentes de expresión, desde terriblemente sacudidos a completamente indiferentes y fríos. Aquella situación era diferente. Sabía-si del fin trágico a que Sergio fue llevado, sin embargo, las palabras correctas y en el momento correcto podrían alterar sutilmente el clima en aquel instante.

—Ana, el Pastor tiene razón. Usted debería ir para casa. Puede dejar que cuidamos del cuerpo.

Intentando expresar correcto conformismo, Ana levantó-si al oír las palabras de Jonas. Gerônimo, sin embargo, no las asimiló muy bien.

—Usted no va a tocar en este cuerpo —asseverou él, elevando el tono de voz. —Ni debería estar en ese lugar. Desde que llegó aquí, el mal se apossou de este vilarejo. Personas buenas murieron. Y no piense que no sé sobre lo que aconteció en la laguna —yncolerizado, volcó-si para Elisa —Ni

mi propia hija tuvo la bondad de contarme. Ahora dio para esconder secretos de su propio padre. Sé de todo, sobre a poca vergüenza que se sucedió entre los dos, y no adelanta bajen la cabeza de vosotros. Este hombre —apuntó para Jonas —Vino de la ciudad grande, pero el mal vino consigo. Irán a permitir que el enemigo perpetúe su maldad manteniendo-el aquí? A que precio, mi Dios?

Elisa abrazó el padre, a los llantos.

—Papá, por favor, pare —dijo ella.

—No voy a parar. No voy a descansar hasta que lo haya colocado para fuera de ese vilarejo.

De esa vez, Ana interrumpió la conversación, revoltada con las palabras de Gerônimo.

—Jonas no es el culpable por esas muertes, y el señor sabe bien de eso. Quiere encontrar alguien a quién culpar. Está haciendo eso porque, por primera vez, no tiene idea del que está aconteciendo. Está tan perdido en cuanto a gente.

Abruptamente, Gerônimo desvencilhó-se de la hija. Elisa, asustada, cayó de rodillas y continuó llorando, como una niña perdida entre lobos. Jonas fue a su socorro, aturdido. Todos estaban espantados con la reacción del pastor.

—Osa levantar la voz para mí, Ana?

—Sí. No sabe lo que está diciendo. Quién debería salir de aquí es el señor.

Abdias estaba en una esquina observando todo. Intentó apaciguar la situación, que estaba tensa y beirando al descontrol. Cogió Ana por los brazos.

—Calme-si. Usted no puede expulsar el pastor de su propia iglesia.

—Esa igreja no es de él. ES de todos nodos. Mire para él, ni parece un pastor hablando.

—Cuánto absurdo, por Dios —bradou el pastor Gerônimo —Ya basta. Abdias, quite-a de aquí. Y lleve ese maldito hombre también —ordenó

él.

Desconcertado, Abdias aproximó-si de Jonas.

—No precisa. Yo aún salgo.

—Yo también —dijo Jonas, tomando-a por el brazo.

—Salid, malditos. Salid ahora mismo —esbravejou Gerônimo, descontrolado.

—Papá, no haga eso —suplicou Elisa.

—Está hecho, mi hija. Esos dos están perdidos; sus almas se desviaron del camino de la salvación. Nada que diga podrá alterar esa condición en que se encuentran.

Elisa, con los ojos marejados, fitou Ana y Jonas saliendo de manos dadas de la iglesia. Quería llorar más, sin embargo no conseguía. Su corazón era incapaz de derramar siquiera una única lágrime la de tan tomado por la tristeza. Ella quería estar en el lugar de Ana en aquel momento. Como quería.

## Capítulo 28

La tarde ensolarada dio lugar a una noche tempestuosa, con rayos irrumpiendo el cielo en clarões fulgurantes. Roberto salió del baño con la toalla bobinada al cuerpo. Pasó por la sala, donde Carol, acostada en el sofá, leía una revista. Ella levantó la cabeza y lo vio pasando sorrateiramente. Notó sus hombros anchos y mojados y suyo abdômen definido. Súbitamente quedó ruborizada y excitada, pero consiguió se recompor a tiempo de no ser notada.

La cena estaba puesto a la mesa. Carol usaba un vestido decotado y corto que acentuaba sus voluminosos senos. Hizo uno penteado diferente y caprichou en la maquiagem. Roberto notó toda la suya elegância, y sus ojos, vez u otra, pousavam en sus senos. No fue difícil ella percibir, pero no se sintió intimidada u ofendida. En verdad, me estaba gustando la situación. El único problema era que ninguno de los dos parecía dispuesto a hablar, o no conseguían pensar en algo para decir.

—Como fue en el trabajo hoy? —Preguntó Carol, saliendo-si con uno coringa que quebraría el silencio y llevariba la una conversación como mínimo trivial.

—Nada de extraordinario —él pensó en decir lo que aconteció, pero eso sólo traería más preocupaciones. —Prendemos un sospechoso de un caso en que estaba trabajando. Fue relativamente fácil.

Temiendo que ella entrara en detalles, Roberto intentó cambiar el rumbo de la conversación.

—Y su día, como fue?

—Bueno, nada de más también. Arrumei la casa, quité polvo de los cuadros y de las cortinas. Bien, era mejor intercambiar luego esas cortinas. Están muy sucias.

—Ni noté. Mira que soy criterioso con esas cosas.

—Yo imaginé. Pero siempre hay algo a escapar de los ojos, no es verdad? Y es exactamente aquello que no escaparía a los ojos de una mujer.

Carol tampoco quería revelar sus temores y la mañana de tensión por la

cual hube pasado, aunque ninguna de sus preocupaciones mostrasesen-si legítimas. Roberto escucharía cada palabra con perplejidad y a tomaría como paranoica, mandando-a en el primer autobús para casa.

Ella notó en el penteado de Roberto. Durante el día, sus cabellos seguían lo rito natural, con algunas mechas cayendo-le sobre a prueba. No era ni muy corto, ni muy cumprido, siendo perfectamente cuadrado atrás y con finas costeletas encontrando uno cavanhaque bien diseñado. Pero después del baño, modeló-lo exageradamente con gel e hizo uno penteado al estilo mauricinho. No era el tipo de penteado que Carol apreciaba. Me gustaba un estilo más rebelde, que denotaba masculinidade, sin embargo, Roberto consiguió agradá-la. Tendría creditado al rostro serio y, a veces, rubro de él, que daba un encanto todo especial.

Ambos tilintavam lo prato nerviosamente. A falta de hambre no permitió aprecien debidamente la cena, y lo acanhamento impidió que hicieran silencio. Deixaram los talheres repousarem sobre la mesa y encontraram puntos con algún significado para observar y desvíen lo mire uno del otro. Roberto encontró en un bordado de pano de prato un paisaje para admirar, huyendo de los ojos delineados y profundos de Carol. Ella, por su parte, vislumbrava el extraordinario dibujo de la cerámica de la cocina, contornos ricos y aleatorios que formaban una gravura agradable de verse. Con eso, ella evitaba el rostro ruborizado de Roberto. Sin embargo, el silencio comenzaba a incomodá-los. Parecían dos extraños a la mesa.

—Usted parece nerviosa. Aconteció alguna cosa? —preguntó Roberto. Relanceou los ojos sobre ella y pudo lee-la con cierta facilidad. Algo había acontecido, de eso él tenía certeza.

—Nada demasiado. Sólo preocupaciones con mis alumnos, mi padre y mis cosas. Pero no pienso en volver para casa, de momento.

—Creo que usted debería ir, por lo menos, quedar algunos días, para tener certeza de que está todo bien. Puede volver cuando quiera.

—Si yo volver para casa, temo que será definitivamente. Mi padre no va a dejarme retornar para la ciudad. Yo lo conozco muy bien.

—Podría conectar para él. Diga que va buscar algunas cosas que olvidó. Él va a entender. Que padre no entiende las prioridades de un hijo?

—Usted no lo conoce —dijo ella, con la voz desapareciendo.

Carol bajó la cabeza. Sintió como si Roberto quisiera librarse de ella. Esa sensación a dejó deprimida. No quería ser un peso para nadie, a la vez, no quería ir aunque.

—Disculpe, no tengo hambre —dijo ella, retirando lo prato de la mesa y llevando para a pia.

Roberto a acompañó con los ojos. Notó en sus curvas, moldeadas por el vestido. Quedó excitado, pero intentó contenerse. Ella no podría percibir. Jamás se perdonaría si ella se sintiera constringida al percibir que él a miraba despueradamente.

—Tiene certeza de que fue sólo eso?

—Sí. Lo que más habría de ser?

Él quedó en silencio. Carol retornó la mesa y retiró el otro prato. Rápidamente percibió a gafe que hube cometido.

—Disculpe-me. Ni pregunté si aún tenía hambre.

—No necesita disculparse. No tengo más hambre. Y tampoco necesita incomodarse. Yo aún lavo —dijo gentilmente.

—Puede dejar que yo lavo. Quede ahí aún. Aún tiene una sobremesa que preparé para usted.

Carol llevó lo prato para a pia. Enseguida, retiró una tigela de mousse de Maracujá de la nevera. Puso sobre la mesa y buscou dos copas en el armario. Cada movimiento era estudiado por Roberto, que no contenía su excitación. Cuando ella quedó en la punta de los pies para alcanzar las copas, sintió suya calza avolumar-si. Lo bumbum de ella quedó en evidencia, y todo el control se perdió en un mar de pensamientos libidinosos.

Ella sirvió graciosamente las dos copas, debruçando-si levemente sobre la mesa y evidenciando los senos desnudos bajo el vestido. Carol no se sintió tímida. De alguna forma quería que él los viera y los admirara.

—Fue el mejor que pude hacer. Usted no ha muchos ingredientes para una buena sobremesa —dijo ella, sonriendo.

—Generalmente acostumbro cena fuera, entonces...

—Entonces no sabe preparar una sobremesa?

—Exactamente —dijo él, con vergüenza.

—No hay con que avergonzarse. Un hombre solteiro y muy ocupado no se permite ciertas habilidades en la cocina. Yo lo entiendo.

Los dos saborearam lo mousse de Maracujá. Carol fue la primera a terminar y quedó mirando para Roberto. Ella no escondía más su admiración, a punto de él percibir sus embestidas. Eso lo dejó más tranquilo, pero no lo impidió de ser discreto. No sabía exactamente lo que ella quería. Un paso errado y pondría todo a perder.

—De esa vez yo lavo la vajilla —insistió Roberto.

—Nada de eso. Deja que yo lavo.

—No vamos a discutir —Roberto levantó-si y recogió las copas. Carol quedó mirando para él, contrariada.

Desajeitadamente, él intentaba lavar las copas, pero era un desastre en la cocina hasta en esa simple tarea. Los talheres resbalaban-le de las manos y lo tilintar resonaba en medio al embarazoso silencio. Carol vino por tras, interpuso sus manos entre las de él y cogió una de las copas.

—ES simple lavar una copa como esa, pero es necesario paciencia —dijo ella, amablemente. —Con tranquila, deslice el casquillo sobre la copa, por toda el área, lentamente. Coja firme para no resbalar.

Ella cogió firmemente a mano de Roberto. Sus senos encostaram en la espalda de él. Roberto sintió-si eriçado y su cuerpo parecía estar en llamas. Cuando se volcó, encontró la boca de Carol mojada y cintilante. Los dos se miraron, leyeron uno al otro en una fracción de segundos que para ellos parecía una eternidad y súbitamente se beijaram.

Fueron para el cuarto e hicieron amor por dos horas. Sus cuerpos cansados estiraram-si sobre la cama bañados de sudor. Aún sonolento, Roberto escuchó el celular vibrar. Estiró el brazo y lo alcanzó de cima del mesita de noche. Había recibido un mensaje de Herbert. Era un mensaje corto, que decía: mañana a las 15h en el gabinete del concejal.

## Capítulo 29

Empujó la puerta atrás de sí con lo calcanhar. Volcó-si, buscando lo trinco. Decepcionado, yncontrou sólo un perno enferrujado. Soltó una plaga. Miró para el techo, esperando encontrar una lâmpada acesa. Había tres, sin embargo solamente una iluminaba débilmente lo fin del pasillo. El cuarto de baño estaría completamente oscuro si no fuera la luz venida del gran salón, cuyo facho alcanzaba exactamente donde estaba. Arriou las calzas e hizo lo que tenía que hacer.

Oyó pasos lentos y pesados. Una mano rude batió en una de las puertas, haciendo un estruendo. Siguió-si otro estruendo, aún más intenso. Él estiró el brazo y cogió la puerta. Un nuevo soco hizo un sonido abafado, siendo amortiguado por el brazo. Esperó una nueva pancada, pero los pasos prosiguieron pesados hasta el fin del pasillo.

Tardó mucho hasta el olor de orina y heces lleguen a su nariz. Tal vez ya hubieran llegado, pero su cerebro corrompido por el alcohol no puede ser capaz de interpretá-lo con la debida rapidez. Hizo una mueca, dio descarga y vistió-si desajeitadamente, dejando parte de la camisa para fuera.

Relanceou los ojos por el salón. Estaba apiñado para una tercera-feria. En el centro, las mesas estaban completamente ocupadas. Algunos jugaban barajo, otros entornavam botellas de cerveza. Los más reservados escogían las mesas de la esquina, oscuras y sucias. A los palavrões, embriagavam-si de cachaça. No había más espacio para él en las mesas, a menos que quisiera confrontar un viejo solitario para arrancá-lo de su asiento. Bien que desearía alguna emoción, pero nunca se sabía se había un cuchillo o uno revólver escondido dentro de la calza de uno de ellos para dar cabo definitivamente de suyo ímpeto aventureiro.

Embriagado y cambaleando muy, encontró una vacante en el mostrador. Jonas bocejou tan profundamente que pensó que iría a caer allí mismo. Lo barman lo fitou severamente, como si ya lo hubiera espionado desde que hube entrado en aquel bar. Era un hombre flaco, de cabellos ralos y barba oscura.

—Aún dispuesto a beber? —preguntó él, sin cualquier ánimo.

—No se espera una pregunta como esas de uno barman —respondió Jonas, languidamente. —Si mis cálculos no estén errados, ya pagué una semana de su trabajo. Entonces sea más educado.

—Lo que va a beber? —de esa vez ensaiou una sonrisa.

—Una cerveza vagabunda. Con certeza vale más que ese su sonrisa forzada.

Lo barman dio de hombros y volcó-si, enxugando un vaso. Jonas bajó la cabeza, deprimido. El alcohol hube comenzado a hacer efecto. Fue bombardeado por recuerdos melancólicos de un pasado reciente, más precisamente, pelas recordações del accidente.

Alguien se sentó al suyo lado. Él sintió un perfume femenino, suave e instigante. No necesitó levantar la cabeza para percibir que una bella mujer estaba a su lado cogiendo un vaso de Tequila. No quería conversar, y la simple mención de volcarse haría con que hubiera un cambio de mirar y un saludo, para él, inoportunas.

—Un hombre bonito que no quiere conversar —dijo ella, fitando el vaso de Tequila —Siempre tiene un tipo desales un día movido.

Jonas quedó en silencio y permaneció de cabeza baja. Pensó en Laura. Ella me gustaba usar los perfumes más caros y se divertía con su propia ironía. Por un momento, pensó que era ella quien estaba hablando.

Lo barman empujó el vaso de cerveza. Hizo de propósito para provocar confusión y evitar llamar la atención de Jonas. No quería más conversa con él. Hube Agotado-si la cota de humilhação por un día.

—Cerveza? Usted podría tomar en casa, viendo una película pornô. Sería más deprimente —ella continuaba a hablar, en un tono provocante.

La voz de ella era semejante a la de Laura. Jonas quería ouvi-la. Echaba en falta de esa voz. Ya se pasaron dos semanas desde el accidente. Laura permanecía en coma, y el silencio cada visita lo destruía lentamente.

—Va a necesitar de una carona. Pena que yo esté borracha demasiado para levá-lo para casa. Si fuera solteiro, haría un esfuerzo sólo para quitar una casquinha.

Jonas levantó la cabeza y tomó uno gole de cerveza. Su rostro estaba retraído y pálido; los cabellos, desgrehados.

—Creo que voy a buscar uno beco y dormir sobre sacos de basura. Hoy no es día de morir, aunque prefiriera borrar-me de vez.

Ambos si desataron en carcajadas. Débilmente, Jonas volcó-si para ella. Esbozó una sonrisa malicioso. Era realmente muy bonita, rubia de ojos fuertemente contornados y profundos, labios gruesos y rostro fino. Tenía el cuerpo esbelto, y lo decote mostraba el mejor de sus senos.

—No soy bonito, como puede ver. Soy un resto de hombre.

—Aún continúa bonito —retrucou ella, en un tono arrastrado. —Y crece mi interés al percibir que en condiciones normales debe ser muy más bello.

—Típica cantada de bar, pero de esa vez venida de una mujer —Jonas sonrió y tomó uno más gole de cerveza. —Horrible, simplemente horrible.

—Juegue esa orina fuera. Tome uno gole de Tequila.

La bella mujer empujó el vaso. Jonas examinó-lo y percibió que había marcas de batom. Quedaría sorprendido si no hubiera. Aquellos labios no eran verdaderamente voluminosos. Ganaron volumen gracias a muchas capas de batom. Dio de hombros y tomó uno gole.

—Mejoró —dijo él, soltando un rugido inesperado.

—Puede quedar mejor aún. Tengo un apartamento aquí cerca, con una botella esperando por nodos.

—Si usted sea solteira, la invitación hace-si tentador. Pero como puedo tener certeza?

—Una mujer bonita y casada buscando un caso en un bar como ese? Tiene muchos motivos para sospechar de mí —respondió ella, en tono de ironia.

—Podemos ir, pero no sé se seré capaz de hacer alguna cosa además de beber.

Ella sonrió de forma contenida. Parecía decepcionada, sin embargo hacía esfuerzo para no demostrar.

—Eso es lo que veremos...

Un hombre alto y fuerte cruzó el salón. Dio tapas en algunas mesas, haciendo muy confusión y arrancando miras atônitos de los frequentadores. Aproximó-si del mostrador, con el mirar astuto y decidido. Estaba enfurecido, su boca salivaba y sus puños estalavam nerviosamente. Lo barman sobressaltou-si, dejando el vaso vacío sobre el mostrador. La mujer volcó-si para él y lo reconoció inmediatamente.

—Carlos! Lo que está haciendo aquí?

—Viendo lo que mi mujer estaba haciendo —respondió él, rispídamente. Quedó parado delante de ella, fitando Jonas, que permanecía de culo.

—No soy su mujer hace muy tiempo. Falda de aquí ahora —ordenó ella.

—Veo que está acompañada. Quién es ese hijo de la madre?

—Aún no sé el nombre de él. Y no le debo satisfacciones.

Jonas no demostraba miedo. Oía todo aquello con mucha tranquila, intentando pensar en otras cosas. Por más que intentara, siempre volvía sus preocupaciones para Laura. Quería estar con ella, aún en aquel cuarto silencioso. Pero el dolor era muy grande. Ve-la definhar-si lentamente era sufrimiento demás, difícil de soportar.

—Faly alguna cosa, idiota! —esbravejou Carlos.

—Ya estoy de salida —dijo él, indiferente, ajeno.

La mujer lo encaró. Ella esperaba otra reacción: que Jonas enfrentara el hombre o al menos lo respondiera a la altura. No conseguía esconder la decepción. Hizo mención en alejarse. Lo barman percibió y soltó una rizada triunfal. Era la primera vez que veía un borracho huyendo de una pelea. El alcohol generalmente hacía hasta el más cobarde de los hombres en el más destemido.

—Era con ese hombre que pretendía pasar la noche? Ese cobarde? —inquirió Carlos, encarándolo.

—Claro que no —respondió ella, si deshaciendo de Jonas como si él

fuera lo más inútil de los hombres.

Y la se levantó y fue aunque, sin mirar para tras. Jonas a siguió con los ojos, pero no se mostraba sorprendido. “Fue mejor así”, pensó consigo aún.

—Y usted no estaba de salida? —preguntó Carlos, apuntando para la salida.

—No precisa mostrarme la salida, idiota.

—Lo que dijo?

—Cuál parte no entendió?

Lo barman notó el mirar de furia de Carlos.

—No quiero peleas por aquí, está bien?

—Quede callado, imbécil —reprende Carlos.

En ese instante, todas las atenciones volvieron-si para los dos. Una de las mesas inició las apuestas, que inmediatamente esparcieron-si para las otras. El hombre solitario fue el único que se mostró indiferente. Levantó-si desprentensiosamente y fue aunque.

—Usted debe ser sordo. Yo dijo que estaba de salida.

Carlos no esperó él terminar la frase. Aplicó-le uno soco cierto que lo hizo caer sobre el otro banco. Jonas cayó espalhafatosamente, batiendo el codo izquierdo contra el mostrador. El dolor fue tan lancinante que él praguejou.

Enfurecido, lo barman saltó del mostrador e intentó contener lo ímpeto de Carlos, que se preparaba para más golpes. Jonas intentó se recompor, evaluando el brazo izquierdo. El dolor era intenso, y él sospechaba de un desplazamiento.

Lo barman era más alto que Carlos, sin embargo menos musculoso. Aún así consiguió compeli-lo.

—Vá para casa. Si arreglar más encrenca, llamaré la policía.

La multitud hizo silencio. Sabían que a pelea no iría a proseguir, no dentro del bar.

Con la furia desvaneciéndose, Carlos dejó el bar. Para evitar un

encuentro del lado de fuera, lo barman indicó la salida de los fondos para Jonas.

Aún sintiendo mucho dolor, él atravesó la cocina y encontró a salida. Deparou-si con uno beco oscuro y malcheiroso. Cambaleando, siguió por la izquierda, vislumbrando la avenida iluminada. Podría coger uno taxi por allí y seguiría para el hospital. Había urgencia en examinar el brazo, quitar un rayo-x y, si necesario, hacer una cirugía. Sin embargo, torcía para que fuera sólo un desplazamiento. Si fuera algo más serio, no podría esconder a pelea en el bar por mucho tiempo. Su nombre podría salir en los periódicos y su carrera quedaría manchada, Dios sabe, por cuánto tiempo.

Siguió tropegamente por el beco, tropezando en sacos de basura y cocô de cachorro. En aquella altura, no importaba más. Estaba fedendo a alcohol y sus ropas estaban amarrotadas. Deseaba ir para casa, quitar-se las ropas y tomar un baño caliente y tardado, para olvidar aquella noche. Caería en la cama sin dificultades y bucearían en sueños donde su amada Laura hube despertado del coma. Ella estaría radiante como siempre, con los ojos brillantes a fitá-lo con la misma ternura de cuando se conocieron.

La noche era alta y pocos coches trafegavam por la avenida. Vez u otra la oscuridad era violada por los faróis de los vehículos siguiendo en alta velocidad, ignorando la señal roja de un barrio peligroso. No había muchos pedestres en aquel horario, con la salvedad de borrachos y prostitutas. Las damas de la noche cruzaban la calzada y seguían para el otro lado, siempre andando con suyas microssaias y blusas decotadas, de sonrisa fácil estampado en el rostro. Resistían a esa enfadonha rutina hasta el día amanecer, cuando retornaban para hoteles baratos para dormir hasta el caer de la noche.

Jonas no estaba preocupado con asaltos, aún sabiendo del riesgo que corría andando por aquel beco oscuro. Tenía algún dinero en la carteira, que haría la felicidad de cualquiera assaltante. Entregaría sin resistencia y no praguejaria se llevara una coronhada sin motivo. Él pondría la culpa en sí mismo y en cualquier uno que tuviera el mismo azar. A veces, las desdichas de la vida son consecuencia de nuestros propios actos, y eso era algo que él comenzó a creer desde el accidente. Estaba cansado demás para dirigir, aún así, confió en una falsa sensación de autoconfiança, o mejor, en una

arrogancia pretenciosa, en un ego que llevaría para el túmulo todos que amaba.

Jonas fue sorprendido con la sombra de un hombre cruzando lo beco. El extraño camin  en su dirección, de cabeza baja y cogiendo una botella de gotea. No podría identifica-lo ante la oscuridad, pero hube notado suya arqueadura y el tono de sus cabellos. Debería tener entre cincuenta y sesenta años.

El hombre par  delante de él. La botella aún estaba llena. Usaba uno paletó bege y una calza de memoria oscura. Cuando lo facho de luz de los far is de un camion penetró repentinamente lo beco, puede vislumbrar un tono azul oscuro, aunque Jonas no pudiera confiar en los propios ojos. Vio también reluzir un rostro enrugado y cansado.

—Yo lo vi all  en el bar —dijo el extraño, con la voz esganiçada.

—También lo vi. Usted estaba solo en una de las mesas y siquiera toc  en esa botella de gotea. Veo que aún está llena.

— ptimo observador —su voz ganó un tono acogedor. —Hoy es uno de aquellos días en que una buena gotea no consigue curar viejas heridas. Y no se puede reclamar de eso. No inventaron a gotea para ese propósito.

—Tiene razón.

Jonas examin  las fei  es del hombre. El extraño estaba en el bar cuando él llegó, salió poco antes, y all  estaba, en un beco oscuro, conversando con él como se fueran viejos amigos.

—Yo lo conozco? —pregunt  Jonas.

—Tal vez. Debo t -lo visto en un de esos periódicos. S  que es uno renomado médico que est  pasando por una fase ruim.

—Ni preciso preguntar como sabe de eso. Un médico renomado llenando la cara en un bar, con certeza, no revela una vida plenamente feliz —dijo con correcto conformismo.

—Y no hay razones para culparse, muchacho. Ya fui un gran abogado, aunque no parezca. Pasó por situaciones que pusieron mi razón en cheque. Luch  lo cuánto pude, pero fui derrotado. Puedo jugar esa botella aún llena en ese muro y ve-la estil ar-si sin ninguno remorso, pero no puedo

garantizar que mañana no esté con otra en la mano. En la situación en que estamos, no hay culpables.

—Solamente inocentes que pagan por nuestros errores.

—Tal vez. Pero esos inocentes entraron en nuestras vidas espontáneamente. Nadie las obligó. Las personas aún poseen libre arbitrio, muchacho.

Jonas parecía concordar con todo que aquel hombre hablaba, pero estaba impaciente.

—Lo que quiere de mí?

—Nada.

—Entonces puedo ir aunque?

—Cuando quiera, pero sé que no quiere.

—Por qué halla eso?

—Ora... Un hombre como usted, quiero decir, como nosotros, sólo entra en un bar porque está perdido, en búsqueda de respuestas. Pero es evidente que jamás encontraremos.

—Y usted tiene esas respuestas?

—No.

—Como imaginé.

Jonas pasó por el hombre y siguió para la calzada. El cielo ya ganaba contornos rubros y las estrellas desaparecían lentamente.

—Pero yo sé donde puede encontrarlas —gritó el hombre, haciendo Jonas detener-se.

...

La lluvia no volvió más, sin embargo el frío que quedó era cortante. Ana encostou-si en la pared, cuerpo encogido para protegerse. Agarró un suéter sobre la mesa y lo vistió, sin embargo nada que hiciera parecía aplacar el viento helado que encontraba camino en las brechas de la ventana. Oía el silbido de la chaleira en la cocina y lo ronco despreocupado de Mateus que dormía atrás de la mesa. Temía que él despertara atordoado y desale de cara

con ella, pálida y encogida, como uno cadáver que hubiera retornado de su túmulo.

En la cocina, Jonas retiró a chaleira del fuego y puso sobre la mesa. El té estaba terriblemente caliente. Llenó una cuenca con agua y a puso para enfriar un poco. Aunque hallara providencial un té caliente para amenizar el frío, no quería que Ana quemara la lengua.

Mientras el té enfriaba, él paró para pensar. Acordó-si de Sérgio. Si no estuviera engañado, intercambiaron palabras sólo dos veces, las más cordiales posibles. El descubrimiento de su muerte lo hacía pensar como a expiação podría venir sin aviso. No era su costumbre pensar sobre eso. Lidava con la tragedia todos los días, y encaraba como algo normal, sin embargo el tiempo en que quedó alejado de los hospitales lo hizo encarar la muerte de forma más humana y lógicamente natural.

Encontró dos xícaras en medio a las vajillas esparcidas. Colocó a chaleira sobre la bandeja y siguió para la consulta. Cuando se deparou con Ana, tomó uno susto. Su rostro estaba cadavérico, tan pálido que conseguía ver sus venas finas. Ella temblaba copiosamente escondida bajo los cobertores.

—Donde están mis modos. Debería haber encendido una hoguera para usted. Mira como está congelando.

—No se preocupe conmigo. Quedaré bien —dijo ella, batiendo lo quejo y encogiéndose aún más.

—Espero que sí. Está muy pálida, casi al punto de una hipotermia. Espero que esté realmente bien.

Jonas ofertó-le una xicara de té caliente. Con las manos trêmulas, ella la cogió y tomó uno gole. Parecía aliviada.

—Estaba aún necesitando.

—Beba más. Voy a encender la chimenea para aquecê-la.

Ana asintió. Jonas juntó leña e hizo una pequeña hoguera, que tardou a ganar brasa a causa de la humedad. Mateus despertó al primero crepitar. Saltó de la cama con los ojos arregalados y ruborizou-si al batir los ojos en Ana.

—buen día, Ana —dijo él, gaguejando. —Disculpe por estar vestido

así. No sabía que usted estaba aquí.

—Todo bien, no se incomode con eso.

La hoguera alivió el frío. Ana comenzó a corar-si, y sus ojos readquiriram el suyo brillo peculiar. Desajeitado, Mateus fue para el cuarto, bajo el mirar severos de Jonas.

—Tenía me olvidado de él. Espero no tê-la dejado constringida.

—Ni un poco —retorquiu ella. —No soy tan inocente cuanto imagina. En un lugar como esos, una mujer hace-si más curiosa que de costumbre. Ya vi muchos hombres pelados en la laguna.

Jonas sonrió, pero no escondió su posterior torpor. Intentó cambiar de asunto, notando la vergüenza brotar dla faz de Ana.

—Usted va a volver para la iglesia?

—Creo que no. Aún si yo quisiera, no sería una buena idea encare lo pastor tras el que aconteció, aunque él sea el culpable por todo que aconteció.

—No creo que él sea culpado de alguna cosa. Hicimos algo que contraría los principios del vilarejo. Él, como miembro del consejo de anciões y hombre influyente, tiene el derecho de nos reprender.

—Tener ese derecho no lo permite en los tratar de aquella forma — Ana lo encaró con los ojos cargados de ternura —Jonas, sé que puede estar culpándose ahora tras el que él habló, pero no debe llevar eso a serio. Hicimos por una única razón: los dos aceptaron. Hubo mutuo consentimiento.

Jonas dio la vuelta en la mesa y se sentó, cogiendo la taza. Estaba pensativo.

—No me siento culpable pelo que hubo en la laguna, pero sí pelo que él dijo sobre la terrible catástrofe que se abate sobre lo vilarejo. Sin medir las palabras, dijo que esas muertes vinieron tras mi llegada, y él tiene razón — tomó uno gole de té y fitou la hoguera, que bruxuleava lentamente. —Nunca le conté el verdadero motivo por la cual decidí vivir aquí —él hizo una breve pausa, intentando escoger las palabras —Cuando trabajaba en el hospital, llegué en un punto en que no quería más dar noticias ruins a los parientes de mis pacientes, entonces yo mandaba uno de mis compañeros avisá-los. Sentía-me apenas por eso, un cobarde, sin embargo hallaba mejor.

“Cierta vez operé un chico de diez años. La madre había perdido el marido pocos meses, y el niño poseía un tumor en el cerebro que requería una delicada cirugía. Hice todo que estaba al mío alcance, pero él no resistió. No tuve coraje de enviar otra persona en mi lugar para avisar la madre. Sería monstruoso de mi parte. Entonces reuní coraje y fui hablar con ella.

Era una mujer de cuarenta años. Estaba arrodillada y cogía un terciopelo. Tímidamente aproximé-me de ella. Ella se volcó y me encaró con los ojos marejados. Notó la congoja en mi faz; sin embargo, tragó en seco y esperó yo hablar. Cuando di la noticia, pensé que ella iría a desmayar o caer en llantos sobre mí, sin embargo fui sorprendido con suyo súbito conformismo. Ella sólo cogió mis manos contra las de ella y dijo: “Si estuviera culpándose por eso, pido, por el amor de Dios, pare! Si tenía alguien en ese hospital que podría hacer alguna cosa por él era el señor, y tengo certeza que hizo todo que Dios, en su buena gana, le permitiría. Las personas van a continuar muriendo, doctor. Puede salvar algunas vidas, pero otras expiarão. Sólo pido que no desista. Sea fuerte como yo estoy siendo.”

“Yo tengo una esposa. Sé que debería tenerle contado antes, pero creo que esa sea la mejor hora. No me juzgue hasta yo terminar. Nunca fue mi intención engañarla. Todo aconteció tan depressa que no pude evaluar, de forma sóbria, mis acciones. Pues bien, nós sufrimos un grave accidente de coche. Ella sobrevivió, sin embargo, sufrió una grave lesión en el cerebro. No pude operá-la, pues había acabado de recuperarme de las heridas. Infelizmente yla entró en coma”

“Culpé-me por mucho tiempo. Busquei respuestas para lo que aconteció y como conseguir librarme de ese dolor que me consumía. Havia perdido las esperanzas. Vivía en bares para amenizar el sufrimiento, aún sabiendo que el día siguiente el dolor volvería aún más fuerte.”

“Tras pasar más una noche en bares, sin cualquier perspectiva en la vida, encontré un hombre misterioso —o él me encontró, no sé al correcto. Él no resolvió mis problemas, de hecho, nadie sería capaz de resolvê-los, pero él me mostró una luz en el fin del túnel. Fue él quién me indicó este lugar.”

“Aquella pobre madre había me quitado un peso de la espalda. Aún viendo mi esposa morir lentamente, había me conformado con la idea de no poder controlar todo, de aceptar la muerte como algo natural. Pero esas tres

muertes me mostraron que estaba engañado. De alguna forma, soy responsable por esas tragedias y puedo pôr fin a todo eso.

—Alguien está intentando incriminá-lo —objetou Ana. —Pero no consigo hallar una razón para eso. Tal vez envidia... No, rechazo-me a creer que sea ese el motivo —Ana levantó-si y caminó por la consulta. —Abdias y el pastor Gerônimo serían los únicos a incomodarse con su presencia. Sin embargo, no consigo enxergá-los como asesinos.

—A menos que otra persona esté envuelta —dijo Jonas, frunciendo a prueba. Alguien por encima de cualquier sospecha.

—Sospecha de que otra persona, tal vez a mando del pastor, esté por detrás de las muertes?

—No a mando del pastor. Puede estar actuando solo. Y creo que esté mantando por otra razón, pero encontró en mí el chivo expiatorio perfecto. Por eso necesito ir aunque.

—El asesino puede hasta contenerse con su salida por algún tiempo, pero nada garantiza que no vuelva a matar. Huir no es la mejor solución en el momento.

La campana comenzó a tocar a los primeros rayos de sol. Las badaladas repentinas hicieron Jonas estremecer. Ana lo fitou sobressaltada. Los dos se entreolharam por algunos segundos. Era el anuncio de la muerte de Sérgio, más una en el vilarejo. El pánico hube instalado de vez. Tras una breve pausa, volvió a tocar, más estridente y perturbador. Un coro de voces asustadas ergueu-si de la alameda. Sussurros, gemidos y gritos ressoaram por la consulta. Sin embargo, un sonido diferente llamó la atención de Jonas.

—Quede en silencio —murmuró Jonas, fitando la puerta.

—Lo que hubo?

—Tiene alguien nos espiando.



## Capítulo 30

Carol cogió firme la mano de Roberto. Sus ojos estaban más radiantes y su expresión había perdido el tono de cansancio y preocupación. Miraba suplicante para él, con los labios comprimidos. Bajo aquel jersey de seda batía un corazón inquieto y enamorado, que bradava en su propio lenguaje la compañía de su amado.

—Usted dijo que la audiencia con el Concejal sería a las 15h. Por qué está con tanta prisa?

—Necesito ir a la comisaría —dijo él, en un tono desanimado.

Era evidente que Roberto no quería salir de aquella cama. Hay muito lo no sentía tamanha afinidade por una mujer. Quería continuar con Carol, exaltarla y admirarla mientras tuviera fuerzas. De repente, el trabajo perdía prioridad en su vida. Era cómo se hubiera vuelto veinte años, cuando la escuela no era tan esencial y podría matar clase cuando bien entendiera. Pero lo senso de responsabilidad era lo “diabinho” disfrazado de ángel para tirá-lo de su estado de éxtasis.

—Hay algunas fotografías de las víctimas que necesito llevar para intentar sensibilizar el Concejal si haya resistencia en hablar sobre lo hijo.

—Si él aceptó la audiencia, tal vez sea exactamente el contrario. ES posible que él quiera romper el silencio para, quien sabe, salvá-lo. Supongo que esté en peligro por haber se envuelto en esa secta, o sea allá lo que sea aquella iglesia del Diablo.

—Espero que esté correcta.

Roberto saltó de la cama y fue para el cuarto de baño. Mientras el agua helada descendía-le por el cuerpo, pensó en el que Carol había dicho. Si el Concejal no enxergasse que su hijo corría peligro y desistiera de colaborar con las investigaciones, podría usar tal pretexto para pressioná-lo. De toda forma, la idea no era mala. Carol era realmente una mujer increíble. Sentía orgullo de ella y de sí aún por haber conseguido conquistá-la.

Pensó que ella lo acompañaría en el baño, pero Carol permaneció

acostada leyendo un libro. Por la puerta entreabierta, vio-a concentrada en la lectura, el rostro poco borrado por la maquiagem y los ojos desprovistos de olheiras. La tensión de antes había desaparecido, y eso lo animó. Roberto quería que ella se sintiera más a la gana y que la investigación no a afectara tanto. Tenía la intención de lleva-la para la comisaría, sin embargo habría lo debido cuidado de evitar que ella viera las fotos de las otras víctimas. Después seguirían juntos a un restaurante y, enseguida, para la Cámara de Concejales.

Mientras ella tomaba baño, el celular de Roberto tocó. Había llegado un mensaje de un número desconocido. Él esperó la voz de Carol interponiéndose al sonido del chuveiro, pero nada oyó. Menos apenas. No quería alarmá-la con un mensaje misterioso. Abrió-a, esperando que fuera de Herbert o de alguien del departamento de policía. Pero sería esperar demás. Era como si una voz le dijera que era el sospechoso queriendo jugar. Estaba escrito “Está llegando muy cerca, policial. Mejor llevar su amiguinha. Ella estará más coge con usted”.

Era un mensaje corto y amenazadora. Roberto sabía que Carol no estaba más coge en casa. Hube Descartado también la idea de requisitar un compañero de la corporación para hacer su guardia. Ningún hombre, por más preparado, sería capaz de mantê-la a salvo de aquel maníaco que parecía prever cada uno de sus pasos. Era una idea paranoica, sin embargo fuera de discusión. Carol iría con él. Bajo su guardia estaría más segura.

Ella salió del cuarto de baño bobinada en una toalla. Los cabellos mojados escurrían sobre el hombro húmedo. Por poco, Carol capitara la expresión tensa de Roberto. Rápidamente él se convirtió en un hombre sin preocupaciones, con la sonrisa de quien estaba preparándose para a pescaría.

—Mientras usted se arruma, haré algunas conexiones —dijo Roberto, buscando algunos números en la agenda del celular. —Usted va conmigo a la comisaría.

...

Era una sexta-feria de poco movimiento en la comisaría. Herbert había pedido un día de folga, pero tomó cuidado de dejar las fotografías listas en la gaveta de Roberto. Él encontró lo envelope lacrado en la tercera gaveta, sin

cualquier inscripción. Carol estaba a su lado, razón por la cual Roberto prefirió no el abrir. No era necesario. Él tenía conocimiento de todas las fotografías del caso, y Herbert sabía exactamente de cuáles él necesitaba.

Evitando tocar en el asunto de las fotos, Roberto retornó a la elección del restaurante.

—Tiene un excelente restaurante en la esquina de la Av. Portugal, con rodízio y música en vivo. Pero si usted preferir un lugar discreto y de buena comida, conozco uno que queda del otro lado de la ciudad. Recomiendo la segunda opción. La comida es buena y no llegaremos pronto demasiado.

—Por mí todo bien. No soy muy criteriosa con la elección de restaurantes. Además de eso, no tengo hambre.

Carol notó en la mesa de Roberto. Estaba bien organizada, carpetas de un lado y papeis del otro. Había una foto de una señora que aparentava ser su madre, tenía cabellos blancos y una sonrisa jovial. Parecía ser simpática.

—Entonces vamos. Estoy hambriento.

...

Aún no era el horario de “Rush”. La avenida principal fluía con cierta facilidad en los dos sentidos. Hacía frío, pero suportável hasta aquel momento. Roberto no tenía prisa, a pesar del hambre que sentía. Dirigía en la velocidad de la vía, a veces, reduciendo 10km/h. Él también era organizado el tiempo, regulando sus horarios para no llegar ni muy pronto, ni muy tarde. A veces daba vueltas en el quarteirão para llegar en el horario.

—Puede mostrarme las fotos se quiera. Para mí no tiene problema —dijo Carol, fitando lo envelope con una expresión seria.

Roberto sorprendió-si con el tono de voz de Carol. No estaba preparado para responder. Quedó callado por algunos segundos, tamborilando el volante.

—Puedo mostrar para usted, pero creo que no sea una buena idea en el momento. A menos que usted tenga estómago fuerte.

—Ya estoy sin appetite mismo, no va a hacer diferencia.

—Quede a la gana. Si quisiera vomitar, sólo me avise —dijo él,

esbozando una sonrisa.

Demostrando cierta frialdad, Carol retiró las fotos del envelope. La primera era de una moça con aproximadamente veinte años, cabellos pelirrojos y rostro intumescido. Tenía una perforación abajo del ojo izquierdo cuya sangre escorreu hasta el cuello. El ojo derecho estaba entreaberto, y la boca dejaba una brecha en el mismo lado, mostrando los dientes blancos y cerrados.

Carol suspiró. No fue una reacción de repulsa, pero una preparación para ver las otras fotos. La segunda era de la misma moça, sin embargo fotografiada de otro ángulo, mostrando el cuerpo desnudo de la cintura para abajo. Había sêmen en las cochas y entre los dedos de la mano derecha.

Ella hizo una mueca y siguió para la prójima foto, de una mujer un poco más vieja, tal vez, cuatro años. Tenía cabellos compridos y oscuros, la piel blanca y las cejas diseñadas. No había heridas en el rostro, sin embargo, luego abajo del cuello, era posible enxergar un corte de 4cm. Como en la primera víctima, la herida sangrou profusamente, manchando a blusa amarilla.

—No sabemos exactamente lo que el asesino usó para provocar las heridas. La pericia apunta que puede haber sido usado uno bisturi. Sin embargo, sería necesaria una habilidad inusual para provocar heridas tan mortales —dijo Roberto, sin quitar la concentración del volante.

—Él hizo el mismo con Madeline? —inquieru ella, intentando contener lo lloro.

—Con Madeline fue diferente. En las otras víctimas fueron pocas heridas. Ella no tuvo la misma suerte, se puedo usar aún esa expresión para alguien que fue asesinado. Fueron en total veintidós heridas, siendo ocho en la cabeza y catorce por el cuerpo —Roberto si sintió como un coche desgovernado derrapando en los excesivos detalles sobre la muerte de Madeline.

—Nuestra... —murmuró ella. —Como alguien puede ser tan cruel?

—Yo paré de hacerme esa pregunta en mi segunda investigación, poco tiempo tras entrar para la policía. Las personas son capaces de crueldades aún peores, puede creer. Ni por eso ese asesino deja de ser menos

piadoso. Ninguna de las víctimas tuvo oportunidad de defensa.

Viendo las fotos, Carol intentó sentir el mismo dolor por la cual Madeline hubo pasado. Cerró bien los ojos e intentó sentir cada golpe, el dolor lancinante de la cuchilla rasgando-le la carne. Intentó oír los gritos, las súplicas, lo lloro desesperado de quienes estaba prestes a perder la vida.

—Valle aún la pena arriesgar suya vida para encontrar el asesino? — preguntó ella, tras abrir los ojos.

Roberto quedó en silencio. Era una pregunta realmente difícil de responder, aún para un policía experto. Arriesgó la propia vida tantas veces que hubo perdido el miedo de morir hace muy tiempo.

—Un policía no piensa en esas cosas. Pero su pregunta no se refiere solamente a mí. Implícitamente incluiu a sí misma. Eso me deja temeroso en cuanto a su seguridad. Si siente aunque corre peligro, puedo dar uno jeito.

—Si piensa en mandarme de vuelta para casa, repito, está fuera de cogitação.

—Refiero-me a un programa de protección la testigos. Você no sería aprobada por no haber presenciado el asesinato, pero puedo conseguir una liberação especial. Tengo algunos contactos que me serán útiles para arreglar una vacante.

—Y quedar reclusa sin poder recibir nadie, como una prisionera?

—Yo podré visitá-la. Arranjarei algunas visitas para su padre, pero usted permanecerá en el programa hasta prender el asesino.

Carol devolvió las fotos para lo envelope. Había visto sangre demás, y la conversación sobre el programa de protección la testigos a dejó bastante contrariada.

—No va a acontecer nada conmigo mientras esté a su lado, o estoy engañada?

—Claro que conmigo estará protegida, pero...

—Sin “pero”. No tocaremos más en ese asunto.

Ambos quedaron en silencio, que sólo fue roto tras el almuerzo.

Llegaron cinco minutos antes del horario. Tuvieron tiempo de ver los

retratos en el pasillo de la Cámara de los Concejales, de figuras ilustres que pasaron por allí.

Una moça bien trajada, con los cabellos prendidos y una falda corta hube atendido-los con demasiada cortesía.

—El Concejal está aguardando los señores en su sala. Por gentileza, me acompañen.

Siguieron la secretaria hasta una sala que quedaba en el fin del pasillo. Ella entró primero, permaneció por algunos segundos, después salió.

—Pueden entrar.

Roberto fue en el frente. Había dos sillas puestas delante de una mesa espaçosa hecha de mogno. Un señor de cincuenta años folheava un periódico sossegadamente. Tenía cabellos cortos y grisalhos, una boca de labios comprimidos y un mirar cansado.

—Sienten-si, por favor —dijo él, doblando el periódico.

Carol vislumbrou la sala espaçosa, con varios cuadros que iban desde paisajes exóticas a temas religiosos. Al lado de la mesa, había una bancada pequeña con una cafeteira y algunas tazas.

—Aceptan café?

—No, gracias —respondió Roberto, fitando-lo.

—Tampoco —enmendó Carol.

El concejal Freitas fitou-los con curiosidad. Había mucha compatibilidad entre los dos visitantes, y eso lo dejaba intrigado.

—Que bueno que vino. No esperaba la presencia de esta joven tan bonita.

—Yspero que no haya problema.

—Absolutamente —entonó él, notando una posible indelicadeza de su parte. —No medite una cosa desalas.

—Que bueno.

Carol sintió-si constringida con lo ímpeto de Roberto. El Concejal parecía ser un hombre educado, y no había motivos para Roberto ser tan

ríspido.

—Ser político tiene allá sus ventajas, mi caro investigador. Tengo muchos contactos en la policía y en otros sectores de mi interés. Obtuve tan inmediatamente figuró en el informe la información de que mi hijo fue considerado sospechoso pelo asesinato de aquellas pobres mujeres —él se levantó y puso uno charuto en la boca. —Quedé preocupado, pero no piense que el motivo de mi preocupación sea político. Por Dios, soy un hombre que pesa bien sus prioridades. Mi familia viene siempre en primer lugar. Si por cualquier razón perder mi cargo, tengo mis inversiones, creaciones de gado y una red de supermercados. Ora, no fue el dinero que me trajo hasta aquí. Tengo visión y mi mente está borbollando de ideas para ayudar nuestro pueblo.

—Como quedó sabiendo? —inquirió Roberto, reconociendo suya rispidez y maneirando el tono de voz.

—Eso no importa. No considere como fuga. Siquiera tengo los detalles más superficiales de esta investigación. La menos que hubiera alguna forma de ayudar, sería irrelevante sabe-los. Pero como envuelve mi hijo, necesité tomar conocimiento. Fue necesario y de eso el señor no puede negar.

—Quedaría sabiendo de cualquier forma. Si hubiéramos interrogado su hijo, usted tomaría conocimiento.

—Por este medio sería imposible. Mi hijo está muerto.

Roberto quedó aturdido. Volcó-si para Carol sin saber lo que decir. Ella no parecía sorprendida.

—Yo no sabía —balbuciou él —Míos sinceros pêsames.

—Fue hace cuatro meses. No lo censuro por no saber de eso. Ni lo más pesimista podría creer que un joven de la edad de él, lleno de vida, sería detenido por la muerte.

—Entonces por qué aceptó en los recibir?

—Hice una breve introducción sobre el motivo, si no percibió. Soy un hombre que se preocupa con la familia. El hecho de mi chico estar muerto no quiere decir que yo deba ser displicente con su memoria. Marcos es inocente, y con la misma intensidad, puedo afirmar que él no tiene cualquier conexión

con las muertes de aquellas mujeres.

—Con todo respeto, pero preciso de muy más del que simples afirmaciones sobre la inocencia de su hijo.

—Eso es yvidente. Por eso, acepté recibe-los. Tengo informaciones que les serán útiles y, a la vez, corroborarão con lo que dijo —dio la vuelta en la silla y sentó-si nuevamente. —Al contrario del que se piensa, mi hijo no es el líder de la Iglesia del Diablo. Siquiera era el miembro más antiguo. Tengo pruebas de que él vivió por cinco años en Francia y volvió hace poco más de dos años. La Iglesia del Diablo existe hace veinticinco años.

—Como sabe de eso?

—Tengo contactos. Marcos nunca me habló de esa iglesia. Aún atento a todo que él hacía, nunca sospeché. Pero tras su muerte, tuve el cuidado de investigar lo que él andaba haciendo los últimos meses. Descubrí que él estaba usando drogas y formó parte de esa Iglesia por casi dos años. Uno de mis contactos me confidenciou que él quería salir, pero el verdadero líder lo amenazó de muerte. Fue entonces que él pasó a quedar más tiempo en casa y usar drogas. Yo percibí de inmediato, intenté aproximarme, sin embargo no obtuve éxito. Las drogas lo mataron con una inesperada rapidez.

—Eso prueba que él era inocente, pero no sé como esas informaciones pueden ayudarnos.

—Como usted sabe, la Iglesia sufrió un incendio y no pudo ser reconstruida. Puede estar imaginando que no restó más nada para investigar, y sabiendo ahora que mi hijo es inocente, quedó sin sospechosos para interrogar.

—Tenemos más algunos nombres en que estamos trabajando — retrucou Roberto.

—Miembros de la iglesia, yo presumo. Una pérdida de tiempo que puede ser fatal.

Roberto quedó en silencio. No sabía donde él quería llegar con aquella conversación.

—Entonces perdemos nuestro tiempo —dijo Roberto, volviendo al tono ríspido. —Vamos aunque.

Levantó-si y miró para Carol. Ella también se levantó y lo acompañó hasta la puerta. Cuando Roberto tocó a maçaneta, el Concejal dijo, en tono grave:

—Y si yo diga que la Iglesia del Diablo no cerró las puertas y que sé donde lo verdadero líder está?

## Capítulo 31

Era una confusión seca, como si alguien estuviera pisando sobre cascalhos. Una leve batida en la pared sonó como un estruendo para Ana. Sus ojos arregalados y los labios comprimidos mostraban lo cuánto ella estaba tensa y aterrada.

Más tranquilo, sin embargo no menos alerta, Jonas siguió los pasos, que rodeaban a cabana. Una sombra indefinida penetraba por las frestas, desapareciendo tan rápido cuánto surgía.

—Lo que vamos a hacer? —sussurrou Ana.

—Necesitamos mantener la tranquila. Sea allá quién sea, no tiene la intención de invadir. Está sólo espionando.

—Con que propósito?

—No sé.

Los dos intercambiaban sussurros mientras seguían la sombra. Sus ojos arregalados y atentos barrían el pequeño cómodo, como se estuvieran acompañando los rápidos movimientos de un ratón.

—Hay muchas personas allá fuera. No es posible que nadie haya percibido.

—Yo no quedaría sorprendida. Cuando están en cortejo, quedan ajenos a cualquier cosa que acontece alrededor.

Jonas a fitou con censura. Él tenía costumbres diferentes, y aunque concordara con ella, sabía que Ana era uno de ellos y tendría el mismo comportamiento. Pero no quería entrar en la cuestión para no generar una pelea innecesaria. En vez de eso, pensaba en una forma de coger el espía y fazê-lo hablar.

Las voces que ecoavam pela alameda sumían al pasar por la parte alta, rumbo a la iglesia. Jonas hizo señal para que Ana quedara en el cuarto, pero ella no entendió.

—Quiero que quede aquí —ordenó él.

—Lo que va a hacer?

Él no respondió. Acechó el espía por una brecha mayor en la ventana, viendo-lo contornar a cabana más una vez. Con cuidado, abrió la puerta, sintiendo en la espina lo rangido de las dobradiças enferrujadas. Ana intentó coger su mano, pero Jonas hizo señal nuevamente para quedar en el cuarto.

—Tenga cuidado —suplicou ella.

A alameda estaba vacía. Algunos vuelca-amplias rodeaban las casas en búsqueda de comida, y niños jugueteaban despreocupadas en la puerta de las cabanas. Jonas siguió para el otro lado, esperando sorprender el espía. Cuando volcó por primera vez para la izquierda, vio un hombre reclinando-si asombrado y disparando a correr rumbo la floresta. Él comenzó a perseguí-lo, teniendo dificultades para acompaña-lo. Era un hombre muy rápido, que usaba bermuda y una camisa rasgada.

Faltaba-le aliento, pero estaba obstinado. Quería coger el espía por qué sabía que él tenía algo de importante para decir. La extraña não estaba espionando sin ton ni son. “Pero a mando de quién?”, Jonas se preguntaba.

No había tiempo para pensar en el que hacer si lo cogiera. La carrera hacía-si cada vez más frenética a medida que alcanzaban la parte baja de la floresta. Lo mato alto dificultaba cada salto. Por veces era necesario divisar la vegetación en búsqueda de una ruta con menos obstáculos. Quién consiguiera trilhar la floresta en un trayecto más retilíneo ganaba ventaja. En ese punto Jonas parecía encontrar más facilidad. Acortó la distancia hasta tal punto que conseguía escuchar la respiración entrecortada del espía.

—Pare ay mismo! —ordenó Jonas, casi sin fuerzas para hablar.

El extraño no le dio oídos. Continuó corriendo sin mucho control del propio trayecto. Casi cayó al topar con gravetos esparcidos en el suelo. Cambaleou de ojos arregalados viendo el suelo aproximarse como un demonio de largas garras. Cuando se reequilibró, miró para tras y vio Jonas aproximarse con rapidez. Un sudor frío escorreu-le por el cuello. No conseguía enxergar lo que había su frente. Pisó en tantos agujeros que sus piernas comenzaron a doler.

Jonas oíu el sonido de caídas d’agua. Apresuró los pasos al ver que el espía disminuía el ritmo. El aire quedaba cada vez más helado y los árboles

disminuían al largo del recorrido. Escuchó una voz en su mente, una suplica pidiendo para parar allí mismo, para no continuar porque era peligroso. Pero él no quería desistir. Estaba muy cerca.

Más una vez gritó para el extraño:

—Pare! No tiene para donde escapar.

El extraño paró y volcó-si para él. Era un hombre en la casa de los cuarenta años, barbudo y con olheiras bien nítidas. Estaba con las manos desnudas. Levantó-las para mostrar que no estaba armado. Atrás de él, había una caída d'agua de ochenta metros.

—No voy a hacerle apenas. Vamos a conversar —dijo Jonas, de forma blanda.

—Halla aunque soy tan idiota? —dio un paso para tras.

—Quede donde está, no cometa una locura.

Sonriendo, el espía continuó dando pasos para tras, pisando en gravetos y hojas secas. Jonas fue en su dirección sin movimientos bruscos. Seguía-se los pasos con el mirar atento y discreto, como si una simple parpadeada fuera necesaria para fazê-lo jugarse sobre las rocas.

Los dos quedaron en ese juego por casi un minuto en silencio, fitando-si. La misma voz volvió a la mente de Jonas en un tono de mayor advertencia. De repente el espía se volcó y dio un salto en el inmenso vacío, yendo de encuentro a las aguas heladas. Jonas hesitó. La voz, de alguna forma, previó lo que iría a acontecer, y las advertencias eran necesarias para resguardá-lo de una posible tragedia. Aún así, él tomó coraje y también saltó.

...

El cielo perdía el tono ceniza y retomaba su característico azul. A neblina se disipaba, desnudando las verdejantes colinas. El clima fúnebre recogía-si para dentro de la iglesia, dejando lo vilarejo con apariencia de normalidad. Si había alguna fuerza maligna actuando en aquel lugar, resolvió aportar-si en otras paragens.

Cuando Elisa respiró aire fresco e inclinó el rostro para fitar el cielo azulado, sintió como si una carga de angustia y preocupación desapareciera milagrosamente. Pero no duró mucho. Sus pensamientos volvieron-si para lo que hube acabado de ocurrir. No había salido de la iglesia para respirar, aunque haya quedado aliviada de tê-lo hecho. Necesitaba buscar ayuda, y no conseguía pensar en alguien mejor del que Jonas. Pensaba en él como la salida para todos sus problemas, como se Jonas fuera capaz de realizar milagros antes posibles sólo para su Dios. Cuando pensaba en eso, sentía-si aún más enamorada; pero, a la vez, deprimida porque sabía que él estaba con Ana, intercambiando sonrisas y caricias.

Descendió a alameda, indecisa, ora determinada, ora receosa. Elisa quería que fuera una misión solamente de los dos, que Ana quedara el más lejos posible. El tiempo que quedarían solos, aunque no intercambiaran una palabra, sería inesquecível. Sin embargo, Ana sería relutante. Ella jamás aceptaría que los dos quedaran solos. El compromiso que Ana firmó con Jonas, aunque no fuera oficial, era más fuerte que una mera amistad.

Elisa estaría dispuesta a pelear se al menos soñara con un amor correspondido. Hube Notado que Jonas a miraba diferente, pero era un vestigio ínfimo demás para agarrarse a cualquier esperanza. Necesitaba de algo más, oír palabras dulces o tocar-se los labios para sentir el calor de un amor floreciendo.

Ella paró delante de la puerta de la consulta, manos cruzadas sobre el vientre, respiración ofegante, ensaiando lo que iría a decir, previendo las expresiones de Ana y su postura combativa. Pocas veces hube temblado delante de una situación. Normalmente mantenía la rigidez e imponência tan admirables. Los fieles tenían correcta devoção por ella. No era una mujer que se sacudía con facilidad. Las personas tienden a sentirse seguras cuando tienen alguien de pulso firme y comportamiento inabalável al frente de ellas. Si a vieran entonces en aquel estado, no a reconocerían y pensarían dos veces antes de confiar-le sus problemas.

Batió a la porta dos veces, batidas tan tímidas y sequías que siquiera creía que Jonas tendría oído. La puerta se abrió con uno rangido, y la sombra de Ana se proyectó sobre ella. Las dos se miraron como dos extrañas. Una esperó la otra hablar hasta que Ana tomó el frente.

—Lo que usted quiere? —inquirió, en un tono melancólico.

—Necesito hablar con Jonas.

—Él no está.

Elisa ya esperaba aquella respuesta. Para ella, era obvio que Jonas estaba en casa, y Ana haría de todo para escondê-lo de ella y de cualquier mujer que demostrara algún interés por él.

—Necesito hablar con él. ES urgente —reforzó Elisa.

—Ya le dijo, él no está.

Sin pensar dos veces, Elisa interponer-si entre Ana y la puerta y consiguió entrar. Barrió los ojos por la consulta en búsqueda de Jonas. Siguió para el cuarto, bajo protestas de Ana.

—Quién usted piensa que es para entrar así? —bradou ella.

—Su hermana más vieja, quiera o no —respondió con seguridad, aún buscando por Jonas.

—ES evidente que ya lo habría encontrado si él estuviera ahí.

—Donde él está?

Ana quedó en silencio. Bajó la cabeza, intentando arreglar una disculpa para la súbita fuga de Jonas, para su cacería al extraño que estaba espionando-los. Pero al oír Elisa con la voz tan severa, acordó-si de la hermana más vieja que siempre le daba sermones cuando hacía algo de errado. Por más que quisiera levantar la voz, no conseguía. Siempre será la hermana más nueva que oía todo callada.

—Había un extraño nos espionando ahora cedo. Jonas fue atrás de él. Los dos embrenharam-si por la floresta rumbo la cascada —respondió Ana, aún de cabeza baja.

—Por qué ese extraño estaba espionando vosotros? Realmente no lo reconoció?

—No pude ve-lo, pero tengo certeza de que no era alguien del vilarejo.

—Si no pudo ve-lo, como puede tener certeza? —Elisa estaba más

inquieta, andando de un lado para el otro. —Necesitamos encontrá-lo inmediatamente.

—Lo que hubo? Aconteció alguna cosa —Ana consiguió fitá-la, demostrando preocupación.

—Yo no vine hasta aquí simplemente para ve-lo, como usted debe haber pensado. Vine a buscar ayuda. Vanessa y su hijo desaparecieron.

...

Jonas ofegava delante del cuerpo del espía. Aquella voz no lo hube abandonado, y él sabía que era de Laura.

“Por qué hizo eso? Usted no puede morir, no de forma tan estúpida.”

Había estirado el extraño hasta el margen del río. El espía no respiraba, llevando Jonas a realizar massagens cardíacas sucesivas para intentar reanimá-lo. El frío y el cuerpo mojado lo hacían temblar copiosamente. No conseguía mantener el control sobre el propio cuerpo.

Golpeó el pecho del espía en la esperanza de trazê-lo de vuelta. Jonas estaba desesperado, pero su intención no era salvar una vida, pero sí descubrir quién hube mandado aquel extraño para espioná-lo y por quê. Si él muriera, la verdad morreria con él.

Viendo que sus acciones desesperadas no surtiam efecto, partió para medidas extremas. Con las dos manos, golpeó-le el pecho esperando que el corazón volviera a batir. Llenó-le el pulmón de aire y volvió a socá-lo tan fuerte que sus puños comenzaron a doler. Cuando era paramédico, vio esa escena varias veces, de personas intentando desesperadamente resucitar sus entes queridos cuando no había más nada a hacer.

“Yo no estoy muerta, querido, pero él está”, la voz vino como uno lamento en su mente.

—Él aún no murió —retrucou Jonas, como que para sí aún.

“Entonces me salve. Deje-el morir. Dejad todos mueran. Usted no los conoce. En cuanto a mí, aún me ama como antes”.

—No sé si aún a amo —murmuró él, mientras golpeaba el pecho del

espía.

La voz se calló. Jonas solamente oía los estalidos secos sobre la carne rígida del extraño. Reuniendo todo odio de que disponía, juntó los dos puños entrelazando los dedos y dio un último golpe. La boca del espía abrió con un arroteo largo y jorrou el líquido que estaba acumulado en los pulmones. Los ojos abrieron-si y, arregalados, fitaram Jonas con tremendo espanto. Aunque estuviera vivo, su respiración parecía lenta y su piel mostraba-si pálida, con los labios descorados.

—Yo voy a morir, no es? —murmuró el extraño.

—ES posible que haya una hemorragia interna. Está perdiendo muy sangre —respondió Jonas, de forma blanda.

—Si yo morir, quiero que juegue mi cuerpo en el río —murmuró el extraño, pendiendo la cabeza para el margen del río.

—Usted no va a morir ahora. Por lo menos me diga por qué estaba me espionando y quién lo mandó?

El espía miró para Jonas y dejó escapar una débil sonrisa.

—No va a hacer diferencia para ninguno de vosotros. Todos irán a morir.

—Del que está hablando? —inquirió Jonas.

Con los ojos cerrados, el hombre intentó recuperar el aliento. Su respiración estaba cada vez más ruidosa.

—No siento dolor. Espero que sea una muerte tranquila para en breve estar al lado de mi padre.

—Responda! —insistió Jonas.

—La iglesia... —murmuró el extraño, casi perdiendo la voz —Fue la iglesia...

—El pastor Gerônimo? Fue él quien lo mandó me espionar.

—No —el espía comenzó a tossir, borrifando sangre. —La Iglesia del Diablo. Todos... —él volvió a tossir, jorrando más sangre —van a morir.

Nada más se oía además del sonido de las aguas y de la esquina de los

pájaros. Jonas cargó el cuerpo hasta el margen del río y fitou los rayos de sol reflejados en las aguas tranquilas. Ninguna plegaria sería necesaria tras todo que hube oído. El hombre ciertamente formaba parte de alguna secta de adoradores del diablo. Pero estaba dispuesto a atender-le el último pedido. Dejó el cuerpo ser llevado por el río.

Aún arriesgando su vida, Jonas no obtuvo todas las respuestas. Sin embargo descubrió que el Pastor Gerônimo no era su mayor enemigo y que todos los habitantes del vilarejo corrían peligro.

## Capítulo 32

Durante el corto viaje de vuelta, los dos no hablaron sobre la conversación que tuvieron con el Concejal. Roberto prolongó-si sobre la venida de sus padres en el fin del año, que según él, sería la rotura de un largo periodo de calma.

—La vida de un policía no es tranquila, pero tras algunos años, consigue-si dormir tras ver algunos litros de sangre empoçado y masa encefálica escorrendo por la pared. Cuando se ve la misma cosa todo día, pierde el significado —dijo él, con naturalidade.

—Si es tan natural, por qué encara la visita de sus padres como el “fin del mundo”?

—Estoy acostumbrado con mis propios problemas. No consigo resolver todos, pero es como si yo mantuviera control absoluto sobre cada uno de ellos. Nuevos problemas me quitan de la zona de confort y me dejan inquieto. Mis padres son cómo imãs de problemas. No quedan satisfechos con los de ellos. Insisten en hablar de los problemas de los vecinos y hasta de personas que apenas conocen. Comienzan comentando sobre los fallos de estructura de la casa, de la tubería, de la fossa del vecino, del agoto, siguen para el Alcalde, el hijo del alcalde y la cuestión la polución sonora, sobre la confusión de los coches-de-sonido en la plaza. El hecho de yo aún estar solteiro ya es un problema para ellos.

Roberto soltó uno grunhido y, enseguida, un suspiro. Hablar de sus padres lo dejaba estressado.

—Calme-si. No va a ser tan ruim así.

—Intento no pensar muy en eso, pero cuando comienzo a hablar, es como si ya estuviera vivenciando. Usted verá con sus propios ojos.

Carol quedó en silencio. Roberto entonces percibió que había dicho algo indebido. Aún no habían decidido sobre el futuro de los dos.

—Como soy presunçoso. Ni pregunté si usted quería pasar el año nuevo conmigo —dijo él, intentando disculparse.

—Sería una idea maravillosa. Sin embargo, necesito volver para casa. Tengo asuntos pendientes para resolver. Necesito conversar con mi padre, convencê-lo a dejarme volver. Si yo no hablar muy bien de você, difícilmente él va a dejar —dijo Carol, sonriendo. —Siento-me como una adolescente pidiendo permiso a los padres para ir a una fiesta.

—Si quisiera, puedo ir con usted. Una conversación con lo sogrão va a apaciguar las cosas.

—Mi padre es un hombre desconfiado. Por más bondadoso y sincero que usted pueda parecer, para él siempre será uno marmanjo queriendo arrancar a filhinha de sus brazos. En el fondo, todos los padres son así, el tal del instinto protector.

Roberto concordó con ella. Intentaron prolongar la conversación para evitar tocar en el asunto de la Iglesia del Diablo. Era algo que incomodaba los dos, aunque fuera de suma importancia para las investigaciones.

—Manoel —murmuró Roberto, sin percibir. Fue el nombre que el concejal Freitas pronunció. El nombre del supuesto líder de la Iglesia del Diablo.

—Por qué no cerraron esa maldita iglesia? —preguntó Carol, imprimiendo cierto odio en la voz.

—No llamaría ese lugar de iglesia, pero sí de uno antro de locos.

—Ese Manoel ya debería estar preso.

—Si fuera fácil así, tal vez —dijo Roberto, en tono de divagação. — Ser el líder de una secta aún no es crimen, aún más de una donde no se tiene pruebas de crímenes de cualquier naturaleza.

—Halla aunque aquellas mujeres no fueron muertas como sacrificio para el diablo?

—Ya me deparei con varias sectas satânicas. Lo que ellos menos quieren es la atención de la policía. Y si el diablo existiera aún, sería menos vanidoso y más preocupado en dominar el mundo —Roberto intentó parecer engraçado, pero Carol no sonrió.

—Por qué el asesino se haría miembro de una secta satânica? Cual el propósito sino el sacrificio humano?

—Cual la mejor forma de una fruta podrida se camuflar? —respondió Roberto, con otra pregunta.

—Quedando en medio de otras frutas podridas...

—Exacto! El asesino mata por las propias razones, no por un dios o religião. Sólo usa estos como fachada para esconderse. Si ese tal de Manoel sea el líder mismo, no va a querer tener problemas y, con un poco de suerte, va en los ayudar en las investigaciones.

—Y si él conocer el asesino e intentar acobertá-lo?

—Si él sea tan idiota así, tendré el placer de arrancar-le la verdad antes de jogá-lo atrás de las rejas.

Carol encaró el horizonte, encimado por una fantasmagórica bruma ceniza. Una extensa hilera de eucaliptos desfilaba rápidamente, tan alineadas que parecían copias de sí mismas. El sol descendía impetuoso, poniendo-si en las distantes montañas de la frontera del estado. Como el día había pasado rápido. Hay pocas horas estaban tomando café. Roberto contaba hechos engraçados de su profesión. Cierta vez su sueño fuera perturbado de madrugada por un vecino. Cuando abrió la puerta, deparou-si con un hombre sólo de cueca y usando un casco. El desgraciado estaba desesperado y pidió ayuda para lo único que juzgó capaz de ayudá-lo. Él había llegado tarde asu apartamento, y su esposa, de forma nada amistosa, lo recibió. Ella cogió un rodillo de masa y quería batir en la cabeza de él. Para protegerse, cogió el casco y puso en la cabeza, torciendo para que la furia de la esposa se disipara, lo que evidentemente no ocurrió. Carol hube reído demasiado, no sólo de la historia, pero también de la forma como Roberto a hube contado. Por un instante, ella sintió la paz de aquella mañana, el clima ameno de la conversación. Cuando volvía la atención para el asesino de su amiga, era como si aquella bruma ceniza a cubriera, convirtiendo-si en brazos grandes y fuertes para esmagá-la.

—Tiene una cosa que yo no entiendo —dijo ella, volviendo la atención para Roberto. —Si el asesino necesitaba de una fachada, y encontró en la Iglesia del Diablo el mejor lugar para esconderse, por qué mató uno de los miembros?

—Tal vez no fue capaz de contener su instinto asesino. Para él,

Madeline estaba en el lugar correcto y en la hora correcta. Asesinos seriais adoran coincidencias, son cómo uno gatillo para sus locuras. Otra hipótesis, que no se debe descartar, es que Madeline haya descubierto su secreto. Eso explicaría lo *modus operandi* singular en su muerte.

—Y cual hipótesis halla más probable?

—Creo en la segunda. Tenemos un asesino acuado, que fue descubierto y resolvió eliminar la testigo. Si no fuéramos cautelosos, podrá huir, lo que hará ese caso una verdadera cacería, sin garantías de que lo agarraremos vivo.

“Vivo o muerto”, pensó Carol. Para ella no importaba más. Sólo quería el monstruo fuera de las calles, cruzando con personas honestas y trabajadoras. Lo quería muy lejos de personas inocentes. Si para eso fuera necesaria una ejecución, que sea hecha el más rápido posible, sin el más pequeño temor. El héroe no debería se remoer por el tiro que hube quitado la vida de uno assascampana que ceifou otras decenas.

Ella miró por la ventana y vio la placa que indicaba la salida de la ciudad. Miró para Roberto, asustada.

—Para donde estamos yendo?

—Bueno, tenemos lo nuevo dirección de la Iglesia. Pensé en coger la carretera, paremos en un hotel en medio del camino para descansar y sigamos viaje por la mañana.

—Podría tener me dicho antes —protestó Carol, volcando el rostro para el otro lado. —Ciertas decisiones debemos tomar juntos.

Mientras Roberto si disculpaba, miró por el retrovisor y vio un coche negro aproximándose rápidamente. Él llamó la atención de Carol, que miró también.

—Cogeré un desvío más al frente. Veremos se de hecho está siguiéndonos.

—Por Dios, hube tomado que no —dijo Carol, asustada.

Roberto hizo una curva a la derecha y siguió por una carretera de tierra. El coche balanceaba mucho, pero él no redujo la velocidad. Cuando estaba trescientos metros el frente, volvió a mirar por el retrovisor. Sus dientes

rangeram al percibir que el coche negro aún los seguía.

—Droga! Coja-si firme —ordenó Roberto.

—No sería mejor paremos?

—Mejor no. Puede estar armado.

Aún con el vehículo bastante inestable, Roberto pisó más hondo en el acelerador. Carol se cogió en el banco del coche y rezaba para que nada de ruim aconteciera. Pero todo en que conseguía pensar era que aquella fuga podría acabar muy apenas. Pensó en su padre y en todo que hube dejado para tras, su futuro, sus sueños. Era como si la vieja película de su vida, borrado de sangre, pasara en su frente.

Roberto avistou una curva cerrada en el fin de la subida, que contornava uno declive acentuado. Miró por el retrovisor y percibió que el coche negro estaba cada vez más próximo. Tendría que acelerar el máximo, contornar la curva sin derrapar y torcer para que el otro vehículo cayera en el declive. La caída no sería mortal, pero les daría tiempo para huir. Él giró el volante con cuidado, sintiendo los neumáticos derraparem. Carol hizo la señal de la cruz y miró para Roberto con un mixto de miedo y ternura. Pero Roberto no a vio. La carretera huyó de su campo de visión. El coche deslizó y giró en sentido horario. Él vio el coche negro desviarse cómo se estuviera en cámara lenta. Después no vio más nada. Era cómo se estuviera cayendo en un agujero negro.

## Capítulo 33

Debruçado sobre la cama, con la faz enrugada y lágrimas escurriendo-le por el rostro, yacía el famoso cirurgião Armando Mendes, antes imponente con suyos 1,91m de altura, siempre de cabeza erguida y seguro de sí. Desde el accidente, no conseguía librarse de suyo ande arqueado y pasaba horas en el cuarto de su hija Laura.

Armando, contra la propia gana, ausentou-si de la ciudad para participar de una conferencia sobre cirugía bariátrica. La pedido de un gran amigo, que fue insistente aún sabiendo de suyo desânimo después del accidente de la hija, hizo una charla sobre los últimos descubrimientos en el área y como encarar los nuevos desafíos. Al retornar para el hotel, recibió la conexión de su otra hija, Laisa, de más nueva. Ella lo había informado de que Jonas dejaría la ciudad por algunos meses, sin informar el motivo. Armando desconectó el teléfono y cogió el primer vuelo.

Antes, la visita habitual. Pacientemente aguardó el ascensor llegar al vigésimo andar. Siguió por el pasillo saludando rostros conocidos. Sus saludos eran retribuídos con sonrisas y sinceras admiraciones. Era un médico renomado y reconocido por donde pasaba. Antes de llegar al cuarto de la hija, él intentaba imaginá-la con los ojos abiertos y conversando con una de las enfermeras. Pero, con el tiempo, habituó-si al choque dy realidad, y cuando a vio en la misma posición que la hube dejado días atrás, no esbozó reacción.

Jonas hube recibido el llamado del sogro y llegó al hospital media hora después. Había muy a planear antes del viaje. Necesitaba pasar en el banco para programar remisiones mensuales para los padres y el hermano que estaba estudiando en los EUA, además de remanejar sus pacientes para los compañeros de su confianza. Antes, dejaría a cargo de una inmobiliaria la venta del apartamento y de la casa de playa. Si Laura despertara, no sería difícil conseguir buenos inmóviles para retomar la vida de casados. Mateus cuidó de buena parte de las cuestiones financieras, lo que lo desahogó un poco.

Sabiendo del que se trababa, Jonas lo aguardó de la puerta del cuarto.

Planeaba contar para lo sogro, sin embargo no encontró la mejor forma, o por lo menos de más blanda. Armando ya hube sufrido demasiado, y la noticia de que suyo genro preferido partiría en breve podría arrasá-lo de vez.

Armando se despidió de la hija y encaró Jonas, con el rostro comprimido.

—La enfermera dijo que ella parpadeó hoy de mañana. Desgraciada, con tan buena intención intentó animarme —dijo Armando, pesaroso. —Acompañe-me hasta lo refeitório.

Los dos descendieron hasta lo refeitório, hablando sobre trabajo. Armando comentó sobre la Conferencia, intentando esbanjar alguna empolgação. Jonas inmediatamente percibió, pero intentó mantener el ritmo bueno de la conversación. Llegando al refeitório, cambiaron de asunto.

—Laisa me contó sobre su viaje. Nada relacionado al trabajo, yo presumo.

Jonas quedó sorprendido con lo ímpeto de Armando. No fuera de aquella forma que él hube imaginado el inicio de la conversación.

—De cierta forma, tiene relación con el trabajo. Pero también tiene a ver con Laura.

—Imagino. Si como padre ya me es difícil ve-la en aquel estado, imagine para usted. No lo culpo por querer huir de esa prisión que se hizo lo coma de mi hija.

—El señor me interpretó apenas. No estoy huyendo de nadie. Por el contrario, estoy en búsqueda de una forma de traer Laura de vuelta.

—En Baltimore, Hamburgo? Por Dios, donde más en ese mundo, que yo desconozca, puede estar la respuesta para lo coma de Laura?

—No saldré del estado —dijo Jonas, intentando encontrar el camino para salir del labirinto en que la conversación estaba haciéndose.

—Hijo, desde el accidente no lo culpé. Aunque lo culpara, no veo como eso ayudaría Laura. Si está pasando por algún problema, depresión, ansiedad, sabe que puede contar conmigo.

Más una vez, Jonas quedó sorprendido, pero la conversación ganó el

tono ameno que él tanto ansiaba.

—Señor, no hay nada de errado conmigo. ES verdad que aún me culpo pelo que ocurrió, pero eso no interfirió en mi decisión. Necesito de un lugar donde pueda estar en armonía conmigo mismo y hacer mi trabajo de la mejor forma posible. Por favor, confíe en mí. Traeré Laura de vuelta.

Armando fitou lo genro con los ojos semicerrados. Parecía incrédulo ante lo pronunciamiento de Jonas. Conocía-lo desde que lo genro era un promisor estudiante de Medicina.

—Hijo, sabe que no creo en milagros. No por falta de fe. Soy médico e hice un juramento de proteger mis pacientes, entonces estoy dispuesto a hacer todo por ellos, con mis propias manos. Llegué a la conclusión de que no soy capaz de ayudar mi hija, ni por eso comencé a rezar. Pero si usted dice que es capaz de trazê-la de vuelta, creo en usted. Pido sólo que me conecte cuando volver.

...

Jonas descansaba a la sombra al sonido del melodioso esquina de los pájaros. El sol resurgiu tras un largo tiempo oculto por las nubes. El frío amenizara con el calor, y sus ropas comenzaron a secar.

Lentamente, a correnteza llevaba el cuerpo. Por veces, giraba, como se quisiera volver o encontrar el margen. Aún llevado por las aguas, el cuerpo del espía parecía envolto por una fuerza misteriosa que lo hacía tomar rumbos inesperados. Algunas personas poseen tanta sede de vivir que, aún después de la muerte, aún dan señales de vida. Jonas recordaba-si de una señora de casi noventa años que murió agarrada a su bastón. Fue uno sofoco hacer con que ella se librar-si del objeto que la acompañó por tanto tiempo. Horas después, en el necrotério, uno de los enfermeros a vio con los brazos descubiertos. Al aproximarse, notó que ella había agarrado el cabo de uno esfregão que estaba encostado a la pared. El curioso era que para eso la señora necesitaría mover el brazo en un ángulo de noventa grados, y ni lo espasmo más extravagante posibilitaría tal hazaña.

Buceado en incertidumbres, Jonas pensaba en cuál rumbo tomar tras oír las revelaciones del espía. En su mente, la voz de Laura ecoava repetitiva, martillando siempre la misma idea: “necesita volver para mí, aún estoy viva”.

—Sé que aún está viva, mi amor —dijo él, fitando el río con una expresión de preocupación.

Cuando dijo “mi amor”, su voz desapareció como si el viento arrancara las palabras y las jugara para el vacío de la floresta. El amor que tenía por Laura estaba muriendo, y Jonas comenzaba a darse cuenta de eso. Pero estaba prendido a una promesa que hizo al sogro. Aunque no descubriera una forma de acordá-la del coma, necesitaría volver para dar una satisfacción al padre de su esposa. Él pensó en aprovechar la ocasión para deshacer el compromiso, sin embargo, sería más difícil que esconder su viaje para lo vilarejo.

Jonas oyó otra voz que, de tan abafada, pensó venir de su mente. Ergueu los ojos para a mata y acompañó dos figuras descendiendo por la encosta. La voz se hacía más nítida a medida que se aproximaban.

Exhausta, Ana fue la primera a llegar. Elisa aún caminaba mientras ella hablaba a Jonas.

—Usted está bien, mi amor?

Intrigado, Jonas recibió aquella amabilidad como un perdón por él haber mentido para ella. Ana no parecía importarse con el hecho de Jonas ser un hombre casado.

—Sí, estoy, yo hallo —dijo Jonas, reticente. Él si levantó para abraçá-la. Elisa fitou los dos, intentando esbozar una sonrisa que inmediatamente desapareció cuando ellos si beijaram.

—Lo que están haciendo aquí? —preguntó él, mirando para Elisa por sobre el hombro de Ana.

—Vanessa —respondió Elisa. —Ella y el hijo desaparecieron.

—Como eso es posible? —protestó Jonas, levantando la voz y retomando la atención de Ana que miraba a correnteza con una expresión distante —Nadie la vio huir?

—Fue de madrugada. Letícia quedó con ella mientras mi padre y yo descansábamos. Vanessa esperó que ella cochilasse y se fue sin llevar nada.

—No puede ser. Sin llevar ropas para el niño, por lo menos? —Jonas reflejaba, aún sorprendido con la noticia. —Puedo estar errado, pero no creo que fue una fuga. Que motivos ella tendría para huir tan abruptamente?

Elisa bajó la cabeza, demostrando cierta culpa.

—Tal vez ella tuviera oído la conversación que tuve con mi padre.

—Que conversa? —intervino Ana.

—Papá sugirió que lleváramos el niño para ser acompañada por un especialista en la ciudad. Llegamos a la conclusión de que el hijo de Vanessa necesita de ayuda médica.

—Pensé que era contra las costumbres del vilarejo permitir que sus miembros buscassem tratamiento médico en la ciudad grande —dijo Jonas. —Fue por eso que me aceptaron como médico, para que todos fueran tratados aquí mismo.

—Jonas, no piense que consideramos limitados sus conocimientos médicos. Inclusive hablé para mi padre que era pronto demasiado para buscar alguien de fuera; pero, extrañamente, él se mostró irredutível. Pensé que Vanessa estaba durmiendo, sin embargo, es probable que haya escuchado todo.

Ana fitava Jonas de la cabeza a los pies.

—Tiene certeza de que no está herido? —preguntó ella, aún preocupada.

—Sí, estoy bien. Sólo algunos rasguños, pero nada serio.

—Y el espía?

Volcando-si para el río, Jonas respondió:

—Está muerto. Pulou de la cascada y sufrió una seria herida que resultó en una hemorragia ingresa. Antes, conseguí arrancar-le algunas declaraciones, que confieso, dejaron-me preocupado.

—Lo que él dijo? —inquirió Elisa.

—Habló algo sobre la Iglesia del Diablo, que fuera enviado para vigilarnos y que todos irán a morir.

—Por Dios! —dijo Ana, en un tono lamuriente.

—Lo que él dijo ten algo a ver con las muertes? —preguntó Elisa.

—Creo que sí. Si esa secta, o iglesia, como él dijo, existe aún, es

posible que estén haciendo sacrificios humanos. Cierta día, conversé con uno de los vigila de la torre, cuyo nombre debo mantener secreto bajo promesa, y él me reveló que vio una ceremonia macabra en la floresta. Describió como ceremonia por desconocer sectas profanas, pero no puedo ser leviano a punto de chamá-lo de mentiroso, muy menos ahora tras todo que oí.

—Si esa amenaza sea verdadera, corremos serios peligros —dijo Ana.

—Ciertamente —concordó Jonas —Y tiene otra cosa que oí de ese vigila que me dejó atemorizado. Según él, mitad de las personas del vilarejo no son realmente lo que que aparentam. Si no estoy siendo paranoico demás, sospecho de que algunos miembros de esa secta son también habitantes del vilarejo.

—Si fuera verdad, isso es horrible! —bradou Elisa. —Lo que vamos a hacer?

Jonas reflejó por un instante. La idea le vino como un rayo.

—El Consejo de Anciãos —dijo él, severamente —Necesitamos encarar ese Consejo y descubrir quién está omitiendo la verdad.

## Capítulo 34.

Una cortina de poeira cubrió el vidrio de la puerta. Un gotear lento de combustible anunciaba con desdém una terrible tragedia que se abatiría sobre Roberto si este no se soltara del sientto que lo prendía a la muerte. Con el peso de la sangre descendiendo por el cuello hasta sus párpados, abrió los ojos y se vio en la incomoda posición que lo hacía deslumbrar el cielo donde se vería con facilidad el horizonte cinzento.

El olor de la sangre si perdió al toque del algodón embebido en alcohol. Aspiró ruidosamente lo odor, haciendo expirar el aire sucio que estaba prendido en sus pulmones comprimidos. A medida que la noción de respirar se hacía familiar, a claustrofobia tomaba cuenta de Roberto como se lo quisiera sofocar, mientras el óleo ahogaba el motor expuesto sobre lo capô.

Socou el vidrio con el puño cerrado, sin tener conciencia de su fuerza. Hizo una capa de poeira desprenderse, haciendo la visión de la mata menos embaçada. Por último, vino-le, con la rabia de quien olvidaba un ente querido en un edificio en llamas, el pensamiento de Carol. Volcó-si para el banco del pasajero, sintiendo el cuello estalar y un dolor lancinante a arrancar-le un grito sordo. Siguió el cinturón de seguridad, que encontró una apertura en el vidrio estilhaçado y repousava una de las puntas del lado de fuera como una serpiente. Había poco sangre sobre el banco, pero ella no estaba allá. Soltó otro grito, y al ver una chispa insinuar-si sobre lo capô, volvió a adormecer.

Una voz distante llamaba por él. El olor de alcohol volvió con más intensidad, y él despertó.

...

Por la mitad día, el pasillo vacío permitió que a faxineira pudiera encerá-lo, haciendo-lo reluzir a la más pequeña señal de luz que venía de cualquiera de los cuartos. Era horario de comida de los pacientes, restando el tráfico de operarios del hospital con suyas bancadas sobre ruedas cruzando el pasillo sin prisa, rangendo y haciendo los desafortunados despierten de sus sueños dolorosos. Un hombre hube incumplido la regla por su cargo y sus necesidades. El mejor de sus amigos encontraba-si bajo cuidados de más

pequeña atención, pero no menos rigurosos a medida que se encontraba con sus energías renovadas.

Herbert hube vuelto para visitá-lo por el tercer día seguido. En los dos primeros, vislumbrou una reacción animadora de Roberto, pero que se deshizo con un sombrío cerrar de ojos y lo buceo profundo de su expresión en la más oculta de las incertidumbres acerca de su recuperación. Si hubiera más suerte, lo haría despertar y podría evaluar sus ánimos ante la noticia que revelaría a continuación. Aguardó a la puerta mientras la enfermera medía su presión arterial y analizaba su estado general. Ella, una mujer alta y fuerte, volcó-si para él con una expresión animadora, y dejó el cuarto sin decir una palabra. El silencio forma parte de aquellos profesionales, que pasan más tiempo velando lo reposo de sus pacientes que cuidando de la propia vida.

Sentó-si al lado de la cama y abrió la carpeta. Repasó algunas fotos y fichas policiales, mientras oía los débéis gemidos de Roberto.

—Como usted es teimoso —murmuró Herbert, deshaciendo su sonrisa con un mirar metódico sobre las fotografías.

Un hombre teimoso reconoce el otro. Herbert no era famoso por su paciencia o sensatez. Aún hallando inesperada la actitud del amigo de conducir las investigaciones por cuenta propia, sin tomar los cuidados debidos, no lo censurara. Habría hecho el mismo. Un policía que ha asaltadas las noches de sueño a causa de un asesino serial aprende a crear sus propios métodos para ve-lo muerto o atrás de las rejas, teniendo aquel como preferencia. Para un asesino serial, en un país donde las leyes son blandas, una celda es sólo uno freno temporal para su instinto asesino. Además, tendría tiempo para perfeccionar sus métodos ya revestidos de perfeição. Aquel que no quiere ser prendido, enxerga fallos donde ojos más entrenados ignoran.

Tomado por una súbita energía, Roberto despertó y fitou el techo. Atordoado, vio-si envolto por lençóis blancos y un fino líquido amarelado descendiendo por una manguera hasta su brazo. Recobró los dolores de una contusão en el brazo izquierdo y una pequeña fissura en el crânio, en la altura de la têmpora izquierda. El instinto lo convenció a llevar la mano hasta la herida en la cabeza, pero las fuerzas le negaron ánimo. Reconoció en la figura sorpresa y contente el amigo de larga fecha.

—Hay cuánto tiempo está ahí? —preguntó él, aún acostumbrando-si con la lengua medio bobinada por cuenta de los fuertes medicamentos.

—Diría que unas setenta y dos horas —al ver surgir una reprovação en los ojos del amigo, que reconoce, aún debilitado, una piada ruim, corrigió-si —Exactos cinco minutos.

—No quedaría más del que una hora, aún se mi vida dependiera de eso —mofó Roberto, sonriendo más del que su capacidad le permitía.

—Habría quedado se aceptara flores con más frecuencia —retribuiu Herbert.

Los dos quedaron en silencio. Roberto tenía la urgencia de recuperar un recuerdo que lo cutucava con una vara pontiaguda. Esa providencia lo incomodaba más que los dolores que sentía. No se acordaba del ocurrido antes, durante y tras el accidente, pero alguien se hacía ausente en sus recuerdos más antiguos.

—El médico dijo que podrá recibir alta dentro de una semana —dijo Herbert, intentando romper el silencio. —Claro, si su cuadro revelar una promisoro mejora.

—Cree aunque quedaré en esa cama por más un día?

—Claro que no —Herbert volvió-si para la carpeta en sus manos. Sabía que todo volvería al normal, a lo sumo, el día siguiente.

Cuando la enfermera retornó al cuarto con la comida de Roberto, él se acordó de alguien por quien nutría profunda afeição. Entonces, un encadenamiento de recuerdos dolorosos afluiu en su mente, haciendo-el inquietar-si sobre la cama.

—Donde ella está? —inquirió él.

—Calme-si, mi amigo. Su estado aún inspira cuidados.

—Quiebra de un golpe, donde ella está? —bradou.

Herbert sintió urgencia en responder al amigo, viendo-lo en la iminência de una convulsión o algo peor.

—Cuando lo encontramos, estaba solo. El vidrio del lago del pasajero estaba quebrado, y uno rastro se formó hasta el pie del desfiladeiro. Creemos

que alguien la arrastró para fuera del coche, subió lo desfiladeiro y siguió de coche en el sentido de la carretera. Sabemos de eso porque seguimos la carretera por donde pasaban en el momento y no había rastros en el restante del camino.

Tomado por una furia indizível, Roberto apretó lo lençol y fitou la ventana, queriendo evitar el rostro aflito del amigo que evidenciara la completa falta de pistas sobre el paradero de Carol. Pero como la furia guardia cierta semejanza con una llama más abrupta que se pierde al nacer de la brasa, su furia desapareceu, dando lugar a una melancloleía que lo prostraria si estuviera más debilitado.

—Entonces no hay nada a ser hecho, no es mismo? —preguntó Roberto, dando su pregunta el peso de una afirmación.

—Por el contrario. Ya tomamos providencias.

—Cuchara digitales en las puertas, analizar cogidas y pescar testigos que, por uno azaire terrible, pasaban por aquella carretera? Una semana sería tiempo demás, y uno insulto para lo maluco que a secuestró —dijo, resignado.

—Tenemos una testigo que trafega por aquella carretera todos los días.

—Por suerte, habría anotado la placa de un coche negro robado, o vislumbrado un coche sin placa y con vidrios que ocultaban perfectamente el conductor.

Herbert pensó en jugar a toalla, pero sería un combustible para incendiar la melancolía del compañero.

—Tenemos la identidad del hombre que entregó el pasaje anónimo.

—Que desconoce completamente aquel que lo pagó para el servicio.

—Por el contrario. Un hombre que está hasta el cuello de problemas con la justicia y se encuentra dispuesto a colaborar.

Roberto volcó-si para el amigo. Aquella información, si no le fue de vital importancia, al menos llamó-le la atención.

—Sería este hombre cómplice del autor de los pasajes?

—Crea en mí, si él fuera cómplice, ya le habría arrancado toda la verdad. Pero no vea eso cómo algo negativo, mi amigo. Creemos que él sepa la identidad del autor, y con un poco de suerte, donde este se encuentra.

—Suerte... suerte... —resignava-si Roberto. —Solamente de eso nos alimentamos durante nuestras investigaciones. Si el maldito que escribió los pasajes realmente tuviera alguna relación con los asesinatos, sería lo azar de él y no suerte nuestra. Entonces, lo que tenemos sobre este hombre?

Herbert reorganizó las fotografías y entregó la carpeta a Roberto.

—Yis la foto del sospechoso y su ficha policial —prosiguió Herbert, compenetrado. —Ya fue prendido cuatro veces por tráfico de drogas, dos veces por estelionato y falsedad ideológica y una por tentativa de homicidio.

—Foragido de la policía... —murmuró Roberto. —Conoce mis métodos, Herbert. Sabe que no voy a esperar la buena gana de ese pilantra. Quiero interroga-lo hoy mismo.

—Sabe también que puedo conseguir eso. Si me fuera sincero en cuanto a su actual condición, tomaré las providencias.

—Entonces levante suyo rabo de la silla. No tenemos tiempo a perder.

## Capítulo 35.

Los rayos de sol penetraron por el vitral de la iglesia e incidieron sobre el rostro de Gerônimo, trayendo-lo de vuelta de suya meditação. Miró para lo cristo predicado en la cruz y recobró sus pecados, tantos que no conseguiría lista-los sin antes reflejar sobre su vida.

Miró para el lado izquierdo y vislumbrou su bella esposa de rodillas en una profunda rogação. Usaba un vestido apretado y decotado, que evidenciava sus bellos senos. Era a buen seguro una mujer codiciada, hasta entre los fieles de la iglesia que, concedoras del pecado, preferirían el infierno a privaren-se de tal visión.

En la otra hilera, un hombre a miraba de relance mientras admiraba lo cristo. Gerônimo lo flagrou en el momento en que se volcó. El más inocente y desatento de los hombres diría que fuera una ojeada sin propósito que no tendría más consecuencias sino la propia vergüenza de quien miró. Pero Gerônimo conocía el observador y sus modos, razón por la cual no tomó con buenos ojos aquella embestida.

Y no era la primera vez que Jacó miraba para la bella Melinda, casada con Gerônimo hace seis años. En el almuerzo realizado después del culto de domingo, hace dos semanas, Jacó se veía por veces vislumbrando las curvas de Melinda, que cruzaba las mesas con atractiva desenvoltura. Gerônimo, como marido atento y protector, captó los mires y los consideró inadecuados, pero no hizo tanto caso por estar en la casa del pastor y temía estropear el almuerzo tan bien planeado por los fiéis durante la semana que lo antecedeu.

Melinda y Gerônimo salieron primero. Llegaron al aparcamiento en silencio que solamente incomodó a ella.

—Por qué está tan callado?

—Yo? Ora, no es nada demasiado. Estaba solamente pensando.

—Sobre lo que?

—Ese muchacho, lo Jacó. Tiene poco tiempo que comenzó a frecuentar nuestra iglesia, pero tiempo suficiente para evidenciar hábitos nada

convencionales.

—No veo nada de errado con ese muchacho.

—Por Dios, pensé que usted ya habría percibido algo de extraño, pero veo que me engañé.

—Y que hábitos inusuales puede tener ese muchacho? —Melinda quedó de frente para lo marido, con las manos en la cintura.

—Dígame que nunca notó el modo como él mira para las moças de la iglesia.

—Aún no vi nada de errado en lo que concierne al modo como Jacó se dirige a las moças. Y que apenas tendría se todas son solteiras y quedarían satisfechas en enamorar un muchacho joven, bonito y de Dios?

—El simple hecho de estar en una iglesia ya lo define como hombre de Dios? —de esa vez fue Gerônimo quién fito severamente la esposa.

—Ciertamente, sino sería uno más desgarrado que caza mocinhas en la puerta de las boates arrastrando un coche escariado.

Gerônimo sonrió irónicamente.

—Ya que no percibió, tengo algo increíble para contarle. Ese muchacho estaba mirando para usted. O mejor, para el suyo decote.

—No sea ridículo —esnoubou ella.

—Si no estuviera orando, habría notado.

—Ahora va me censurar por estar orando mientras alguien supuestamente me miraba?

—Usted no me comprendió.

—Ora, querido! Usted que no comprende. De hecho, hace falso juízo de ese pobre muchacho.

—Pobre en que sentido? No parece uno desafortunado, muy menos uno aspirante a padre.

Melinda aproximó-si más del marido. Sus manos y labios temblaban. Raras eran las ocasiones en que quedaba tan irritada.

—Querido, me prometa una cosa —dijo ella, bajando el tono de voz para debilitar su furia. —Prometa-me que no va a volver a hacer besteira a causa de ese muchacho.

—Por qué yo haría? Como usted dijo, es un pobre muchacho que no hizo nada.

—Pero lo conozco muy bien, sé de suyos ciúmes doentios, y sé que es capaz de volver a hacer aquello.

Gerônimo abrió la puerta del coche y entró sin decir una palabra. Esperó Melinda ocupar el asiento del pasajero para retornar para casa. Mientras conectaba el coche, percibió que ella miraba para Jacó, que falda de la iglesia por la puerta de los fondos. Ella dejó escapar una sonrisa.

...

Mientras el consejero Hermínio tomaba la palabra en la tumultuada reunión, Gerônimo permanecía callado y aflito en su asiento, el último de la izquierda. A pesar de la quietud, su mente no paraba, siendo envuelta por el turbilhão de pensamientos y voces. Oía la voz tensa y grave de Sérgio censurando suyo descuido con la seguridad de Vanessa y del hijo, además del sermón de Elisa acerca de la idea de llevar el niño para la capital, una de las posibles razones por la cual Vanessa hube huido. Gerônimo estaría en posición de rebatir los argumentos de la hija por su condición de padre y por ella no oponer mayor resistencia a la idea, pero encontraba-si de tal forma inferiorizado y perdido que aceptaría ser exortado por ella sin recriminá-la.

—Doctor —asseverou el consejero —Lo que nos trae hoy es demasiado grave y nos coloca en una posición delicada. Espero que entienda —hizo una breve pausa, examinando los ojos aflitos de los otros consejeros, intentando encontrar un apoyo para lo que estaba prestes a decir —Se llevemos al frente sus declaraciones, o peor, si lleváramos al conocimiento de todos lo que acabó de decirnos, podremos arruinar todo que construimos en esos treinta años. No podemos ser imprudentes al punto de proseguir sin al menos presentarnos una testigo. Si no estoy engañado, en nuestra conversación, dijo que dos personas estaban con el señor en el momento en que el extraño le confidenciou tales amenazas.

—Señor consejero, creo haber habido un engaño a ese respeto. Lo que

le dijo es que esas dos personas saben de todo, a despeito de haber llegado tras la muerte del espía que me reveló las amenazas.

—De modo que no pueden garantizar que esté hablando la verdad?

—Como dijo, saben que estoy hablando la verdad pues están al corriente de los acontecimientos, que no deben ser revelados hasta que tengamos la solución dese si.

—No considera una imprudência mantener secreto de tales acontecimientos, aún delante de tan inminente peligro al cual estamos corriendo?

Jonas quedó desconsertado con la última pregunta. Encontró conforto en el mirar acogedor de Ana, pero perdió su paz repentina cuando encontró el rostro contraído de Elisa, que se encogía cada palabra del consejero. Ana podría traer-le seguridad, sin embargo, en un ataque fulminante como ese, Elisa sería la única capaz de salvá-lo.

—Entiendo que no debemos mantener secretos, pero recelo que la paz que aún resta en el vilarejo puede ser sacudida si reveláramos todo que sabemos. No espero que comprenda nuestra situación. En la sucesión de los hechos que presenciarnos, tuvimos ciencia de la posición delicada en que nos encontramos. Necesitábamos tomar decisiones de los cuales no podríamos nos arrepienter. Nuestra paz de espirito fuera perturbada, es un secreto que guardamos a coste de mucho dolor y apreensão. Por esa razón, hallamos por las buenas no revelar todo que sabemos.

El consejero Hermínio, sintiendo-si cansado, aún teniendo el control del interrogatorio, pasó la palabra para lo pastor Gerônimo. Este permaneció en silencio, demostrando no estar en condiciones de hacer preguntas, retornando la palabra para Hermínio.

—Pues bien, ya que lo pastor no tiene preguntas, proseguiremos — hizo una breve pausa, y entonces continuó. —Doctor, por todo que fue expuesto hasta ahora, no veo otra solución sino poner en jaque su testimonio. Ora, puede tener razón al esconder hechos de vital importancia, pero necesita estar conoedora de que no podemos tomar como completa su testimonio acerca del intruso que adentrou lo vilarejo y que reveló un peligro que hasta el momento no se sostuvo. Para ser bien claro, creo que esté omitiendo

informaciones sobre la amenaza que nos ronda, si esta sea real.

—Hay motivos razonables para eso, como dijo anteriormente...

—El doctor los juzga razonables —interrumpió el consejero, con severidad. —Pero olvida-si que está delante de uno Conselho compuesto por anciões de notable saber, perfectamente capaces de juzgar sus motivos y darles otro valor se necesario.

El pastor Gerônimo recobró la atención desde el inicio perdida. Fitou Elisa al fondo, con el rostro perdido en una sombra tan negra en cuanto a noche.

—Pido que mi hija se aproxime de este Conselho —solicitó Gerônimo, retomando la confianza en la voz. Jonas se opuso con el mirar, pero fue repreendido por el consejero Hermínio que anteviu su oposición.

—Aproxime-si, senhorita —requisitou el consejero.

Elisa no estaba preparada para tal convocatoria, muy menos requisitada por el propio padre. Estaba temerosa en sufrir el llamamiento paterno para revelar lo que realmente aconteció cerca del lago. Ana a fulminou con el mirar, previendo una traición. Jonas sólo vio crecer su aflicción.

—Elisa, no a convoqué por ser mi hija o por creer que jamás escondería algo de mí. Llamé-a por juzgar ser la única persona sensata que detiene este terrible secreto. Si es cierto lo que el doctor dijo, sobre un peligro que estamos corriendo, tengo convicción de que no asistirá la nuestra ruina sin antes decir todo que sabe. Si fuera algo que envuelve constringimento personal, encontrará en mí el único hombre habilitado a quién confiar sus secretos.

Aturdido, Jonas hizo mención en levantarse, pero fue nuevamente repreendido por el consejero Hermínio.

—Hija, concuerdo con el Pastor —dijo el consejero. —Y de mi parte tiene el permiso de conversar con su padre a sós, si eso sea de suyo agrado.

—Necesito tener con mi padre —dijo Elisa, a los llantos.

Cuando los dos salgan de la sala de reuniones, fueron sorprendidos por Ana, en una postura obstinada para impedi-los.

—Va a contar aún todo para él? —inquirió Ana, con un mirar fuzilante.

—Sólo hablaré lo que juzgar necesario —respondió Elisa, intentando huir del mirar de la hermana.

Ana se puso de lado y los vio crucen la puerta. Jonas permaneció sentado, sorprendido por la actitud de Elisa. Hundió-si nlo posible revés de su plan. Pero ni todo estaba perdido. Había previsto la intervención del pastor, y habiendo ocurrido como el previsto, era el momento de seguir por otra vía, no menos revestida de riesgo.

...

Gerônimo dejó-si caer sobre la silla, cansado, con ojos pesados de una noche apenas dormida. Examinó la hija, que permanecía en pie, irresoluta. Sería inútil pedir para que ella se sientassi. Con esa resolución definida y aliviado por ser la más pequeña de sus preocupaciones, Gerônimo prosiguió con su voz arrastrada el interrogatorio que antes era testificado por el consejo.

—Espero que Ana no haya hecho su cabeza. Veo que ella está del lado de Jonas, y, así pues, contra nodos. Sin embargo, la pregunta que me hago, ahora dirigida a usted, es si usted está contra nodos también.

—No estamos en una guerra para escoger lados, mi padre —dijo Elisa, intentando demostrar firmeza en las palabras, mirando en los ojos del padre para mostrar que aquella que está delante de él no era más la hija submissa. —Corremos peligro, puedo afirmar basado en todo que vi y oí, razón por la cual deberíamos estar del mismo lado. No sé lo que se pasa en su cabeza en relación a Jonas, pero advierto que no necesito guiarme por opiniones ajenas y —Elisa hizo una pausa, mirando para el lado, como que demostrando estar ofendida —el señor creó una hija de personalidad fuerte. Entristeço-me por creer que estoy siendo manipulado por quienquiera que sea.

—Bien verdad que sospeché de su amigo Jonas, pero ni por un instante creí que él pudiera manipular usted, mi hija. Tengo certeza de que Ana sucumbió a los encantos del doctor. Usted, sin embargo, aún detiene juízo sobre las personas, de lo contrario no estaría aquí.

—Padre, se quiere hablar sobre Jonas, alerto-lo que no es el momento

correcto.

—Tiene razón —suspiró Gerônimo. Levantó-si y encontró una bíblia en la estante. —Comparto con usted la misma preocupación con ese vilarejo. Sería pérdida de tiempo explicar las razones que conoce tan bien. Sin embargo, para finalmente poder hacer alguna cosa, necesito conocer ese secreto que tanto insiste en esconder y que pone en riesgo la paz dnuestro pueblo.

—Un secreto debe ser bien guardado, querido padre, y un secreto de vital importancia guardia doble vigilancia.

—Si la revelación de ese secreto pone en riesgo la permanencia del doctor en nuestro vilarejo, deshaga de tal preocupación y me cuente inmediatamente.

Elisa sonrió irónicamente. Ultrajado, Gerônimo dejó escapar uno ganido.

—Ni bien parpadeó después de hacerme prueba de su integridad y ya muestra señales de impertinência que no vendrían sino de alguien de fuera —vociferou él.

—Consigue mirar para mí y decir que me halla volúvel al punto de defender un hombre que apenas conozco?

—Coloqué como una hipótesis, mi hija. Quiero medir las amarras de ese secreto. De lejos fue mi intención ofendê-la, y se lo hice, no estoy dispuesto a disculparme tras suya impertinência.

Los dos intercambiaron mires furiosos. Vencido, Gerônimo apoyó las manos sobre la mesa.

—Cuántas personas necesitarán morir para que me revele lo que hubo cerca del lago?

—Como sabe que fue cerca del lago?

—Entonces algo aconteció cerca del lago?

Elisa detuvo-si al percibir que cayó en la trampa del padre.

—Hubo más una muerte, es eso?

—Sí, mi padre.

—Y por qué esconde más una tragedia que se asoma a las otras? En qué esa muerte difiere-si de las otras?

—Yo prometí...

—Promesa maldita que puede nos aniquile —interrumpió Gerônimo.

—Si todos sepan, será nuestro fin del mismo jeito.

—Por Dios! —bradou Gerônimo. —No consigo, mi hija, prefiero la muerte a ver padezcan aquellos que amo, mis hijos.

—Un día el señor va a entenderme, mi padre.

—Temo que no, mi hija. Ahora falda, necesito quedar solo.

## Capítulo 36

Mientras su existencia se valía de los sueños y del subconsciente, Carol nutría la esperanza de despertar y ver-si inundada por la luz blanca del paraíso, la esquina angelical de los pájaros y el abrazo acogedor de su dulce amiga Madeline.

No había agonía en sus sueños, a despeito de la exageración de alucinaciones y diálogos desconexos. Era como un desesperado llamamiento para mantê-la tranquila, preparando-a para la verdadera pesadilla que vendría al despertar. Si pudiera escoger, no despertaría. Descubrir que lo paraíso jamás existió o despertar bajo mirarlos vigilantes de desconocidos no era lo que esperaba tras el terrible accidente.

La voz de Roberto reverberava en meilo al caos de gritos y rangidos que vibraban con el mismo rigor de luces multicoloridas en un fondo negro. Roberto decía “quede en el coche, pediré ayuda”, enseguida, oía los rugidos de camiones y el distante sonido de vehículos que se aproximaban. Eran sonidos tan abafados que daban la falsa impresión de venir de una película.

De repente, Carol sintió su cuerpo chacoalhar. Una náusea terrible acometió-a, haciendo-a flotar desconfortavelmente, como se girara sobre sí misma y sobre un plan invisible. Una voz esganiçada ecoou en el vacío de sus pensamientos:

—Despierte, bella adormecida.

Con la dificultad típica de los más sufocantes pesadillas, ella respondió “quiero dormir, no necesito despertar”. Suyo subconsciente completó la frase, aunque ella no pudiera comprender, y tal fue lo oportunismo de estas palabras que se hacen comprender solamente en sueños, la voz se calló.

Aún sintiendo-si confortable y segura, Carol no paraba de pensar en Roberto. Sin embargo, las memorias de Madeline se hacían más presentes y persistentes. Era como si la energía de su vieja amiga se concentrara en aquel ambiente físico de tal forma que ultrapasara las barreras que separan el real del imaginario. Fue entonces que Carol percibió que estaba en el mismo lugar donde Madeline fuera muerta de forma cruel.

La visión del carrasco retornó más nítida, más lívida. Era un hombre sereno que barría el rostro de Madeline con una expresión a la vez melancólica. Carol lo comparó con uno personaje de la película “El Guardia-Costas”, un fanático que no tenía conciencia de su propia obsessão y vivía suyas fantasias como único medio de hacerse existir para el mundo. Madeline era su blanco, apreciada como el tulipán negro cuya visión se cerró para los mortales. Su rostro era a pétala blanda, acariciada por las manos heladas y trêmulas del pobre muchacho que no se incomodaba de morir si así fuera por ella.

Carol era alvejada por el negror de aquella sala y pela repugnância de los actos libidinosos del muchacho. Las manos enrugadas dejaban escorrer lo esperma resultante del acto invasivo. Y aquella música, que de nada guardaba semejanza con cualquier melodía terrena, traía un tono infernal al festim obsceno.

Sin conseguir oír la propia voz, Carol gritaba para librarse de las amarras del sueño. Decía a Roberto, su amor distante, este desanimado, con las manos sucias de sangre socando el vidrio del coche, decía a él en tono lamentoso que aquel hombre horrendo había matado Madeline tras haber practicado todo tipo de indecência, de haber profanado a intimidade de su pobre amiga que nada podía hacer sino pedir una muerte rápida.

Sacudida con la convicción de que había encontrado el asesino, Carol fuera alcanzada por una nueva revelación que la hizo abandonar cualquier certeza que ya hubo tenido en la vida. Cuando la hoguera tímida recibió una lufada de viento y suyas llamas reaparecieron más intensas, el rostro de aquel hombre fuera revelado. Estaba contorcido por las drogas, tan soturno que aún bajo a resplandecente llama de aquella hoguera, aún mostraba contornos negros.

Aún lassí, maldijo-si por no haber matado aquel hombre cuando lo vio por primera vez, al ve-lo entrar en el coche de Roberto para lleva-los al que restó de la iglesia del diablo. Y no había dudas de que habría hecho se supiera, pues fuera una decisión que hube tomado cuando supo de la muerte de su amiga.

Entorpecido, Marcelo acarició el rostro de Madeline, pálido y helado de tanto sudor y lágrimas. Había frialdad en la expresión de él, una revelación

latente de que llevaría a cabo lo que comenzó.

Carol, reuniendo todas sus fuerzas, aguardó el fin trágico. Marcelo rodeó Madeline en una especie de homenaje insana a alguien que estaba a las puertas de la muerte. Beijou-le la faz, cerró los ojos, pero para espanto de Carol, limitó-si a salir del cuarto sin decir adiós.

Madeline no conseguía más llorar por más que el alivio a impelisse a eso. Pero aprovechó el momento de soledad y seguridad y se puso a descansar, deseando que no más despertara y que alguien entrara en aquel lugar con todas las garantías de que la salvaría con vida y mataría aquel hombre que le hizo conocer el infierno a despeito de todas las veces que se hube arrepentido de sus pecados.

—Despierte! —gritó Carol, pero su vez no hizo más confusión que un grano de arena cayendo sobre el gramo.

Carol imaginaba que aquel descanso sería el fin de Madeline. Destruída, se perdería nos labirintos del sueño tal como ella y no más retornaría. Era extraño pensar de aquella forma sabiendo que ella estaba muerta, era cómo se pudiera cambiar el pasado para salvá-la.

Arrancada de más un sueño, Carol se vio por encima de las nubes, observando aquella trilha blanca y densa arrastrar-si por kilómetros. En esas nubes vio rostros conocidos de su infancia. Su abuelo Guilherme, que hube muerto cuando tenía nueve años, suda vó Ernestina que hube muerto exactamente un año después, y una decena de otros parientes y conocidos de su tierra natal. Todos miraban para ella con alegría, como se a esperaran hace mucho.

Pensaba estar finalmente en el cielo, pero rostros en las nubes no eram bien la visión que tenía del paraíso. Como toda buena moça, imaginaba caballos alados, jardines verdejantes, castillos celestiais y ángeles por toda la parte. Sin embargo, permanecía flotando sobre nubes que más cargaban recuerdos del que cualquiera otra cosa.

Acordó-si que los sueños se alejaban demasiado de la realidad, y si una idea naciera de esa realidad, también era distorsionada. Sonrió para los rostros y dejó su cuerpo pese, cayendo tan rápidamente que no sintió el frío abatir-si sobre su rostro. De repente, algo abatió-si sobre ella, uno jorro tan

fuerte de agua que parecía provenir de una cascada cuyo tope alcanzaba las nubes.

Atordoada, Carol despertó-si. Estaba sin aliento tras el último balde d'agua tan displicentemente tirado sobre su rostro. Estaba preparada para la oscuridad de un cuarto apretado que olía a la muerte. Cuando finalmente consiguió abrir los ojos, vislumbrou los primeros rayos de sol de la mañana y la esquina de los pájaros que ecoavam su melodía en el tope de los árboles su vuelta. Ella entonces se dio cuenta de que despertó en medio de la floresta, el más lejos posible de la civilización.

...

Juarez examinaba su bolsa. Había algunos intercambiados, el suficiente para lo taxi y una pasada rápida en el bar para calentar la garganta. No tenía certeza se volvería aquel mismo día. Dependería del interrogatorio y de la buena gana de los policías, y todos saben que es necesaria una increíble coincidencia de hechos para dejar la policía de buen humor, en un mundo donde cosas ruins acontecen a todo momento.

Miró para el vaso d'agua e imaginó que era uísque. Sólo así para poder esvaziá-lo, a despeito del hambre que lo afligía. No comía nada hay seis horas. Ninguno de los policías estaba dispuesto a sacrificarse por un puñado de petiscos o un pedazo de pan mofado. Sabía exactamente cuáles eran sus derechos, pero en la jaula donde se metió, reglas eran incumplidas a todo instante y la justicia no detenía la llave. Además de eso, con su extensa ficha policial, un acto caridoso sería lo prelúdio de suya aniquilação.

El reloj de pared marcaba ocho horas de aquella mañana radiante. Con los ojos pesados y ardientes, intentó dormir, pero la ansiedad era demasiada para hacer ruírem sus fuerzas. Cambió de posición sobre la cama dura y repeliu el aire mofado de la celda con una baforada del cigarrillo. Por lo menos permitieron que fumara, o no se dieron cuenta de que aquel simple toco de cigarrillo era de más extravagante de las regalías para un hombre con la suerte trazada.

Sonidos de pasos resonaron en el pasillo. Algunos presos más exaltados batían tazas en las rejas, otros cantarolavam como si su melodía pudiera imponer melancolía als que caminan del lado de la ley.

Roberto aún andaba con dificultades, teniendo el auxilio de una muleta. Herbert siguió en el frente, escrutando los presos que le enviaban gracejos, muchos de los cuales ayudó a prender. Era muy bueno volver a ver-los en su debido lugar, y él esperaba que estén siendo tratados como realmente merecen. Cuando vio a fino trazo de humo que falda de la celda de Juarez, estancó el paso, aturdido.

—Dejaron el maldito fumar. Vea sólo eso, Roberto.

Indiferente, Roberto continuó suya sôfrega caminada.

—Me gustó ese silencio. Señal de que el viejo Roberto está de vuelta, lo destemido que le gusta dejar las sorpresas para el final.

Juarez levantó la cabeza y vio las dos sombras paradas delante de su celda.

—Finalmente, llegaron —dijo para sí aún.

—Mire para él, fumando uno cigarrinho —dijo desdenhosamente Herbert. —Espero que yo no sienta olor de uísque en aquel vaso sino las cosas quedarán feas por aquí.

—Abra luego esta celda —ordenó Roberto, como se estuviera acompañado de uno subalterno cualquiera.

—A las órdenes, jefe —hizo Herbert, irónicamente. Cada segundo quedaba más impaciente para ver la mágica que sólo su amigo sabía hacer en un interrogatorio.

Con una expresión solemne, Roberto entró y se escorou en la pared, deshaciendo-si de la muleta. Herbert postou-si a su lado, asistiendo, con un odio evidente, a las prazerosas tragadas del sospechoso. Si Herbert estuviera solo, sin muchas dificultades lo haría tragar lo que aún restaba del cigarrillo y lo haría contar una piada con la garganta apretada. Ya hizo cosas peores, pero en tiempos sombríos donde la más pequeña ofensa a un preso era motivo de investigación, un policía debe contentarse con el poco que aún consigue hacer.

Era necesario esperar a algazarra pasar, esperar los presos vuelvan para sus vidas mediócras, trazar venganzas que ni siempre eran llevadas a cabo debido a circunstancias que le huían lo control. Cuando aquella visita era

olvidada por los presos, lo silencio volvía sepulcral como siempre, sólo entonces la pareja de investigadores hubieron podido conversar con Juárez.

—Voy a hacer la pregunta sobre su tratamiento en esta celda —princiou Roberto, sin bajar los ojos del cigarrillo que Juárez conservaba, con temor, entre los dedos, como el niño que teme haber incautado el dulce que muy le hubieron costado. —No quedará muy tiempo aquí, señor —dijo en un tono de falsa cortesía. —A menos que quiera omitir informaciones que para nosotros son de vital importancia.

—Desde el inicio colaboré. Prueba de eso fue que me dejaron fumar.

—No se vanglorie con un error de uno de nuestros compañeros —advirtió Herbert, que conservaba un aire severo en segundo plan. —Puede quedar aquí más tiempo que imagina.

—Ora, entonces digan luego lo que quieren, y ved si no estoy aún dispuesto a colaborar.

Roberto quedó sorprendido con la osadía de Juárez. A la vez, entusiasmó-se con la oportunidad de poner a la prueba la buena intención del sospechoso.

—Muy bien, seré bien directo: Dígame quién es el autor de los pasajes que me envió? Vea bien, no quiero saber del mandante, pues puede ser alguien extraño que no nos interesa.

—Por qué yo sabría la autoría si sólo fui encargado de enviar los tales pasajes? Si fue un tercero quien me incumbió de la misión, que interés yo tendría en descubrir quién los escribió?

—Hace preguntas demasiado para quienes debería sólo responder —interviu Herbert, zangado.

—Sabemos que no es un simple chico de recados —previno-lo Roberto —No habría aceptado la misión si no supiera de quien partió y cuál sería el objetivo. Y confieso que usted le gustó de la brincadeira por envolver un policial.

Juárez reculó. El cigarrillo casi le escapó cuando oyó aquellas palabras dichas con tamaña convicción. Era inútil esquivar-se de la inminente traición a que era impelido. Cuando se está al margen de la sociedad, proteger sus

semejantes era una de las pocas virtudes que se podría ostentar. La otra era proteger la propia piel.

—No me pregunte el nombre de él, pues no lo sé, pero digo que es un influyente líder de la Iglesia del diablo.

—Manoel... —murmuró más una vez Roberto. —Entonces ese desgraciado estaba envuelto en eso desde el inicio...

—Donde podemos encontrá-lo? —inquirió Herbert.

—Hablo solamente bajo la promesa de verme libre de esta prisión.

Roberto retiró uno maço de cigarrillos del bolsillo, y enseguida, retiró uno por uno hasta contar los seis que aún le restaban.

—Sabe lo que es más penoso para un viciado en cigarrillos? —preguntó él, mostrando-los.

—Quedar sin ellos —respondió Juarez, exponiendo su temor de verse arrancado de sus amados cigarrillos.

—Errado —retorquiu Roberto. —Evidente que nunca vio uno prato de comida ser desperdiçado en el frente de un hambriento, pero puede imaginar lo cuánto sería penoso. Tome igualmente lo que iré a hacer ahora y en todos los días en que venirse confinado en esta prisión si no me dijera ahora donde el encuentro.

Toma esa resolución, Roberto destruyó los seis cigarrillos en el frente de Juarez que, asaltado por las palpitações de su corazón, pudo sólo lamentar.

—Droga! Yo moriría de cualquier forma se viera eso más una vez —dijo él, que ante a peculiar persuasão, resolvió colaborar.

## Capítulo 37

Las últimas seis noches de sueño fueron penosas para Gerônimo. Fueron seis noches de una lucha injusta contra el insomnio, el gigante imbatível contra uno oponente recluso en sus sospechas, fragilizado por las incertidumbres y por el miedo de ver el mundo que idealizou antes de la boda hacerse ruina, permeando un futuro nebuloso donde la única esperanza era mantener-si vivo.

Cuando hacía las paces con lo descanso, que era el premio de la batalla cruciante, vía-si atormentado por sueños inquietos. Debatía-si en la cama en una tentativa inútil de despertar. En sus sueños, vía Melinda aún más bella, sin embargo desdenhosa, desfilando en el frente de sus amigos. Ella destilaba lascividade, pero parecía no le importar la reacción de los hombres que la devoraban con los ojos, que la deseaban fervorosamente.

Soñar con Melinda siendo deseada por otros hombres despudorados no era la mayor de sus preocupaciones. En el fondo, sabía que la belleza de su esposa causaba admiración y despertaba los deseos más ocultos de aquellos que bajaban los ojos sobre ella. Podría convivir con aquello, haciendo poca medida de suyos ciúmes ocupando su mente con otras cosas. No podría cegar-si al turbilhão de rostros ávidos, de bocas sequiosas por el cuerpo de Melinda, pero haciendo-si notar como marido protector, haría con que esa onda de mirar y pensamientos no ultrapasara la barrera del respeto y de la consideración. Para su suerte, los hombres más honrados temerían tocar la mujer del otro, sin embargo nada podría garantizar acerca de los desonrados. Y esa era su principal preocupación.

En la esquina más oscura de sus recuerdos encontraba Jacó, joven e igualmente extasiado por la deslumbrante belleza de Melinda. Jacó aún no había dato pruebas de desonra, a menos que fuera un hombre que caminara en la sombra de la precaución. Tendría él la calidad de los gatunos, capaz de furtar preciosos minutos de placer con su esposa, protegido por la perspicácia de aquel que no quiere ser descubierto y aniquilado por el marido celoso?

Gerônimo no podría temer otro hombre, sería la flaqueza que lo llevaría

a la ruina, la espada que rompería la barrera de la honra y haría con que el más contenido de los hombres avanzara sus garras contra Melinda. Temía, bien verdad, que Melinda escondiera una fragilidad que la hacía propicia a las nuevas aventuras. Con esa flaqueza aliada a la desonra de Jacó podría nacer un caso que, con cierta precaución, tardaría a ser descubierto.

Y así más uno de sus sueños inquietantes llegaba al fin, los dos cuerpos se entrelazando nerviosamente sobre la cama mientras él, petrificado por el torpor, asistía a todo. Gerônimo soltó un urro tan encolerizado que Melinda habría despertado se estuviera en la cama.

Aún asustado, pensó que ella estuviera en el cuarto de baño haciendo a toailete. Melinda siempre era la primera a despertar. Sin embargo, aquel urro habría despertado la atención de cualquier uno que estuviera en la casa, y nada se oyó después de aquel repentino espectáculo, siquiera una gota sobre a pia.

La puerta del cuarto de baño estaba abierta, la prueba cabal de que Melinda no estaba en el cuarto. Gerônimo descendió las escaleras lentamente, como si una escena de crimen lo esperara en la cocina.

En la cocina la luz estaba acesa. Sintió el olor de torradas y café, pero el perfume de Melinda no se presentaba como de costumbre, siempre tan intenso y provocante. No había dudas de que ella hubiese preparado el café en los primeros minutos del día. Había señales de prisa: la vajilla sucia en la pia, paños fuera del lugar, polvo de café en el suelo.

Inebriado por el olor de café, Gerônimo cambaleó por la cocina. Con el rostro erguido, aspiró a fragrância de la bebida aún caliente, y de ella quitó la conclusión de que el perfume de Melinda, el perfume natural de ella, era de tal forma superior que habría jugado a cafeteira por la ventana sólo para sentirlo más una vez.

Por primera vez desde los votos en el altar, Melinda lo dejó sin aviso, o el café preparado sería un mensaje de que tendría que hacer algo con urgencia y, aún delante de un caso urgente, una mujer devota no dejaría desamparado su esposo. Aún así, Gerônimo buscó algún pasaje. Comenzó por la puerta de la nevera, enseguida, corrió para la sala y buscó por el bloque de anotaciones. Por fin, rebaxou-se al acto de leer el diario de ella, muy bien guardado, cuyo

secreto de su escondite solamente él conocía. No había nada de revelador.

Su mente se encontraba invadida por pensamientos negativos, por mil y una situaciones que culminaban con el peor. Lo que de tan terrible podría haber acontecido y a la vez permitido lo preparo del café? Pero un tiempo considerablemente más pequeño habría permitido uno recado, breve que sea, suficiente para deixá-lo tranquilo. Habría sido la urgencia la culpable por el olvido? Tendría entonces Melinda, aún ocupada en proveer el marido, olvidado de avisá-lo para donde iría?

No tenía sentido. Nada de aquello tenía sentido. Melinda habría despertado más pronto, hecho el café como todas las mañanas, sin embargo algo de extraño aconteció. Alguien entró en la casa, a sorprendió y Dios sabe lo que puede haber ocurrido después. Eso explicaría el polvo de café en el suelo y la vajilla por lavar.

Tendría oído gritos, sin embargo, el extraño tendría tiempo de amordaçá-la. Habría señales de arrombamento, o cogidas el suelo después de una noche de lluvia y el hecho de lo gramado haber sido rehecho dos días antes. Si Gerônimo continuara con las conjeturas, quedaría loco. Entonces paró para pensar, disipar de su mente esa nube densa de negatividad que lo llevaba la centenas de escenarios caóticos.

Juntó el olvido a la prisa, justificando la vajilla y la falta de un aviso. El polvo de café en el suelo fue sólo uno descuido que sería sanado así que llegara. Pero para donde habría ido?

No había otro lugar para Melinda ir sino a la iglesia. Ella era responsable por la decoraçã del domingo de páscoa.

—Como pude haber olvidado? —alegró-si al recordar de un detalle que lo había escapado.

Gerônimo tenía treinta minutos para llegar hasta la iglesia, certificar-si de que su esposa se encontraba allá, llevar Elisa para la escuela y enseguida ir para el trabajo. Para su suerte, el tráfico fluía normalmente, lo que abreviou su viaje. Llegó en diez minutos.

Las puertas del frente estaban trancadas. Él tendría se acordado de que sólo abrían a las 9h si no fuera la confusión en su mente.

—Padre, trajo la llave reserva de la puerta de los fondos? —preguntó

Elisa.

—Sí, mi hija. Siempre a traigo conmigo.

Padre e hija siguieron para la puerta de los fondos. De repente, el fantasma de Jacó volvió para assombrá-lo. Y si los dos estuvieran juntos dentro de la iglesia? Tendría Melinda a audácia de traer otro hombre para dentro de la casa de Dios y practicar con él actos libidinosos?

Si fuera esa la intención de Melinda, no usaría la Iglesia. Gerônimo conocía bien la esposa y sabía que ella no tendría capacidad de cometer tamaño pecado. Entonces sobrevino-le otra opción: la casa de Jacó. Los dos volvieron para el coche y siguieron para la casa de él.

En la carretera, Gerônimo volvió a las suyas divagações. En aquel instante, el pecado estaba consumado, pero las razones aún le eran extrañas. No conocería él la esposa, como así juzgaba? Jacó, menos apenas sería, tendría corrompido la mente de ella al punto de convencê-la a ir para la cama con él? Prendido a esa segunda hipótesis, la honra sería el juez que lo absolvería de cualquier acto impensado que terminaría en tragedia.

Sobre actos impensados, Melinda lo hube advertido una semana antes en el aparcamiento de la iglesia, pero era una advertencia dirigida a alguien que sería reincidente se a ignorara. Gerônimo meditó en ese detalle, que antes no le había ocurrido. Que acto impensado habría cometido él para ser advertido tan puntualmente? Solamente Melinda era conocedora de ese hecho, pues a Gerônimo era completamente extraño.

...

Elisa venció su padre, en la única batalla de su vida en la cual preferiría la derrota. Los olhaires inquisidores de Gerônimo a fulminavam, a sagacidade de sus palabras a hería y la indiferencia paterna a prostrava. Huyó de aquella sala como se estuviera perdida en una floresta oscura y asombrada. Pero huyó con el peso de un secreto y con la responsabilidad sobre decenas de vidas.

Saltó para a alameda y corrió como nunca en su vida. Corrió como aquella niña medrosa que se vuelca cercada por perros en un beco, pidiendo ayuda y viendo su voz perderse en la inmensidad de la ciudad grande. “Enfrente los perros, niña medrosa”. Ella luchaba, sin embargo la revelación

de que la voz no era de su padre a dejaba aún más amedrontada. Quién a quería encorajar sin suministrarle los medios? “Sería el diablo a llevando para una trampa?”, así pensó; sin embargo, momentáneamente, era una niño, no conocía el mal que se manifestaba en el subconsciente y hallaba abrigo en el alma.

Aquella voz reverberava en la sala y hacía con que cada palabra del pastor fuera uno grunhido más abafado y tímido. Gerônimo era el perro feroz que a encurralava, de prezas proeminentes y afiladas y tan grande que a habría devorado con prisa.

Como todo niño asustado, buscava lo abrigo seguro del genitor, pero cuando este era la fiera que a repelia, y cuando el amor paterno pierde lugar para el amor de un hombre, aquella que volcó mujer búsqueda los brazos de su amado, olvidando-si que él ya tenía dueño.

Jonas estaba solo en su consulta. Ana había vuelto para casa para descansar, prometiendo que volvería el día siguiente. Él no hube creado resistencia. Cuando volvió para la consulta, percibió que su plana B no saldría bien. Quería un momento de soledad para poner sus ideas en orden. Y justamente cuando estaba solo, cuando nadie más podría confundí-lo con juras o amenazas, volvía suyo espirito para el cuarto oscuro del hospital donde Laura estaba ingresada.

Su esposa estaba tan linda cuánto en la última vez que la vuelca. Jonas podría sentir el perfume de sus cabellos, la textura aveludada de su piel. Quería cheirá-la, sentí-la, acariciá-la y decir lo cuánto se sentía arrepentido por esquecê-la y tomar en los brazos otra mujer como un joven inconsequente que contabiliza sus conquistas en una insana carrera por la popularidad en el colegio.

Hube Prometido que encontraría Ana para corregir su error, aún sabiendo que destruiría un corazón frágil, que arruinaría sueños y le mostraría el lado ruim de los hombres, impidiendo-a de reencontrar el amor al ladel de otro que de hecho podría fazê-la feliz. Era el mal que no podría ser deshecho sin sequelas; dejaría heridas que ni el tiempo sería capaz de cicatrizar. Pero si no actuara a tiempo, podría costar una vida.

Cuando batieron a la puerta, imaginó que fuera Ana. Atemorizado por

la súbita visita, escondió suyos remorsos y guardó su decisión para el momento más oportuno, como el cazador que guarda su última bala para un imprevisto en la floresta.

Aliviado, encontró Elisa con la respiración sôfrega, con los ojos sobressaltados y suplicantes. Había corrido tanto que sus cabellos estaban humedales de sudor, así como su rostro. A pesar de todo, no perdera nada de su belleza peculiar, a despeito de la expresión severa que hube perdido lugar para la perplejidad.

—No sé lo que está pensando sobre mí, pero sepa que no conté para mi padre nuestro secreto... no completamente —dijo ella, intentando se recompor.

—Lo que hubo? Por qué corrió tanto? —preguntó Jonas, aturdido.

—Estaba asustada, tal vez. Fue una conversación muy tensa, sentí-me sofocada. Nunca vi mi padre de aquel jeito... quiero decir, no que él estuviera alterado lo algo parecido, pero él estaba inclinado a arrancar la verdad de mí. Fue terrible.

—Pero no consiguió y eso que importa.

Jonas a calmó. Enseguida, a hizo sentar-si. Si Ana estuviera con él, sabrían lo que hacer. Pero esta vez estaba solo y necesitaba volcarse.

—Aún corremos peligro. Lo que vamos a hacer? —preguntó Elisa, intentando aparentar tranquila.

—Imaginé que estuviéramos en un beco sin salida, entonces pensé en Mateus. Él es el único que tiene pasaje libre para ir a la ciudad. Pensé que podríamos enviá-lo en búsqueda de ayuda.

—El Consejo no iría a dejar —retorquiu ella. —Mi padre pensó en todo. Nadie sale hasta segunda orden.

—Aún si tal resolución no fuera tomada, no tendríamos cómo contar con Mateus.

—Por quê?

—Él desapareció.

Elisa sobressaltou-si con aquella noticia. Era como si las pocas

oportunidades que tenían fueran robadas en los momentos más inoportunos, sin la más pequeña resistencia. Ella veía la paz en el vilarejo siendo minada y todo estaba dando errado. Una terrible sensación de impotência a acometió.

—Cree que él haya sido...

—No llegué a pensar en eso. Mateus acostumbra salir mucho a la noche, pero sus paseos son cortos. Como usted tocó en el asunto, ya se pasó media hora y ni rastro de él.

—Por Dios, aún con todas las advertencias...

—Sería yo la última persona a prendê-lo en esa consulta. Lo conozco a mucho tiempo y sé de suyo espírito aventureiro. No duraría un día se quedara confinado en esta sala.

—Vanessa también desapareció. Ambos pueden haber tenido el mismo destino.

—En el caso de Vanessa, hubo una razón para ella huir. Si consiguió escapar, está en una situación mejor que la nuestra.

—No había motivos para ella huir, por más que ella haya escuchado la conversación que tuve con mi padre. Nuestra intención siempre fue ayudá-la.

—De repente ella no encaró de esa forma.

Elisa concordó con él y quedó en silencio. Jonas intentó cambiar de asunto.

—Parece-me que usted no tiene intención de volver para casa.

—Por qué huí? —Elisa parecía desanimada.

—Usted parecía desesperada cuando llegó aquí.

—Ya dijo, fue a causa de la conversación con mi padre.

—Con su padre? Creo que no. Fue algo más profundo. Usted encaró un enemigo difícil de vencer y ahora teme confrontá-lo nuevamente. ES cómo se venciera el león dentro de una jaula y tuviera que enfrentá-lo en su hábitat natural.

—Siquiera consigo imagine como va a ser mi relación con mi padre

de aquí para frente, cargando ese secreto, enfrentando-lo cada vez que nos encontramos en situaciones opuestas.

—Si al menos hubiera una oportunidad de su padre quedar de nuestro lado...

—Ni sabemos lo que hacer para salvar lo vilarejo o a nodos mismos.

—Tampoco sabemos en quién confíe —asseverou Jonas. —Pueden haber traidores entre nodos, cómplices o sé allá... Halla aunque nadie sabe lo que está aconteciendo aquí? Y la tal secta que lo vigila de la torre vio años atrás? No podemos ser negligentes y cerrarme los los ojos para de más remota posibilidad de esa secta tener la participación de miembros del vilarejo, o hasta del Consejo de Anciãos.

—Mi padre es el pastor...

—Su padre es tan sospechoso cuánto yo o usted.

—Calle-si! —Elisa esbofeteou-lo, pero contuvo-si a los llantos cuando sintió su mano arder en el rostro de él. Jonas estaba encolerizado.

—El grande pastor Gerônimo me odia, el hombre santo que se regozija de no tener odio en el corazón dirige toda su rabia contra mí siempre que pode.

—No sabe del que está hablando.

—Ah no? Entonces me muestre, filhinha del pastor, señora perfecta.

—Como usted es idiota!

—Soy mismo por aún perder tiempo con usted.

—Mejor callarse.

—Lo que va a hacer?

Elisa dio-le uno más tapa, ahora en la otra faz. Jonas no reculó. Con los ojos relucientes, inclinó-si sobre ella.

—Continúe. Muestre que estoy errado sobre a Elisa que nunca pecó, a filhinha amada del Pastor que teme el enfrentamiento, que huye sin mirar para tras.

—Yo te odio... —dijo ella, con la voz tan baja que Jonas casi no oyó.

—Quiebra más alto —ordenó Jonas.

—Yo te... yo te... —murmuraba ella, al encontrar los ojos rojos de cólera de él. —Yo te... amo.

De súbito, Jonas amainou las feições. La rabia se fue, la furia se contuvo como la tempestad que se desvanecí sin aviso. Los dos se miraron con ternura. Elisa contuvo lo ímpeto de beijá-lo, sin embargo, fue Jonas quién tomó iniciativa.

La voz de Laura resonaba en su conciencia, pero sus palabras ya perdían fuerza, eran cómo súplicas lamuriantes de quien no tenía más esperanzas de ser oída, de una mujer que haría de su voz el símbolo del amor olvidado.

La culpa era lo azote que lo impelia a desistir de los labios de Elisa. No sólo la culpa por Laura, pero por Ana, a quien prometió suyo afecto y encendió a centelha de esperanza en su corazón. Cuando supiera de la verdad, Ana no se conformaría y viviría el resto de sus días buceada en la más profunda amargura, sabiendo que su amor fue vencido pelo de la media hermana. Si aún existía uno resquício de respeto entre las dos, desaparecería tan rápido cuanto un rayo.

El fantasma de la muerte, revivido en la voz del moribundo espía, recordando-lo del peligro, no pasaba de uno silvo en medio de la tarde tempestuosa. Pero como el miedo vive en las sombras, desaparece en los momentos ensolarados para resurgir en las noches soturnas. Ressurgiu en el rostro rojo y en los ojos rasos de Abdias, estático en la soleira observando la confusión de cuerpos y labios en la consulta.

Jonas se deshizo de los brazos de Elisa con el cuidado de un artista que acomoda su obra al abrigo de la lluvia y del viento. Aquel que un día era tenido cómo enemigo lo fitava con preocupación. Abdias parecía asombrado, pero no estaba inclinado a hablar mientras la sorpresa no se deshiciera hasta su último vestigio.

—Lo que hace aquí? —pricipiou Jonas, venciendo la resistencia del intrépido visitante.

—Disculpad entrar así, pero necesitaba hablar con usted —dijo Abdias, espremendo el sombrero entre las manos. —ES sobre el Pastor.

—Lo que hubo con mi padre? —interrumpió Elisa, preocupada.

Abdias rodeó la mesa, aún tímido. No esperaba haber encontrado Elisa en la consulta, y receava revelar el motivo de la visita en el frente de ella, pero no tuvo elección.

—Él embrenhou-si en la floresta. Dijo que iba atrás de Vanessa y no volvería hasta encontrá-la.

—Eso es imposible —asseverou Elisa. —Mi padre no hace la mínima idea de por donde ella podría haber seguido.

—Antes de ir, él me buscó. De hecho, me reveló que desconocía otro camino además de aquel que llevaba para la carretera principal. Concluimos que era una distancia grande demás para ser percorridlo por alguien tan debilitado como Vanessa. Tras muchas suposiciones, sugerí que ella podría haber tomado un camino alternativo por dentro de la floresta y cogido una carretera que la llevaría para las chácaras, donde inevitablemente encontraría abrigo cuando los habitantes percibieran que cargava un niño recién-nacida.

Jonas esperó una rápida reacción de Elisa a esa nueva información. Sabrían entonces para donde ir y ganarían tiempo, pero ella permaneció callada, retenida en sus pensamientos, que para ellos, eran verdaderos misterios.

## Capítulo 38

Ni cuando el sol venció los obstáculos formados por la densa floresta y lanzó sus rayos con vigor sobre el rostro de Carol, ella consiguió quedar despierta. Ese era el plan, mantener-si alerta para que ninguno tarado tuviera acceso a su cuerpo y de él hiciera lo que bien entendiera.

Pero estaba cansada demás, tanto que no conseguía soñar y siquiera permitía los antes temidos pesadillas, ahora oportunos medios de despertá-la para la realidad, ocupen el vacío de su mente. Y cuando de milagro volvió a sí, notando los dolores en el codo izquierdo y en el muslo derecha, quedó feliz por hallarse sola nuevamente en la floresta.

Sus manos estaban muy bien atadas. No fue preciso apertá-las al punto de sentir la sangre parar y coagular al límite de su resistencia, sintiendo a dormência de quien estaba prestes a perder los miembros. Fue un nodo bien dato y algunas vueltas con un rango reforzado en vuelta del brazo de la silla. Las piernas libres perdieron el sentido con el trabajo bien hecho en los brazos, y quienes hizo estaba seguro de sus habilidades.

La esquina de los pájaros resurgiu como assombração en aquella cárcel al aire libre. Lo mato remexia-si de cuando en cuando revelando pequeños roedores que detenían-si para ve-la, con los ojos esbugalhados. Si pudieran hablar, dirían algo cómo “ella va a morir si no roer las cuerdas”.

Uno sádico no habría sido tan genial cuánto este que la secuestró. Sería sobrecogedor ver-si indefensa en una cabana oscura y rodeada de cadáveres o cabezas, con el olor nauseabundo de sangre humana a los baldes en el poco espacio que restaba, sin embargo un terror de esa magnitud drenava sin tarda la sanidad del prisionero y el espectáculo tendría su fin anticipado sin muchos aplausos. Sin embargo, ser prendida en una floresta donde puede ser vista por animales o por un posible cazador que no temería en libertá-la fue un plan de los más osados. No hay un loco por las redondezas, pensó Carol, ni uno sádico convencional.

Pero cuando lo vendría? Cuando serían presentados? La voz sería fácil de imaginar. Sería a de el extraño que a telefoneó días atrás. No, sería

obvio demás, pensó ella. No condiz con a sofisticação de su secuestrador, hasta ella sabía de eso. Quién le telefoneó pecaba por el amadorismo, y no tenía otra intención sino assustá-la.

Ora, no fue sólo uno susto, recobró ella. Fue un aviso, nada sutil, en verdad, de que ella corría peligro. Roberto sabía, ella también, tomaron las precauciones necesarias, pero él fue más esperto que los dos. Un hombre que supera la astucia de dos mentes era de temerse.

Una mujer repele las manos asquerosas de un hombre, y con mismo horror, las obscuras intenciones de un extraño. La muerte gana nueva orden en la relación de sus miedos, por eso no quedaría parada esperando él surgir con la sonrisa cínico en el rostro y la mano dentro de las calzas.

Carol balanceó la silla esperando que tombasse, y con un poco de suerte, quebrara parte del brazo para entonces deshacerse de las amarras. Pensó en el fracaso de su plan y en las horas en que quedaría caída en el mato hasta el suyo carrasco aparecer con unola expresión de escárnio estampada en el rostro. La silla era pesada el suficiente para mantê-la firme y maciza al punto de necesitar de más del que suerte para quebrá-la. En la fim, no consiguió salir del lugar y eso la dejó frustrada, pero no tanto cuánto se hubiera caído sin lograr éxito.

—Debería haber caído. Sería frustrante y embaraçoso —dijo una voz que surgió en medio de la floresta.

Aturdida, Carol divisó el lugar en búsqueda del dueño de aquella voz. Ella pôde notar con precisión que era una voz femenina, y eso la dejó más perplexa.

—Quién está ahí? —inquirió ella, sin esconder su asombro en las palabras trêmulas que proferiu.

—La caída significaría el fin de su cruzada por la justicia. Roberto a encontraría en un estado deplorável. Tengo pena de él —prosiguió la voz misteriosa.

Había algo de familiar en aquella voz. Nlo entanto, Carol negaba para sí misma, como si la verdad fuera cruel demás para aceptar.

—Siquiera consigue aceptar que soy yo quien dicta la verdad. Típico

de la dulce Carol, niña soñadora que dejó sus sueños mueran en una hacienda.

—No puede ser usted. Está muerta!

—Pero desearía que yo estuviera viva, admita!

Madeline surgió del nada usando un vestido blanco manchado de sangre. En la esquina de su boca había una herida por donde borbollaban gusanos esbranquiçados. Sus ojos poseían contornos arroxeados y su piel presentaba un tono medio esverdeado, medio azulado. Carol mordió los labios cuando a vio en su estado cadavérico, pero lo que a asustaba más era el tono de burla con que su amiga le dirigía la palabra. Madeline nunca a trató así. Pelearon varias veces, intercambiaron insultos en el calor de la discusión, pero las ofensas eran deshechas con abrazos y protestas de arrepentimiento.

—Parece que vio un fantasma —dijo Madeline, en un tono de escárnio.

—Sólo puede ser alguna alucinação —completó Carol. —El accidente fue fuerte, debo haber batido la cabeza. Eso no puede ser real.

—La negación sólo va a perjudicarle, mi dulce Carol.

“Dulce Carol”. Era así que Madeline se dirigía a ella en los largos años de amistad entre las dos. Las alucinações se revisten de memorias del subconsciente, pensó ella. Al cerrar los ojos, aquella voz se confundiría con sus pensamientos, y al abrí-los, encontraría solamente la floresta en su curso natural, oiría la esquina de los pájaros y lo farfalhar distante provocado por las cogidas de los javalis. Sin embargo, cuando finalmente abrió los ojos, vio Madeline sentada a pocos metros, fitando-a con curiosidad.

—Dígame una cosa, y espero que sea sincera: por qué decidió juntarse al policía para investigar mi muerte? —preguntó Madeline, con los ojos fitos en ella.

—Porque usted es mi amiga y no podría dejar ese asesino escape impunemente.

—No conocía a Carol justiceira —mofaba ella, a las carcajadas. —Halla aunque va a hacer algún bien tras mi muerte? Está tan confiante al punto de creer que yo quería justicia?

—Si no quiere justicia, lo que más podría desear al hombre que la mató?

—Los vivos son tan idiotas —asseverou ella. —Creem en la justicia cuando en verdad la muerte es la propia consumación de la justicia. Quedan como locos buscando culpables, en esas cruzadas ridículas en búsqueda de un chivo expiatorio. Quieren honrar la memoria de los muertos tras fracasar cuando estos estaban vivos, el dicho remorso de quién magoou un ente querido y no pidió perdón cuando tuvo la oportunidad.

“Carol, sus crímenes son mayores y más dignos de pena que los cometidos por el hombre que me mató, ni por eso voy a negar-le un perdón que a todos es justo. Cuando necesité de usted, prefirió refugiarse en aquella maldita hacienda. No morí por las manos de un extraño —enfermo, como debe referirse a él. Morí en el momento que usted negó nuestra amistad. Permanecí muerta por años, sufriendo en las manos de verdaderos canalhas que sólo se aprovechaban de mi cuerpo, consumían-me y jugaban el resto de mi dignidad fuera. La justicia, esa que tercamente intenta buscar, que considera justa para mí, sólo vino cuando paré de respirar. Esa era la justicia por la cual ansié. Y sólo descansaré cuando finalmente tenga conciencia de eso y parar de huir de la verdad.”

—Aún se fuera real, si fuera a Madeline que conocí, jamás concordaría con esas palabras —objetou Carol —Rechazo-me a creer que el hombre que la mató haya hecho cualquier justicia. No puedo imaginar su dolor, su sufrimiento, pero decir que una muerte cobarde fue justa no es sólo una contradicción, como también el mayor absurdo que se puede concebir.

—Quiere encubrir la verdad con ese odioso senso de justicia —dijo Madeline, con evidente amargura. —Admita que no consigue vivir con la idea de tener me perdido y que todo que aconteció conmigo fue su culpa. No quiere convivir con esa culpa, no es verdad? Cuando yo finalmente dejar este mundo, cuando mi carne sea entregue a los gusanos y resten solamente mis huesos, a destemida Carol va a perseguir los tarados y asesinos en búsqueda de justicia. Como hará justicia? Matando-los? A Carol que conozco sería capaz de matar alguien?

—La justicia de los hombres puede haber fallado muchas veces, pero lucharé para que en su caso no vuelva a fallar.

—Hipócrita! —vociferou Madeline. Estaba de pie tomada pela cólera.  
—Hay una justicia diversa para mí que no soy más del que otra mujer?

—Roberto está investigando los outrlos crimens. Todas las víctimas tienen el igual derecho de tener sus muertes elucidadas. Si cogiéramos el asesino, la justicia será hecha para todas.

—Usted no las conoció, no sabe del pasado de ellas, más una prueba de su hipocresía. Ninguna muerte es accidental o injusta al punto de merecer una investigación. Los verdaderos culpables esconden-si en conventos e iglesias, rezando para que Dios los absuelva de sus pecados. Culpan el Diablo por la maldad humana, pero no reconocen los propios actos nefastos.

—Si su intención es culparme por su muerte, advierto-a que no era necesario. Puedo asumir la culpa, si así a hacer tener un poco de paz.

Madeline cogió uno lagarto y lo acarició. Enseguida, volvió-si para Carol con la expresión más blanda.

—Ese lagarto tiene una vida fácil, no por ser un animal, pero por vivir puramente por instinto. No depende de los otros animales para alimentarse, prescinde de juzgar el suyo predador y a lamentar su suerte cuando es cojo. Nosotros, por el contrario, usamos el instinto para protegernos del peligro. El resto de nuestras acciones es orientada por la eterna lucha entre la razón y la emoción. Actuando puramente por emoción, usted puede asumir una culpa que es suya, pero sin la razón que a justifique, su actitud pierde todo el sentido.

Con esas palabras, Madeline volvió para la oscuridad y desapareció. Carol quedó a meditar en el que ella había dicho. Tal vez jamás llegue a una conclusión sobre a veracidade de todo que vio y oyó, pero estaba correcta de que había una razão para tener oído. Si fue una alucinação, entonces la verdad estaba consigo todo el tiempo. Pero esa verdad aún no era suficiente para salvá-la.

...

—Son 16h45min —dijo Herbert, consultando el reloj. —Si

mantuviéramos esa velocidad, llegaremos...

—Ninguno de nodos sabe a qué hora llegaremos en ese maldito lugar —retrucou Roberto, forzando el pie en el acelerador. El coche dio una arrancada abrupta, pero, con lo susto, él redujo hasta retornar a los 80km/h. —Parece que todos los malucos tienen una tendencia a vivir lejos de la sociedad. Bien mejor que sea así, pero va en los rendir algunas horas en esa carretera maldita.

—Mantenga la tranquila —dijo Herbert, revirando el mapa e intentando situarse. —Estamos llegando.

—Usted se parece con el padre que intenta calmar el hijo impaciente —dijo Roberto, demostrando igual impaciencia. —Sólo falta cantar una canción de aquellas de viaje.

—Existe canción de viaje? Está viendo película demás.

—Sabe muy bien que no corto películas. Si quiere aún calmarme, mejor ser más receptivo a piadas.

—Disculpe, hijo.

Roberto intentó sonreír, pero la rabia era grande demás. La carretera seguía bien en su tramo asfaltado y nivelado, pero al llegar en la parte esburacada, cuando el coche pasó a sufrir con solavancos y con fuertes pancadas en la suspensión, a calmaria fue para el espacio.

—Sólo falta ese maluco haber construido una cabana lejos de la carretera. Trajo lo repelente? —preguntó Roberto.

—No, pero traje dos pistolas y munición si él se oponga nuestra visita.

—Tengo la mía, por qué traje más una?

—Una para el caso de perder la suya en el mato.

—Usted definitivamente nunca se embrenhou en el mato —dijo Roberto con una sonrisa.

—Llegué cerca una vez. Mi padre quería mostrarme cómo se mataba uno veado, cuando me eran extraños los veados de dos piernas. Suerte que mi madre se opuso, y como mi padre no quería quedar sin sexo por una semana,

aplazó nuestra incursión para el nunca.

—Contó eso para la psicóloga de la policía?

—Si me ayudara a trepar con ella, habría contado y añadiría lágrimas de un niño iludida.

Los dos rieron. Roberto, sin embargo, esperaba cualquier momento de silencio para bucear en los recuerdos de Carol y en el miedo de perdê-la para siempre. Era como si un reloj de arena en su mente contara lo tiempo que aún restaba para ve-la viva, y aquella arena descendía rápido demás. De repente, volvía para el coche capotado, su mano extendida para ella, intentando segurá-la mientras alguien la arrastraba para fuera.

—Carol, no me deje! —gritó él, del nada. El coche salió un poco de la carretera. Herbert cogió el volante, asustado.

—Lo que está haciendo? —protestó él.

—Por Dios, interés que no sé lo que aconteció. Creo que... creo que —Roberto no conseguía completar la frase, era como si su cerebro fuera únicamente capaz de guiar el coche.

—Usted quedó callado buena parte del viaje. Yo hablaba y usted sólo meneava la cabeza. Entonces del nada gritó y perdió el control del coche.

—Serio? Não sé lo que aconteció.

—Debe estar cansado. Deje que yo dirija.

—Ese Manoel va me pague —dijo Roberto, con los ojos inyectados.

—Deje el volante conmigo —ordenó Herbert.

—Voy moer lo crânio de él.

—Pare el coche —dijo Herbert, con la voz más blanda posible.

—Ni el Diablo va salvá-lo.

—No me fuerce a...

—Maldito!

—Roberto, pare el coche ahora sino voy...

—Voy matá-lo. Aunque me diga donde ella está, voy matá-lo.

Las vistas de él oscurecieron y sintió el pie afrouxar el acelerador. Cuando se volcó, vio Herbert con la pistola en las manos y sintió un dolor en la nuca, depois desmayó.

Roberto despertó en el banco del pasajero. Pasó la mano en la nuca y percibió sólo el sudor de un largo viaje sin aire-condicionado. Aún zonzó y con la visión embaçada, encontró un grande borrão blanco en el frente del coche. La voz distante de Herbert martillaba en su cabeza como un niño tentando quebrar el vidrio de la ventana para entrar.

—He, usted está bien? —preguntó Herbert, con la voz que sonaba abafada a los oídos del compañero.

—Lo que aconteció? Por qué estoy en el banco del pasajero?

—Usted ystava mucho extraño hay media hora, no decía cosa con cosa y encima colocó nuestras vidas en riesgo. Tenga que hacer.

—Hacer lo que... —Roberto detuvo-si ante a dolor que aún sentía en la nuca —Sé lo que hizo. Entonces continuó el viaje, y puedo suponer que llegamos a nuestro destino.

—Exactamente —concordó Herbert. —Y puedo decir que se engañó completamente cuando supuso que el líder de la Iglesia del Diablo viviría en una cabana en medio del mato.

Medio desorientado, Roberto salió del coche. Aquel grande borrão blanco comenzó a revelarse, como una TELE apenas sintonizada que volvía a recibir señal. A los pocos percibió que estaba delante de una suntuosa mansión blanca rodeada de cercas vivas. Del lado de fuera, daba para percibir lo cuánto el dueño prezava por la seguridad. Había rejas en cada ventana y en la puerta del frente, además de decenas de cámaras.

—Entonces lo Manoel que buscamos, el líder de la Iglesia del Diablo, no ahorró lujo y seguridad —dijo Roberto, assoviando en el final. —Ese tipo está más seguro que el Papa.

—Seguro, pero, por extraño que parezca, abrió el portón para nodos sin a más pequeña ceremonia.

—Tiene certeza?

—Cuando llegamos, en verdad, el portón estaba acabando de abrirse.

—Como si él estuviera esperándonos...

—Exactamente.

—Eso puede ser bueno o ruim, pero no estoy aquí para hacer suposiciones. Vamos a entrar.

Al contrario de cualquier suposición, los dos no encontraron dificultades para entrar. La puerta se abrió antes aún de entrar en el campo de visión de la cámara que quedaba en el frente de la mansión. Un hombre alto y gordo, con aproximadamente cincuenta años, recibió-los con polidez.

—Señores, sean bien-venidos a la Mansión de Manoel Nogueira. Deben estar cansados del viaje. Si quisieran, pueden sentarse hasta que el jefe esté pronto para recebê-los.

—No vamos a esperar —retorquiu Roberto, fitando el empleado con rispidez.

El hombre devolvió el mirar con una expresión serena, como si ya esperara el comportamiento de él.

—Muy bien —dijo el empleado, en el mismo tono de voz de la recepción. —Colocad entonces las máscaras. El jefe irá recebê-los.

—Como así máscaras? —inquirió Herbert, sorprendido.

—Ya que no quieren esperar el jefe prepararse, tendrán que conversar con él usando máscaras. Pero queden tranquilos, luego sabrán lo porquê.

El hombre retiró dos máscaras de una caja y las entregó a los investigadores. Por fin, colocó la propia máscara.

—Vengan conmigo —dijo él, yendo en dirección a las escaleras.

—Que droga es esa? —murmuró Herbert.

Roberto descartó la posibilidad de ser una trampa. La máscara era protección en cualquier circunstancia, pero deberían quedar alertas para un posible ataque sorprendida, razón por la cual engatilhó lo revólver que escondía en la parte de tras de la cintura. Fez señal para que Herbert hiciera el mismo.

Siguieron por un pasillo amplio, ladeado por decenas de suítes. Algunos empleados corrían con la cabeza baja, como se estuvieran huyendo

de una tienda de horrores. Dos habían salido de un cuarto que quedaba a finales del pasillo, ambos estaban usando máscara.

—Vio eso? —preguntó Roberto.

—Vi muy bien. Tiene alguna cosa extraña aconteciendo aquí.

El empleado paró en la soleira de la puerta. Miró para dentro y parecía conversar con alguien.

—Puedo deixá-los entrar? —murmuró él.

Ellos no oyeron la respuesta. Al que todo indica, la pregunta fuera respondida con un gesto.

—Pueden entrar —dijo él, retirando-si con prisa.

Los investigadores miraron para el empleado con desconfianza. De alguna forma él estaba inclinado a salir dali el más rápido posible, como se algo terrible estuviera prestes a acontecer, tal vez, una bomba en la iminência de ser detonada. Lo que explicaría entonces las máscaras si el peligro era aún más mortal?

No si trataba de una suíte, pero sí de un amplio cuarto de baño oscuro con una bañeira en el centro y dos chuveiros, uno en cada lado. El aire allá dentro era denso demás, y aún con las máscaras no se podía ignorar el olor fétido, algo como piel de cerdo hervida. Si estaban cocinando cerdos en aquel lugar, por que el anfitrión no escogió un cómodo más pertinente? Todo era muy extraño e impreciso, pero Roberto había ido lejos demasiado para desistir.

—Hay un hombre en la banheira. Sólo puede ser él —murmuró Roberto.

—Y ese olor viene de la banheira —completó Herbert, cogiendo la máscara.

—Si no quisiera entrar, yo entro.

Roberto no miró para tras. Siguió impetuoso mientras Herbert permanecía indeciso en la soleira de la puerta. El olor quedaba más fuerte y el aire más denso a la medida en que se aproximaba de la banheira. Un hombre de cabellos blancos reveló-si al encender de una luz pálida al lado de la

banheira. Tenía un rostro marcado por terribles escaras y su expresión era de dolor, no el dolor incutida sin aviso, pero un dolor permanente, ininterrumpida.

—Ah, el olor. Ese detalle siempre me preocupó cuando recibo visitas, pero hoy por uno infeliz descuido, no tomé las debidas precauciones. La máscara puede amenizar un poco, sin embargo lo incómodo va a persistir —dijo de él, con desenvoltura. —Pido perdón, señores.

De la soleira, Herbert soltó uno grunhido. Enseguida, siguió el compañero, pensando “ya penetramos esgotos más fedidos que ese, ni por eso lo dejé solo”.

—Si ese sea el único olor del cual debimos preocuparnos, entonces no hay nada a temer —soltó Roberto.

Más de cerca, era posible ver todo el escenario de repugnância. Manoel acomodaba-si en la banheira parcialmente cubierta de agua. Su cuerpo era oscuro, lleno de heridas pútridas, lo que dejaba el agua con un tono medio amarelado. Sin embargo, esa no era la peor visión, pero sí centenares de sanguessugas esparcidos por su cuerpo.

—Chocante, no es? Para mí, en el inicio, era una idea maluca de un médico que me costaba una fortuna —dijo él, a las carcajadas. —Pero cuando el tratamiento surtiu efecto, reconsideré y aquí estoy buceado en sanguessugas —retiró una del pecho y a acarició. —Anticiparé a la pregunta sobre el olor. ES resultado de los excrementos expelidos por mis poros, una reacción adversa a los fuertes medicamentos.

—Desgraciada de quien necesita lavar su ropa —gracejou Herbert.

—Ora, creo que todos mis empleados estén acostumbrados al olor. Estoy en esta condición hace dos años.

—No estamos aquí para hablar de su enfermedad —interrumpió Roberto.

—Evidente —concordó Manoel. —Sé muy bien a que vinieron. Doy-les sólo más una oportunidad de conseguir uno local pertinente para conversamos. Vestiré mi traje y los privaré de esta visión si concuerden.

Tras una rápida conferencia, ambos concordaron. Manoel abreviou su terapia, tomó una ducha y vistió uno roupão adaptado para su cuerpo cubierto

de escaras. El local escogido por él fue un salón espacioso y bien iluminado, con un bar repleto de bebidas caras.

—Quieren beber alguna cosa?

—Tampoco vinimos aquí para beber —dijo Roberto, resolutivo.

—Entonces proseguiremos —él llenó un vaso de Tequila y continuó — Algunas preguntas serán respondidas en el transcurrir de mi relato, y lo que no quedar claro será respondido dentro del posible —tomó uno gole y dio la vuelta en el bar para poner más un poco de bebida. —Están aquí gracias a los pasajes que mandé. Podría muy bien haber firmado, pues no era mi intención mantener el anonimato, dada mi intención de tê-los en mi casa. Pero un hombre necesita ser precavido cuando sus intenciones son muy claras, y necesita anticiparse a las intenciones de los otros. Si hubiera me revelado de inicio, mi plan no saldría bien. Un equipo de policía arrombaria mi residencia y tendría me prendido cómo sospechoso de haber matado las moças. Entonces usé Juarez como puente, un viejo amigo que tenía una deuda conmigo. Él no sabía, pero mi intención era que él fuera cojo para entonces revelar mi identidad solamente a usted —Manoel apuntó para Roberto con el vaso de tequila en la mano.

—Como sabía que él revelaría solamente a mí? —indagou Roberto.

—Yo sé mucho sobre usted, tal vez el único policía capaz de arrancar una confissão sin quitar sangre dlo sospechoso.

—Y como sabía que no mandaríamos un equipo para prendê-lo tras eso? —Herbert tomó la palabra.

—Los mágicos no son mágicos de verdad, usted sabe, todos nosotros sabemos. Lo que ellos hacen es desviar la atención para entonces efectuar el truco. Lo que hice fue desviar la atención de vosotros, hacer con que viera lo que yo quisiera que vieran. Hice con que desconfiaran de Juarez, aún sabiendo que no desconfiarían por mucho tiempo. Fue algo sutil, pero que salió bien.

—No llegamos a desconfiar de él —retorquiu Roberto. —Sabíamos que había otra persona por detrás de todo.

—Puede admitir lo que quiera —dijo Manoel, con una expresión de

orgullo —Prosiguiendo... Como dijo, anticipar-me-ei la algunas preguntas. El hombre que vosotros matasteis, el primero sospechoso después del envío de los pasajes, no estaba a mi servicio. Como ya expuse anteriormente, mi intención era tê-los vivos, y quienes mandó aquel hombre, tenía la clara intención de mata-los. Estoy correcto de eso porque sé quién fue lo mandante.

—Diga entonces quién fue? Estoy hallando todo muy interesante —dijo Roberto.

—El Concejal. Sé que tuvieron una conversación con él, mi nombre llegó a ser mencionado, lo que él no reveló fue que era lo mandante de la tentativa de asesinato de dos investigadores. Un político puede ocultar muy bien sus actos arditos, sin embargo siempre deja rastros.

—Por qué él quería matarnos? —preguntó Herbert.

—Una pregunta ingenua, mi caro investigador, disculpe-me la franqueza. Creo que su compañero sepa la respuesta. Puede preguntar a él después. Ahora debo revelar la razón principal por la cual me esforcé para trazê-los aquí. Como saben soy el líder de la Iglesia del Diablo, y a sagacidade del Investigador Roberto conectó mi iglesia a los asesinatos de aquellas pobres moças.

“Fue un choque, para mí, saber que uno de los miembros de la secta estaba envuelto en los crímenes. Ni bien me recuperé e inicié una investigación por cuenta propia. Contraté detectives para seguir cada miembro y saber lo que hacían el tiempo libre. Mapiei cada uno, sabía de la rutina de ellos, suyas manias y flaquezas.”

“Puede parecer extraño que el líder de una secta que adora el Diablo sea contrario a los asesinatos. El nombre de Lúçifer siempre fue asociado a la muerte, destrucción, mentiras y traiciones. En parte, la Iglesia Católica fue la responsable por disseminar esas mentiras y no soy yo quienes va a iniciar una cruzada para limpiar el nombre de nuestro mentor, no es esa mi misión en la tierra. El mal está hecho, sin embargo, manchado pela calúnia que tanto la iglesia de los Cristianos abomina. Que se ahoguen en la lama de sus propios pecados. El Diablo no envió sus ángeles a la tierra para ver la humanidad exterminada. Cuál sería la lógica en reinar pisando en cadáveres? El Diablo

nos enseñó el verdadero concepto del mal, de lejos semejante al predicado por la Iglesia Católica. No hay muertes proscritas en nuestras sectas, sólo sacrificios necesarios y voluntarios. Por esa razón, abominei las muertes y juré para mí aunque el culpable iría a pagar.”

“Calculé que la policía llegaría al fondo de la investigación con mi nombre entre los sospechosos. Confieso que eso no me preocupó más del que mantener el buen nombre de la Iglesia que a coste levanté, siguiendo las órdenes restrictas de mi maestro. Sí, converso con él así como un bueno cristiano conversa con Dios. No considero los cristianos enemigos, sólo los falsos profetas, raza ruim que viene para engañar en nombre de Dios. Entonces yo tenía mucha prisa en coger el asesino.”

“Experimenté la misma ansiedad que usted, Roberto. Aquella gana de poner las manos en el asesino, mirar en los ojos de él y ver el miedo de no ver más el sol nacer, pero el nuestro senso de justicia diverge sólo en un punto: yo lo quería muerto mientras que usted lo quería atrás de las rejas. Por esa razón, estaba decidido a no los envolver en eso. La justicia sería hecha a mi modo, con anuência del maestro. Nuestro mentor sabía de los perjuicios en que estábamos prestes a incurrir si el nombre de nuestra Iglesia, asociado a los crímenes, cayera en las manos de la mídia.”

“Fueron dos meses de mucho trabajo, siguiendo pistas, creando lo histórico de cada miembro. El asesino era un hombre meticoloso que no dejaba pistas. El miedo de ser cojo lo dejaba más minucioso. Por alguna razón, sospechaba que estaba siendo seguido, razón por la cual no hizo más víctimas tras Madeline. Cerró-si con agonía, sin embargo paciente en la esperanza de que a policía desale el caso como insolucionável.”

“Entonces seguimos otra línea de investigación. Investigamos el pasado de las víctimas, con quienes ellas se relacionaban, si alguna vez se encontraron con alguno de los miembros de nuestra Iglesia. La suerte sonrió para nodos. En poco tiempo teníamos un nombre. Quedé sorprendido al saber que el asesino era el más improbable de nuestra lista de sospechosos. Ese tipo tenía tanto álibi que casi lo risquei de la relación, pero con las pruebas que habíamos obtenido hasta entonces, teníamos certeza de que era él.”

“Pedí la ayuda de uno de los miembros para aprisioná-lo en mi mansión. Por un día entero pedí la suya confissão, pero él se mantenía

irredutível. Entonces fingí que tuve la conversación con el maestro, en la cual me fue revelado que él era el asesino, pero que sería perdonado se confesara. Hallé una idea ingenua, pero por suerte él cayó y confesó todos los crímenes. Hasta me reveló que había más víctimas y donde las había enterrado. Tomé nota de todo y grabé a confissão.”

“Mantuve-el prisionero por dos días. Llegué a pensar en la posibilidad de entregá-lo para la policía, pero no era la justicia que yo quería. Había también la oportunidad de la justicia lo absolvê-lo. Finalmente, había muchas formas de él escapar. Si eso aconteciera, no me perdonaría. Sería cómo dejar a raposa libre en medio a sus presas. En una bella mañana, seguí hasta la celda improvisada y disparé el tiro mortal contra el suyo crânio.”

“Pero lo que hacer con el cuerpo? A pesar de haber exterminado un asesino en serie, la Justicia no sería benevolente conmigo. Había muy que hacer por la Iglesia. Yo no podría ser prendido en aquel momento. Si me prendieran, sujaria el nombre de la Iglesia y mi maestro jamás me perdonaría. No podría simplemente enterrá-lo o jogá-lo en un río. Parientes registrarían queja, la policía haría preguntas y la verdad cedo o tarde aparecería.”

“Tras mucho meditar, llegué a la conclusión de que había solamente una forma de librarme del cuerpo sin muchas preguntas. Entonces incendiámos a igreja con el cuerpo dentro. Antes, tuvimos el cuidado de contratar un especialista que reconstruyó lo crânio de él de forma que no generara sospechas. El asesino fue tomado como víctima del incendio y el caso fue concluido sin cualquier sospecha.”

—Por qué está confesando el crimen se tuvo tanto cuidado para ocultá-lo? —preguntó Roberto.

—No existe crimen perfecto, sé bien de eso. Necesité de un tiempo para pensar en el que hacer tras tê-lo matado y de incendiar la Iglesia. Mi enfermedad ha empeorado mucho, los tratamientos son caros y con pocas oportunidades de éxito. Llegué a la conclusión de que no podría vivir así por el resto de la vida. Además de eso, la culpa vendría pronto o tarde para atormentarme. No me sentía culpadel por haber librado el mundo de un asesino cruel. Lo que me incomodó fue haber acabado con la esperanza de tantas personas. Tras el incendio, la Iglesia del Diablo cerró las puertas y los miembros se sintieron perdidos. No sé se tuvieron ánimo para continuar, para

mantener viva el legado de nuestro mentor. En verdad, ni sé por donde andan.”

—Si el asesino está muerto, entonces quién secuestró Carol? Sería uno más secuestro encomendado por el Concejal?

—El Concejal no sería tan descuidado. Además, las elecciones están próximas, y creo que aspira al cargo de Alcalde. Con el hijo muerto y el plan fracasado para matá-los, sería prudente enfocar en la campaña electoral.

—Cree aún en esa historia absurda? —protestó Herbert, volcándose para Roberto, que permaneció en silencio.

—Uno legista experto encontraría indicios de perforación por bala en el cráneo del asesino, por más que el especialista haya sido eficiente en escondê-la de un examen superficial —intervino Manoel. —Tengo testigos que vuelcan el prisionero en mi mansión y escucharon el tiro que lo mató. Además de eso, tengo a confissão de él grabada, como mencioné anteriormente.

—De cualquier forma, volvemos a la estaca cero sobre el paradero de Carol —lamentó Roberto.

—No exactamente —dijo Manoel. —Respondí su segunda pregunta, pero no a la primera. —Tuve informaciones de que una mujer despertó del coma tras gritar el nombre de Madeline. Investigué más a la hondo y descubrí que ella es casada y que su marido se retiró para uno vilarejo escondido en la mata. Prójimo a ese local funcionaba, no hace muy tiempo, una secta pagã de falsos adoradores del Diablo. Como esa tal de Carol era muy amiga de Madeline, y no sería extraño que el asesino tuviera uno cómplice con intenciones de vengarse, no sería difícil concluir que a haya secuestrado y la llevado para ese lugar.

—Entonces no podemos perder tiempo —dijo Roberto, levantando-si.

—Va a creer aún en él?

—No tengo elección. El tiempo está pasando, y esa es la única pista que tengo —volcó-si para Manoel, esperançoso. —Puede llevarnos hasta ese lugar?

—Mi enfermedad impide que yo salga de aquí, pero puedo ordenar a

uno de mis empleados que los leve hasta allá.

## Capítulo 39

La pequeña Elisa miró para el reloj con formato de gatinho. En cinco minutos, la campana tocaría y las puertas de la escuela se cerrarían. Por las reglas de la escuela, en caso de retraso, el alumno debería entrar acompañado por el padre, algo humilhante para un niño de ocho años que ancha con avidez los brazos del padre protector para juntarse a las otras para intercambiar ingenuas confidências y poner en día otras conversaciones del día anterior.

—Padre, llegaré atrasada! —protestó ella, en un tono lamuriente.

—Tranquila, hija. Papá visitará un amigo y después va deixá-la en la escuela.

—Pero la mamá nunca hace desvíos pelo camino...

—Mamá no tiene los mismos problemas del padre, querida. Quede tranquila que usted no va a atrasarse.

Gerônimo no sabía exactamente cuánto tiempo iría a durar aquella visita, pero las suposiciones daban una buena idea del escenario y de las posibles consecuencias del que estaba prestes a ver. Aceleró el coche hasta el límite tolerado, cogió algunos atajos y llegó a uno aclive acentuado. La casa de Jacó quedaba en el fin de la calle.

—Estamos llegando —intentó tranquilizaire la hija más una vez.

Paró el coche dos casas al frente. El coche de Jacó estaba en el garaje, él percibió cuando pasó enfrente. “Lo safado está en casa”, pensó él.

—Quede aquí. Papá vuelve inmediatamente.

Elisa continuaba impaciente, mirando el reloj de cinco en cinco segundos. La menos que el padre fuera lo super-hombre, no había como llegar a tiempo. Ya imaginaba los otros niños mofando de ella en el intervalo.

Por suerte, el portón estaba abierto, lo que evitó a embaraçosa acción de pular lo mulo en el frente de la hija. Gerônimo siguió por un pasillo estrecho y lleno de lama de la lluvia que castigó la madrugada. Sus zapatos

negros ganaron salpicaduras marrons, sin embargo, a él no le importó, nada más importaba. Ya conseguía oír los gemidos en su mente, las risas calorosos de la pareja y las piadas sobre él, el marido traicionado que no supo domar la esposa en la cama, o el “medio hombre” que no conseguía mantener una ereção tiempo suficiente para fazê-la gozar una única vez.

Sería a piada de la Iglesia si no fuera lo decoro, pero fuera de ella, en el ambiente familiar o en las ruedas de amigos, su nombre sería escupido de boca en boca como la vergüenza entre los hombres que se hallaban viris. La prueba de virilidade en un mundo machista es apuntar otro hombre que no consigue hacer de su esposa su propiedad inalienável.

Gerônimo rodeó la casa. Las ventanas estaban cerradas, pero la luz de la cocina estaba acesa. Sería sospechoso si la puerta de la cocina estuviera abierta. Él se sintió como uno personaje de película que estaba siendo atraído para la trampa, convicto de que era sólo un hombre de suerte.

Cuando giró a maçaneta, en el íntimo, quería que la puerta estuviera trancada. Su esposa era esperta demás para permitir que cualquier uno a encontrara desnuda en los brazos de otro hombre, pero ella habría pensado en cualquier uno, menos en él, el marido perfecto y obediente que veía en un simple acto de preparar el café la prueba de amor equivalente a pular en un lago congelado para salvar su vida.

Suspiró cuando percibió que estaba trancada, pero eso no interrumpió suyo ímpeto de invadir el lugar. Buscó por algo macizo, encontrando una piedra dura el suficiente para quebrar el vidrio de la ventana. La confusión fue más alta del que él esperaba, fue cómo mil truenos direccionado para sus oídos. Imaginó su esposa corriendo desnuda y asustada para ver quién había invadido la casa, y Jacó con uno revólver apuntado para él.

Pero algo estaba errado. Ninguna movimentação, sequer un suspiro de alguien acuado que espera a truculenta acción de un ladrón. Aún desconfiado, Gerônimo buscó el cuarto, o a suíte de núpcias de la pareja. Siguió por un pasillo oscuro y encontró una puerta cerrada.

—Están atrás de esa puerta —murmuró él.

No había gemidos, ni sussurros, muy menos uno ronco para romper el silencio, sólo las batidas del corazón de él, las martilladas de un corazón

aflito y furioso a la vez. Podría un sexo ser prazeroso en el más completo silencio? Difícil, pero no imposible. Si para él los gritos frenéticos de “mete con más fuerza” sería la demostración perfecta de una actuación magnífica en la cama, para otro los lentos movimientos de vaivén cercados por el silencio era el mejor que una mujer podría querer.

Gerônimo abrió la puerta, esperando el mirar asustado de ella y la vergüenza de él, los dos tan sudados e impregnados de pecado que ni se hubiera un lago en el infierno y los dos tuvieran la eternidad para bañarse, conseguirían librar-si de la suciedad resultante de sus actos. Pero nada lo había preparado para lo que él estaba viendo. No, para otro no habría gravedad en aquella visión, sólo una constatação de que él estaba terriblemente engañado, de que había sospechado sin pruebas de la esposa, sujado el nombre de ella por ciúmes.

Había una cama de pareja vacía. Lo lençol estaba encostando en el suelo. Lo abajur estaba aceso y había una bolsa sobre el creado-cambio. Una pequeña bagunça de uno solteiro que me gustaba espacio para estirarse en las noches solitarias. Gerônimo rió-si para aplacar el nerviosismo. Era una pegadinha que él aún montó, era el único actor y el único espectador. Además de todo, tenía una ventana quebrada para reparar.

Derrotado, dejó la casa por la misma ventana. Dio la vuelta y siguió para el pasillo. La vida es llena de acasos, algunos buenos, otros ruins. Gerônimo experimentó los dos, pero el acaso de aquella mañana fue amargo demás. Cuando levantó la cabeza en el pasillo, encaró Jacó y Melinda parados su frente, perplexos. Fue entonces que él se acordó de la frase que ella había dicho días atrás: “no haga aquello de en el nuevo”.

—Hacer lo quê?! —gritó él.

...

Un viento pasó tan deprisa, como un ladrón en fuga, en el atardecer de aquel día. Vino, batió en la ventana y se fue. Un otro viento volvería, con otra cara, pero aquel trajo de vuelta un terrible recuerdo, tan bien escondida en la mente de Elisa que fue preciso lo susto de la pancada para trazê-lo a la tona.

Fue hace veinte años, a pancada en el vidrio del coche. Gerônimo había olvidado las llaves en el encendido. Ella estaba absorta en la lectura de un libro que hubiese escogido en la biblioteca había tres días, aún preocupada con el retraso. Pero a pancada no fuera el mayor de los sustos. Cuando ella ergueu la cabeza, vio las manos ensangrentadas del padre manchando el vidrio.

Al fondo, la voz de Jonas no conseguía competir con el tumulto interior de Elisa. Ella escuchaba la voz de la madre pidiendo para olvidar nuevamente aquella visión terrible, devolver al baú de los recuerdos ruins. Fue aquella sangre que la hizo cambiar, tan joven, fê-la cerrarse dentro de sí y seguir el camino de la retidão. Su madre retrucava esa verdad diciendo que ella siempre fue una niña íntegra y que permanecería para el resto de la vida así, “era una calidad heredada de Dios”, decía ella.

—Por qué ella no me oye? —preguntó Jonas, dirigiendo-si a Abdias que estaba más perdido que él.

—Yo la conozco de más tiempo que usted y puedo garantizar que nunca a vi de ese jeito.

Si hubiera un espejo en el frente de ella, ella tampoco se reconocería. Pero había el espejo del alma, un espejo sin sesgos. En él, Elisa conseguía ver toda la verdad que ella escondía bajo la alfombra, pero vía también algo que a dejaba inquieta. Era una sombra tan horrenda, pero a la vez tan inconfundible. Era la sombra del Diabo, su imagen creada en el subconsciente, como una fotografía emoldurada olvidada en una esquina de la casa.

—Fue el Diabo, siempre fue él —murmuró ella.

—Lo que ella dijo? —preguntó Abdias, incrédulo.

—El Diabo —respondió Jonas, con dificultad.

Jonas no permaneció parado. No quería más oír aquellas palabras perturbadoras. Era como si no fuera a Elisa su frente, pero sí alguien poseído. Estiró-a por el brazo y a encaró.

—Vamos procurá-los —sugirió él.

—No podemos hacer nada sin el consentimiento del Consejo —dijo ella, revelando en su tono de voz correcta ímpresión.

—Que se foda el Consejo —bradou él. —Estamos oyendo ese maldito Conselho desde la primera muerte. Ahora ya son tres y nadie sabe si ese número va a aumentar.

Con los ojos marejados, Elisa lo encaró, pero lo hizo con miedo. Ystava temblando, como a Elisa a los nueve años, la frágil Elisa que sólo soluçava mientras el padre dirigía con prisa, ignorando las señales rojas.

—Concuerto con él —dijo Abdias —El Consejo está tan perdido en cuanto a gente. Son moderados demás para autorizar una incursión en la mata tras las muertes.

—Entonces vamos, pero antes necesitamos preparar archotes y mantimentos. No sabemos cuánto tiempo quedaremos en la floresta. Y alguien necesita quedar en la iglesia —dijo Elisa, intentando retomar el control de sí misma.

—Yo quedo —ofertó-si Abdias.

—Y Ana? —preguntó Jonas.

—Usted puede chamá-la mientras preparo todo.

Jonas habría corrido sin mirar para tras, pero detuvo-si en la figura pálida de Elisa, buscando un lugar para sentar-si.

—Tiene alguna cosa errada? —inquirió él.

—No. Está todo bien, quiero decir, voy a quedar bien.

—Si quisiera yo puedo...

—Puede ir. Sólo me diga donde puedo encontrar trapos viejos y querosene.

—Hay uno baú en mi cuarto. Va a encontrar todo de que necesitar.

Él dio una última mirada para Elisa. Ella se perdió en silencio en la oscuridad del cuarto, como uno espirito vago que búsqueda refugio. Jonas ni percibió que la voz de Laura se fue, y su mente pudo quedar en silencio, pero no había paz porque estaba preocupado con Elisa. Ella parecía despierta de un secreto sombrío, como si un fantasma hubiera vuelto para cobrar una deuda, o para lembrá-la de que vivió una mentira hasta entonces.

Con ese temor, Jonas llegó al abrigo de Ana. La puerta estaba

encostada y la luz del lampião surgió al fondo cuando él abrió, suspensa en el aire como si un fantasma lo cogiera. “Llega de fantasmas”, pensó él, al vislumbrar los ojos perdidos y la barba grisalha de uno ancião.

—Entonces es usted —dijo Hermínio, largando lo lampião sobre la mesa. —Pensé que fuera Abdias.

—Él quedó en la Iglesia —murmuró Jonas, intentando entender por qué estaba tan oscuro y por qué Ana no estaba en casa.

—Gerônimo dejó la Iglesia sola por primera vez desde que vino para acá —confidenciou él. —Un hombre tan responsable debe tener una razón muy fuerte para hacer eso.

—Fue buscar Vanessa.

—Entonces fue por eso —Hermínio arfou y se sentó, fitando lo lampião, cuya llama bruxuleava como el batir de alas de una mariposa.

Jonas miró para la cama bien arrumada. Había una cambia de ropas sobre la silla. Parecían limpias, daba para sentir el aroma de jasmíns.

—Yo la vi saliendo con un hombre. Ellos parecían tensos, apresurados. Intenté alcançá-la, pero me acordé que estaba viejo demás para correr —Hermínio rió-si. —Tampoco pude ver quién era el hombre, pero puedo garantizar que no era de nuestro vilarejo.

—Para que lado fueron?

—Siguieron para la floresta —él hizo una pausa, demostrando cansancio. —Por años intentamos mantener la orden en nuestro vilarejo, creamos reglas, advertimos aquellos que desobedecem, pero he ahí que a anarquia viene para asolar ese lugar. Devlo me revoltar? No. Dios não quiere que su pueblo se revolte —recostou-si en la silla, oyendo lo rangido —El libre arbítrio, mi joven, Él nos dio para usar con juízo. Cuál es aún aquella palabra? Parsimonia, sí, mucha parsimonia. Si bebiéramos tanto de eso cuánto bebemos vino, seríamos un pueblo libre de pecados.

—Gerônimo tomó una decisión sensata, a mi ver.

—Ora, está anoitecendo tan deprisa hoy. Ya vio eso alguna vez? Y el mal que se esconde en aquella floresta? No considero una decisión sensata. Corajosa tal vez, pero no sensata.

Jonas aproximó-si de Hermínio. Consiguió ver finalmente la expresión de él, antes oculta por la oscuridad.

—El señor sabe.

—Del que está hablando?

—El señor sabe lo que está aconteciendo allá fuera, y no estoy haciendo una pregunta —asseverou.

—Sé dy muchas cosas, mi joven, son hechos a los cuales no conseguí atribuir un significado. Tengo mis suposiciones, pero soy sensato demás para tomar una decisión basado en hipótesis.

—Sería útil hablarme, porque también iré a la busca de ellos.

—Puedo haber sido traicionado por mis ojos, o ludibriado por mi mente. Tengo 86 años, lúcido a los ojos de los otros consejeros y de buena parte de los habitantes de este vilarejo. Conozco el mal tanto cuánto usted, mi joven, pero sé lo cuánto el libre arbítrio puede ser peligroso cuando se está perdido. Ni todos los habitantes vinieron aquí en búsqueda de una segunda oportunidad. Muchos vinieron para olvidar el pasado, pero pocos quieren cerrar los ojos y el corazón para el pecado —Hermínio levantó-si para mirar por la ventana. —Los cultos dominicais son obligatorios en nuestra comunidad. La Iglesia está siempre llena, todos cantan con fervor y adoração y vuelven aliviados para casa. Hubo ocasiones en que buena parte de los miembros pasó a faltar. Tuvimos reuniones para intentar encontrar la razón para tantas evasiones, llamamos los miembros para conversar. Cada uno dio su disculpa, punimos puntualmente quien faltaba, sin embargo llegó un momento en que percibimos que tales puniciones no estaban surtindo efecto. Gerônimo, para nuestra sorpresa, pasó a mostrarse indulgente para con los desviados. Él dijo, con razón, que debemos adorar a Dios para conseguir la salvación, sin embargo, cabe cada uno decidir se quiere ser salvo. El libre arbítrio volvió a ser tema en nuestras reuniones tras mucho tiempo. Llegó un momento en que necesitábamos votar sobre a obrigatoriedade del culto dominical. Por presión de Gerônimo, de cierta forma el más influyente, votamos peles fin desala obrigatoriedade.

“Yo asistí a todo perplexo, pero una cosa no falda de mi cabeza. Lo que estaba provocando esa evasión? No quedó claro, y no me convencí con

las disculpas dadas por los desertores. El domingo siguiente, quedé sentado en la varanda en el momento del culto a reflejar. Pedí perdón a Dios porque estaba inquieto demás para ir a la iglesia. Quedé observando el silencio en el vilarejo e imaginando lo que estaban haciendo aquellos que se olvidaron de Dios. De repente, noté una pequeña movimentação. Unos salgan de sus casas y se juntaban a otros, formando un grupo de por lo menos ocho personas. Quedé observando aquella escena con curiosidad, sin embargo lo que me llamó la atención fue otra persona que se juntó a ese grupo. Ya no enxergava bien hace muy tiempo, pero con dificultad pude reconhecê-la. Era Ana, la hija adoptiva del pastor Gerônimo. Ella salió de la Iglesia sola, fue hasta el grupo, dijo alguna cosa y después volvió para el culto. Claro que quedé sorprendido, pero no me atreví a interrogá-la. Era hija del pastor, tenía la protección de él y de Dios. Hoy reconozco mi error. Sea allá lo que sea que aconteció aquel día puede haber cambiado el destino desty vilarejo.

—Ella puede tener se sentido en la obligación de convencê-los a volver —sugirió Jonas.

—Tal vez sí, mi joven. Ana siempre fue devota y preocupada con los asuntos de la Iglesia, sin embargo, siento-me inquieto siempre que me recuerdo de aquel día. Y puedo decir-le que no me sentiré más tranquilo se lo impedir de ir procurá-los. Sólo pido que haya cuidado.

—Nosotros tendremos —prometió Jonas.

La conversación parecía terminada. Jonas se dirigía para la puerta cuando detuvo-si al oír el llamado de Hermínio.

—El Diablo está en todo lugar, mi joven, y puede usar personas que son de su confianza. Por eso, debe seguir con cautela.

Jonas vio lo conselheiro largar-si sobre la silla y poniendo-si a rezar. Corrió para la consulta donde Elisa lo esperaba con los archotes y los mantimentos. Tenía miedo, como nunca en su vida, pero no estaba dispuesto a desistir, aún con las advertencias de Hermínio.

—Por qué Ana no vino con usted.

—No a encontré —dijo Jonas, intentando esconder su miedo. —Temo que ella haya ido sola para la floresta.

Sintió la necesidad de mentir, pero inmediatamente percibió que fue una pésima mentira capaz de deixá-la aún más preocupada. Para su suerte, Elisa parecía más calma y recibió aquella información con madurez.

Cuando siguieron para la floresta, oyeron los gritos de Abdias. Ofegante, él los alcanzó antes de llegar a la trilha, aún en la alameda, cuando la oscuridad lanço suyas cortinas sobre lo Vilarejo.

—No pueden ir solos, no con esa oscuridad. Yo conozco bien la floresta, seré más útil como guía. Además de eso, conseguí alguien para quedar en mi lugar en la Iglesia.

—Muy bien, entonces vamos —ordenó Elisa.

...

*10 horas atrás*

—Soy el único que aún le importa él —dijo Mateus, para sí aún.

Inició su caminata por la mañana, cuando el sol intentaba vencer las nubes que lo cubrían, negras y ameaçadoras. Cuando el sol estaba oculto, un viento helado cruzaba por él, haciendo-el temblar. Mateus usaba una blusa simple de manga corta y una calza jeans. Sabía que al llegar a la parada de autobús estaría tan sucio cuánto uno lavrador sus peores días, pero estaba prevenido. Llevaba una mochila con ropas limpias e intercambiaría así que llegara a la ciudad grande.

—Él prefirió alejarse a quedar al lado de ella —resmungou él. —Tal vez no a ame como antes, pero no admite. ES un cobarde.

Mateus también se consideraba un cobarde porque se alejó, de lo contrario, habría quedado y soportado el dolor que Jonas dejó para tras. No conocía Laura tan bien para sufrir como un hombre enamorado si hubiera quedado, sin embargo sus visitas al hospital hicieron nacer en él un nuevo sentimiento. Oyó la voz de Laura pocas veces, pero a admiraba con tierna devoção. Y no era sólo la voz de ella. Era todo que decía respeto a Laura, hasta su pasado, no la vida feliz de casada. Antes de eso.

Laura siempre fue una mujer radiante e inteligente. Eso hacía con que los rapazes se enamoraran con facilidad. En la juventud, vio-a pocas veces, infelizmente, en los peores momentos de ella, tras peleas con novios, cuando se cerraba en una cáscara de frialdad e indiferencia. Cuando ella se casó con Jonas, vio-de más veces, pero aquella aura se perdió un poco, y a devoção al amigo lo hizo invidente para otros sentimientos sino la amistad.

Pero el destino puede ser cruel para unos y benevolente para otros. Tras el accidente, Jonas no fue más el mismo. La amistad enfrió, y su proximidad con Laura quedó más intensa. Pasó a ve-la de otro modo, su belleza le despertó interés. Jonas estaba tan anestesiado por la tragedia que no hube percibido el súbito interés del amigo por su esposa.

Cogió el autobús con sólo media hora de retraso. Llegaría al hospital tras el mediodía. Para su suerte, no necesitaba preocuparse con horario de visitas. Tenía acceso libre al cuarto de Laura. Eso lo dejaba vanidoso y se sentía el hombre más afortunado del mundo.

—Si yo pudiera acordá-la... —lamentó-si. —Jonas parece interesado en Ana. Pode entonces el amor haber muerto en aquel accidente. Laura estaría libre para ser feliz al lado de otro hombre. Ella seria feliz conmigo se a convenciera de que soy el hombre correcto. Mlas cómo yo haría eso?

Mateus meditó en cada frase que diría a ella, ensaiou todo en su mente para que no hubiera duda en su tono de voz y en los mínimos gestos.

—Laura, estuve a su lado mientras Jonas permanecía distante. Cuidé de usted, tal vez el único hombre que aún le importaba, que aún creía que podría despertar. Ese tiempo, mi amor por usted sólo aumentaba, quedaba más fuerte, y me sentía convicto de que usted era la mujer de mi vida. Sé que pudo sentirme, dondequiera que esté, pudo percibir mis buenas intenciones. Puede ser difícil amarme en el inicio, si todo el mío afecto no resultó en un amor súbito, pero puede aprender a amarme. Ninguno aprendizaje es difícil demasiado se haya empeño y buena gana —droga, buena gana, como pude pensar en una idiotice desalas?

Las personas miraban para él en el autobús, algunos incrédulos, otros, fascinados con cada palabra. Mateus sabía que necesitaba mejorar, pero ya tenía lo início ideal. Era como en una carrera de bicicletas: sin una buena

arrancada sería difícil vencer. Pero lo que haría para vencer la resistencia de Laura? Si Jonas no amaba, lo que decir de los sentimientos de ella? Mateus no pensó en eso, y cuando finalmente pensó, una tempestad de incertidumbres abatió-si sobre él.

Llegó a la terminal, intercambió de ropa y cogió el primer taxi. Preocupaba-si con la apariencia, como si Laura fuera capaz de verlo del otro lado. No era tan bonito como Jonas, sin embargo tenía una apariencia aceptable. Por lo menos, Laura no podría culpar su falta de belleza. “Como creer en el amor si la belleza es quien dicta las reglas?”, pensó él.

Aún confiante, aún fantaseó varios escenarios de rechazo. En una de ellas, Laura lo miraba con desprecio y clamaba por la presencia de Jonas. Él conseguía imaginar aquellos ojos profundos fitando el vacío, intentando desviar-si de él, como si él no fuera nada, o menos que un objeto decorativo, un vaso de flores.

—Yo sería capaz de matar Jonas si él se negara a venir —murmuró él, con odio, como si esa fantasía tuviera se hecho realidad.

Cruzó el pasillo con pasos vacilantes. Hizo aquel trayecto una decena de veces, pero en ningún momento vaciló tanto cuánto aquel día. Parecía atravesar un pasillo de arena movediza, siendo sugado implacablemente. Habría preferido morir allí aún se la respuesta a sus deseos fuera un sonoro “no”, o un mirar de ternura que decía “usted es un gran amigo, pero no soy capaz de amarlo como hombre”. Y ningún hombre sobrevivió a eso. Mateus no sería el primero.

Un día como todos los otros desde el inicio de la batalla por la vida. Laura no presentaba la apariencia cadavérica de los pacientes que pasaban años en coma. Había perdido seis kilos, lo que fue considerado un milagro por los médicos. Escondió parte de su belleza atrás de una máscara de indiferencia, la misma que hube usado tantas veces en la juventud. Era cómo se ignorara su condición, uno desdém inconsciente de su estado clínico. La muerte no era muy diferente, y eso asustaba Mateus.

Armando si hacía presente con el pasar del tiempo, como se tuviera perdiendo la hija a los pocos y quisiera aprovechar cada segundo. Estaba sentado en la misma posición, con la cabeza baja, con aquel mire meditativo.

Olvidó de su trabajo, de los amigos, de Jonas. Olvidó a coste, amaba-lo como un hijo y aún nutría esperanzas por su retorno. Pero el tiempo, implacable y revelador, mostró que la verdad en tiempos ruins es siempre dolorosa.

—Laura reaccionó?

Era la pregunta que Mateus siempre hacía. Un simple “como está” sonaría como sarcasmo.

—El médico dijo que, para un estado de coma, ella estaba bastante inquieta. Los párpados temblaron bastante, frunció el ceño algunas veces y meneó los dedos dos veces. A veces él se olvida que soy médico también.

Dos veces...

—Un récord —conmemoró él, hablando tan bajo que el padre de Laura siquiera oyó.

—Necesito comer alguna cosa. Estoy aquí desde lo alvorecer.

—Puede ir, yo quedo con ella.

Cuántas veces quedó con Laura? Paró de contar. No hacía diferencia si ella no despertara, sin embargo quedaría cuántas veces fueran necesarias.

Mateus sentó-si donde antes el padre de Laura estaba sentado. No se limitaría a meditar, ni rezar o torcer por un milagro. Los médicos en el fondo no creen en esas cosas, o consideraban milagros los descubrimientos médicos más inesperadas.

Miró para el pasillo y vio un hombre de paletó negro pasando deprisa, hablando al celular. Parecía un abogado, o un corrector de seguros. Enseguida, una enfermera corrió para el otro lado, pero no parecía acorrer en emergencia, era más una mania de estar en todos los lugares a la vez.

Volvió-si para Laura, bella y pálida. Él conseguía diseñar una sonrisa en aquel rostro angelical, pero era una triste ilusión, el viento que lleva el área de la playa. Pensó como sería bueno tener un hijo con ella, poder jugar con él en la plaza mientras ella quedaba sentada a sonreír.

—Un hijo, si ni sé se seré correspondido.

Laura pareció reaccionar a aquellas palabras. Estrechó los ojos y cerró el puño. Mateus dio un salto y esperó otra reacción, pero ella se calmó

rápidamente. Ni bien se pasó un minuto y ella volvió a inquietar-si. Era cómo se estuviera en un sueño tumultuado, tal vez, el primero desde que entró en coma.

A La medida en que el tiempo pasaba, ella quedaba más agitada. Meneaba los brazos y las piernas, balanceaba la cabeza, abría la boca como se quisiera decir alguna cosa. Fueron los quince minutos más intensos, con Mateus absorto, de pie al lado de la cama, como un hincha esperando que su equipo hiciera un gol.

Laura comenzó a llorar, pero su voz aún era uno grunhido indefinido. Mateus arrodilló-si y cogió su mano.

—Despierte, Laura, usted consigue.

Ella quería despertar, estaba en su rostro, en su cuerpo, en su lucha para deshacerse de la prisión en que se hallaba, tal vez una prisión creada por su mente afectada por el accidente. Pero era tan difícil, no tenía fuerzas y no sabía como salir.

Comenzó a morder los labios, a menear convulsivamente las piernas. Los grunhidos fueron quedando menos misteriosos y ganabam nuevos matices. Una “m” nacía en aquellos labios comprimidos, una “m” sufrida, dolorido. Mateus apretó más una vez la mano de ella. Sentía lo pulso más fuerte. Laura estaba en brasas. Era agoniante para él ver todo aquello y no poder hacer nada. Ella parecía en la iminência de explotar, era como un globo llenando-si de agua. De repente, ella gritó, fue una única palabra repetida tres veces, sin embargo inteligível.

—Madeline!!! Madeline!!! Madeline!!!

Laura abrió los ojos. Estaba ofegante, intentando sugar el máximo de aire que podía. Con los ojos esbugalhados, fitava el techo, como se estuviera en un lugar extraño, en una especie de cautiverio. A pesar de haber despertado de una pesadilla, no había alivio en aquel mirar. A fronte estaba bañada de sudor, las manos aún temblaban y el miedo aún resistía en cada centímetro de su cuerpo.

Aturdido, Mateus cayó sobre la silla. Era cómo se hubiera visto un muerto resucitar, no venido del cielo, pero sí del infierno. De repente, la religión hizo algún sentido para él, y se permitió sonreír aún con el miedo que

aún palpitava en su pecho como un animal prendido en una red.

Laura miró para él, aquel mire infantil y amedrontado de quien vio un fantasma bajo la cama. A los pocos, ella controlaba su respiración, sus ojos perdían lo torpor y ganaban serenidade. Ella pasó a parpadear despacio, estaba tranquila finalmente, pero aún había aflicción en el fondo de aquel mirar.

—Donde él está? —preguntó ella, atropelando las palabras.

—Él no está aquí.

—Yo sé que no está, pero para donde fue mientras yo dormía?

Armando estaba a la puerta, cambio y aterrado. Vio buena parte de la agitación de la hija, y aún ansioso por abraçá-la y decir que todo iba a quedar bien, no consiguió menearse.

—Jonas está en un vilarejo alejado de la ciudad...

—Uno vilarejo?! Por Dios, entonces era todo cierto —Laura ya conseguía pronunciar las palabras en la orden correcta.

—Está hablando de la pesadilla?

—No fue exactamente una pesadilla —ella hizo una pausa, mirando para el padre. —Fue como si yo estuviera allá, con ella.

—Con quién?

—Madeline. Ella se llamaba Madeline —dijo Laura, solemnemente.

Mateus ergueu la cabeza, confuso.

—Y lo que ella dijo sobre Jonas?

—Ella dijo que él estaba corriendo peligro. Contó-me todo que aconteció con ella, de como fue muerta. Habló sobre Jonas y ese vilarejo. Pero cuando pregunté cual era el peligro, ella se fue, simplemente sumió en la oscuridad —ella comenzó a llorar, no conseguía más articular las palabras. —Você... alguien, no sé, alguien necesita volver a laquele lugar para salvá-lo.

Mateus sintió-si desapontado, pero ver Laura en aquella situación, llorando de preocupación por el marido, dejaba-el también atordado. Él sabía que no podía negar aquel pedido suplicante. Laura no viviría en paz se

fuera denegado, y moriría se algo aconteciera a Jonas.

—Yo voy, no se preocupe —dijo él, cogiendo firme a su mano.

Antes de salir del cuarto, mientras aún planeaba lo que hacer para salvar Jonas, vio el mismo hombre de tierno mirando por cima del hombro dy Armando.

## Capítulo 40

Roberto ni percibió que el viaje durara tres horas de tan imerso que estaba en sus pensamientos. Tal vez por saber que la investigación de su vida terminó con a chocante confissão de un líder satanista, autor del crimen que vitimou el asesino que juró al padre de Madeline capturar. O descubrir que fue llevado a una trampa por el Concejal, cuya intención principal era liquidá-lo, y no menos importante, saber que Carol puede estar en las manos de un loco. Cuando sus pensamientos si profundizabam, llegando a sus más profundos temores, se imaginaba corriendo tropegamente pela mata nebulosa, con Carol en los brazos, sin vida. Entonces, su corazón palpitava, doloroso e inquieto.

Los tres andaban pela mata como cazadores, pero solamente Venâncio, empleado de Manoel, parecía tener alguna noción del que estaba haciendo.

—Seguiremos para el sur en búsqueda de la encosta, creo, por media hora, no más que cuarenta si los señores no estén habituados a una caminata exhaustiva.

—Llevaremos menos tiempo si no nos tratara como niños —retorquiu Roberto.

Herbert aproximó-si del compañero y esperó Venâncio distanciar-si, con una expresión carrancuda.

—No confío en ese tipo.

—Tampoco. Si el Concejal fue capaz de armarme una trampa, lo que dirá Manoel tras contarme toda la verdad sobre sus crímenes?

—Está siendo imprudente al creer en aquella confissão —advirtió Herbert.

—Por el contrario, estoy siendo cauteloso. Tendré las pruebas que corroboram con los relatos de él, si fueran verdaderos, y lo tendré bajo vista mientras no tenga esas pruebas.

—Eso si él no huir...

—No va, por eso la cautela. Si Manoel huir, probará que está mintiendo antes que yo lo dijera o sospechara. Fingí creer para mantê-lo seguro sobre sus planes.

Venâncio miró para tras y sonrió al percibir que sus compañeros estaban bien para tras. Fue aquella sonrisa de triunfo de quien se reergueu tras la humilhação. Paró y los esperó, mirando para el reloj.

—Por qué lo vereador quería en los matar se era inocente?

—No tan inocente como parece —dijo Roberto, eloquente. —Él sabía que el hijo era satanista, sabía de las actividades de la Iglesia del Diablo y, así pues sabía quien mató aquellas mujeres. Temía que la investigación llegara hasta su hijo o a él, pero no por ser un padre amoroso que protege el hijo, pero sí por ser un político inescrupuloso que teme tener su carrera política sacudida o arruinada por una accidental complicidad.

—Y se Manoel esté mintiendo?

—Si estuviera mintiendo, lo que halló poco probable, y se lo esté haciendo para proteger alguien, voy a probar-le que el Diablo no será capaz de protegê-lo.

Herbert estremeció, aún percibiendo que su compañero tenía todo planeado. Aún necesitaba preocuparse con Venâncio, razón por la cual siempre mantenía la mano al alcance de su arma.

La noche cayó deprisa aquel día. Venâncio paró más una vez y fitou el cielo negro cuyas estrellas estaban ocultas.

—Hallan prudente continuemos? —cuestionó él.

—Si no se presentaran peligros los cuales no podemos enfrentar, continuaremos —respondió Roberto.

Venâncio asintió inexpressivamente y continuó la caminada. Pasaron a encosta y siguieron para a mata cerrada, con la noche alta y los imponentes uivos de los lobos a confrontarles a falsa tranquilidad.

A aquella altura, el miedo era sólo más un compañero de viaje. El viento helado venía como un fantasma y pasaba por ellos con uno silbo fantasmagórico. Lo mato revolvía-si por veces, mostrando a los tres que no estaban solos, que la mata escondía otros temores.

...

Carol pensó tener oído un grito. Despertó asustada, no acostumbrándose de inmediato con la terrible oscuridad que se apossava de la floresta húmeda. Pero no fue un grito. Fue más una pesadilla de muchos que se siguieron durante el día en su tumultuado descanso.

Su garganta estaba tan seca que no conseguía tragar la poca saliva que aún le restaba. Había llovido en ese interim. Había agua acumulada en pequeña cantidad en las hojas secas sobre el suelo, la meta que para ella parecía inalcanzável.

Balanceó más una vez la silla. Parecía tan pesada que los pies clavaban en el suelo como estacas, impidiendo que ella se meneara. Carol gritó de rabia, pero no una rabia direccionada a alguien o la propia silla. Era una rabia direccionada a sí misma. Continuaba fallando y, aún con la posibilidad de morir de sede y de hambre, parecía distante de cambiar su suerte.

—No es la sede que va matá-la —dijo Madeline, surgiendo detrás de una arvore como una sombra deformada.

—Moriré de cualquier forma. Sé que me trajeron aquí con el simple objetivo de liquidarme, sólo no sé cuando —dijo Carol, sin lamentação en la voz.

—Olvidó-si de su príncipe? Creí que aún tenía esperanzas de ser salva por él.

—Intento ser realista, imaginar cómo él puede hallarme en ese lugar, pero no consigo.

—Sabe lo que va matá-la? Su orgullo. Sí, mi querida amiga, su orgullo tolo va destruirla, ese orgullo alimentado por su senso de justicia. Yo la veré apodrecer cómo esos y galhos —cogió uno y lo fitou con el uno mire vidrado. —Hallo mejor arrepentir-si de sus pecados mientras hace tiempo.

—Mis pecados no son diferentes de sus —retrucou ella.

—Por lo menos a Carol benevolente y justiceira se fue con la lluvia —Madeline comenzó a reír, estaba extasiada —iré enterrá-la con algunos cuervos que encontré en la floresta.

Carol comenzó a fitar el vacío como si nada más importara, como si las palabras de Madeline no pasaran de sussurros de la noche. Volvió a pensar en Roberto, en el cuánto estaba preocupado, pero no sentía dolor, no conseguía verse en el lugar de él, sólo reía, hallaba-lo idiota por preocuparse con ella, hallaba idiota cualquier uno que por lo menos una vez en la vida sufrió por ella. Era un sentimiento entre pena y desprecio, difícil de descifrar.

—Tiene razón, esa Carol murió —dijo ella, solemnemente.

Madeline quedó en silencio y anduvo en dirección a ella. Era una noche sin luar, sin embargo, si hubiera uno ínfimo facho de luz sobre su rostro, sería posible confundí-la con uno zumbi de las películas de terror.

—Consigue despreciar su fallecida amiga? —inquieru ella, con firmeza en las palabras.

—Desprecio todo que no sea vivo, el resto tendrá mi indiferencia como consuelo —respondió Carol, sin fitar la criatura que estaba su frente.

Sorprendida, Madeline arrodilló-si a los sus pies.

—Las personas tienen tanto miedo de morir que si olvidan de vivir. Usted sabe de eso, sólo no sabe que la muerte no es tan horrible como se piensa. No es más dolorosa que una injeção ni más sobrecogedora que un fantasma. En breve sabrá de eso. Cuando acontecer, no estaré a su lado. La muerte es solitaria, nadie va a coger su mano, no habrá ángeles su vuelta. Todo que se dice sobre la muerte es ilusión. Acepta su destino sin saber de las consecuencias?

—Moriré, ciertamente no escaparé de la muerte. Pero quiero que sepa que no acepto mi destino como punición por mis pecados, ni por arrepentimiento de no haber quedado con usted cuando decidió cambiarse. Cada uno sigue su camino. Tal vez aún esté aquí por no haber percibido eso. Si un día se dé cuenta del cuánto fue importante haber tomado la decisión de cambiarse, de seguir sus sueños y de no tener me usado como disculpa para desistir, quien sabe puede encontrar lo descanso que merece. Y si yo escapar, lo que hallo poco probable, no voy esquecer-la, por el contrario, voy a rezar por usted.

Madeline levantó-si sin desviar el mirar, después sonrió con ternura. Carol retribuiu la sonrisa.

—Continúa la misma tonta de siempre. Ni percibió que la silla estaba quebrada —dijo Madeline, riéndose.

Carol miró para el brazo de la silla y notó que realmente estaba quebrada. Podría entonces soltarse con facilidad. Cuando se volvió para Madeline, ella ya había desaparecido, o jamás hubiera aparecido.

Tras soltarse, intentó buscar un norte para su fuga. Todo estaba tan oscuro, no hacía la más pequeña idea de donde estaba. Pensó en dormir allí hasta el amanecer, pero sería arriesgado. Quién a secuestró podría volver.

Mientras aún pensaba en el que hacer, notó tres puntos luminosos aproximándose. Podría ser el enemigo, lo que a haría embrenhar-si en la floresta para escapar. Y si no fuera un enemigo? Podría huir sin ton ni son, perder-si en la floresta o hasta herirse. Carol pensó en todas las posibilidades y consideró mejor observar de lejos. Buscó las arvores más densas y se escondió, como un niño en una brincadeira de pique-esconde.

Ella vio que se trataba de dos hombres y una mujer. El más alto encontró la silla sobre la cual yacían las amarras. Era Jonas.

—Mirad eso! Alguien estaba sientto mantenido como prisionero.

Jonas cogió las amarras y después examinó la silla. No fue difícil determinar como el prisionero se soltó.

—Vanessa? —preguntó Elisa, esperançosa.

—Tal vez... —él tateou la silla —Sea quién sea, no está lejos. El asiento ainda está caliente.

Carol oyó la conversación, absorbiendo cada pista en el tono de voz de ellos. Percibió que no eran hostiles, lo que a dejó muy aliviada, pero necesitaba presentarse sin correr riesgos. Podrían estar armados, y por más que tuvieran buenas intenciones, uno susto sería lo gatillo para el disparo que podría ser fatal. Si los dejara escapen, sería peor. Tendría que vagar por la floresta sola, corriendo el riesgo de esbarrar en el secuestrador o algo peor. Entonces, en un átimo, ella se precipitó con las manos para el alto.

—Yo era la prisionera —dijo ella, intentando imprimir uno tono de voz conciliador.

Abdias apuntó lo archote para ella.

—Quién es usted?

—Llamo-me Carolina —respondió casi en un murmullo. La tensión a dejó ofegante. —Fui secuestrada tras un accidente de coche.

Rápidamente Jonas a revistou, aún con una de las manos ocupadas.

—Sabe quién a secuestró? —preguntó él, fitando el rostro iluminado de Carol.

—No conseguí ve-lo. Desperté hace algunas horas en ese lugar, quedé sola hasta entonces —hablar sobre el fantasma de Madeline no ayudaría mucho, y para ellos no tendría sentido —Y vosotros, lo que hacen en la floresta a esa hora?

—Estamos buscando algunos miembros de nuestro vilarejo —respondió Elisa, tomando la palabra y haciendo señal para que Abdias, inquieto, no intercedesse. —Una mujer cargando un bebé recién-nacido y un grupo de búsqueda que siguió luego atrás. Escuchó alguna cosa mientras estuvo presa?

—Creo que no —dijo Carol. —En verdad quedé desacordada buena parte del tiempo.

—Eso no ayuda mucho —dijo Elisa, con frialdad. Ella siguió enfrente sin mirar para los otros. —Hallo mejor venir con nosotros. No volveremos para lo vilarejo mientras no los encontremos. Quedará coge con nosotros.

...

No muy lejos dali, Roberto y su compañero, guiados por Venâncio, seguían enfrente con suyas lanternas desferindo pequeños fachos de luz contra la implacable oscuridad. Venâncio parecía más a la gana y casi que torciendo para una desdicha capaz de aplacar el coraje de los dos policías y dejarlos embaraçados. Pero uno infeliz desfecho estaba fuera de los planes: sería punido severamente plor su patrono, aún no si considerando culpable.

Atravesaron lo riacho de aguas heladas y siguieron para la primera clareira, donde podrían ver el cielo negro tras horas. Roberto paró en medio de la clareira y miró en vuelta. Una persona normal no sabría para donde ir. Estaban cercados por árboles y matas altas.

—Tiene certeza de que sabe para donde está llevándonos? —preguntó

él.

—El patrono tiene aproximadamente doscientos empleados. Por qué halla él me escogió?

Venâncio no miró para tras. Embrenhou-si en la mata como uno aventureiro que no teme la muerte. No estaba más preocupado si los policías estaban o no siguiéndolo.

Cuando él finalmente sumió en la oscuridad, una confusión despertó la atención de los dos. Roberto si volcó y sacó la arma. Giró sobre sí con la arma apuntada y atención replegada.

—Quede atrás de mí —ordenó él.

Ajeno al que estaba aconteciendo, Venâncio siguió enfrente. Los dos estaban solos en la clareira. De repente, oyó-si un disparo.

—De donde vino? —preguntó Herbert.

Roberto giró nuevamente intentando calcular su trayectoria.

—Vino de allá —apuntó para donde Venâncio había ido.

Ellos quedaron en silencio. Venâncio no estaba lejos y tendría oído el disparo. Como estaba desarmado, volvería para a clareira. Pero segundos se pasaron y nada se oyó después, sólo uno farfalhar de hojas siendo pisadas.

—Puede ser Venâncio —murmuró Herbert.

—Quede aquí —advirtió Roberto. —Voy en el frente. Si no volver dentro de treinta segundos, usted entra en la mata.

Herbert asintió. Quedó parado, girando la arma lentamente y marcando el local exacto por donde Venâncio entró, como lo ponteiro de un reloj que pausava nun determinado número.

A lanterna confundiría en el caso de ser sorprendido. Roberto a colocó dentro de la calza y confió sólo en su buena audición. Siguió en línea recta, esquadrihando el camino recién-abierto por Venâncio. Súbitamente fue sorprendido por una corriente de aire que pasó muy cerca de él. Siguió el sonido de galhos quebrados y del mato pisado. Aquellos sonidos formaban una trilha que él pudo seguir con cierta seguridad, tanto que pasó a correr en vez de caminar cautelosamente.

Era difícil vislumbrar un contraste en una floresta tan oscura. El extraño podría haber cruzado el camino de él diversas veces sin lanzar una única sombra. Sin embargo, los sonidos eran más reveladores que otra pista. Roberto sabía que el extraño estaba a pocos metros, parado y ofegante. Esa pausa duró sólo cinco segundos, y los dos volvieron a correr sin rumbo.

Roberto notó que el extraño estaba volviendo por alguna razón, pero en un trayecto paralelo a su. Entonces él esperó un poco, oyó los pasos aproximándose y cambió de dirección para sorprendê-lo. Corrió el más de prisa posible, ignorando cualquier trampa que por ventura hubiera en aquel lugar. Ya conseguía ver una sombra moviéndose rápido. Cuando estaba muy cerca, él pulou y lo agarró por las piernas. El extraño intentó tirar, pero Roberto consiguió detê-lo con uno soco y la arma cayó al lado de los dos. En ese instante, Roberto lo rindió.

A algunos metros dali, bajo el cielo negro, Herbert permanecía circundando el perímetro. Tocó-si que los treinta segundos habían si pasado, y como se despierto de uno devaneio, siguió en la dirección bordeada. Apuntó la arma al percibir que alguien se aproximaba.

—Baje la arma —dijo Roberto, trayendo consigo un viejo conocido.

—Ese hijo de la madre —bradou Herbert. —Entonces fue él quien disparó... —bajó la arma, aunque quisiera usá-la contra Marcelo. —Encontró Venâncio?

—Sí. Fue alcanzado en la cabeza. No hay nada que podamos hacer.

Herbert sintió-si culpado, pues desconfiaba de él desde el inicio.

Roberto algemou-lo y dio-le un fuerte empujón, haciendo-lo tombar.

—Si intentar huir, interés que tiro —advirtió él. —Ahora diga donde está a Carol?

—Está al sur de aquí, cerca de quince minutos de caminata —dijo Marcelo, escupiendo sangre decurrente del primero soco. —Ella está bien.

—Espero que esté aún, sino haré un estrago mayor en ese remendo que usted llama de tipo —Roberto enxugou el rostro bañado de sudor y continuó —Tiene más alguien con ella?

—No. Está sola.

—Hijo de la madre, dejó-a solo en ese lugar?

—Recibí órdenes para proceder de esa forma.

—Del vereador, supongo. Debe tener le pagado bien, o recibió el pago en drogas.

—Usted no sabe de nada —murmuró Marcelo, como si no quisiera que él oyera.

—Lo que dijo?! —bradou Roberto. —Repita antes que estoure los suyos miolos aquí mismo.

—Necesita de mí. Soy el único que sabe donde ella está.

—Quince minutos al sur, acabó de decir.

—Pero no va encontrá-la en esa oscuridad.

Roberto sabía que él estaba correcto. Los dos podrían perderse, o caigan en una trampa armada por Marcelo. Necesitaban de él, por más que quisieran liquidá-lo.

—Muestre-en los el camino, y daré uno jeito de usted no morir en los primeros tres días en la prisión.

...

Marcelo fitou con asombro la silla vacía. Su prisionera había huido, y su oportunidad de no llevar un tiro allí aún parecía remota. Intentó explicarse, aunque ya presintiera el peor.

—Yo la dejé presa a esa silla —balbuciava él. —No sé como puede haber escapado.

—Pero escapó —retrucou Roberto. —No sé se puedo considerar una buena noticia. Si estuviera sola, puede si perder fácilmente en esa oscuridad. Por otro lado...

Roberto barrió los ojos por las proximidades. Estaban en una clareira menor que la anterior, rodeada de una mata igualmente densa y oscura.

—Alguien puede tê-la encontrado —completó él, queriendo no creer en esa hipótesis.

Sólo había un punto por donde escapaba una leve neblina, una especie de pasillo por donde alguien podría pasar sin perder el camino de vuelta si no supiera para donde seguir. Roberto examinó el suelo en búsqueda de rastros. Buscou un patrón de cogidas vuelta de la silla e hizo una trilha imaginaria. Consiguió entonces un trazado hipotético que terminaba justamente nese pasillo. Pero necesitaba tener certeza antes de seguir en frente. Entonces, bruscamente, tomó Marcelo para un breve interrogatório.

—Creo que sepa puede donde ella siguió. Si me diera la pista correcta, conseguirá dos días más de vida en la prisión, mucho para uno traste cómo usted.

Marcelo estaba asustado demás para rechazar. En silencio, examinó el perímetro. Notó que lo mato presentaba irregularidades en algunos puntos. La humedad era tamaña que era posible notar algunas cogidas esparsas. De repente, él apuntó para el mismo pasillo. Él no podría haber leído la mente de Roberto, aunque notara que él había si detenido en el mismo punto.

—Dividimos la misma opinión a respeto —dijo Roberto, ajeitando la arma en la cintura. —Pero no quede tan animado. Si llevarnos para alguna trampa, ya sabe lo que va a acontecerle.

...

El frío aumentaba a medida que los cuatro adentravam nel corazón de la floresta. Las llamas de los archotes los calentaban precariamente, pero era mejor del que nada. No había paradas programadas, sólo lo ininterrumpo caminar, lento e inseguro. Oídos atentos esperaban un grito, uno lloro, una ínfima prueba de presencia humana en aquel lugar tenebroso.

Jonas seguía en el frente, acogiendo las orientaciones de Abdias que venía inmediatamente atrás de Carol. Elisa lo acompañaba sintiendo el frío a congelar-se los huesos. “Vista suya blusa”, ella oía la voz del padre en su mente, la voz de su infancia en el invierno de la capital. “Va a coger un resfriado”, de esta la vez la voz era reciente, la voz del pastor severo que reprendia uno de sus fieles. “No estamos más en la iglesia”, retrucava ella, “Y ese frío no va a matarme”.

La niebla quedaba más densa y se aproximaba lento y temerosamente, como un niño perdido. Tragaba la oscuridad como un monstruo a tragar un animal indefenso. No tenía ojos y ni garras, pero podría ocultar otras amenazas. Cerraba-si sobre ellos, impetuoso, frío, indiferente. Los silvos venían de otra parte de la floresta, pero parecían provenir de la cortina blanca que descendía del cielo, que venía de todos los lados. Parecían fantasmas que bailaban entre los árboles, riendo de la floresta oscura y de las criaturas que abrigaba. Riban de ellos, pobres niños que desconocían los verdaderos misterios de la noche. Sin embargo, la niebla no tenía el poder de quebrar galhos, ni de lanzar sombras furtivas alrededor de ellos. La niebla acechaba, pero no emitía murmurios que quedaban cada vez más nítidos. No. Por más sobrecogedor y vívido que pueda parecer, una niebla no puede sussurrar. La brisa tal vez, pero depende de la naturaleza para provocar esa impresión.

—Tiene alguien vigilándonos —murmuró Jonas.

Él giró sobre sí, con lo archote el frente del cuerpo como se quisiera ahuyentar una amenaza. Conseguía ver las sombras meneándose de árbol en árbol. Elisa cogió su mano, asustada. Habría cogido la mano del padre aquel día si esta no estuviera tan ensanguentada.

—Creo que vi alguien —sussurrou ella.

Los dos intercambiaban miras sin conseguir ver lo que de hecho se escondía en aquellos ojos enevados, pero conseguían enxergar el alma uno del otro. Veían-si al borde de un precipicio, impelidos a pularem antes de tener sus cabezas arrancadas. Esa era la sensación de la muerte, de entre todas las otras de su infinito repertorio.

—No podemos quedar aquí parados —dijo Carol. —Necesitamos continuar.

“Ella escogió no perder la cabeza”, pensó Jonas. Las dos opciones llevaban a la muerte, y una tercera parecía una idea distante.

Abdias continuaba callado. Era el único que conocía mejor la floresta. Fue él quien encontró Sérgio en aquella noche tempestuosa y consiguió volver. Sería el único capaz de apuntar una luz en el fin del túnel, pero tercamente permanecía en silencio.

Sólo Jonas lo notó. Fue Jonas quién se acordó del que él había dicho

sobre Vanessa, sobre la carretera del otro lado de la floresta. Si él sabía de esa carretera, por qué no partió antes para procurá-la? Y aún no quedó claro como él encontró Sérgio. Llovía mucho en aquella noche, él podría haber esperado, aún así embrenhou-si en la floresta, como se supiera exactamente donde él estaba. “O de repente fue Sérgio quién lo encontró”, vino-le súbitamente esa idea, como un rayo a penetrar-se las entrañas.

Sus manos quedaron heladas y sintió como si su corazón hubiera parado por algunos segundos. Pero no hubo tiempo para volcarse y atacá-lo.

—Parado ahí, doctor —dijo él, con a voz esganiçada.

Carol vio el momento en que Abdias sacó la arma de la cintura y apuntó para Jonas. Asustada, no conseguía menearse, sólo lanzaba a los dos uno mire temeroso. Ella no formaba parte de aquella trama, que tenía como personajes aquellos que encontró aún recientemente. No se envolvería, o pondría la vida en riesgo por personas que apenas conoce. Sin embargo, fueron ellos que la aceptaron, no el contrario. Ella tenía dos elecciones, de las cuales una podría levá-la para el desconocido y tenebroso lado de la floresta, de donde no hay salidas y se encontraría sola sin perspectivas de salir vida. La otra era confiar en aquellos extraños, y, hasta entonces, demostraron ser personas de bien. Aprovechó entonces que Abdias concentraba toda su atención a Jonas e intentó huir para buscar ayuda. Pero, de los márgenes negros donde a neblina era más densa, surgieron varias criaturas que al descortinar de la bruma revelaron-si humanas. Eran dos hombres, un alto y magrelo; el otro, bajo y un poco más fuerte, una mujer de cabellos esbranquiçados y una niña de aproximadamente nueve años. Caminaban como espectros en su dirección, con los ojos inyectados, formando una barrera que la impedía de alcanzar los abetos más frondosos del otro lado.

Elisa soltó un grito abafado y quedó petrificada al percibir que había sido engañada por el hombre de confianza de su padre. Jonas cerrou el puño con tamaña tensión que sentía la carne quemar por bajo la piel.

—Desgraciado, fue usted quien mató Sérgio —dijo él, con la voz entrecortada.

—Fue necesario, doctor. Él estaba llegando cerca demasiado de la verdad. Cuando me embrenhei en la floresta, ni tenía me dado cuenta de que

estaba siendo seguido, pero como hombre habituado, al notar que Sérgio estaba acechándome, mantuve la sangre fría y esperé el mejor momento para sorprendê-lo.

—Y presumo que no sea la única muerte atribuida a usted...

—No soy un asesino, doctor, o como vosotros acostumbráis llamar, psicopata. No mato por instinto u otra razón sino la necesidad inadiável de mantener un secreto. Maté aquel muchacho cerca del lago, pero no pensé que la mayor prueba de mi crimen permaneció a la vista de cualquier uno que por allá pasara. Ese fue mi mayor error.

—Lo pentagrama invertido?

—Exactamente. Fue obra mía para agradecer la buena suerte de haber capturado aquel muchacho tan ágil. Pero no dejó de ser oportuno. Vea que siquiera desconfiaron de los habitantes del vilarejo, y por consecuencia, de mí.

Al oír eso, Elisa lanzó un mirar a aquellos extraños. Intentó reconhecê-los, pero no se parecían con habitantes del vilarejo. Eran personas de tez rude, con ropas esfarrapadas.

—No son del vilarejo, niña —dijo Abdias, sin desviar el mirar. — Pero algunos pocos son, como en breve tendrá la oportunidad de certificar-si.

Dos más surgieron detrás de los árboles, un hombre de media edad y una mujer, ciertamente, de más matuta del grupo, de cuerpo arqueado y cabellos quebradiços. Traía en las manos amarras para prendê-los. Mientras prendía las manos de Jonas, el hombre se ocupó de Elisa. Carol fue la última a ser amarrada. Los tres fueron impelidos a caminar en dirección a la parte más oscura de la floresta.

—Sería descortês lleguemos tarde a la fiesta. —dijo Abdias, reponiendo la arma a la cintura. —Andad más rápido —ordenó.

...

Nada se habló en los veinte minutos de caminata. Ojos atentos sólo

vigilaban, rostros velados por el miedo sólo fitavam el vacío en búsqueda de una salida. Pero todo era nebuloso, inclusive el futuro. Seguían fúnebremente para un lugar desconocido, guardado por personas extrañas, con intenciones aún no reveladas. El único que aún tenía una pista del lugar para donde estaban siendo llevados era Jonas. Él acordó-si del relato del vigila de la torre, el relato más revelador del que estaba aconteciendo en la parte oculta de la floresta.

De repente, la niebla de disipó, dejando espacio para un tímido humo que encimava las antorchas enfileiradas que formaban una alameda reluciente no mucho al lejos. La floresta tenía su extensión interrumpida por una clareira gigantesca que tenía sus límites ocultos por la oscuridad. El cielo despontou con una luna enevoada y pocas estrellas. El aire hizo-si más abundante. Lo sufocante tramo de mata cerrada quedó para tras.

Siguieron para a alameda iluminada. El calor hube quedado más intenso, las llamas crepitavam como una melodía fúnebre. Al fondo oía-si uníssonas voces en una esquina jubiloso. Necesitaban subir a encosta rochosa con el calor de las llamas fulgurantes a quemar-se las faces. Los pasos vacilaban, las caídas eran inevitables, pero lo ímpeto de Abdias para alcanzar lo cima hacía con que los tres fueran estirados como animales, arrastrados sobre los pedregulhos cortantes.

—Lo que harán con la gente? —preguntó Elisa a Jonas.

—No hago idea —respondió él, casi sin aliento. —Pero no se preocupe. No dejaré que toquen en usted.

Elisa sintió-si tocada con aquellas palabras, sin embargo no conseguía sonreír. Tampoco conseguía llorar, aunque deseara del fondo de su alma. Un otro deseo, ese más feroz y dissonante con su naturaleza, crecía dentro de sí cómo una llama ganando espacio entre la leña intocada. Era el odio en su más pura acepção, el odio que propagaría la muerte si los medios le permitieran. Elisa juzgó no haber más justicia para Abdias y para los otros que a él se juntaron en esa trama manchada de sangre. Juzgó que la muerte, de más irreversível de las puniciones, sería el castigo esperado para quién desobedeceu a los mandamentos de Dios.

Arrastrado penosamente por la mujer con trazos masculinos, Jonas

pensó en Laura. En el fondo, sabía que ella tenía despierto, conseguía sentir un peso a salir de su espalda, el peso de la culpa por haber privado la mujer que amaba de llevar una vida normal. Ella podría volver a ser a Laura de antes, radiante, intuitiva, una mujer de éxito. Y se Dios no existiera y él encontrara la muerte en aquel lugar, desearía que ella encontrara un hombre bueno con quién pudiera tener los hijos que él no pudo dar. Con esa revelación de sus anhelos, percibió que aún la amaba y que los sentimientos que hubo sentido por Ana y Elisa eran en verdad fraternales, enmascarados por la carencia de un hombre privado del cariño de una mujer.

Arrodillados en el tope de la encosta, vislumbraron con los ojos atônitos una multitud que cercaba un altar suntuoso. Una hoguera de llamas colossais yacía en el centro, con los cánticos a rodeá-la de forma ritualística. Realizaba-si con pompa, luxúria y depravaçãõ una secta satânica. Había avidez en aquellos mires. Aquellos cuerpos casi desnudos obedecían al ritmo en una baila sensual, insinuando-si unos para los otros. Para Elisa, era la visión del infierno tantas veces mencionado en los cultos de su padre, la visión que tanto repeliu con su fe devota. Para Jonas, era a constataçãõ de los relatos del vigila de la Torre, añadida de detalles que ni a imaginaçãõ más fértil sería capaz de concebir. Carol parecía la menos atônita, aún entorpecida por las horribles visiones que tuvo en la floresta.

De aquella mezcla hedionda de cuerpos sudados salió alguien que tenía el rostro ocultado por uno capuz. Anduvo solemnemente entre sus iguales y aproximó-si Elisa.

—Que bueno que vino —dijo la voz femenina. El rostro velado por la sombra del capuz tenía contornos delicados. —Tendrá la oportunidad de descubrir toda la verdad antes de juntarse a su dios.

Elisa ergueu el rostro con evidente amargura. Convivió tiempo demás con aquella persona para reconhecê-la sólo por la voz, y al reconhecê-la, hizo morir todo sentimiento fraterno, dejando el espacio vacío ser ocupado por el odio que rompía las membranas de su ser.

—Esperaba que fuera cualquier uno, menos usted, mi hermana —dijo ella, con la voz esganiçada.

Ana desveló el rostro y fitou la hermana. Después volvió-si para

Jonas, aún con aquel mire enamorado, pero fue alcanzada con la furiosa retribución de quien no nutría otro sentimiento sino la indiferencia.

—Donde está Vanessa? —inquirió Elisa.

Cerrada dentro de sí tras sufrir con el mirar fuzilante de Jonas, Ana volvió-si para la multitud ululante.

—Ahora ella es una de nodos. Reconoció que su dios a castigó con un hijo deformado, el hijo que en breve dejará este mundo injusto, el mundo que lo subjugaría desde su inocencia hasta la fase adulta si continuara vivo.

Toma de cólera, Elisa irrumpió sobre la multitud a los brados.

—Vanessa! Vanessa! No permita que hagan eso!

Las personas a ignoraban. Continuaban suyos cânticos y bailas. Ana a fitava con un mixto de sorpresa y diversão.

Vanessa estaba sobre el altar, con su hijo en los brazos en un lloro incontido. Fitava Elisa con desolación, pero parecía convicta del que quería hacer.

—Ella no va oí-la —dijo Ana.

—Mi padre —dijo Elisa, iluminada —si ella no quiere me oyó, entonces oirá nuestro padre. Donde él está?

—Si su dios abomina el pecado, pero perdona lo pecador; nuestro dios no es tan benevolente con quien atenta contra la vida de outrem sin darle el beneficio de la duda, sin permitir que la justicia apunte sus pecados y la justa punición. Nuestro dios es justo, reconoció los pecados más pequeños de su padre como flaquezas del hombre, sin embargo el mayor de seus errores no pudo pasar impune —Ana aproximó-si de Elisa y a fitou con ternura. —Él mató su madre y el amante de ella. Escondió eso de usted no para protegê-la, pero para evitar que fuera odiado por la propia hija. Consiguió, finalmente —Ana soltó una carcajada estrondosa —Conseguíu que su hija continuara devota al padre, que creciera como una mujer de virtudes, una santa colaboradora de la pregação cristiana. Para que, mi hermana? Para quê? Para hacer con que todos del vilarejo se ahogaran en el pecado junto con él. Halla justo, querida hermana?

—Usted no lo mató... —dijo Elisa, casi llorando.

—Matar? Lo que es la muerte sino el resultado directo de nuestros actos o la expiración de los esfuerzos de los pecadores para librarse del pecado? No lo maté, pues mi naturaleza comporta los errores más pequeños y de ellos, por juramento a mi dios, deshago-me como la suciedad imunda de los pantanos.

Ana acenou para dos hombres que estaban su disposición en el altar.

—Traed el padre de ella —ordenó ella.

Los hombres irrumpieron en las sombras y volvieron arrastrando una cruz muy pesada, en la cual un hombre con el cuerpo desnudo y ensanguentado se contorcía débilmente.

—Jesus murió en la cruz para pagar por nuestros pecados. Nuestro dios lo reconoce como hombre de valeroso coraje, y, por esa razón, determinó que su padre también muriera en la cruz.

La cruz fue postada bien antes de la enorme hoguera, para que Gerônimo no sucumbiera al calor extremo, pero llegaban a él las fuligens y el fulgor de las llamas. Él no temía la muerte, sin embargo suplicava que fuera tan rápida cuánto un rayo. Temía, sin embargo, expirar antes de hablar con su hija. Sería el último deseo de su corazón hacer llegar a aquellos oídos inocentes la verdad por la voz arrepentida del padre que nunca dejó de amá-la.

Lo arrepentimento esconde-si tan en el íntimo de Gerônimo que sería leviano revelá-lo sin antes penetrar nlos recônditos del alma. Los mismos dos hombres lo vigiavam, con sus rostros vetustos refletindel el fuego que lograva los puntos más altos, de brasas tan incandescentes cuánto las larvas de un volcán adormecido.

Una tempestad se hacía en el cielo como una prometida antes de la boda. La brisa helada recorría los cuerpos desnudos provocando súbitos calafrios, sin embargo hombres y mujeres entorpecidos por los sentidos y ciegos por el pecado reían al toque suave e incorpóreo del viento.

Ana acorreu al primero gemido de Jonas, que no era más que una reacción irrefletida a las escenas de devassidão perpetuadas por la fiesta. Arrodilló-si delante de él, dejando suyo busto humedal de sudor a la muestra.

—Amor, no se aflija. Conmigo estará a salvo.

Jonas no se engañaba, a despeito del sentimiento que se perdió en tan poco tiempo en su corazón, ella aún lo amaba, tal vez fuera la única parte buena que hube sobrado de aquella mujer quien lo inspiró, que lo hizo creer que todo era posible, que nada estaba perdido. Intentó enxergar a Ana bondadosa que lo acogió y lo defendió cuando los otros se mostraban descrentes. Había, tras ese esfuerzo, una opacidad en sus ojos, y cada palabra que ella decía se perdía con lo viento.

—Si pretende aún matar a todos que juzga sean pecadores, tendrá que matarme también —dijo él, con una voz gutural.

Admitiendo la batalla vencida, ella se levantó, pero no con mirar frío y el rostro carrancudo. Había en aquella expresión un dolor indescribible, como una herida abierta recibiendo lancinantes golpes de espada. Tras el llanto interior, Ana recobró-si y retomó la expresión severa.

—No es mi función convencê-los a confesar sus pecados. Nuestro dios ve en el perdón a imperfeição del creador, y considera los pecados más pequeños de los cristianos las virtudes de los verdaderos herederos de la tierra que un día él reinará —Ana volvió-si para Jonas, intentando esconder su dolor por detrás del véu de la justicia. —Si quiere aún morir con sus hermanos impuros, que así sea, pero antes le daré la honra de ve-los imploren por la vida, para finalmente oír los suplicios de la muerte. Veremos se es tan corajoso cuánto demuestra ser.

Con los primeros rayos irrumpiendo el cielo, Ana arrastró Elisa para cerca de la hoguera. Carol fitou Jonas, aturdida.

—No podemos dejar que ella haga eso —dijo ella, intentando soltarse de las amarras.

Elisa sintió las llamas tan ardientes que se desesperó en la iminência de tener su cuerpo derretido. Gerônimo urrava del alto de la cruz como un animal enfurecido; las personas gritaban y ansiaban por muerte; por la justicia que mucho antes llevó las brujas a la hoguera.

—Traed el niño. Quiero que mi querida hermana vea a imperfeição de su dios siendo consumida pelas llamas.

En la pasividad en que se mantenía, Vanessa ni percibió cuando tuvo su hijo tomado de sus brazos, no oyó suyo lloro lamentoso, y su corazón ensurdece mientras lo espíritu de madre gritaba y ecoava. El niño fue llevado a la gran hoguera sin que el clamor natural objetasse el absurdo de aquel sacrificio. Los cânticos no cesaron, pero aquellos que cantaban fueron tomados por la súbita alteración de suyas frontes, y se volvieron para la hoguera, aún en coro.

Ana cogió el niño como una reliquia, sus ojos brillaban no sólo por reflejar las llamas relucientes, como también por la honra ilusória que a hube arrebatado. Sentía-si como Dios ofertando el hijo en sacrificio. Elisa oía aquel lloro estridente e inocente, y una fuerza incomprensível se hacía explotar dentro de ella, como las explosiones de un motor. Ella juzgaba ser su corazón clamando por justicia, por impedir que aquella pequeña vida sea ceifada pela banalidade de una alma ahogada en la amargura. Entonces ignoró sus miedos y se hizo oír, como nunca antes una mujer fue oída.

—Llama el Diablo de su dios, pero olvida que él tiene nombre, o receia nomeá-lo porque aún teme a Dios, lo misericordioso, lo aunque creó el demonio a quien jura obediencia. Dentro de sí aún es trabada la silenciosa batalla perene entre el bien y el mal. Quiere por los motivos errados acabar con el pecado, sin embargo, olvida que el propio Satanás, el opositor, caluniador, difamador y acusador, carga en su nombre todos los adjetivos propios de la maldad.

“Cuando Eva vio que el fruto parecía agradable al paladar, atractivo a los ojos y deseable para dar comprensión, comió. Finalmente, si ella sería como Dios, ya no habría más motivo para dar satisfacción a su Creador. Dio del fruto para Adão, que también comió. El hombre prefirió creer en la promesa del Diablo, en vez de confiar en Dios. ES exactamente lo que está haciendo ahora, creyendo en el enemigo, y lo hace no por convicción, pero por amargura. Su padre fue muerto por uno pecador, por eso quiere que todos paguen por sus errores con la muerte.

— Calle-si, maldita. Usted no sabe del que está hablando! —bradou Ana, amenazando jugar el niño.

— Matá-la no va a traer su padre de vuelta, ni destruir el mal que vive sobre la tierra. Todos nosotros nacemos pecadores en un mundo ya

gobernado por el Diablo. Engaña-si se es esa la ambición de su dios, pues la posesión del mundo ya le pertenece desde el pecado de Adão y Eva —dijo Elisa, con elocuencia.

— Usted no pasa de una tola mimada. Siempre tuvo su padre a su lado, siempre fue la perfecta y deseada por los hombres del vilarejo. Con dolor en el corazón percibo que también conquistó el hombre que yo amo — Ana dejó que el llanto rompiera la frialdad que a coste mantenía — Nada que diga va a hacerme cambiar de idea.

Jonas oyó una voz abafada a chamá-lo. Cuando se volcó, percibió que Mateus se escondía atrás de un árbol. Todos estaban concentrados en la tensa conversación entre Elisa y Ana, no percibiendo que él se hube aproximado de Jonas y lo libró de las amarras.

— Por suerte llegué a tiempo —murmuró Mateus.

— Como supo que yo estaba aquí?

— Laura finalmente despertó y me avisó que usted estaba corriendo peligro, pero el resto no puedo contar ahora. Necesitamos ir.

— No podemos. Ana enlouqueceu y pretende matar a todos.

— Entonces lo que vamos a hacer?

Mientras Jonas pensaba en un plan, Abdias percibió una movimentação entre los prisioneros. Sorrateiramente, siguió por las sombras con la arma en puño. Cuando se aproximó, vio Mateus agachado atrás de Jonas.

— Nadie se menea —advirtió él, apuntando la arma engatilhada.

Al fondo, Ana aún cogía el bebé por encima de la cabeza. Tampoco percibió la agitación provocada por la súbita aparição de Mateus.

— El Diablo no es onisciente, él sabe lo que se pasa en su corazón, pero desconoce sus reales capacidades —hizo Elisa, aproximando-si de la hermana.

— Él fue el único que reconoció mi dolor y prometió que yo volvería a ver mi padre.

— Y va ve-lo, pero no gracias a él.

— Mentira! —gritó Ana.

Abdias oyó el grito y se volcó. Elisa saltó sobre Ana, haciendo-a caer con el bebé sobre el pecho. Jonas hizo que iba a correr, pero Abdias volvió-si para él y tiró. Con los ojos cerrados no pudo ver que había disparado contra Mateus, que se interpuso entre los dos. El tiro mortal lo hizo tombar sobre la tierra húmeda.

Jonas no miró para tras. Continuó corriendo en dirección a Elisa. Abdias tiró más una vez, pero el tiro pasó de raspão.

Elisa intentó tomar el bebé de los brazos de Ana. Ella se mantenía relutante. Las dos rolaran por el suelo y Ana quedó sobre ella, con las rodillas a prender-se las piernas.

— Usted siempre fue tan débil —Ana rió-si, con un hilo de sangre escurriendo pella esquina de la boca.

Teniendo sólo los brazos libres, Elisa intentó esbofeteá-la, sin embargo no conseguía. Ya estaba exhausta por el esfuerzo cuando fue sorprendida con la caída repentina de Ana. Ella largou el bebé y cayó de lado, contorcendo-si con un cuchillo encravada en la altura del hombro derecho.

Elisa quedó feliz cuando percibió que fuera Vanessa quién a salvó. Tendría ella finalmente recobrado la sanidad, teniendo finalmente despertado del sueño insensato en el cual imergiu por oír las sandices de Ana, o percibió la locura que estaba cometiendo al dejar que su hijo fuera sacrificado aún en el alvorecer da inocencia? Elisa vislumbrou esa idea por poco tiempo. Vanessa no hube perdido una fracción de aquella expresión fría y sombría que la hacía fitar el horizonte, aún cuando su hijo estaba prestes a ser quemado en la hoguera. Pasó por ella y por el niño sin dirigir-mirárselo, continuó andando con uno desolador arrastrar de piernas.

Ofegante, Jonas llegó hasta ellos. Abdias había desaparecido.

—Usted está bien? —preguntó él, ayudando-a a levantarse.

—Sí, sólo algunos rasguños —ella barrió los ojos alrededor, como se buscara alguien. —Mi padre, necesitábamos ajudá-lo —asseverou.

Los dos corrieron hasta Gerônimo, sin embargo Abdias había llegado primero. Tenía en las manos una antorcha borrada y los fitava con correcta

malignidade en los ojos.

—Pueden haber salvado el niño, pero no serán capaces de salvar el mayor de los pecadores.

Elisa aún esbozó una reacción, desprendió-si de los brazos de Jonas, corrió y estiró los brazos como si su padre estuviera cayendo en un abismo. Sus piernas estaban débiles, hubo conseguido correr sólo algunos metros, siquiera llegó a la mitad del camino. Las lágrimas cayeron cuando vio Abdias bucear la antorcha en la hoguera, y toda una torrente de escenas de su infancia al lado del padre a hicieron irrumpir en un llanto engasgado. Con a fronte soturna, Abdias ateou fuego en la cruz donde Gerônimo, deshecho de sus fuerzas, sólo rezaba por una muerte rápida. El fuego subió lentamente de la base hasta llegar a las piernas. Él no gritaba. Era como si un orgullo lo poseyera y lo hiciera resistir al dolor inexprimível. Consiguió abrir la boca para proferir una única frase:

—Perdone-me, mi pequeña Elisa.

Lo lloro de Elisa era pausado por soluços y desolación. Las llamas corrieron impetuosamente por todo el cuerpo de Gerônimo. Cuando la madera se convirtió en brasa, el poco peso hizo tombar la cruz, y lo que sobró de aquel hombre aún quemaba sobre el suelo.

Abdias apuntó la arma para los dos. Estaba encolerizado, con el rostro rojo en el transcurso de las llamas.

—El más engraçado de todo es que fui el único contrario a la idea de escoger Ana cómo líder de nuestra seita. Ella siempre tuvo un discurso muy eloquente, pero escondía la flaqueza que ruiria nuestros planes —dijo él, con rencor. —Acompañé la trayectoria de ella con desconfianza, esperando el primero tropiezo, aguardando siempre el peor. He ahí que fracasó conforme mis previsiones. Yo, sin embargo, no fracasaré. Tengo los dos en mía asesta y no dejaré que salgan vivos.

Cuando Abdias estaba prestes a disparar, un tiro reverberou-si con antelación. Todos quedaron parados y aturridos con el disparo que parecía haber viniendo de donde Carol estaba. Abdias esquadrinhou la oscuridad en búsqueda del origen. De repente, Roberto surgió con la arma apuntada para él.

—Está prendido! Largue la arma —ordenó él.

Abdias rió-si y mantuvo el brazo firme.

—De esa distancia, puede muy bien errar el tiro. Si lo hiciera, mataré los dos.

Con esa advertencia, Abdias esperaba que Roberto desistiera de su intento. Sin embargo, él permanecía con arma apuntada y no hube perdido nada de la confianza que transparecra al primer contacto visual.

—Usted no va a hacer eso —dijo Roberto, fingiendo que iba a alejarse.

—Puede apostar su vida en eso.

Concentrado, Abdias no percibió que Herbert surgía a su izquierda.

—Puede bajar la arma bien despacio —fue la vez Herbert ordenar, aunque el tono de voz fuera más ameno.

Abdias escarneceu. Presionó lentamente lo gatilho. Sabía que no saldría vivo, necesitaba llevar alguien con él ni que fuera para el infierno, pero antes que consiguiera tirar, recibió un tiro certoiro en la cabeza, disparado por Roberto.

La fiesta tuvo su fin anticipado. Los cânticos cesaron, a baila frenética fuera interrumpida y todos parecían perdidos, como si no supieran lo que estaban haciendo. Vanessa continuaba sentada con el mirar perdido. Miró para la cruz quemada y para el cuerpo carbonizado, pero conseguía sólo suspirar, enteramente ajena a los acontecimientos. Ni el más sabio de los conselheiros podría suponer los pensamientos que enevoavam aquella mente divagante. Era la prueba de la irreversible inmersión en la locura.

Antes de tales acontecimientos, Roberto los encontró con la ayuda de Marcelo, aunque fuera una colaboración involuntária. Encontró Carol aún concentrada en se desamarrar. Con ella a salvo y bajo su indicación de que había un asesino, tramou la trampa con el apoyo de Herbert.

—Finalmente todo acabó —dijo Roberto, guardando la arma.

—Aún no —retorquiu Elisa. —Falta una persona.

Ella apuntó para el lugar donde Ana estaba caída con el cuchillo

encravada en el hombro. Había desaparecido. Elisa miró en vuelta y percibió uno vulto distanciándose con rapidez. Ella entonces corrió atrás, bajo las protestas de Jonas. Era Ana que hube irrumpido en dirección al peñasco.

Cuando Elisa se aproximó de Ana, las dos se detuvieron. Llegaron al límite de la llanura, y lo que venía a continuación era sólo lo negrume de la noche que cubría el vacío que findava en las rocas abajo.

—Mejor se entregue —sugirió Elisa.

—Jamás —objetou Ana.

Las dos se miraron por algunos segundos. Elisa intentó leer la mente de la hermana, en la esperanza de anticipar sus movimientos, pero ella permanecía impassível. De repente, Ana dio un paso para trae.

—No haga eso —bradou Elisa. —Va a quedar todo bien —ella ofertó la mano, intentando encontrar a suya —Si usted colaborar, tal vez la justicia séale benevolente.

Ana dio más un paso para tras. Ya sentía el viento a empuurrá-la para el abismo.

—Nadie puede salvarme. Que diferencia haría para mí, cuando el odio imperar en el mirar de aquellos que yo amaba, cuando la frialdad de Jonas alcanzar mi corazón partido? Que destino me espera sino la muerte?

—Dios ya a perdonó, y puedo garantizarle que todos irán perdoá-la cuando perciban que usted se arrepintió.

Indecisa, Ana parecía retroceder. Lágrimas encalan-le del rostro, lo remorso y lo arrepentimento a fusilaban. Eran como pesos que la hacían hundir en el mar aislado de la culpa. Dos fuerzas actuaban dentro de ella. Una deseaba la segunda oportunidad, la otra, que el destino más cruel le abatiera y terminara con todo el sufrimiento. En la más terrible indecisão en que se veía, desequilibrou-si y sólo no encontró la muerte sobre las rocas porque había si agarrado a una raíz.

Elisa corrió el más rápido que pudo. Intentó puxá-la. El abismo ejercía una fuerza sobrenatural que estiraba las dos para bajo. La mano de la hermana resbalaba. Ella se acostó y usó la otra para intentar segurá-la.

—Socorro, alguien me ayude! —gritó Elisa.

Las dos estaban siendo sugadas. Ana no conseguía más coger la raíz. Repentinamente, Elisa resbaló y parecía que iría a caer en el abismo antes de la hermana. Por suerte encontró una fenda en la parte rochosa que a permitió cogerse.

Jonas llegó y vio las dos en la iminência de la caída mortal. No podía determinar cuál debería ser salva primero. Si cogiera Ana, Elisa podría sucumbir al esfuerzo y caería. Por otro lado, si optara por Elisa, Ana encontraría la muerte por ser a que presentaba más señales de cansancio; por eso, cogió las dos a la vez.

A pesar de ser un hombre fuerte, ya sentía el esfuerzo demasiado para segurá-las. Elisa lo fitava con desolación, viendo tamaño sacrificio sin garantías.

—Usted no va a conseguir salvar las dos —dijo Elisa. —Suelte-me y salve Ana.

—No! —protestó Ana —No soy digna de ser salva si para eso una vida necesite ser sacrificada. Deje-morirme, mi amado Jonas. Salve mi hermana. Si no lo hiciera, interés que lo maldeciré por toda mi vida.

Atormentado por el súbito dilema de salvar sólo una de las hermanas, Jonas intentó reunir sus últimas energías para puxá-las a la vez. No consiguió y sentía que no tendría fuerzas para mantenerlas por más tiempo. Ana, percibiendo lo suyo esfuerzo sobre-humano, fitou-lo por la última vez y soltó su mano, cayendo como una hoja en el abismo.

## EPÍLOGO

El común de la gente no poseían uno ritual que antecederse a los trabajos manuales, desde los más simples a los más complejos, de los más proscibáis a los más peligrosos. Laura era una de las excepciones. Necesitaba soltar los cabellos, arregaçar a bainha de la calza —y se estuviera de vestido, bien, iría tirá-lo, y si otra ropa no estuviera la mano, haría el trabajo sólo de braga; desabotoava dos botones de la blusa y lamía los beiços para dar suerte. Ejecutado siempre en la misma secuencia, como hendido en actos, se puso a medir la anchura de la ventana. Tenía 1,8m, lo que a instó a determinar que a cortina cubriría dos metros, siendo 10cm excedentes de cada lado.

Necesitaba de una previa de como quedaría con aquel color a filtrar los rayos de sol que penetraban oblicuamente la consulta. Era uno bege que, según ella, caería bien con los pocos móviles. Posicionó la silla al pie de la pared y ensaiou como subiría, como un niño en sus primeros pasos a encarar las escaladas hasta el tope de la mesa. Los meses en que permaneció en coma fueron cruéis en el que decía respeto a los más elementales movimientos de un adulto desprovisto de sequelas de cualquier naturaleza. Ella decía que era sólo la inseguridad tola de su mente que permaneció buena parte del tiempo adormecida, y, por lo tanto, destreinada. Era sólo cuestión de tiempo hasta habituarse a las tareas más triviales.

El primer pie alcanzó la mesa aún trêmulo. La silla sólo rangeu, o fueron las tábuas del piso que estaba suspenso a casi un metro del suelo? La construcción fuera concebida para mantener-si intocada en los periodos de llena del río que corría a pocos metros dali. Con los dos pies sobre la silla, y aún temiendo una caída, Laura estiró a cortina en la primera mitad de la ventana. Temía desequilibrar-si cuando finalmente alcanzara la extremidad opuesta. Detuvo-si por algunos segundos, esperando que sus pies ganaran la confianza necesaria para la misión que la un niño sería demasiado fácil.

—Usted no va a caer —dijo Jonas, intentando posicionar la mesa en el lado opuesto a la ventana. —Tiene total control de sus movimientos, sólo no está conecedor de eso.

—Ya me habló eso un millón de veces —dijo ella, puntuando cada palabra como una mirada rápida para el suelo. Sentía-si como si una criatura con garras estuviera sólo esperando uno desequilibrio para lanzar-si sobre ella.

—Si quisiera, puedo hacer eso por usted. Venga, tengo una tarea más fácil...

—Tontería —retorquiu ella. —Puedo muy bien hacer eso. No me trate como una inválida.

—De manera alguna, yo...

—Sólo diga si ese color caería bien, sí?

Jonas hube percibido que Laura sería incapaz de mirar para él, coger a cortina y mantenerse equilibrada en la silla a la vez. Entonces no hizo mención en lanzar un mirar crítico, y sólo concordó que era a cortina ideal.

—Quedará perfecta. Ahora descienda de ahí antes que yo a coja pelo pego.

Aliviada, pero preocupada en no demostrar, descendió con un salto ruidoso sobre las tábuas. Miró para la mesa y sonrió inmediatamente.

—No tenían otra cosa mejor para ofertar? Digo... Menos rústica?

—Esa mesa fue hecha por los carpinteiros del vilarejo, de la madera de mejor calidad que se puede encontrar en la región. Sería una desecha enorme aceptemos una que fuera hecha en la ciudad, menos rústica, como acabó de sugerir.

—Bien, la consulta es suyo, haga lo que quiera. En cuanto a mí, encargo-me de la difícil misión de dejar ese lugar menos sobrecogedor posible.

—Mateus hacía eso muy bien no meneando en nada —dijo él, con el mirar distante.

—Realmente, él hace mucha falta. Aún me siento culpable pela suya muerte. Si yo no hubiera pedido...

—Pare de pensar en eso —advirtió Jonas. —Mateus salvó mi vida, soy-le eternamente grato. Él fue un verdadero héroe.

—Usted tiene razón, pero no conseguí parar de pensar que podría ser diferente. Tal vez hubiera sido mejor pedir la ayuda de las autoridades...

—No llegarían a tiempo. Sólo Mateus conocía el camino. Ahora no hablemos más sobre eso. Nosotros dos somos gratos por todo que él hizo y haríamos el mismo por él. No podemos cambiar el pasado.

—Tiene razón, mi amor.

Cuando Jonas habló en pasado, la culpa volvió a atormentarle, no la culpa por la muerte de Mateus o de Ana, pero el tormento que adveio de la traición. Mientras Laura luchaba por la vida, él se entregaba en los brazos de otra mujer, y lo hizo con dos mujeres que le juraron retribuir en la misma medida el amor.

Aún no tuvo coraje de contar a Laura sobre la traición. Detuvo-si sólo a los acontecimientos posteriores su llegada al vilarejo, a las muertes que ocurrieron misteriosamente y el fin trágico en el peñasco que culminó con as muertes de Mateus, Ana, Gerônimo y Abdias. Laura acogió aquellas informaciones con asombro y, en ningún momento, desconfió que algo faltaba a aquellos relatos. Sorprendía-lo por veces a divagar con la expresión aflita, fitando el horizonte como se hubiera dejado algo para tras, o alguien. Pensó en indagá-lo sobre esas tales aflicciones, sin embargo, temía que la respuesta pusiera en jaque la confianza mutua que cultivaban.

Jonas muchas veces no percibía cuando largava la esposa en medio de una sentencia e iba para fuera, para observar la vida en el vilarejo, los niños corriendo por la alameda, las lavadeiras empeñadas en la tarea de lavar las ropas en el río, los pastores abstraídos en la monotonía de suyo pastoreio. Todo era tan lento, pero a la vez, tan fascinante. Hacía-lo entreter-si por horas a ve-los en sus tareas diarias y poco excepcionales. Sólo recobraba del devaneio cuando la voz de Laura volvía a sus oídos en un tono de reprovaçãõ.

—Hizo de nuevo —reclamó ella.

—Lo quê?

—Queda ahí, parado en el umbral de la puerta, mirando lo que se sucede allá fuera. Tiene algo a incomodarle?

—Sólo pensando en todo que aconteció. A veces pienso en volver al

otro vilarejo para ver como las cosas están. Echo en falta de mis antiguos pacientes.

—Pero yo le dije que podría volver cuando quisiera. Sin embargo, decidió venir para ese lugar. No puedo decir se fue una elección ruim. Estamos aquí hay sólo dos días —Laura hizo una pausa y fitou el vacío con tristeza. —Si quiere aún volver...

—No es el momento. Tal vez de aquí a un mes, o un año, no sé.

La única certeza que Jonas tenía es que no importaba el tiempo, cuando finalmente volviera al vilarejo, Elisa estaría allá. Entonces sería el momento oportuno para revelar la verdad y dejar que Laura decidiera se merecía la pena continuar. Si, por fin, considerara injusto imponer a ella la difícil decisión, pondría fin a todo y seguiría su rumbo. Pero hasta allá mucha cosa podría cambiar. Un hijo podría alterar la situación, traer un nuevo ánimo para el relacionamiento. La cuestión era esperar, tener paciencia y vivir cada momento como se fuera el último al lado de la esposa.

“Lo que ella estaría haciendo ahora?”, preguntó a sí aún, dejando sólo la voz silenciosa de la mente para evitar la desconfianza de Laura.

...

Subiendo-si picos encimados por otros además del horizonte, donde el cielo azul encuentra el verde de las montañas; atravesando-si extensas clareiras, embrenhando-si en vastas florestas que ni el Sol del juízo final consigue penetrar, por fin después de días interminables de caminata arriesgada, se llegaría al vilarejo donde Elisa se hube hecho pastora después de la muerte del padre.

Ella caminaba solemnemente en dirección al pequeño cementerio de pocos túmulos. Los primeros seis cuerpos ocuparon aquel rectángulo de tierra húmeda en el transcurrir de cuatro años, lo que no daban dos muertes por año gracias a vida sin adicciones y de pocos riesgos que los habitantes llevaban. Pasó primero por el túmulo de Abdias. Contra la gana de la mayoría, que consideraba profana la idea de enterrá-lo en el mismo suelo que personas que en vida cultivaron el bien, el consejo halló por las buenas, y por considerar una actitud cristiana, dar-le un entierro digno. Muy a disgusto, fue excavada a

cova y su cuerpo fue depositado, no esperando que una mísera flor brotara de aquella tierra contaminada. Elisa hizo una plegaria rápida y siguió para el túmulo del padre y de la hermana.

Gerônimo fue sepultado al lado de Ana, eso a pedido de Elisa. Aún no siendo hija de sangre, ella consideraba que el amor irradiado por él era en medida el mismo de uno legítimo padre.

Arrodilló-si al lado del túmulo del padre, intentando alejar de la mente las tristes escenas de su muerte, el fuego a consumir-le el cuerpo, suyos grunhidos que nada más eran que gritos abafados por el orgullo. Intentaba alejar también la imagen de Ana cayendo en el abismo, aquel cuerpo flotando en dirección a las rocas, como se hubiera sido sugado por un demonio. Puso-si a rezar con fervor, pidiendo perdón, clamando para que encuentren la paz y lo descanso merecidos. Solamente tras el lloro extravasado, pôde sentir cierto aliento dentro de sí.

Elisa volvió para la iglesia sintiendo-si más leve. Arrodilló-si delante del altar, hizo una reverencia y se sentó en la primera hilera. Miró en vuelta, por la iglesia vacía, y vislumbrou los días más gloriosos de aquel lugar, apiñada de personas devotas, la esquina ecoando con alegría, niños corriendo por los pasillos, rostros radiantes a oír los ensinamentos de su padre. Fue el más confortante de sus devaneios, y no puede detener-si mientras no encontrara Ana a coger los niños fujonas cerca de la varanda, con aquel vestido largo tremulando al viento. No volvió a llorar, pero dejó una lágrima caer, la lágrima de la saudade.

Saudades sintió cuando vio Jonas sentado en la última hilera, con aquel mire incrédulo. Ella sonrió, pues a despeito de la falta de fe de él, mostraba bastante interés y se prendía a las palabras del pastor como un alumno aplicado. Cuando se cogía mirando para ella, corava el rostro y disfrazaba su interés. Echaba en falta de aquella expresión de ternura y respeto, de aquel mirar de admiración y espanto. Aún lo amaba con todas sus fuerzas, pero rindió-si a la suya decisión de ir aunque. Tendría suplicado si su corazón deshiciera la incertidumbre en cuanto al futuro de los dos. Una fuerza, sin embargo, a hizo cogerse en la varanda mientras Jonas cargaba sus cosas. Con los ojos marejados lo vio sumir, tal vez, para siempre. Ese “tal vez” fue el único consuelo que le restó, considerarse que recuerdos son

buenos demás para ser otra cosa.

Así ella adormeció hasta el momento en que la puerta de la iglesia se abrió. Asustada, pensó haber visto lo vulto de Jonas adentrando el interior. Ergueu la cabeza, esperançosa, corazón palpitante. Era sólo un joven que traía consigo la leña. Ella lamentó, pero deshizo-si de su decepción con una sonrisa acogedora.

—Puede dejar cerca de la chimenea —dijo ella, aún sonriendo, con el mirar un poco distante.

El muchacho salió, cerró la puerta y la oscuridad tomó nuevamente el lugar. Elisa entonces se dejó llevar por los recuerdos y volvió a adormecer.

...

Roberto tardó-si en el frente del espejo. Lo celo con que vestía lo recolecte culminaría en una tarda además del normal para un prometido vestirse, a punto de frustrar el tradicional retraso de la prometida. Cuando miró para el reloj, tomó por sí y rió-si de su lentitud. Vistió lo paletó con prisa, observó con detenimiento si no había vestigios de suciedad y pasó a la tarea de la gravata. Tendría que escoger entre a listrada y a de bolinhas. Era una elección difícil porque siempre fuera inclinado a gravatas de colores claros, de preferencia, sin estampas, y las que estaban a la mano eran exactamente el opuesto.

A disgusto, escogió a de bolinhas. Sintió-si extraño cuando se miró en el espejo, como si un nuevo Roberto estuviera prestes a nacer, y temía un precedente para que Carol lo reformara por completo como si él fuera una casa vieja. Para su suerte, Carol lo conocía el suficiente para saber que un simple palpito sobre vestuario sería una invitación para una discusión innecesaria, y en el comienzo de toda boda, evita-si enfrentamientos infrutíferos. Pero el riesgo siempre existe, no se puede contar con la exactitud del comportamiento femenino.

Alguien batió a la puerta. Roberto esperaba sólo una persona dentro de su ciclo de amistades. Encontró Herbert con una sonrisa aprisionado,

esperando el momento para libertá-lo acompañado de una de suyas piadas inoportunas. Miraba para la suya grabate la de bolinhas con los ojos espremidos y lacrimejantes. Estaba prestes a explotar en profusas carcajadas. Pero era sólo una gravata de bolinhas azules...

—Quedó bien en usted —dijo él, tragando las risas con dificultad.

—Carol creyó que yo necesitaba de ayuda con la elección de las ropas. Trajo uno de suyos primos del interior para aconsejarme.

—Tenga paciencia, mi amigo. Ella me parece un poco insegura con relación a usted, pero nada que pueda confundir la boda. El tiempo se encargará del resto.

—Conhecemo-nos hay sólo tres meses. Halla aunque fue una decisión acertada?

—Tras todo que pasaron? Si ella fuera una mujer insegura, puede apostar que tendría pulado fuera tras casi haber muerto en aquel lugar. Tenga certeza de que ella reflejó mucho para tomar esa decisión.

—Espero que sí —dijo él, con vagar. —Bien, a que debo la visita del padrinho cuatro horas antes de la boda?

Herbert buscó una poltrona y prácticamente cayó.

—El comisario me conectó hoy de mañana. Creí que me gustaría estar al corriente del que aconteció. Manoel fue encontrado muerto de madrugada. Uno de los empleados batió a la puerta del cuarto de él después de tener oído un disparo. Halló-el caído cerca de la cama con un tiro en la cabeza. Los motivos aún son desconocidos.

—Quién fue designado para el caso?

—El comisario me ofertó, pero yo rechacé. Entonces quedó con Mendes. Ya debe estar allá haciendo las primeras diligencias.

—Por qué rechazó?

—Por quê? Ora, aún necesitamos explicar la muerte de aquel empleado de él. Además de eso, preciso vacacional.

—Va a entrar vacacional sin su compañero de pesca? —rió-si Roberto.

—El mundo no gira en torno a usted —destiló Herbert. —También tengo las mías ligas. Dos semanas en Fortaleza y puedo anticipar con convicción que volveré renovado.

—Eso volverse. Ahora levante-si de ahí.

Herbert fitou el compañero y amigo. Notó-le el nerviosismo, pero consideró inútil cualquier tentativa de acalmá-lo.

—Hice mis suposiciones sobre las razones que podrían haber llevado Manoel a matarse. En un ejercicio más simple y basado en mi experiencia, creo que haya se matado porque consideraba reales las oportunidades de ir para la cadena —Herbert renovó una postura arqueada y continuó — Exumaram el cuerpo del supuesto asesino que él dice haber matado y realmente encontraron indicios de perforación por bala en suyo crânio. Lo legista dijo que hubo una tentativa de reconstrucción muy bien-sucedida y que, sin nuestra indicación, difícilmente habrían detectado. Otra razón, a que juzgo menos improbable, es que se abatió sobre él la culpa del hombre que no es dado a crímenes. Y cuando el crimen es un asesinato, la supervivencia de una conciencia atormentada por el remorso queda terriblemente afectada.

—Imaginé que Marcelo iría a matarse primero, pero veo que me engañé. Está hace dos meses en la prisión, muy de este lado de la previsión más optimista —Roberto intentó ajeitar a gravata.

—Por lo menos alguien debería pagar por sus crímenes. Marcelo fue cómplice de asesinato en el caso Madeline, sospechamos que sea uno de los autores, lo que aún carece de pruebas. Investiga-si la participación de él en otros crímenes. Por poco él nos engañó. Aquel hijo de la madre merece apodrecer en la cadena.

—Debemos garantizar que continúe vivo. Oí rumores dy que un grupo ansía la muerte de él.

—En cuanto a eso, no se preocupe, ya arreglé todo —Herbert encendió un cigarrillo y continuó. —Sobre la secta, prendemos nueve personas ayer. Manoel no actuó solo en el caso del incendio de la Iglesia. Sospechamos que haya más envueltos.

—Ese caso está prácticamente concluido —dijo Roberto, con convicción. —Ahora con la muerte de Manoel, la secta enflaquecerá. Nuestra

única preocupación será con los tales imitadores. Vez u otra nos deparemos con locos dispuestos a copiar los asesinatos para conseguir fama.

—Eso es inevitable —lamentó Herbert. —Los periódicos les gustan detalles, uno prato lleno para potenciales asesinos. Si por lo menos se limitaran sólo a los hechos, podríamos evitar más ese dolor de cabeza.

Roberto dio de hombros. Volvió-si para el espejo y examinó a gravata.

—Puede prestarme una de sus gravatas sin estampa?

—Evidente, pero como va a explicar para su prometida que ignoró los consejos de suyo primo?

—No ignoré, sólo evalué otras opciones.

—Veo que está pronto para casarse —rió-si Herbert. —Bueno, necesito ir. A las 19h paso para buscá-lo, con o sin gravata.

Los dos se despidieron. Antes de cruzar la puerta, Herbert volcó-si para el compañero y lo fitou con curiosidad.

—Por qué cree que Manoel se mató? Usted no hizo cualquier suposición con relación a eso.

Roberto quitó a gravata de bolinhas azules y quedó satisfecho con el resultado. Entonces dijo, en tono solemne:

—Solamente un hecho puede llevar un hombre como Manoel a quitar la propia vida, el descubrimiento más cruel con que un hombre de creencias fuertes puede se deparar: descubrir que estaba engañado acerca de todo en que creía.

FIN.

[\[cq1\]](#)

